

Soledad González Montes y Vania Salles
coordinadoras

RELACIONES DE GÉNERO Y TRANSFORMACIONES AGRARIAS



CE
396.0972
G6435r

EL COLEGIO DE MÉXICO



EL COLEGIO DE MÉXICO

Biblioteca Daniel Cosío Villegas
Coordinación de Servicios

Fecha

Firma de Salida

DONATIVO
Gabriela Cano

**RELACIONES DE GÉNERO
Y TRANSFORMACIONES AGRARIAS**
Estudios sobre el campo mexicano



3 9 0 5 0 9 5 4 5 4 8 1

**PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO DE ESTUDIOS
DE LA MUJER**

RELACIONES DE GÉNERO Y TRANSFORMACIONES AGRARIAS

Estudios sobre el campo
mexicano

Soledad González Montes
Vania Salles
coordinadoras



EL COLEGIO DE MÉXICO

396.0972
R382

Relaciones de género y transformaciones agrarias : estudios sobre el campo mexicano / [Soledad González Montes y otros]. — México : El Colegio de México, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, 1995.
337 p. ; 21 cm.

ISBN 968-12-0635-5

1. Mujeres en áreas rurales-México. 2. Mujeres en la agricultura-México. 3. Trabajadoras agrícolas-México. 4. México-Condiciones rurales. I. González Montes, Soledad.

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Portada de Mónica Diez-Martínez
Fotografía de Arturo Fuentes

Primera edición, 1995

D.R. © El Colegio de México
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.

ISBN 968-12-0635-5

Impreso en México/Printed in Mexico

ÍNDICE

Las mujeres rurales y las relaciones de género, <i>Elena Urrutia</i>	9
Presentación y agradecimientos, <i>Soledad González Montes y Vania Salles</i>	11

INTRODUCCIÓN

Mujeres que se quedan, mujeres que se van... Continuidad y cambios de las relaciones sociales en contextos de aceleradas mudanzas rurales, <i>Soledad González Montes y Vania Salles</i>	15
--	----

LA PARTICIPACIÓN FEMENINA EN LAS ECONOMÍAS REGIONALES

El proceso de incorporación de la mujer al mercado de trabajo: tres cohortes de obreras, maestras y comerciantes en el valle de Zacapu, Michoacán, <i>Gail Mummert</i>	53
De la candela al mercado: el papel de la mujer en la agricultura comercial del sur de Yucatán, <i>Elena Lazos Chavero</i>	91
Trabajo rural femenino y relaciones de género, <i>María da Gloria Marroni de Velázquez</i>	135

MECANISMOS DE DESVALORACIÓN DEL TRABAJO AGRÍCOLA FEMENINO

Las empacadoras de hortalizas en Sinaloa: historia de una calificación escatimada, <i>Sara María Lara Flores</i>	165
Jornaleras: apertura y transformaciones del mercado de trabajo femenino en Zamora (1980-1989), <i>María de Lourdes Barón</i>	187

PROCESOS MIGRATORIOS Y DINÁMICA FAMILIAR

La migración femenina en dos modelos de desarrollo: 1940-1970 y 1980-1992, <i>Patricia Arias</i>	223
Tiempos de espera: emigración masculina, ciclo doméstico y situación de las mujeres en San Miguel Acuexcomac, Puebla, <i>María Eugenia D'Aubeterre Buznego</i>	255

LA TRANSFORMACIÓN DE LA MATERNIDAD EN EL CAMPO

Los cambiantes significados de la maternidad en el México rural, <i>Antonella Fagetti</i>	301
--	-----

LAS MUJERES RURALES Y LAS RELACIONES DE GÉNERO

Sabedoras de que no se puede hablar de una mujer campesina ya que son múltiples sus situaciones y condiciones, sino de tantas mujeres como regiones, subregiones y grupos étnicos hay en el país, las coordinadoras del libro *Relaciones de género y transformaciones agrarias*, Soledad González y Vania Salles, han reunido trabajos que investigan cambios económicos y políticos, así como transformaciones culturales en diversas regiones de México: el valle de Zacapu y la zona de Zamora en Michoacán, la Mixteca poblana y la zona de Atlixco en Puebla; el Bajío; Sinaloa y Yucatán. El conjunto de los estudios se centra en la evolución del trabajo rural femenino en lo que va del siglo y, de modo particular, en la última década.

Muy escasas son las publicaciones sobre las mujeres campesinas en México y menos aún se encuentran publicaciones que analicen los procesos rurales con el enfoque novedoso de las relaciones de género.

Qué significa la feminización de la fuerza de trabajo para cada una de las regiones estudiadas por las autoras de este volumen —se preguntan las coordinadoras—, en qué tipo de labores se ocupan las mujeres, cuáles son los obstáculos culturales que deben de enfrentar al incorporarse a trabajos diferentes de los tradicionalmente asumidos, como la crianza de los hijos y el cuidado de la huerta familiar, cuál es ahora el papel de las mujeres dentro de la familia y la comunidad... Preguntas cuyas respuestas generan nuevas preguntas que destacan la relevancia de estos estudios y la necesidad de su estímulo y crecimiento.

ELENA URRUTIA
PIEM, 1995

PRESENTACIÓN Y AGRADECIMIENTOS

El volumen que ahora presentamos es producto del esfuerzo colectivo llevado a cabo por el Seminario de Investigación sobre Relaciones de Género y Transformaciones Agrarias, cuya coordinación estuvo a nuestro cargo. Este seminario fue una de las actividades del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer que se llevaron a cabo a partir de 1991, pero cabe señalar que el objetivo de abrir un espacio para la discusión de estudios sobre las mujeres y las relaciones de género en el campo mexicano tiene, en realidad, una historia casi tan larga como la del mismo PIEM.

En efecto, fue por 1984 que Lourdes Arizpe echó a andar uno de los primeros talleres del PIEM: el Taller sobre Mujeres Rurales, que quedó a cargo de Soledad González Montes cuando Lourdes asumió la dirección del Museo de Culturas Populares. Durante casi dos años dicho taller reunió alrededor de veinte personas interesadas en estas cuestiones, la mayoría de ellas antropólogas y sociólogas que hacían investigación para sus tesis de posgrado.

Durante la primera etapa de la vida del taller, las sesiones estuvieron dedicadas, principalmente, a la discusión de los trabajos de las participantes, pero también se hicieron invitaciones a especialistas en cuestiones campesinas, étnicas, etnohistóricas, de parentesco y de salud. Arturo Warman, Cynthia Hewitt, Andrés Fábregas, Johanna Broda, Jesús Jáuregui y Eduardo Menéndez, entre otros, presentaron sus enfoques teóricos y sus experiencias de campo, contribuyendo a fortalecer la formación profesional de las participantes. El objetivo era dar apoyo al desarrollo de una temática sobre la cual los estudios eran aún muy escasos.

El espacio se volvió a abrir en 1991, con el nombre de Seminario de Relaciones de Género y Transformaciones Agrarias. Durante dos años se reunió quincenalmente para discutir numerosas lecturas y los trabajos de investigación de sus miembros. La coordinación en esta etapa quedó a cargo de Soledad González y Vania Salles. Además de las autoras, cuyos artículos forman parte de esta compilación, fueron parte activa del seminario: Raquel Barceló,

María Antonieta Barrón, Óscar Cuéllar y Rosa Aurora Espinoza. Las sesiones se vieron enriquecidas con la participación de Kirsten Appendini, Rae Lesser Blumberg, Carlota Botey, Brígida García, Ivonne Szasz y Fiona Wilson, como invitadas especiales.

Todos los trabajos que integran este volumen recibieron apoyo del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, excepto los de Patricia Arias y Elena Lazos, quienes generosamente aportaron sus respectivas contribuciones. En efecto, Lourdes Barón y Gail Mummert formaron parte de la cuarta generación del Programa; María da Gloria Marroni y Sara María Lara, de la quinta; María Eugenia D'Aubeterre y Antonella Fagetti, de la sexta. Cabe destacar que Flora Botton fue coordinadora de la cuarta y quinta generaciones (1989-1990 y 1990-1991, respectivamente), mientras que Elsie McPhail y Soledad González coordinaron conjuntamente la sexta (1991-1992). Hay que aclarar, por otra parte, que los estudios que recibieron apoyo y no se incluyen aquí, ya han sido publicados o son tesis de maestría y doctorado.

A todas las personas mencionadas, que de una u otra manera contribuyeron a las discusiones del seminario y al avance de nuestros conocimientos sobre el campo mexicano, les queremos expresar nuestro agradecimiento. Tenemos también una deuda de gratitud muy especial con Josefina Aranda, quien revisó con mucho cuidado el manuscrito e hizo excelentes sugerencias para mejorarlo, y con Verónica Devars, quien con toda pericia y paciencia pasó a la computadora las numerosas correcciones y versiones del manuscrito.

SOLEDAD GONZÁLEZ MONTES
Programa Interdisciplinario
de Estudios de la Mujer

VANIA SALLES
Centro de
Estudios Sociológicos

INTRODUCCIÓN

MUJERES QUE SE QUEDAN, MUJERES QUE SE VAN... CONTINUIDAD Y CAMBIOS DE LAS RELACIONES SOCIALES EN CONTEXTOS DE ACELERADAS MUDANZAS RURALES

**SOLEDAD GONZÁLEZ MONTES
y VANIA SALLES**

La presión que en términos constantes ha recaído sobre el campo mexicano se agudiza en la actualidad con un conjunto de cambios cuya importancia está dada no sólo por su variedad, sino también por el alcance y repercusiones que tienen y tendrán en el corto y mediano plazos sobre el trabajo y las formas de vida de las familias rurales. En este contexto se perfilan mudanzas, no sólo en la participación de la mujer en la esfera del trabajo asalariado rural, sino también en el papel que desempeña en el interior del hogar, lo que redundará en el reacomodo de los vínculos entre los géneros y las generaciones, tomados como relaciones fundantes de la vida familiar.

Por esta razón, el título de nuestra introducción al libro alude no sólo a la movilidad físico-geográfica y laboral, sino también a las formas de relacionarse y pensar. Estamos ante un panorama fluido, en el que los cambios económicos ocurridos en la segunda mitad del siglo fueron acompañados por profundas transformaciones culturales. Las investigaciones reunidas en este volumen analizan múltiples aspectos de estos procesos en diversas regiones. Pero antes de discutir sus principales hallazgos, queremos ponerlos dentro del contexto, presentando, de manera sintética, los acontecimientos económicos y políticos que han tenido mayor repercusión para la población rural.

ENTRE LA FLEXIBILIDAD GLOBAL Y EL EMPEORAMIENTO DE LAS CONDICIONES
DE VIDA EN EL CAMPO: ASPECTOS DE LA COYUNTURA ACTUAL

A los reajustes económicos impuestos al sector agropecuario a raíz de las crisis agrarias y de los problemas más generales de la economía mexicana,¹ se suman en el periodo reciente un conjunto de cambios que tienen un carácter inédito, porque se apoyan en las implicaciones del proceso de globalización de la economía mundial para México y en la adopción por el país de medidas económicas de índole neoliberal. Es en este marco que debemos entender todas las medidas tomadas para el establecimiento de un Tratado de Libre Comercio y el nuevo perfil de las transformaciones agrarias, referidas a las reformas tanto del marco constitucional² como de las normas que rigen la participación del Estado en las actividades agropecuarias.

Los cambios aludidos —a pesar de su naturaleza diversa— hacen transparentes las modalidades que adopta la modernización agraria en el marco del modelo neoliberal de desarrollo económico. En él, la economía familiar campesina, que constituye un espacio importante para la sobrevivencia de gran parte de la población rural, incluyendo los sectores de productores medios, pasan a una posición secundaria o, de plano, no tienen cabida.

Para plantear lo que de nuevo hay en la modernización del campo mexicano es preciso recalcar algunos procesos que tuvieron lugar desde fines de los ochenta hasta la actualidad. Uno de los que tuvo influencia trascendente en el empeoramiento de la situación del campo —aunque éste no haya sido su objetivo— fue el Pacto de Estabilización y Crecimiento Económico, que entró en vigor en los últimos meses de 1987.³ Tal empeoramiento, que se refleja en una

¹ Una revisión de los estudios realizados a lo largo de las dos últimas décadas se encuentra en Hewitt de Alcántara (1988), Calva (1988), Appendini y Salles (1980 y 1983) y Salles (1990).

² La finalidad aparente de estas medidas es cambiar el estatuto jurídico de la tierra campesina ejidal para dar mayor amplitud y flexibilidad al mercado de la tierra en México.

³ Ya se cuenta con una bibliografía especializada sobre el conjunto de medidas y políticas diseñadas para la economía mexicana en los ochenta: desde un marco latinoamericano, pero con reflexiones muy interesantes sobre México, véase Sun-

evolución negativa del PIB sectorial, se debe, entre otras razones, a la fijación desfavorable de los precios de garantía, hecho que se combina con una posición también desfavorable de los productos agrícolas mexicanos de exportación en el mercado internacional.

Fue justamente a inicios de la administración de Salinas de Gortari cuando se diseñó una agresiva política de reestructuración agropecuaria que se manifestó en:

a) La puesta en funcionamiento de medidas tendentes a recortar la participación del Estado en la economía rural, mediante el proceso de redefinición de funciones y de clausura y/o desactivación de instituciones relacionadas con las actividades agrícolas y pecuarias. Tales medidas —ampliamente divulgadas en la prensa de circulación nacional— constituyen parte de la política neoliberal de “adelgazamiento” del Estado e implican el cierre parcial o total, o la privatización de empresas del Estado con incidencia en el campo, verbigracia la Conasupo, Angsa y Banrural. Entre los ejemplos de privatización hay que incluir también a algunos ingenios y a varias paraestatales, como lo ilustran los casos de Tabamex e Inmecafé.

b) La puesta en marcha en 1990 del Programa Nacional de Modernización en el Campo (Pronamoca), cuyos lineamientos cubren un periodo de cuatro años (SARH, 1990) y tienen como eje orientador la reorganización del campo mediante su modernización, entendida ésta como el uso de alta tecnología, dirección empresarial de la producción y “libre” acceso a la tierra.⁴

c) La elaboración de los cambios en la Constitución y la organización de medidas políticas para ejecutarlos en los ámbitos legislativo y jurídico. La denominada “nueva legislación agraria” se plantea a partir de una enorme congruencia con la política macroeconómica y con la apertura comercial. En función de ello se modifica el marco jurídico agrario mediante la reforma del artículo 27 y sus leyes derivadas, con el fin de fomentar un mercado de tierras y la inversión privada en el campo.⁵ Un antecedente de máxima

kel, (1991). Para un punto de vista crítico de las políticas del gobierno actual, véanse Bortz (1991) y Yúnez (1988).

⁴ Para un comentario importante sobre dicho programa, véase Sara Lara (1992).

⁵ Para una discusión sobre las acciones previas que introdujeron cambios constitucionales en los artículos que reglamentan las cuestiones agrarias, véase

importancia, que por sí mismo indica el peso otorgado por la política agraria a la propiedad privada, está contenido en el hecho de que entre 1982 y 1988 se fortaleció de modo relevante la propiedad privada frente a la ejidal con el otorgamiento de 293 884 certificados de inafectabilidad (Concheiro, 1993). Para evaluar la importancia de tales medidas cabe recordar que entre 1934 y 1981 se habían extendido 193 097 certificados (Martínez, Concheiro, García, Canabal y León, 1991).

Las reformas al artículo 27 se introducen para flexibilizar la propiedad de la tierra en su conjunto, cambiar las modalidades de dominio de la nación sobre su territorio, transformar el acceso de los extranjeros (tanto individuos como empresas) al suelo mexicano y para proponer métodos de “liberación” de la tierra en manos campesinas⁶ (Carton de Grammont, 1992). En una evaluación sobre los efectos del artículo 27 sobre el campesinado en su conjunto y, en particular, sobre la mujer y las familias de ejidatarios, se destaca que, a pesar del amplio alcance de las reformas, algunos aspectos afectan particularmente a las mujeres y los hijos. Destacan la exclusión de la mujer en la toma de decisiones en las asambleas ejidales, y la posibilidad que tiene el ejidatario de vender su parcela “sin el consentimiento de la mujer o de los hijos. Aunque todos ellos gozan del derecho del tanto (tienen prioridad por ser compradores) disponen sólo de 30 días naturales para ejercerlo”. Asimismo, se advierten y se explicitan —mediante un estudio detallado de varios apartados del artículo 27— algunos aspectos que pueden ser utilizados en favor de las mujeres (Red Nacional de Promotoras Rurales, 1992: 5 y 6).

d) La organización de las políticas agraria y agrícola en función del Tratado de Libre Comercio (TLC) entre México, Estados Unidos y Canadá, promueve una situación desfavorable para los productos del campo mexicano. Independientemente de los últimos

Appendini y Salles (1983). En este texto se enfatiza que dichas acciones tomadas durante los gobiernos poscardenistas viabilizan la implantación de medidas anti-ejido y por eso mismo anticampesinas.

⁶ Las tierras ejidales y comunales, según los censos de 1970, ocupaban 106 millones de hectáreas (54% de la tierra con uso agropecuario) distribuidas entre 28 800 ejidos y comunidades agrarias con superficies asignadas de 26 448 y 2 300 hectáreas, respectivamente). Véase Appendini y Salles (1983).

acuerdos tomados (y también de los análisis más recientes), investigaciones realizadas en los últimos años sobre el tema nos indican que una cuestión que se presenta de modo constante está referida a las diferencias entre los recursos otorgados a sus agricultores por los programas oficiales de los países que participan en el TLC (Concheiro, 1993; Fritscher, 1991). Así, mientras Estados Unidos “tiene un abierto propósito de mantener el apoyo a sus productores de granos”,⁷ el gobierno mexicano tiene a su sector agropecuario en situación de abandono. Esto, aunado a problemas históricos de diversa índole, incluyendo las crisis agrícolas cíclicas jamás superadas satisfactoriamente, provoca no sólo la existencia, sino más bien la profundización de las diferencias de productividad y la generación de disparidades en las reglas de mercado que norman la competencia.⁸ A esta situación se suman fuertes disparidades en los accesos a la tecnología, en general, y a los tractores, en particular, lo que incide irremediablemente en la productividad del trabajo. Todo ello —independientemente de los problemas derivados en forma directa de la circulación internacional de mercancías— hace que México tenga una situación de origen desfavorable en cuanto a su participación en los productos agropecuarios dentro del TLC.

El panorama delineado en términos globales y comparativos se agudiza, en el caso de México, si se introduce la cuestión de las disparidades existentes entre los diferentes tipos de productores que conforman el campo. Tal fenómeno se inserta en lo que podríamos llamar la acentuación de la estructura de desigualdad social que impera en el país, sobrepasando las pautas analíticas de la polarización económica, ya que más que dos polos con perfiles nítidos, encontramos un mosaico de situaciones diferenciadas.

⁷ Según Concheiro (1993:9) “a partir de 1986, más de 70% de la superficie sembrada de maíz estaba bajo programas federales de pagos directos al productor o pagos en suficiencia”.

⁸ Para ilustrar esta idea tomamos algunos datos citados por Concheiro (1993: 9 y 10). En Estados Unidos la superficie cultivable promedio por productor es 23 veces mayor que la de México y la de riego es superior en 10 veces. “En México la superficie por cada productor agrícola es de 2.7 hectáreas y en Estados Unidos, 61.4; en cuanto a riego, en México la proporción es de 0.6 hectáreas y en Estados Unidos, 5.9 por agricultor”.

Advertimos, por ejemplo, que algunos sectores de productores rurales, sobre todo aquellos que logran dedicarse a ciertos cultivos comerciales, como los de las flores, frutas y verduras, tienen mejores condiciones tanto para la reproducción cotidiana del núcleo doméstico, como para la renovación y ampliación de los elementos implicados en la producción. Esto ocurre mientras otros campesinos pasan a nutrir el contingente creciente de pobres en el país (Tarrío y Fernández, 1993, y Salles Tuirán, 1994).

Vale decir que las nuevas condiciones del desarrollo y las políticas públicas afectan a la población rural de modo no homogéneo, profundizando y matizando las disparidades en función de la clase, el género y la etnia de los productores y de las posibilidades productivas regionales. Estas últimas varían conforme el lugar que ocupa la región en el contexto nacional. De manera que el desarrollo reciente se ha caracterizado por el incremento de las desigualdades entre regiones, zonas, comunidades, y aun entre los productores de una misma comunidad.

Sobre los problemas indicados en el inciso a) es importante retener para fines analíticos que el recorte de la participación del Estado en el campo desarticula, con una agilidad sin precedentes, un abanico importante de instituciones clave que regían la economía agrícola y que se vinieron construyendo a lo largo de varias décadas —un ejemplo contundente de ello es lo ocurrido con la Conasupo y el Inmecafé. Este recorte ocasiona también una disminución del crédito promovido por la banca oficial para el apoyo tecnológico a la economía de los pequeños y medianos productores,⁹ y una contracción muy importante del gasto público sectorial. Al mismo tiempo, la literatura especializada destaca que hay una combinación de numerosas transformaciones en el ámbito social y en el de las relaciones laborales ocurridas bajo la nueva modernización (Gordon, 1992; Yúnez, 1988). Calva, en su libro de 1988, al hacer un balance de la economía mexicana con énfasis en la

⁹ Según cifras proporcionadas por Concheiro (1993:5), "Si en 1989 Banrural habilitó a 25% de los productores, en 1990 sólo a 9.7%, que sumados a 15% que mal atendió Pronasol y a 3% apoyado por la banca comercial, encontramos que únicamente 25% de los productores tuvo acceso al crédito institucional en ese año. En términos absolutos, la habilitación de tierras hecha por Banrural cayó de 7 millones de hectáreas a principios de los ochenta, a sólo un millón en 1993".

situación del campo, señala que un fenómeno que posiblemente caracteriza los cambios acaecidos en los dos últimos años es el recorte en el gasto público. Según cifras del Banco Mundial (citadas por Robles y Moguel, 1990), la inversión del Estado para el sector agropecuario mexicano pasa de 2 176 millones de dólares en 1982 a sólo 394 millones en 1988. A su vez, Fritscher y Steffen (1991) indican que la SARH redujo su presupuesto 70% en términos reales entre 1981 y 1986, lo que apunta un proceso de abandono del campo por parte del Estado. Concheiro, al comentar la situación del crédito rural con base en datos de la FAO, afirma que “el financiamiento al sector agropecuario sufrió una grave tendencia decreciente de 1982 a 1988”, tanto en los volúmenes distribuidos por la banca oficial como por la privada. En la primera —que es la fuente de crédito del sector campesino— pasó de 73 200 millones de pesos en 1980 a 41 300 en 1988.¹⁰ En la banca privada la disminución de los montos de crédito otorgados fue aún más grave, ya que éstos descendieron de 104 500 millones a 41 730 en los mismos años.

Fenómenos de esta índole —que afectan además áreas tan importantes como la educación rural— agudizan el estado de precariedad en que se encuentra la población campesina indígena y cierran las posibilidades, a corto y mediano plazos, de mejorar la situación.

Con respecto al Programa Nacional de Modernización en el Campo (inciso *b*), cabe destacar que su énfasis está puesto en la productividad y en el incremento de la exportación,¹¹ aspectos que se vinculan con una visión “flexibilizadora”, tanto de la organización productiva —mediante una reordenación de las relaciones laborales y de las formas de producir— como de las instituciones y estructuras del campo. Para lograr una elevación de la productividad, el Pronamoca promueve la restructuración de la producción agropecuaria e impulsa un apoyo y un tratamiento discriminatorios para los productores, puesto que beneficia a aquellos conside-

¹⁰ Ambas cifras se refieren a pesos de 1980.

¹¹ La meta de incremento de la exportación forma parte de un programa de mayor alcance que implica una apertura económica en el marco de las políticas de ajuste estructural. Para la agricultura, la apertura económica se aceleró entre 1988 y 1990, aunque se estableció desde 1985.

rados eficientes y capaces de competir internacionalmente. Estos procedimientos forzosamente marginan a sectores importantes de la economía campesina, que pasan a ser “atendidos” por el Programa Nacional de Solidaridad que, con algunas pocas excepciones, es básicamente de índole asistencial. Pero a su vez Pronasol, a pesar de que impulsa proyectos productivos campesinos, también opera con una óptica discriminatoria, ya que impulsa solamente a quienes tienen capacidad productiva. Los demás, que son la mayoría, son relegados a las líneas asistenciales del programa, diseñadas para “atender” a los pobres del campo.

De los aspectos incluidos en el inciso c), es importante recalcar que los “imperativos” vinculados con el libre acceso a la tierra en general y a la integración de la tierra campesina en el mercado de bienes inmuebles replantea de manera tajante las condiciones que enmarcan el futuro del campesinado en México.

En síntesis, los procesos que forman parte de las nuevas pautas adoptadas para modernizar el campo pertenecen —igual que las transformaciones en el artículo 27 y las medidas que reglamentan las funciones del sector agropecuario en el marco del Tratado de Libre Comercio— al conjunto de lineamientos que conforman el modelo neoliberal de crecimiento económico implantado en México. Cada medida se dirige a aspectos específicos y busca efectos particulares, pero la modernización agraria adquiere fuerza exactamente porque abarca una conjunción de elementos que actúan combinadamente.

Para concluir esta sección, quisiéramos enfatizar que, a diferencia de los problemas que caracterizaron la cuestión agraria en otros periodos, los que determinan la situación del campo en la actualidad están marcados por una combinación de tres amplios procesos:

a) La *globalización* como tendencia mundial, que sustituye tanto las condiciones efectivas como los parámetros definitorios de lo que se denominaba la transnacionalización de la economía y del sector agropecuario.

b) El *Tratado de Libre Comercio*, que debe ser tomado como uno de los requerimientos de este proceso mayor, cuya vocación integradora, al abarcar la producción agrícola, impone al sector los matices particulares de la modernización, cuya misión no es lograr

la suficiencia alimentaria, el bienestar campesino o una estructura de tenencia favorable al ejido.

c) Los *cambios en las leyes, normas y prácticas institucionales* que rigen —entre otros aspectos vinculados al dominio de la nación sobre su espacio territorial— a la tierra ejidal. A los cambios constitucionales se suman otros, que, por derivarse de los requerimientos macroeconómicos de la política neoliberal, se sintetizan en un giro total de la política del Estado frente al campo y a los campesinos. Su aplicación encierra algo más que un simple adelgazamiento del Estado, pues adquiere la fuerza de una relación de tipo nuevo, que pone al margen los proyectos campesinos privilegiando recientes alianzas con los propietarios privados y con los ejidatarios que logren establecer acuerdos y compromisos asociativos con ellos.

En la actualidad, la confluencia acumulativa de los procesos mencionados desemboca en el surgimiento de nuevos movimientos sociales, entre ellos una serie de protestas que canalizan el malestar y las demandas de la población rural, con diversos grados de radicalidad, cuya variación depende de la situación en que los protagonistas se encuentran. Tenemos así un abanico de expresiones que van desde las luchas de El Barzón hasta el levantamiento indígena de Chiapas. Frente a esta realidad tan compleja y acuciante, no es de extrañar que la tendencia emergente y dominante de las investigaciones sobre el campo mexicano en la primera mitad de los noventa haya estado dirigida a comprender los efectos más inmediatos que ha tenido la reorganización del sector agropecuario mexicano bajo la égida de las nuevas pautas programáticas que hemos delineado en las páginas precedentes.

Los estudios contenidos en este libro buscan analizar los procesos rurales desde un enfoque necesario pero novedoso aún: el de las relaciones de género. Desde este enfoque se pretende dar visibilidad a una serie de aspectos poco conocidos, pero muy importantes para la comprensión cabal de lo que está ocurriendo en el campo. En este sentido resulta central el tema de la feminización de la fuerza de trabajo rural, que ha sido un proceso concomitante o inherente al desarrollo de la agricultura comercial de exportación y del mercado interno a gran escala. La descripción y análisis de este fenómeno y de la participación de las mujeres

rurales en las diferentes formas de producción es el punto de arranque para estos artículos, cuya contribución, como veremos en las próximas secciones, va mucho más allá de la división sexual del trabajo en el campo.

EL REACOMODO DE LOS PAPELES FEMENINOS FRENTE A LA FLEXIBILIZACIÓN DE LAS ESTRUCTURAS OCUPACIONALES EN EL CAMPO

En un análisis de los datos de los Censos Nacionales de Población de 1970 y 1980, Antonieta Barrón (1990 y 1993) indica que la participación masculina en la Población Económicamente Activa (PEA) agropecuaria tuvo un bajo incremento (100 000 trabajadores) a lo largo de esta década, hecho que cobra mayor relevancia si lo comparamos con el aumento de la participación femenina en el trabajo agropecuario, que pasó de aproximadamente 266 650 en 1970 a 742 710 en 1980.¹² Dicho en términos porcentuales, 9.2% de la PEA dedicada a actividades agropecuarias en 1970 consistía en mujeres. La proporción subió a 12.3% en 1980, y a 14.2 en 1990, siempre según los censos —una fuente de información que nunca ha logrado captar en su justa dimensión la participación económica femenina.

La expansión del trabajo remunerado femenino es un fenómeno que abarca no solamente el trabajo agropecuario, sino también un conjunto importante de actividades vinculadas con otros sectores de la economía. A esto se agrega que la participación femenina dentro de la fuerza de trabajo obedece a un conjunto amplio de factores de diverso tipo, lo que impide reducir la explicación de la incorporación de la mujer al mercado laboral a cuestiones de naturaleza económica, como habrán de apreciar las lectoras y los lectores a lo largo del libro. En efecto, se deben considerar como elementos fundamentales las transformaciones en las relaciones de

¹² Se han hecho distintas estimaciones sobre el número de mujeres que participan en la PEA agropecuaria. Una de ellas, con base en el Censo de Población de 1980, considera que de la población rural, que consta de 28 420 000 personas, 15 510 000 conforman la PEA. De este total, 41.5% se dedica a las actividades propiamente agropecuarias, y 58.9 trabaja en los sectores terciario y secundario vinculados con el campo.

género, que caminan paralelamente con los factores de índole económica.

Para describir el creciente peso de las mujeres en los mercados de trabajo rural, en años recientes comenzó a utilizarse el concepto “feminización de la fuerza de trabajo”. ¿Qué significa exactamente esto para cada una de las regiones estudiadas por las autoras de este volumen? ¿En qué tipo de labores se ocupan las mujeres? ¿Qué consecuencias tiene la intensificación del trabajo remunerado de las mujeres para otros aspectos de sus vidas? Éstas son las preguntas que con mayor insistencia se hacen a lo largo del libro.

Como bien señala Sara Lara, el concepto de “feminización” de la fuerza de trabajo puede ser utilizado con diferentes sentidos: puede significar el proceso histórico de desplazamiento de mano de obra masculina por femenina, o puede implicar que las mujeres acceden a espacios que antes eran típicamente masculinos, sin que por ello desplacen a los trabajadores varones. Este segundo proceso a su vez puede ocurrir bajo diferentes condiciones: la ampliación de la demanda de trabajadores por la aparición de nuevos procesos de producción y/o la intensificación de la producción, la expansión de la frontera agrícola en nuevas regiones, u otros procesos equivalentes.

Para conocer cómo se han dado estos procesos, Gail Mummert aboga por la complementariedad de los estudios sociodemográficos y antropológicos en la reconstrucción histórica de la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo regional. En el valle de Zacapu, Michoacán, encuentra que no se trata de un proceso unilineal, sino de un movimiento que procede con marchas y contramarchas, según los vaivenes de la demanda de la fuerza de trabajo en diferentes periodos.

Así, a fines del porfiriato en Zacapu se produjo una considerable proletarianización femenina, ligada al jornalero agrario, lo que también ocurrió en otras zonas del país.¹³ La Revolución de 1910 y la reforma agraria impulsaron la “recampesinización” de amplios sectores y con ella el retorno de las mujeres a la reclusión

¹³ Un proceso semejante al descrito por Mummert fue encontrado para el mismo periodo en el distrito de Tenango, perteneciente al valle de Toluca (González Montes, 1991, 1992).

doméstica, excepto para las de los hogares más pobres, que migraban temporalmente a las ciudades a trabajar como empleadas domésticas. La temprana instalación de una industria en la zona de Zacapu generó nuevas oportunidades de empleo femenino. Una de las evidencias de esta historia es que las mujeres ingresan a algunas ocupaciones cuando éstas dejan de tener prestigio y su remuneración se ha tornado comparativamente más baja que otras. Tal es el caso del magisterio, una actividad que en muchas regiones se “feminizó” en la segunda mitad del siglo xx.

Evidentemente, cada región ha seguido caminos particulares en cuanto a la manera en que su estructura ocupacional se ha modificado, según su ubicación en la economía nacional. De ello depende la demanda de trabajadoras, el tipo de actividades que desempeñan, y su peso en ellas. Sin embargo, los estudios aquí reunidos sugieren que como consecuencia de los cambios macroeconómicos ocurridos en la última década ha emergido una tendencia que resulta clara para el conjunto: la presencia femenina se ha ampliado en una gama de actividades que no estaba abierta para ellas anteriormente.

Dadas estas nuevas condiciones, ahora resulta insuficiente el modelo conceptual utilizado en la década de los setenta y parte de los ochenta para analizar el trabajo de las mujeres rurales, según el cual ellas quedaban relegadas a la producción de autosubsistencia, permaneciendo en el hogar marginadas del trabajo remunerado.¹⁴ Su incorporación a todos los sectores de la economía ha sido masiva, en diversos tipos de producción, en el comercio y los servicios, con variaciones según la región de la que se trate.

Aunque varios de los artículos contenidos en este volumen reconstruyen la evolución del trabajo rural femenino en lo que va del siglo, el conjunto se centra sobre todo en los procesos ocurridos en la última década (1983-1993, aproximadamente) en varias regiones del país: dos zonas de Puebla (la Mixteca poblana y la zona de

¹⁴ Fue muy utilizado en este sentido el modelo aplicado por Carmen Diana Deere (1982) en el norte de Perú, que en su momento significó una aportación importante para comprender el papel de las mujeres en muchas zonas campesinas de América Latina, en particular en aquellas donde los hombres eran los principales migrantes a las ciudades.

Atlixco), Michoacán (el valle de Zacapu y la zona de Zamora), el Bajío (Irapuato), Sinaloa y Yucatán. Cada región tiene su particular configuración y su propio desarrollo económico y sociocultural, a pesar de lo cual podemos detectar una serie de paralelos en los procesos recientes. Uno de ellos es que la llamada “feminización de la fuerza de trabajo” ha ocurrido sobre todo en contextos donde se ha expandido la demanda como consecuencia del crecimiento de la agricultura comercial, la agroindustria, las industrias y maquilas localizadas en entornos rurales.

Salvo en el caso de la Mixteca poblana, donde no ha tenido lugar un desarrollo de este tipo, todos los artículos del libro hacen referencia a la enorme importancia que ha tenido el crecimiento de la agricultura comercial en cada una de las zonas estudiadas. Se trata de la introducción de nuevos procesos productivos, nuevas tecnologías o nuevos cultivos, cuya producción está dirigida al mercado nacional por medio de circuitos de comercialización a gran escala, y a la exportación, en condiciones de enorme competitividad. Han surgido así la floricultura, horticultura y fruticultura en zonas antes dedicadas casi con exclusividad al cultivo del maíz y a la agricultura orientada primordialmente al autoconsumo.

Los estudios de este libro identifican dos fuerzas que presionan a las mujeres a trabajar por ingresos: la necesidad de lograr un nivel de vida satisfactorio para la familia, frente al deterioro e insuficiencia de los ingresos masculinos, y la ampliación de la demanda de fuerza de trabajo específicamente femenina, por ser más barata que la masculina y porque se le considera más flexible y más dócil.

Frente a este panorama, los estudios de este libro demuestran que “hombres y mujeres viven el desarrollo regional de maneras diferentes”, en palabras de Gail Mummert. Estas diferencias son de diverso tipo, como se verá a lo largo de este libro: en los trabajos que se les asignan; en las condiciones laborales, incluyendo las salariales; en la percepción que la sociedad tiene del trabajo femenino, y en su valoración con respecto al masculino.

Una diferencia inicial es que las mujeres deben vencer los obstáculos culturales que les dificultan incorporarse a labores que antes no se concebían como “propias de su sexo”, por estar fuera del ámbito familiar, considerado el adecuado para ellas. Una vez

logrado este paso —que los parientes masculinos den “el permiso” para el desempeño de las nuevas ocupaciones— las formas de pensar con respecto a lo que las mujeres “pueden” y “deben” hacer, obligadamente tienen que irse modificando. La gran interrogante es si también se están minando las bases del modelo cultural del hombre como principal proveedor de la familia, soporte fundamental sobre el que se construían su autoridad y el ejercicio de la jefatura familiar.

En este sentido, los trabajos reunidos en este libro no se limitan a describir los cambios en la participación económica femenina en diversas regiones. Todos hacen un esfuerzo por explorar sus consecuencias sobre otros aspectos de las vidas de las mujeres: su papel dentro de la familia y la comunidad, los patrones matrimoniales y de conyugalidad, el valor otorgado al trabajo femenino, los mecanismos de discriminación en los empleos, y las formas de pensar y practicar la maternidad. Es aquí donde encontramos la mayor riqueza y complejidad de los procesos.

Así, en la zona de Zacapu, Mummert encuentra que los ingresos femeninos tienen una serie de efectos positivos: tienden a mejorar el nivel de bienestar familiar y el nivel de escolaridad de los hijos y *de las hijas*; favorecen que las mujeres tengan mayor influencia sobre la administración del gasto familiar y fortalecen la autoestima de las mujeres. Este panorama coincide con las tendencias que Blumberg (1991) registra a nivel internacional, al comparar información procedente de varios países. Sin embargo, también hay casos en los que el hecho de que la mujer gane más dinero que su marido genera conflictos, llegando incluso a desencadenar la violencia del hombre que busca reafirmar su autoridad, que siente cuestionada. Situaciones de este tipo han sido documentadas por García y De Oliveira (1994) para familias urbanas, por ejemplo.

AGRICULTURA FAMILIAR/ AGRICULTURA COMERCIAL: ALGUNOS
SIGNIFICADOS PARA LAS MUJERES Y LAS RELACIONES DE GÉNERO

Si bien cada región de México ha seguido una ruta particular en cuanto a su desarrollo económico, las investigaciones reunidas en este libro nos revelan una serie de puntos de confluencia respecto

a la situación de las mujeres. Trataremos de señalar ahora brevemente algunos de los aspectos más relevantes en este sentido, dentro de la gama de procesos detonados por la expansión reciente de nuevas formas de agricultura comercial. Como veremos, los paralelos se generan por el hecho de que existe una matriz cultural común —concepciones compartidas— acerca de cuál debería ser la posición y el papel de hombres y mujeres, en sus familias y comunidades.

Elena Lazos compara dos zonas del sur de Yucatán que, a pesar de estar muy cercanas y de compartir la misma raíz indígena, han experimentado diferentes trayectorias de desarrollo económico, debido a condiciones ecológicas diferentes. En la zona donde el riego era factible, la agricultura de roza-tumba-quema, orientada a la autosubsistencia, fue remplazada desde 1960 por la fruticultura y la horticultura comerciales. La segunda zona, en cambio, continuó con la agricultura milpera, sumiéndose en la crisis desde los ochenta. Pero si bien han comenzado a surgir importantes contrastes respecto a la situación de las mujeres, también hay paralelos.

Para comenzar, en ambas zonas se ha intensificado la participación de las mujeres en las tareas agrícolas y el trabajo remunerado, destacando la presencia femenina en el comercio en el caso de la zona de agricultura frutícola-hortícola. Allí el patrón de herencia que daba preferencia a los hijos varones muestra tendencias a hacerse más igualitario que en la zona milpera, pero también hay obstáculos para el acceso de las mujeres a la tierra: no acceden a la tierra de riego porque los planes de desarrollo no las tomaron en cuenta, y tampoco son sujeto de créditos bancarios, situación constante en ambas zonas.

También Gloria Marroni encuentra el principio de inequidad entre los géneros, operando en varios niveles. Su zona de estudio es el fértil valle de Atlixco, en el estado de Puebla. Allí la explotación agrícola familiar sigue siendo la base de la reproducción de la mayoría de los hogares, pero, al igual que en casi todo el campo mexicano, requiere de ingresos adicionales. Como ha ocurrido con otras zonas de Puebla y del país, la estrategia seguida a lo largo de la última década para lograr los ingresos que permiten completar la manutención familiar ha sido el envío de migrantes a Estados Unidos, en particular a la ciudad de Nueva York.

¿Qué significa hablar de “un principio de inequidad entre los géneros” en contextos donde domina la agricultura familiar y comercial a mediana escala, como los que estudian Lazos y Marroni? Ambas autoras lo encuentran operando en el control sobre los recursos más valiosos de sus regiones: la tierra, el riego, los créditos y la comercialización. Las mujeres han sido constantemente marginadas del acceso a la tierra, primero durante el reparto agrario y luego por las costumbres de herencia que favorecen a los varones. Aquí no se trata tanto de un problema de legislación cuanto de mentalidades: no se considera que las mujeres sean sujetos con derechos a la tierra y otros recursos productivos.

Marroni señala que sus informantes dan una serie de argumentos para justificar la marginación de las mujeres del acceso a la tierra. Es interesante destacar que las mismas ideas se reiteran en otras regiones del país: que las mujeres no “trabajan” la tierra sino que “ayudan” en su cultivo; que la tierra es escasa; que las hijas se casarán y se irán a vivir a casa de sus maridos, por lo que no pueden hacer los méritos necesarios para heredar. Estas nociones legitiman un estado de cosas, cuyo resultado es que en las comunidades estudiadas por Marroni las ejidatarias suman menos de la cuarta parte del total.

Por otra parte, el incremento del trabajo femenino en la agricultura familiar y comercial de zonas como Atlixco tiene un significado semejante al que Mummert describe para el caso del magisterio: en la medida que los hombres consiguen trabajos mejor pagados, las ocupaciones que tenían pierden estatus y son asumidas por mujeres. Así ocurre cuando los hombres migran, mientras las mujeres —cuya movilidad es estrictamente controlada por sus parientes masculinos— permanecen en el lugar de origen haciéndose cargo de la explotación familiar y trabajando como jornaleras en su misma comunidad o en comunidades cercanas donde se han expandido la horticultura, la floricultura o la fruticultura. En el trabajo asalariado habitualmente enfrentan otra faceta del principio de inequidad, expresada en la desigual retribución, tema que analizan los artículos de Sara Lara y Lourdes Barón y que retomamos más adelante.

LAS MUJERES Y LOS NUEVOS PATRONES MIGRATORIOS

La reorganización de la economía en función de las pautas globalizadoras ha impulsado la redistribución de una parte de la población en el espacio, movilizándola en dirección de las zonas que han aumentado su demanda de fuerza de trabajo. Y, como explica D'Aubeterre en este volumen, si en el pasado la migración fue una estrategia surgida como complemento de las actividades agropecuarias, ahora "representa la opción primordial en torno a la cual se estructura la vida y el porvenir" de un número cada vez mayor de grupos domésticos. Se hace necesario destacar, por lo tanto, que si bien las migraciones son procesos de antigua data en México, el modelo económico neoliberal ha sentado las bases para la transformación de los patrones migratorios y el papel de las mujeres dentro de ellos.

Las migraciones del periodo 1940-1960 se caracterizaron en México por el traslado generalmente permanente de pobladores del campo y las ciudades pequeñas hacia los grandes centros urbanos, donde se concentraban las industrias y los servicios vinculados a ellas.¹⁵ En estas corrientes migratorias internas predominaban mujeres jóvenes y solteras que buscaban emplearse en el servicio doméstico. Las mujeres casadas, en cambio, permanecían en su lugar de origen, haciéndose cargo, al menos parcialmente, de la agricultura familiar, mientras el marido migraba, ya fuese a la ciudad o "al otro lado de la frontera". Las migraciones internacionales eran entonces mayoritariamente masculinas y su meta era sobre todo el trabajo periódico en las zonas agrícolas de California.

Las últimas dos décadas han visto desarrollarse patrones migratorios novedosos, porque involucran nuevas zonas de origen, nuevos destinos, formas de inserción diferentes en la economía receptora, y la incorporación de mujeres a las corrientes migratorias internas e internacionales. Uno de los aspectos más interesan-

¹⁵ De acuerdo con los datos de la Encuesta Nacional de Economía Informal (INEGI, 1989), 44% de los trabajadores del sector informal no es originario de las zonas urbanas en donde desempeñan sus labores; pero se trata mayoritariamente de una población que migró hace tiempo: casi 60% tienen más de 20 años residiendo en las zonas urbanas (Barme, 1990: 24).

tes de esos procesos es sin duda que ha aumentado la movilidad geográfica de las mujeres, que ahora participan en mayor número en los circuitos migratorios generados, sobre todo, en el norte del país (Sonora, Baja California, Sinaloa) en torno a las grandes empresas agrícolas y agroindustriales (Guidi, 1988; Lara, 1988; Velasco, 1995). Más aún, las mujeres están participando en la migración hacia Estados Unidos. Massey *et al.* (1991) calculan que alrededor de la quinta parte del total de migrantes que cruzan la frontera en la actualidad, provenientes del occidente de México, son mujeres.

El occidente es una región de alta expulsión de población, como también lo son las mixtecas oaxaqueña y poblana. En ambas regiones ahora las mujeres ven abrirse ante ellas dos opciones: permanecer en el lugar de origen para sostener y reproducir su forma de vida —con lo que se constituyen en el anclaje que facilita el retorno de muchos de los emigrantes—, o migrar ellas mismas. Las modalidades con que pueden hacerlo son diversas, aun dentro de una misma comunidad, y varias de las autoras de este volumen exploran algunas de sus implicaciones, como veremos en las siguientes secciones.

Las que se quedan: contradicciones entre viejos esquemas y nuevas responsabilidades

Patricia Arias traza en este libro un cuidadoso y completo panorama de los diferentes tipos de migración vistos desde el ángulo de la relación entre el trabajo femenino y el masculino en el occidente del país, tomando en cuenta que “las nuevas tendencias migratorias reflejan la profunda reestructuración socioespacial del trabajo a niveles nacional e internacional, resultado del nuevo modelo de desarrollo económico”. Las investigaciones de los años ochenta señalaban la importancia que tiene para la sobrevivencia familiar que las mujeres asuman la atención de la agricultura de subsistencia cuando los hombres migran (Deere, 1982), pero estudios como el de Arias documentan que los esfuerzos femeninos por generar ingresos en los hogares de emigrantes se extienden a una gama de actividades mucho más amplia: el tejido, la costura, el ensamblado a domicilio, etcétera.

El artículo de María Eugenia D'Aubeterre en este libro recoge las percepciones de las mujeres que se quedaron en el pueblo de origen, al mismo tiempo que registra aspectos de un nuevo patrón en emergencia: las jóvenes que acompañan a su pareja a Estados Unidos. El pueblo en el que realizó la investigación pertenece a la Mixteca poblana, donde la migración hacia las ciudades de Nueva York y Los Ángeles se inició en pequeña escala en los setenta y ahora ha alcanzado enorme impulso. Son las consecuencias de este fenómeno sobre la dinámica familiar lo que a esta autora le interesa analizar.

En particular, D'Aubeterre fija su mirada sobre la tensión estructural creada por el hecho de que miembros de una misma familia o unidad doméstica vivan en espacios separados por grandes distancias, en el caso de la migración internacional, con la expectativa —no siempre sustanciada— por parte de los que se quedan de recibir remesas de los migrantes. Este tipo de migración, que en la práctica es por tiempo indefinido, genera nuevas formas de vivir la conyugalidad y las relaciones padres/hijos, suegros/nuera. El vínculo es el apoyo económico de los que se van, que con frecuencia se rompe, desapareciendo entonces no sólo un factor que significa la diferencia entre el bienestar y la penuria, sino también la reciprocidad entre generaciones y entre marido y mujer.

En el caso de la migración internacional, los vínculos ya no están sujetos a mecanismos de presión familiar y comunitaria, sino al sentido de responsabilidad que tienen los individuos —con lo que éste puede tener de frágil. La migración obliga a redefinir el significado de la pertenencia al grupo familiar en términos de obligaciones que dan derechos, y lo mismo ocurre con la pertenencia a la comunidad. No sólo los fondos que permiten sostener el ciclo agrícola familiar derivan en buena medida de las remesas de los migrantes, sino también los utilizados para el mejoramiento de la comunidad y el mantenimiento de las actividades rituales. En este sentido, el estudio de D'Aubeterre enfatiza que las remesas se han convertido en esenciales para la reproducción de las redes de la sociabilidad comunitaria, lo que permite a los migrantes conservar su lugar en ellas.

Prácticamente todos los artículos sobre migración contenidos en este libro tocan un punto poco tratado en la bibliografía sobre el tema: su costo emocional. Desde el punto de vista de las mujeres, éste es un punto fundamental para la evaluación que hacen de la calidad de sus vidas, y a él le atribuyen incluso influencia decisiva en los procesos de enfermedad que ellas y sus hijos padecen. El esfuerzo realizado por varias autoras en este libro por rescatar los aspectos subjetivos constituye una de las contribuciones más interesantes del volumen, pues al incorporarlos al marco de análisis iluminan áreas que para las mujeres son importantes.

En efecto, desde Michoacán hasta Puebla, las autoras encuentran que sus entrevistadas insisten sobre las presiones a las que se ven sometidas cuando deben asumir múltiples responsabilidades, incluyendo la jefatura familiar *de facto*; las tensiones de la convivencia con los suegros, bajo cuya tutela las suelen dejar sus maridos ausentes; la incertidumbre ante la inestabilidad de las remesas de los migrantes, y la posibilidad siempre presente de que el migrante inicie una nueva familia en el lugar donde trabaja y reside.

Mientras los maridos están ausentes, las esposas deben asumir diversas actividades para garantizar el bienestar de la familia y para cumplir con las obligaciones cívico-religiosas de ellos. Estas actividades inevitablemente las llevan fuera de la esfera de lo doméstico, con resultados contradictorios: les dan una experiencia en el ámbito público en la representación de los intereses familiares, que antes no tenían, al mismo tiempo que son fuente de tensiones porque contradicen el papel culturalmente aceptado de lo que debe hacer la mujer. Cuando los maridos regresan, las mujeres se ven obligadas a retornar a su posición anterior y ellas mismas les ocultan el papel de jefatura que han tenido en la economía doméstica y en el ámbito público, para evitar conflictos. Hay un desfase entre la imagen del lugar que debe ocupar la mujer en la sociedad y el papel que de hecho está desempeñando. Las consecuencias de esta contradicción, en el presente y a futuro, son cruciales para la comprensión de los cambios en la condición y la conciencia de las mujeres.

Las que migran: condiciones de vida y trabajo de las jornaleras agrícolas

La participación de las mujeres en las corrientes migratorias dentro del país es un fenómeno perdurable y de antigua data, como lo documenta Patricia Arias. El patrón más común ha sido que se dirigieran de sus pueblos de origen rumbo a las ciudades, para trabajar fundamentalmente como empleadas domésticas. Hasta la actualidad ésta es la ocupación que absorbe la mayor proporción de trabajadoras, cuyos salarios, prestaciones y condiciones laborales siguen sin reglamentarse y sin mejorar.¹⁶ Pese a la importancia que históricamente ha tenido el servicio doméstico como fuente de empleo femenino, seguimos teniendo muy pocos estudios al respecto.

Pero, además de la migración femenina rural/urbana, existe la rural/rural, ligada a la agricultura comercial. Precursoras fueron mujeres como las de Jaripo, Michoacán, que iban a trabajar en la pizza y en las enlatadoras de Stockton, California, ya en los sesenta, según lo documenta Arias en este volumen. Pero es a partir de la década de 1980 cuando el fenómeno se masifica. Botey calcula que en 1973 había 700 000 jornaleros agrícolas, de los cuales muy pocos eran mujeres. Para mediados de los ochenta ya había 5.4 millones de jornaleros, de los cuales alrededor de un tercio eran mujeres y niños que no iban a la escuela (Astorga, 1985: 16). Trabajan principalmente en los circuitos de cosechas de las grandes empresas agrícolas, productoras para el mercado interno y la exportación.

Investigaciones como las de Barrón (1993) han detectado importantes procesos de transformación en el perfil de las jornaleras. Mientras a principios de los setenta la mayor parte eran jóvenes solteras o mujeres que ya habían concluido su ciclo reproductivo, en los ochenta, tal como ocurre en otros sectores de la economía, se incorporan cada vez más mujeres casadas y en unión libre, aún en etapa reproductiva, jefas de familia y solteras con hijos. Barrón (1993) encuentra que un alto número lleva a sus niños con ellas a los surcos para las cosechas. En las grandes

¹⁶ Según el Censo Nacional de Población de 1990, una de cada diez mujeres económicamente activas trabajaba en el servicio doméstico.

empresas agrícolas los salarios son relativamente altos en comparación con los jornales que se pagan en las comunidades; no obstante, las condiciones laborales son muy deficientes, los problemas de salud son graves y son frecuentes los accidentes, muchas veces mortales o incapacitantes.

Es en los meses de cosecha cuando los niños padecen más afecciones gastrointestinales, incrementándose la morbilidad general de la población jornalera migrante. Esto resulta paradójico, pues éste es el periodo del año en el que su economía se encuentra más “próspera”, en términos de disponer de dinero en efectivo. Se comprueba así que el dinero, si bien importantísimo, es sólo uno de los componentes que coadyuvan al bienestar familiar. Otros, específicos del contexto al que nos estamos refiriendo, son la inadecuación de los servicios básicos de los que disponen las viviendas, los peligros de intoxicación por plaguicidas, y el hecho de que el trabajo asalariado de la madre le dificulta su dedicación al cuidado de la alimentación y de la salud familiares, sin que cuente con la posibilidad de comprar o intercambiar servicios que la replacen en estas labores.

Para autoras como Arizpe *et al.* (1989: 245), las condiciones de trabajo de las familias jornaleras son actualmente el problema más grave en el campo, pues siguen siendo de gran inestabilidad: la paga es a destajo, temporal, por tarea, por día. No hay prestaciones ni seguridad (Astorga, 1985). Si el tiempo no es bueno y “no hay trabajo”, las jornaleras permanecen días y aún semanas sin laborar ni percibir compensación, a la espera de que las recontracten. Por concebirse su trabajo como “ayuda”, no hay quien reclame cuando esta situación de paro forzoso se prolonga, como ha ocurrido en diversas ocasiones, por ejemplo en los cultivos de jitomate en Sinaloa, como lo describe el artículo de Sara Lara. El mercado de consumo suntuuario (frutas y verduras “exóticas”) es particularmente peligroso, pues sufre muchas fluctuaciones y suele tener caídas bruscas en la demanda de trabajadores.

Por otra parte, los salarios femeninos siguen siendo más bajos que los masculinos. Aparentemente, las mismas tareas reciben iguales salarios, sean realizadas por hombres o mujeres, pero el mecanismo seguido habitualmente es el de segmentar la producción en tareas que se distribuyen por sexo y reciben pagas diferen-

tes. Lourdes Barón y Sara Lara analizan estos mecanismos en sus respectivas contribuciones a este volumen. A las tareas “femeninas” se les paga menos; por un proceso de descalificación se dice que son labores para las cuales no se necesita entrenamiento. Pero, como lo demuestra Sara Lara, esta forma de pensar oculta el hecho de que las mujeres en realidad traen consigo un entrenamiento complejo, logrado mediante su experiencia en el trabajo doméstico, o transmitido de una generación a la siguiente, como ocurre en el caso de las empacadoras. De manera que en la preferencia por las trabajadoras mujeres están operando valores de género que los empleadores manipulan en su propio beneficio.

La expansión de las oportunidades de trabajo para las mujeres rurales tienen consecuencias ambiguas para ellas, como apreciarán lectoras y lectores. Un ejemplo clásico es el de las empacadoras que describe Sara Lara, quienes de una generación a la siguiente son absorbidas por un empleo que dificulta su desempeño del papel tradicional de “buenas esposas”. El resultado es la conflictividad en las relaciones de pareja, su inestabilidad y la clara tendencia a la formación de hogares con jefatura femenina, por separación o abandono. El caso de las empacadoras sugiere que el trabajo remunerado femenino, bajo ciertas condiciones, puede poner en cuestión aquellos aspectos de las relaciones familiares “tradicionales” que obstaculizaban el desempeño de las mujeres y les resultaban opresivos.

DE “LOS HIJOS QUE DIOS MANDE” A LA LIMITACIÓN DE LOS NACIMIENTOS: LA TRANSFORMACIÓN DE LA MATERNIDAD EN EL CAMPO

Las nuevas condiciones socioeconómicas del campo mexicano, en conjunción con las políticas gubernamentales, no han podido dejar de influir, de manera decisiva, sobre la que era considerada la principal actividad de las mujeres: el ejercicio de la maternidad.

En efecto, uno de los procesos de gran trascendencia para las mujeres rurales y sus familias ha sido el giro radical que dio el Estado con respecto a la política demográfica, emprendiendo programas de gran envergadura para controlar el crecimiento poblacional, una vez promulgada la Ley Nacional de Población en

1974. Con este objetivo se crearon y expandieron los servicios de planificación familiar por medio de los servicios de salud que el Estado proporciona en sus clínicas rurales. Entre las acciones emprendidas figura un amplio programa del Seguro Social de entrenamiento a parteras empíricas para incorporarlas a sus programas, sobre todo realizando labores de distribución de anticonceptivos y ampliación de la cobertura (Parra, 1991). Paralelamente los servicios médicos impulsan la aplicación de métodos temporales (inyecciones y dispositivo intrauterino), favoreciendo sobre todo un método definitivo, la salpingoclasia.

Aunque parecía casi imposible, esta política ha tenido éxito en sus objetivos: en las localidades rurales (de menos de 20 000 habitantes), la tasa global de fecundidad pasó de 6.68 hijos por mujer en 1977, a 4.86 en 1982, siendo ésta la disminución proporcionalmente más importante a nivel nacional (Zavala de Cosío, 1992: 238). Según la información derivada de encuestas nacionales, para 1982 45% de las mujeres campesinas en unión libre utilizaban algún método anticonceptivo (*ibid.*: 148), y un tercio de las asalariadas agrícolas usuarias de algún método anticonceptivo estaban esterilizadas (*ibid.*: 241). De ser fidedignas las cifras oficiales sobre las que se basan estos cálculos, estamos ante una verdadera revolución cuyas causas e implicaciones es necesario comprender, pues la transformación de los patrones de la reproducción biológica constituye sin duda uno de los procesos que han afectado más radicalmente a las mujeres rurales jóvenes en la última década, con profundas repercusiones a futuro.

Y aquí es donde comienzan los problemas: si bien hay estudios de corte demográfico, las investigaciones acerca de la transformación del significado de la maternidad para las mujeres rurales son relativamente recientes y aún escasas. Nos referimos a las investigaciones que intentan desentrañar la relación entre los cambios económicos que están ocurriendo, y el complejo conjunto de factores culturales, ideológicos, y valorativos que actúan sobre la identidad social y psicológica de las mujeres, presionándolas para cumplir con el papel de madres. El resultado de este juego no es homogéneo, de manera que aun cuando la tendencia general aparentemente ha sido a una rápida aceptación de los programas del gobierno, las respuestas no han sido las mismas en todas partes,

y en algunas zonas sigue en pie la filosofía de aceptar “los hijos que Dios mande” y la noción de que la familia grande es la deseable (Castañeda, 1993).

El artículo de Antonella Fagetti en este libro nos introduce a esta forma de pensar, presentada por medio de una serie de citas muy esclarecedoras. En la comunidad de la Mixteca poblana que estudió —la misma analizada por D'Aubeterre—, se es mujer en la medida en que se cumple con el destino de ser madre, que da una meta y un sentido a la vida femenina, y en el que las mujeres encuentran satisfacción emocional y seguridad económica. En esta concepción, dominante en el campo mexicano hasta hace menos de dos décadas, la maternidad es fuente de valoración social, autoestima y relativo poder para las mujeres. Al mismo tiempo, en la sexualidad femenina pensada en función de la procreación no tienen cabida el deseo y el placer, que son censurados por la cultura.

El análisis de esta forma de pensamiento nos ayuda a comprender las conductas reproductivas de las generaciones mayores, así como los conflictos íntimos que se están suscitando en las jóvenes que ahora se enfrentan a la posibilidad de tomar la decisión de limitar el número de hijos que han de tener. En un contexto de economía campesina y de ausencia de mecanismos de seguridad social, una descendencia numerosa es valorada y tiene sentido porque provee la fuerza de trabajo necesaria, es garantía de sostén en la vejez y de supervivencia de la comunidad. Al no haber futuro en el trabajo agrícola y al aumentar los costos que involucra su crianza por las necesidades de escolarización,¹⁷ el valor económico de los hijos cambia, y las mujeres jóvenes empiezan a ver la conveniencia de tener menos hijos. A este proceso seguramente no es ajeno el hecho de que las mujeres han intensificado su trabajo extradoméstico.

En el caso de la comunidad que estudian D'Aubeterre y Fagetti, a los factores mencionados parece agregarse otro, que está impulsando el cambio en las aspiraciones con respecto al tamaño

¹⁷ Uno de los aspectos más interesantes de los procesos recientes ha sido la percepción por hombres y mujeres de la necesidad de “dar estudio” a sus hijos e hijas —lo que D'Aubeterre atinadamente llama una “revolución de las aspiraciones”.

de la prole: las nuevas expectativas con respecto a la migración. En efecto, la posibilidad de que las jóvenes parejas migren juntas hacia Estados Unidos —algo muy reciente— y las pautas que operan del otro lado de la frontera, sin duda están influyendo sobre la forma de pensar de las mujeres jóvenes. Tenemos entonces en el caso de San Miguel dos fuerzas encontradas, operando simultáneamente en direcciones opuestas: la base de la economía local sigue siendo agropecuaria, pero se sostiene desde luego por las remesas de los emigrantes. Sobre esta base operan dos racionalidades reproductivas diferentes, y es precisamente el inicio de este proceso de transición de una a la otra lo que nos describe Fagetti.

Este proceso, que involucra la posibilidad de separar el ejercicio de la sexualidad de la procreación, significa la redefinición de la maternidad y de la relación de pareja. Conlleva la posibilidad de conflicto entre varios actores interesados en el control de las capacidades reproductivas de las mujeres: el Estado, la comunidad, la Iglesia católica, miembros de la familia como el marido o la suegra, y la propia mujer. Para dar un ejemplo, Browner (1986) describe situaciones en las que las mujeres desean tener familias más pequeñas, pero los hombres las presionan para que rechacen los programas de planificación del gobierno. En el pueblo que estudia Fagetti, por el contrario, son los jóvenes hombres migrantes los que presionan a sus compañeras “para que se curen [operen]”, cosa que ellas temen. Y por el lado del papel del Estado, se ha señalado que el empeño que ha puesto en hacer descender las tasas de fecundidad ha creado presiones sobre los prestadores de servicios de salud pública, que en ocasiones han desembocado en la violación de los derechos reproductivos (Aranda, 1993).

Hasta ahora las investigaciones sociodemográficas referidas a la fecundidad se han interesado, fundamentalmente, por la manera en que el papel social y culturalmente asignado a las mujeres como madres, esposas y encargadas del hogar influye sobre su desempeño económico (De Oliveira y García, 1990; García y De Oliveira, 1991). Y viceversa, cómo las nuevas presiones de la crisis, aunadas al surgimiento de nuevas demandas de fuerza de trabajo femenina, están creando las condiciones para que las mujeres piensen de manera diferente sobre el número de hijos que desean tener. Éste es un buen punto de partida, pero la disputa por el control del

cuerpo femenino, en la que lenta o rápidamente va emergiendo la propia mujer como agente en busca de autonomía, constituye un campo de investigación muy amplio y complejo, que plantea nuevos dilemas e interrogantes. Un avance interesante en esta dirección, referido al ámbito urbano, es el reciente libro de García y de Oliveira (1994), pues incorpora al estudio de familias de sectores medios y populares los problemas de la violencia doméstica y los patrones de autoridad, poder y negociación en la pareja.

REFLEXIONES FINALES

La participación de la mujer en la esfera del trabajo asalariado rural ha provocado el reacomodo de los lazos entre los géneros y las generaciones. Estos cambios son cruciales, pues esas relaciones determinan la sobrevivencia y la calidad de la vida familiar. Desde esta perspectiva —que busca integrar en un mismo marco explicativo los cambios económicos y las transformaciones ocurridas en las formas de relacionarse y pensar— los estudios de este libro buscan dar visibilidad al entramado de cuestiones puestas al margen por los estudios globales. El hecho de que no se centran sólo en la mujer, sino en el contexto relacional en el que ella se inserta, implica una apertura analítica que permite el acercamiento a procesos más amplios, protagonizados por un sinnúmero de personas que conforman el ámbito de las relaciones sociales, no reductibles al hogar o a la familia.

Las investigaciones realizadas en la última década, tanto a nivel del conjunto de la población nacional como en el caso específico de la población rural, han buscado reconstruir el contexto antes mencionado para la comprensión de la situación femenina. En este sentido, tales investigaciones han encontrado que no sólo ha crecido el número de las mujeres que trabajan por un ingreso, sino que además ha cambiado su perfil, al aumentar la proporción de las que están en edad reproductiva y en unión. En la década anterior los estudios encontraban que eran sobre todo las jóvenes solteras quienes antes de casarse pasaban un periodo trabajando para contribuir al hogar paterno. Esto era muy claro —y lo sigue siendo— en el caso de las que migraban a la ciudad para trabajar en el

servicio doméstico. Pero también se aplicaba, en buena medida, a las jornaleras agrícolas y a las obreras de las agroindustrias, entre las que se registraba un porcentaje importante de jefas de hogar y de mujeres que habían pasado la edad reproductiva.

Varios estudios recientes han encontrado que, en zonas rurales o ciudades pequeñas y medianas a las que acuden mujeres rurales, una serie de ocupaciones están siendo desempeñadas por trabajadoras con hijos pequeños, casadas o en unión libre (Wilson, 1986, 1990). Éste es el caso sobre todo de las jornaleras agrícolas (Rosado, 1990; Barrón, 1993) y también de las comerciantes. Se han propuesto diversas interpretaciones. Una es que la crisis, en particular el hecho de que los salarios son muy bajos, presiona para que un mayor número de miembros de la familia salga a trabajar. Otra es que se ha expandido la demanda de fuerza de trabajo específicamente femenina, en la agricultura comercial, la agroindustria, la manufactura y el ensamblaje a domicilio, y en talleres de diverso tamaño.

En efecto, una gran variedad de manufacturas se ha trasladado a entornos rurales, como ha ocurrido con la industria de la confección, la del calzado, de artículos de plástico, etc. Este fenómeno lleva a Patricia Arias a hablar de “la nueva ruralidad mexicana”. Queda pendiente, como problema para futuras investigaciones, el conocimiento de cuál será el impacto del Tratado de Libre Comercio sobre estas nuevas fuentes de trabajo que se abrieron en la última década para las mujeres rurales.

Y ya que nos referimos a los procesos desencadenados por la acción del Estado en el campo, no podemos dejar de mencionar la importancia de estudiar, desde el ángulo de las relaciones de género, la reforma de los artículos 4 y 27 constitucionales, así como el papel del Programa Nacional de Solidaridad. Éstos no sólo están teniendo y tendrán a futuro un tremendo impacto sobre el ámbito estrictamente económico, sino también y fundamentalmente, sobre el político.

Por lo que se refiere específicamente al proceso de expansión del trabajo remunerado femenino en el campo —tema central de este libro—, éste tiene complejas implicaciones que deben examinarse con detalle, y que generan múltiples interrogantes: ¿han mejorado las condiciones de vida de las mujeres y sus familias?,

¿han surgido nuevos mecanismos de división del trabajo en el interior del grupo doméstico o entre grupos domésticos?, ¿han cambiado las formas de cuidado y crianza de los niños?, ¿qué significan los nuevos ingresos femeninos para la toma de decisiones en el hogar?, ¿facilitan las nuevas condiciones una mayor participación femenina en los órganos de representación comunitaria?, ¿están logrando las mujeres mayor control sobre sus propios cuerpos y sexualidad?

Los artículos que forman parte de este volumen comienzan a explorar algunas de estas cuestiones. Un resultado que emerge con toda claridad del conjunto de estas investigaciones es que la imagen de la mujer rural dedicada exclusivamente al cuidado de la huerta familiar y la crianza de los hijos, no da cuenta de la realidad en ninguna de las zonas estudiadas.

Sin embargo, en las actuales condiciones sigue siendo válida la observación de Fiona Wilson (1986) de que es muy difícil construir una teoría social generalizadora sobre la dirección en que está cambiando la condición de las mujeres rurales. Quizá por esta razón los estudios de la última década en México tienden hacia la descripción cuidadosa de los procesos, tratando de delimitar sus alcances temporales y geográficos, definiendo con mayor precisión las particularidades de los grupos sociales involucrados. Como lo demuestran los estudios contenidos en este libro, ha habido una preferencia por mostrar la complejidad de los procesos, documentando el entramado cultural ideológico económico que está interviniendo, con resultados polifacéticos y a veces contradictorios. Claramente, no se puede crear un estereotipo de "la mujer rural", pues hay heterogeneidad de situaciones y condiciones.

Estos estudios recientes no se centran exclusivamente en la mujer, sino en las relaciones de los géneros y las generaciones en el interior de la familia y dentro de procesos más amplios. Por eso la imagen de los hombres se va perfilando con mayor claridad que en investigaciones anteriores, y además van emergiendo otros personajes importantes en las relaciones de autoridad familiar: los parientes políticos de la mujer —los padres y hermanos del hombre, y en particular la suegra. Por lo menos en varias zonas, los estudios sugieren que aun cuando los ingresos estén favoreciendo que la pareja establezca su propio domicilio, la familia de origen

del marido sigue teniendo importancia en la vida de las mujeres después del matrimonio. Esto es especialmente cierto en muchos hogares de migrantes masculinos, donde las esposas quedan bajo la vigilancia de los padres de los maridos ausentes. No obstante la dependencia que esto puede significar para ellas, los estudios también informan que las mujeres tienen que asumir responsabilidades ante la comunidad, participando en las organizaciones cívico-religiosas locales en nombre del marido y tomando múltiples decisiones que no pueden emprender cuando él está presente.

Uno de los cuestionamientos que se hicieron a los estudios de los setenta era que, al centrar la atención sobre el “impacto” de los cambios económicos sobre las condiciones de vida, no tomaban en cuenta que las relaciones sociales y las configuraciones culturales preexistentes también inciden sobre los procesos. Es decir, se consideraba una única dirección de las presiones, en lugar de la interacción entre múltiples factores, incluyendo la voluntad de los actores como agentes importantes (Wilson, 1986: 275). Pensamos que los estudios de este volumen han dejado atrás una visión simplista en la que se priorizaban los aspectos económicos sobre las relaciones sociales y las formas de pensar, y en la que se tendía a presentar a las mujeres como víctimas pasivas de su destino y de esas fuerzas económicas. Aunque aquí las formas en que ellas buscan activamente ejercer influencia o control sobre los demás no llegan a constituirse en objeto de estudio, sí se las presenta sacando el mejor partido posible a las condiciones en las que se encuentran.

Quedan pendientes múltiples temas que no se tratan en este volumen y sobre los cuales siguen siendo muy pocas las investigaciones. Uno de los grandes ausentes es la participación de las mujeres rurales en distintas formas de organización comunitarias, laborales, políticas. Existen estudios sobre las experiencias de organización de las mujeres para generar ingresos, sobre todo mediante proyectos productivos, muchos de los cuales (como es el caso de la Unidades Agrícolas Industriales para la Mujer) son promovidos por el gobierno (Aranda, 1993). Las organizaciones que han sido impulsadas independientemente del Estado han tratado de constituirse en la base para que las mujeres ganen espacios de reflexión sobre su condición y avan-

cen en el ejercicio de toma de decisiones (Magallón, 1986 y 1990; Mejía, 1990).

Está claro que los procesos de reorganización de las economías regionales, ocurridos sobre todo en las últimas dos décadas, han lanzado a muchas más mujeres que en el pasado a asumir nuevas responsabilidades económicas y de participación en el ámbito público. Pero lo que requerirá de investigaciones sistemáticas en el futuro será la manera en que esta nueva participación pueda transformar a las mujeres rurales en sujetos activos, e influir sobre los procesos de movilización por sus derechos y en la constitución de la ciudadanía en el campo.¹⁸ La rebelión indígena de Chiapas del 1 de enero de 1994, en la que hay una notable presencia femenina, ha puesto el problema sobre el tapete de manera ineludible, obligándonos a repensar una serie de cuestiones sobre la dimensión étnica y las relaciones de género en las luchas campesinas, que a pesar de ser fundamentales aún no han sido suficientemente exploradas.

BIBLIOGRAFÍA

- Appendini, Kirsten, *De la milpa a los tortibonos. La restructuración de la política alimentaria en México*, México, Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD), El Colegio de México, 1992.
- y Vania Salles, "Precios de garantía y crisis agrícola", *Nueva Antropología*, núms. 13 y 14, mayo, 1980.
- , "Crecimiento económico y campesinado: un estudio del ejido en dos décadas", en Appendini *et al.*, *El campesinado en México: dos perspectivas de análisis*, México, El Colegio de México, 1983.
- Aranda, Josefina (comp.), *Las mujeres en el campo*, Oaxaca, Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, 1988.

¹⁸ En el excelente libro *Autonomía y nuevos sujetos sociales en el desarrollo rural* (Moguel *et al.*, 1992), Armando Bartra habla sobre "la ardua construcción del ciudadano". El aporte de las mujeres a este proceso, su autoconstrucción como ciudadanas, y la modificación que esto implica en las relaciones de género, está esperando el esfuerzo de investigadoras e investigadores.

- , “Género, familia y división del trabajo en Santo Tomás Jalieza”, *Estudios Sociológicos*, VIII (22): 3-22, 1990.
- , “Políticas públicas y mujeres campesinas en México”, en S. González Montes (comp.), *Mujeres y relaciones de género en la antropología latino-americana*, México, El Colegio de México, 1993.
- Arias, Patricia, “La mujer y la manufactura rural en Occidente”, en J. Aranda (comp.), Oaxaca, Universidad Autónoma B. Juárez de Oaxaca, 1988, pp. 129-145.
- , “La nueva manufactura rural. Una comparación entre Guanajuato, Jalisco y Michoacán”, *Argumentos*, núm. 13, sept. 1991.
- y G. Mummert, “Familia, mercados de trabajo y migración en el centro-occidente de México”, *Nueva Antropología*, IX (32): 105-127, 1987.
- Arizpe, Lourdes, *La mujer en el desarrollo de México y de América Latina*, Cuernavaca, UNAM/CRIM, 1989.
- y C. Botey, “Las políticas de desarrollo agrario y su impacto sobre la mujer campesina en México”, en M. León y C.D. Deere (comps.), *La mujer y la política agraria en América Latina*, Bogotá, Siglo XXI Editores y ACEPT, 1986.
- et al., “Efectos de la crisis económica 1980-1985 sobre la condición de vida de las mujeres campesinas en México”, en *El ajuste invisible. Los efectos de la crisis económica en las mujeres pobres*, Colombia, UNICEF, 1989.
- Astorga, Enrique, *El mercado de trabajo rural en México*, México, Era, 1985.
- Barme, Catherine, *La situación de la mujer pobre en México*, México, UNICEF, Proyecto para la Atención de la Mujer, 1990.
- Barrón, Ma. Antonieta, “Jornaleras agrícolas en Hidalgo, Guanajuato y Jalisco”, en E. Ramírez y H. Dávila (comps.), *Trabajo femenino y crisis en México*, UAM-Xochimilco, 1990, pp. 143-169.
- , “Las enfermedades profesionales de las mujeres asalariadas del campo”, *Economía Informa*, UNAM, núm. 193, 1991, pp. 20-24.
- , *Los mercados de trabajo rurales. El caso de las hortalizas en México*, tesis de doctorado en economía, UNAM, 1993.
- Blumberg, Rae, *Gender, Family and the Economy. The Triple Overlap*, California, Sage, Newbury Park, 1991.
- Bortz, Jeffrey, “El impacto social de la crisis económica en México”, *Revista Mexicana de Sociología*, LIII (1), 1991.
- Browner, Carol., “The politics of reproduction in a Mexican village”, *Signs*, 11 (4): 710-724, 1986.
- Calva, José Luis, *Crisis agrícola y alimentaria en México 1982-1988*, México, Fontamara, 1988.
- Carrillo, J. y A. Hernández, “La migración femenina hacia la frontera norte y los Estados Unidos”, en Gustavo López y S. Pardo (eds.), *Migración en el Occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1988, pp. 85-111.

- Carton de Grammont, Hubert, "El campo hacia el fin del milenio", *Nexos*, núm. 169, enero de 1992.
- Castañeda, Martha P., "El cuerpo y la sexualidad de las mujeres nauzoncas", en S. González Montes (coord.), *Mujeres y relaciones de género en la antropología latinoamericana*, México, El Colegio de México, 1993.
- Concheiro, Luciano, "Perspectivas de la UNORCA ante los cambios actuales del mundo rural mexicano", ed. mimeografiada, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 1993.
- De Barbieri, Teresita, *Las unidades agrícola-industriales para la mujer campesina: dos estudios de caso en Charo, Michoacán y Viesca, Coahuila*, Ginebra, Organización Internacional del Trabajo, 1983.
- De Oliviera, Orlandina, "Empleo femenino en México en tiempos de recesión económica: tendencias recientes", en J. Cooper *et al.* (comps.), *Fuerza de trabajo femenina urbana en México*, México, UNAM/Porrúa, 1989, vol. I, 29-66.
- y B. García, "Trabajo, fecundidad y condición femenina en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, 15: 5(3): 693-710, 1990.
- Deere, Carmen D., "La mujer rural y la producción de subsistencia en la periferia capitalista", en M. León (ed.), *II. Las trabajadoras del agro: debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe*, Bogotá, ACEP, 1982.
- y M. León (eds.), *La mujer y la política agraria en América Latina*, Bogotá, ACEP y Siglo XXI Editores, 1986.
- Fritscher, Magda, "México y Estados Unidos: un pacto agrícola desigual", *Polis* 91, Anuario de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1991.
- y Cristina Steffen, "La agricultura mexicana en la novena década: un destino incierto", en *Procesos urbanos y rurales en México*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1991.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira, *Trabajo femenino y vida familiar en México*, CEDDU, México, El Colegio de México, 1994.
- , "Trabajo y familia en la investigación sociodemográfica de México", Puebla, Consejo Estatal de Población (Coespo), 1991, pp. 15-25.
- y B. Christenson, "Los múltiples condicionantes del trabajo femenino en México", *Estudios Sociológicos*, núm. 20, 1989.
- Goldsmith, Mary, "El servicio doméstico y la migración femenina", en E. Ramírez y H. Dávila (comps.), 1990, pp. 257-275.
- González Montes, Soledad, "La reproducción de la desigualdad entre los sexos: prácticas e ideología de la herencia en una comunidad campesina", en Josefina Aranda (comp.), *Las mujeres en el campo*, Oaxaca, UABJO, 1988, pp. 65-82.
- , "Los ingresos no agropecuarios, el trabajo remunerado femenino y la transformación de las relaciones intergenéricas e intergeneracionales de las familias campesinas", en V. Salles y E. McPhail (coords.), *Textos y pre-textos. Once estudios sobre la mujer*, México, El Colegio de México, 1991a, 225-260.

- Textos y pre-textos. Once estudios sobre la mujer*, México, El Colegio de México, 1991a, 225-260.
- , “Trabajo femenino y expansión de las relaciones capitalistas en el México rural a fines del porfiriato: el distrito de Tenango, 1900-1910”, en Manuel Miño (comp.), *Haciendas, pueblos y comunidades. Los valles de Toluca y México entre 1530 y 1916*, Conaculta, 1991b, pp. 270-299.
- , *Familias campesinas mexicanas en el siglo xx*, tesis de doctorado, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense de Madrid, 1992.
- , “Mujeres, trabajo y pobreza en el campo mexicano: una revisión crítica de la bibliografía reciente”, en Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza, *Las mujeres en la pobreza*, México, Gimtrap y El Colegio de México, 1994, pp. 179-214.
- Gordon, Sara, “Presentación”, *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, núm. 1, enero-marzo, 1991.
- Guidi, Marta, “Mujeres y migración en San Juan Mixtepec”, en J. Aranda (comp.), *Las mujeres en el campo*, Oaxaca, UABJO, 1988, pp. 103-112.
- Hewitt de Alcántara, Cynthia, *Imágenes del campo. La interpretación antropológica del México rural*, México, El Colegio de México, 1988.
- INEGI, *Encuesta Nacional de Economía Informal*, México, 1989.
- Lara, Sara, “El papel de la mujer en el campo: nuevas estrategias”, en J. Zepeda (ed.), *Las sociedades rurales hoy*, 1988a, pp. 297-305.
- , “El perfil de la jornalera agrícola actual y su mercado de trabajo”, en J. Aranda (comp.), *Las mujeres en el campo*, 1988b, 189-200.
- , “Las obreras agrícolas: un sujeto social en movimiento”, *Nueva Antropología*, XI (39): 99-114, 1991.
- , “La flexibilidad del mercado de trabajo rural: una propuesta que involucra a las mujeres”, *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1992.
- Magallón, Carmen, *Factores de participación política de la mujer campesina en la Organización de Pueblos del Altiplano*, tesis de licenciatura en sociología, Universidad Iberoamericana, 1986.
- , *Experiencias de colectivos de mujeres en la producción agroindustrial. (La UAIM en el norte de Tlaxcala y sur de Hidalgo)*, Cuernavaca, Edición CIDHAL, 1990a.
- , *Integración de la mujer al desarrollo rural: explotación y mito*, tesis de maestría, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 1990b.
- Martínez, L. Concheiro, García, B. Canabal y León (coords.), “La reorganización del capital: Estado y campesinos en México”, en Anguiano (coord.), *La modernización de México*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 1991.
- Massey, Douglas et al., *Los ausentes*, México, Conaculta y Alianza Editorial, 1991.

- Mejía Susana, *Las mujeres nahuatl de Cuetzalan y el desarrollo rural. Una visión de género*, tesis de maestría, Colegio de Posgraduados de Chapingo, 1990.
- Moguel, Julio, Carlota Botey y Luis Hernández (coords.), *Autonomía y nuevos sujetos sociales en el desarrollo rural*, México, Siglo XXI Editores y Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, 1992.
- Mummert, Gail, "Mujeres migrantes y mujeres migrantes de Michoacán: nuevos papeles para las que se quedan y para las que se van", en T. Calvo y G. López (coords.), *Movimientos de población en el Occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán y Centre D'Études Mexicaines et Centroaméricaines, 1988, pp. 281-297.
- Ornelas, José, "Deterioro de las ocupaciones tradicionales y migración de mujeres zapotecas: Santo Domingo del Valle, Tlacolula, Oaxaca", en J. Aranda (comp.), *Las mujeres en el campo*, 1988, pp. 113-121.
- Parra, Pilar, "La mujer rural, las comadronas y el sistema mexicano de salud", *Estudios Demográficos y Urbanos*, 6 (1): 69-88, 1991.
- Ramírez, Elia y H. Dávila (comps.), *Trabajo femenino y crisis en México*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 1990.
- Red Nacional de Promotoras y Asesoras Rurales, "Las reformas al artículo 27 Constitucional. Nueva ley reglamentaria", México, ed. mimeografiada, 1992.
- Rendón, Teresa, "Trabajo femenino remunerado en el siglo veinte. Cambios, tendencias y perspectivas", en E. Ramírez y H. Dávila (comps.), 1990, pp. 29-51.
- Robles, Rosario y Julio Moguel, "Agricultura y proyecto neoliberal", en *El Cotidiano*, 7 (34): 3-12, 1990.
- , J. Aranda y C. Botey, "La mujer campesina en la época de la modernidad", en *El Cotidiano*, 9 (53): 25-32, 1993.
- Roldán, Iris Martha, "Subordinación genérica y proletarianización rural; un estudio de caso en el noroeste mexicano", en *II. Las trabajadoras del agro: debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe*, Bogotá, ACEP, 1982, pp. 75-101.
- Rosado, Georgina, "Zamora y Jacona: trabajo femenino en la agroindustria y cambios culturales", en S. Zendejas (coord.), *Estudios michoacanos*, Zamora, El Colegio de Michoacán y el Gobierno del Estado de Michoacán, 1989.
- , "De campesinas inmigrantes a obreras de la fresa en el valle de Zamora, Michoacán", en G. Mummert (ed.), *Población y trabajo en contextos regionales*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1990.
- Salles, Vania, "Cambios tecnológicos, biotecnología y transformaciones agrarias", en Centro de Estudios Sociológicos (comp.), *México en el umbral del milenio*, México, El Colegio de México, 1990.
- , "¿Campo novo sem camponeses?: um contexto atualizado para pensar a reforma agrária no México", ponencia preparada para la reunión Campo e Democracia, Universidade Federal de Pernambuco, agosto de 1991.

- y Rodolfo Tuirán, “Género y pobreza: en la búsqueda de soluciones”, México, Unifem, mimeografiado, 1994.
- SARH, *Programa Nacional de Productividad en el Campo 1990/1994*, México, Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, 1990.
- Sunkel, Oswaldo, “Del desarrollo hacia adentro al desarrollo hacia afuera”, en *Revista Mexicana de Sociología*, LIII (1), 1991.
- Tarrío, María y Luis Fernández, “Programas gubernamentales ante la crisis y la apertura comercial del sector agropecuario mexicano”, ed. mimeografiada, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 1993.
- Velasco, Laura, “Migración femenina y reproducción familiar. Un estudio de caso de mujeres mixtecas en Tijuana”, en Soledad González Montes et al. (comps.), *Mujeres, migración y maquila en la Frontera Norte*, El Colegio de México y El Colegio de la Frontera Norte, 1995.
- Velázquez, Margarita, *La transformación agraria de México, 1920-1988: la participación de las mujeres y las políticas sociales*, CRIM/UNAM, 1993.
- Wilson, Fiona, *Women and the Commercialization of Agriculture. A Review of Recent Literature on Latin America*, Centre for Development Researchs CDR, Research Report, núm. 4, Copenhagen, 1984.
- , “La mujer y las transformaciones agrarias en América Latina: revisión de algunos conceptos que fundamentan la investigación”, en *La mujer y la política agraria en América Latina*, Colombia, ACEP y Siglo XXI Editores, 1986.
- , *De la casa al taller*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1990.
- Young, Kate, “Formas de apropiación y la división sexual del trabajo: un estudio de caso de Oaxaca, México”, en *II. Las trabajadoras del agro: debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe*, Bogotá, ACEP, 1982.
- Yúnez, Antonio, *Crisis de la agricultura mexicana. Reflexiones teóricas y análisis empírico*, México, Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México, 1988.
- Zavala de Cosío, María Eugenia, *Cambios de fecundidad en México y políticas de población*, México, El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Zepeda, Jorge (ed.), *Las sociedades rurales hoy*, Zamora, El Colegio de Michoacán y Conacyt, 1988.

LA PARTICIPACIÓN FEMENINA EN LAS ECONOMÍAS REGIONALES

EL PROCESO DE INCORPORACIÓN DE LA MUJER AL MERCADO DE TRABAJO: TRES COHORTES DE OBRERAS, MAESTRAS Y COMERCIANTES EN EL VALLE DE ZACAPU, MICHOACÁN

GAIL MUMMERT*

INTRODUCCIÓN

Desde la década de los setenta se manifestó la creciente incorporación de mujeres al mercado de trabajo en México.¹ Estudios sociodemográficos y antropológicos, basados en diversas fuentes, empezaron a documentar dicho proceso a niveles nacional y regional.² Sin menoscabo de los avances en nuestro conocimiento de este proceso, poco se sabe acerca de las tendencias a largo plazo, pues la inmensa mayoría de los estudios adoptaron una perspectiva temporal no mayor de diez años. Con el fin de superar la visión coyuntural, y por ende, parcial del fenómeno, urge una historia de la entrada de la mujer mexicana al mercado de trabajo que destaque la contribución de diferentes cohortes

* Profesora-investigadora de El Colegio de Michoacán.

¹ Al igual que en el resto del Tercer Mundo, el aumento en la participación femenina en México ha sido considerablemente mayor que el de los hombres. Dwyer y Bruce (1989: 4) reportan que a lo largo de los últimos 30 años ha habido un crecimiento sostenido en las tasas de participación femenina en los países en desarrollo y que la tasa de aumento ha sido dos veces mayor que la masculina.

² Entre los estudios sociodemográficos, véanse los de Pedrero y Rendón (1982), Cruz y Zenteno (1987), Mummert (1987), De Oliveira (1989b), De Oliveira y García (1990) y Pedrero (1990b). Ejemplos de los estudios antropológicos son Leñero (1984), Arias y Mummert (1987) y Benería y Roldán (1987).

de mujeres a los cambios operados en el monto y el tipo de participación.³

Los estudios sociodemográficos y antropológicos nos ofrecen visiones complementarias claras del fenómeno del trabajo extradoméstico femenino. En este sentido, si tendemos puentes entre los dos conjuntos de estudios tendremos una visión más integral del cómo, del porqué y de las implicaciones mayores de la inserción de la mujer al mercado de trabajo. Recogiendo técnicas propias del demógrafo y del antropólogo, en este estudio intentaremos reconstruir, para un contexto local, el proceso de incorporación de la mano de obra femenina al mercado de trabajo *a largo plazo*. La óptica longitudinal —que abarca tres cohortes de trabajadoras a lo largo de seis décadas— nos permitirá explorar cómo las complejas interrelaciones entre factores estructurales y estrategias familiares se modifican en una situación de transformaciones socioeconómicas aceleradas.

Prestaremos particular atención a dos variables: la de género y la de edad. Se supone que hombres y mujeres han vivido la experiencia del desarrollo regional, en particular la inserción laboral, de manera distinta. Por otro lado, será necesario distinguir cohortes de trabajadores, pues su participación en los procesos de cambio ha dependido, en gran medida, de las características del mercado de trabajo en el momento de su primer ingreso.

El caso analizado es el de un valle agrícola michoacano cuyo desarrollo en el último medio siglo permite observar el surgimiento de un mercado de trabajo urbano y el proceso de incorporación de la mano de obra masculina y femenina en él. Dada su ubicación en una zona agrícola por excelencia, a dicho mercado acuden tanto campesinos como residentes de la ciudad. En la reconstrucción del proceso de incorporación del sector femenino al mercado de trabajo intentaremos ubicar a las trabajadoras como miembros de un grupo doméstico, con el fin de esclarecer la estrecha imbricación y retroalimentación entre los ámbitos doméstico y laboral. Mediante entrevistas con mujeres que ingresaron al mercado de trabajo

³ Para el caso de Estados Unidos, véase el excelente estudio de Goldin (1990), que traza los altibajos del proceso de incorporación de la mujer al mercado de trabajo estadounidense desde principios del siglo XIX.

como maestras, comerciantes, obreras o empleadas fabriles, se indaga sobre las modalidades de contratación, las características de la trayectoria laboral, la compaginación de labores domésticas y extradomésticas, y las repercusiones del empleo para la trabajadora y su grupo doméstico.

Localizado en la parte central de Michoacán, el valle de Zacapu fue el escenario de una temprana experiencia de trabajo fabril tecnificado en una zona agrícola tradicional. La implantación de una fábrica de fibras sintéticas en Zacapu, en 1946, desencadenó una serie de transformaciones socioeconómicas que cambiaron para siempre la vida campirana del municipio. Los procesos concomitantes de urbanización e industrialización le dieron una nueva faz a la pequeña cabecera municipal y modificaron su relación con la constelación de localidades rurales circundantes. Se abrieron nuevas posibilidades de empleo remunerado tanto para los habitantes de la ciudad como del campo. Aunque la mayoría de los empleos fueron ocupados por hombres, las mujeres también empezaron a encontrar acomodo en un mercado de trabajo en proceso de expansión y de diversificación. Aquí centraremos nuestra atención en tres grupos ocupacionales que han representado el grueso de la población económicamente activa femenina en la zona: obreras fabriles, maestras y comerciantes.

Los ámbitos estudiados son dos: Zacapu, ciudad de tamaño intermedio y cabecera municipal, y el pueblo agrícola de Naranja. Con una población de 63 150 en 1990, Zacapu es el centro administrativo, comercial y político de la ciénaga. En el espacio de una generación, se vio transformado de pequeño rancho en primera ciudad industrial de Michoacán, abriendo el paso para la conformación de un mercado de trabajo urbano.

Del conjunto de pequeñas localidades del municipio de Zacapu, Naranja es la segunda en importancia.⁴ En 1989 registraba una población de 2 597 habitantes. Localizada sobre la carretera federal 15, que la une con Zacapu, la localidad ha mantenido estrechas relaciones con su centro rector. En consecuencia, Naranja muy pronto experimentó los procesos globales que estaban transfor-

⁴ Aunque, en términos estrictos, el valle rebasa los límites municipales, para efectos de este estudio lo identificaremos con el municipio.

mando a la comarca, si bien con cierto desfase respecto a la cabecera.⁵

A primera vista, Naranja es un pueblo agrícola. El 55% de sus 483 grupos familiares tiene acceso a tierras —una parcela ejidal de 2.5 hectáreas en la ciénaga y/o algún predio en las tierras comunales de temporal. De los jefes de familia sin tierras, un poco menos de la mitad se ocupan como medieros o jornaleros. No obstante el vínculo con la tierra que mantiene la mayoría de las familias naranjeñas, la estructura ocupacional de la localidad no resulta ser típicamente campesina. Casi una cuarta parte de su Población Económicamente Activa se emplea en el sector servicios y una décima parte en la industria. En particular, la inserción de la generación nacida después del desarrollo industrial y urbano en empleos no agrícolas ha modificado grandemente las formas de vida imperantes en el pueblo.⁶

METODOLOGÍA

El género, principio organizador del mundo laboral

Hoy en día es ampliamente reconocido que las relaciones de género “constituyen un aspecto fundamental de las relaciones sociales de poder, de la identidad individual y colectiva, y del entramado de significados y valores en cada sociedad” (Morgen, 1989). Entendidas como las construcciones sociales de lo que significa ser hombre o ser mujer en una cultura determinada, las relaciones de género permean las distintas dimensiones de la vida cotidiana. Una de dichas dimensiones es el mundo laboral, donde estas relaciones funcionan como principio organizador que afecta,

⁵ En 1971, una investigación del Instituto Mexicano de Estudios Sociales la clasificaba, junto con su vecino Tiríndaro, como comunidad en proceso transicional hacia el desarrollo. Véase Pindas y Santos, 1972.

⁶ Según el Censo Escolar de 1987, más de 80% de los profesionales, trabajadores en servicios, administrativos y trabajadores en labores no agrícolas tenía entre 15 y 44 años. En cambio, las categorías ocupacionales tradicionales de campesinos y comerciantes se distribuían más uniformemente en todos los grupos de edad.

entre otras cosas, las formas de inserción en la fuerza de trabajo (Bose *et al.*, 1987: 2).

En esta investigación, mediante la recolección y análisis de trayectorias laborales de hombres y mujeres, intentaremos descubrir, siguiendo a Bose *et al.*, “aquellos aspectos de la experiencia laboral femenina que son creados y/o reforzados sistemática e institucionalmente”. Para ello, será necesario explorar los complejos vínculos entre el ámbito doméstico y el laboral, en particular el impacto que cada uno ejerce en la organización del otro.

Con el fin de evitar el sesgo muy frecuente de la literatura feminista de estudiar a las mujeres de manera aislada de los hombres (Morgen, 1989), nuestra metodología contempla el análisis conjunto y comparativo de las experiencias de ambos sexos. Aunque entrevistamos principalmente a mujeres de los tres grupos ocupacionales, incluimos también un cierto número de hombres.

El análisis por cohortes

Dado que las experiencias laborales de hombres y mujeres se han modificado a través de los años, fue necesario recurrir al análisis por cohortes. Desde hace ya varias décadas, Ryder (1965) estableció la conveniencia de esta herramienta demográfica para el estudio del cambio social. Define una cohorte como “un agregado de individuos que experimentaron un mismo evento dentro del mismo periodo de tiempo”. Para fines de la presente investigación, el evento crucial que define la cohorte a la cual pertenece un individuo es el año de entrada al mercado de trabajo. Al estudiar las variaciones en las trayectorias laborales de las tres cohortes identificadas, podremos concebir la inserción de la mujer al mercado de trabajo zacapense como *un proceso de largo plazo*.

Definimos tres cohortes de trabajadores con base en su año de ingreso al mercado de trabajo regional (1930-1947; 1948-1964, y 1965-1988) y procedimos a una selección de entrevistados por cuotas, buscando que hubiera personas que encarnaran una gran diversidad de situaciones: hombres y mujeres; personas procedentes de la cabecera municipal (Zacapu) y de un pueblo agrícola del municipio (Naranja); y trabajadores de distinto nivel (obreros y

empleadas; maestros de preescolar, primaria y secundaria, y comerciantes en establecimientos fijos, locatarios en el mercado y vendedores ambulantes). Entre septiembre de 1989 y febrero de 1990 se entrevistó a un total de 111 personas: 35 obreras y empleadas de la fábrica; 43 maestros y 33 comerciantes.⁷ Se contaba con 21 entrevistas de exobreros de Naranja, realizadas en 1988, las cuales sirvieron como puntos de comparación con las obreras y empleadas. Las entrevistas (basadas en un guión estructurado) con estos 132 individuos constituyen la base empírica de nuestro estudio (cuadro 1).

CUADRO 1
Entrevistados según cohorte, ocupación y sexo

<i>Cohorte de entrada al mercado de trabajo</i>	<i>Trabajadores industriales</i>			<i>Maestros</i>			<i>Comerciantes</i>		
	<i>Hom- bres</i>	<i>Mu- jeres</i>	<i>Total</i>	<i>Hom- bres</i>	<i>Mu- jeres</i>	<i>Total</i>	<i>Hom- bres</i>	<i>Mu- jeres</i>	<i>Total</i>
<i>1930-1947</i>									
Mercado de trabajo "pueblerino"	*	*	*	5	4	9	2	2	4
<i>1948-1964</i>									
Mercado de trabajo en vías de modernización	14	34	48	2	8	10	4	10	14
<i>1965-1988</i>									
Mercado de trabajo urbano moderno	7	1	8	3	21	24	1	14	15
Suma	21	35	56	10	33	43	7	26	33

* Ocupación inexistente en este periodo.

⁷ Agradezco la valiosa colaboración de Isabel y Rocío Morales González así como de Luis Ramírez Sevilla en la realización de las entrevistas. El Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer dio el apoyo financiero para el estudio, el cual se llevó a cabo en el Centro de Estudios Antropológicos de El Colegio de Michoacán.

En seguida caracterizaremos el desarrollo del mercado de trabajo zacapense para después presentar las tres cohortes de trabajadores que se insertaron en él. Como veremos, las distintas condiciones que enfrentaron las tres fueron más pronunciadas para las mujeres, cuyas oportunidades de empleo experimentaron mayores cambios a través del tiempo. Destacaremos los factores que influyeron en el ingreso y la permanencia de las mujeres en el mercado de trabajo de la región zacapense. Mediante el enfoque longitudinal, mostraremos cómo las condiciones estructurales y las respuestas individuales y colectivas fueron cambiando a lo largo de medio siglo.

EVOLUCIÓN DEL MERCADO DE TRABAJO ZACAPENSE

Un examen de los datos censales y de la información etnográfica permite identificar tres etapas en la conformación del mercado de trabajo zacapense en el periodo posreforma agraria.⁸ La primera, que abarcó desde 1930 hasta 1945, se caracterizó por el predominio de las actividades agrícolas. La segunda, que duró de 1946-1975, fue marcada por un auge urbano e industrial que redundó en la diversificación de la estructura ocupacional y la consolidación de un mercado de trabajo urbano. Finalmente, en el periodo más reciente (de 1976 a la fecha), el desarrollo sostenido se puso en entredicho, dejando el paso a una contracción económica que aparentemente redujo la proporción de asalariados y aumentó la de trabajadores por cuenta propia. Veamos las características sobresalientes de cada periodo.

Agricultura y comercio por cuenta propia (1930-1945)

En el periodo inmediatamente posterior a la reforma agraria, la mayoría de la población del municipio de Zacapu habitaba en pequeños poblados, dedicándose a las labores del campo, generalmente como ejidatarios y pequeños productores de maíz y frijol.

⁸ Esta caracterización del desarrollo del mercado de trabajo zacapense se basa en Mummert (1990a).

Trabajaban con tracción animal y mano de obra familiar o de peones.

En esa época, la cabecera era descrita como “un rancho con animales”, cuya población apenas rebasaba los 6 000 habitantes en 1940. Punto de comercialización de productos agropecuarios, gracias a su ubicación entre el Bajío guanajuatense, la Meseta Tarasca y la Tierra Caliente michoacana, Zacapu contó con arrieros desde el siglo pasado. Hasta 1938, año de la construcción de la carretera Morelia-Guadalajara, los viajes con burros hacia Uruapan, Taretan y Apatzingán surtían —junto con el ferrocarril— al comercio establecido zacapense. Concentrado en el centro de la pequeña ciudad, éste consistía en unas diez o quince tiendas de abarrotes. Algunas de ellas ofrecían, además, telas para confeccionar ropa y artículos de ferretería y tlapalería.

Aunque Zacapu vivía básicamente del campo y del comercio, también contaba con una pequeña industria típica de la época que abastecía a la región. En el amplio y variado sector artesanal, destacaba la producción de zapatos y colchas en unos veinte talleres, pero también se manufacturaban refrescos, cigarros y puros, pastas, jabón, chocolate y ropa. Esta pequeña manufactura generalmente se iniciaba con mano de obra familiar, para después crecer lo suficiente como para contratar a asalariados y, en algunos casos, alcanzar la categoría de “fabriquita”.

Así, hasta 1946 la estructura ocupacional zacapense se circunscribía a los campesinos, artesanos, comerciantes y unos cuantos pequeños empresarios y profesionistas libres. La inserción femenina en el mercado de trabajo era muy restringida —algunas comerciantes, maestras, artesanas y trabajadoras familiares en el campo. En resumen, en esta primera etapa el mercado de trabajo era fundamentalmente agrícola, con una gran masa de trabajadores por cuenta propia que realizaban sus labores en el mismo lugar de residencia.

Diversificación ocupacional y consolidación de un mercado de trabajo urbano (1946-1975)

El mercado de trabajo regional experimentó una transformación sin precedente a partir de la segunda mitad de los años cuarenta,

desencadenada por la instalación, al borde de la laguna de Zacapu, de una fábrica de fibras sintéticas de la empresa Viscosa Mexicana. La construcción de la planta, iniciada en 1946, y su puesta en marcha dos años después, desataron la explosión demográfica de la ciudad, alimentada por una inmigración de mano de obra directamente relacionada con la fábrica.⁹

El crecimiento demográfico de Zacapu fue espectacular: en 1950 se había convertido en la sexta ciudad más poblada del estado y en líder de la incipiente industria michoacana. Su mancha urbana se fue extendiendo y se instalaron servicios básicos para atender a una población en rápido aumento. Los zacapenses demandaban un sinnúmero de bienes de consumo y de servicios; en consecuencia, las calles de la ciudad se fueron poblando de comercios, bancos, hoteles, escuelas, cines, líneas de transporte urbano, etcétera.

En efecto, los procesos concomitantes de crecimiento demográfico y desarrollo urbano e industrial redundaron en una diversificación del mercado de trabajo en la zona zacapense, como atestigua la evolución de la población económicamente activa en el lapso 1940-1970, destacándose la expansión de las ramas industrial y de servicios. En el primer decenio, la industria cuadruplicó su participación en la PEA y para 1970 ocupaba a casi una de cada cuatro personas activas. Efectivamente, el crecimiento de la planta (ahora Celanese Mexicana) impulsó la creación de algunas empresas menores, varias de ellas integradas horizontalmente al proceso productivo de Celanese. De esta manera, se conformó un estrato obrero que, con los años, se convertiría en una nueva fuerza económica y social en la vida del municipio.

La rama de servicios también cobró mayor peso dentro de la vida económica municipal, con la proliferación de servicios tanto públicos como privados: profesionistas, personal administrativo y trabajadores en general encontraron cabida en el nuevo mercado de trabajo. La estructura ocupacional se diversificó.

Sin lugar a dudas, el sector comercial zacapense se vio transformado por la llegada de la fábrica Celanese en 1948, aunque con

⁹ En tan sólo la etapa de construcción, se estima que llegaron al municipio 9 000 personas, desde ingenieros norteamericanos hasta maestros de albañil procedentes de estados circunvecinos (González Block, 1980: 70).

cierto desfase. El primer impacto fue una mayor demanda de bienes y servicios por parte de una población en aumento. Pero el cambio en la composición de los habitantes —un gran número de inmigrados con otros patrones de consumo— hizo que se modificara también la gama de artículos demandados. Con el desarrollo de los medios de transporte, el comercio se surtía con el tren y camiones, y podía ofrecer una mayor gama de artículos a una clientela asalariada, ya no únicamente campesina.

Una de las consecuencias más importantes de la diversificación del mercado de trabajo zacapense fue la incorporación de una proporción cada vez mayor de personas a la fuerza de trabajo asalariada. Mientras que en 1940 sólo uno de cada cinco trabajadores era empleado, obrero o peón, para 1980 más de la mitad de la población económicamente activa ganaba un salario.¹⁰

En la ampliación del sector de los asalariados manuales destacan los obreros, en particular “los viscosos”. El número de éstos de Celanese aumentó en forma sostenida a lo largo de los años cincuenta y sesenta, para alcanzar los 1 036 en 1976. Como inicialmente los requisitos de contratación eran mínimos y hubo presión por la parte de la población local para exigir empleos para los nativos de la región, entraron a la fábrica gran número de antiguos artesanos, trabajadores de la pequeña manufactura y campesinos de la ciudad y de los pueblos circundantes. Al ganar un salario varias veces mayor que el de un jornalero y contar con prestaciones sociales, estos obreros sindicalizados pronto alcanzaron un nivel de vida visiblemente superior al promedio de la población.

Entre los asalariados no manuales, el sector que más creció en esta etapa fue el magisterio. Con los procesos concomitantes de urbanización e industrialización que vivió Zacapu a partir de fines de los cuarenta, se dio un doble impulso a la educación. Por un lado, el crecimiento poblacional creó la necesidad de más escuelas; por otro, la diversificación del mercado de trabajo regional requería de una población con mayor nivel de escolaridad. Además, la llegada de inmigrados mejor preparados para ocupar los nuevos

¹⁰ Zacapu se inserta dentro del proceso de asalarización que caracterizó a la economía nacional —particularmente los sectores no agrícolas— en las décadas de los cincuenta y sesenta (García, 1988).

empleos en la industria y los servicios creó un efecto demostración, es decir, el deseo de otros sectores sociales de formar profesionalmente a sus hijos. Los tres factores confluyeron para crear una gran presión con vistas a multiplicar las instituciones educativas y ampliar los niveles. A principios de los cincuenta, se fundó la primera escuela técnica y la primera secundaria; en 1958, Zacapu estrenó una preparatoria.

Una segunda consecuencia de la diversificación del mercado de trabajo zacapense fue la mayor movilidad de la fuerza de trabajo entre su hogar y su lugar de trabajo. En contraste con la etapa anterior, cuando la gran mayoría de los habitantes desempeñaba sus labores en el mismo lugar de residencia, con la consolidación de un mercado de trabajo urbano se intensificaron los desplazamientos diarios de trabajadores, generalmente hacia la cabecera municipal. El flujo de personas y bienes requirió de nuevos sistemas de transporte para pasajeros, contribuyendo a una mayor integración regional.

Contracción económica (1975-1990)

El estado de salud de la economía zacapense empezó a resquebrajarse en la década de los setenta, y aparecieron signos de franco deterioro a finales de ésta. Durante esta tercera etapa, el sector industrial, que había encabezado el auge, se vio en serios aprietos. El complejo de Celanese cerró dos departamentos no redituables en 1977, y despidió a obreras masivamente. Por lo menos dos industrias menores cerraron sus puertas en estos mismos años. Se sucedieron nuevos cierres y recortes de personal de Celanese a principios de los ochenta, trayendo el número de trabajadores a niveles similares a los prevalecientes en el momento de su inauguración. En 1990 laboraban tan sólo 425 obreros (de planta y temporales) en la fábrica. Entre 1975 y 1985, el total del personal ocupado en la rama industrial en el municipio de Zacapu se redujo 22 por ciento.¹¹

¹¹ Datos del X Censo Industrial 1975 y de los Resultados Oportunos de los Censos Económicos 1986 del Estado de Michoacán.

Al igual que en otras partes de México, en Zacapu el comercio parece haber sido una "actividad de refugio" y una opción de autoempleo en estos años difíciles.¹² El número de personas dedicadas a la venta ha ido en aumento en todas las organizaciones y hoy en día rebasa a las mil personas. La participación femenina en los distintos tipos de comercio es notoria, particularmente en los giros de comestibles, comida preparada y ropa.

Existen varios indicios de una ampliación reciente del sector de trabajadores por cuenta propia en otras actividades no agrícolas en la comarca zacapense. La industria tabiquera, en donde predominan las unidades familiares, creció en forma notable en los años ochenta (Mummert y Ramírez, 1988:112). Los talleres industriales y de servicios (de herrería, torno, carpintería, mecánica, hojalatería y pintura, electricidad y soldadura) también han aumentado en este periodo, algunos de ellos fundados por obreros con un oficio que resultaron despedidos o jubilados de Celanese. Estos negocios dependían en 65% de la mano de obra familiar (Paredes, 1987:25). El pequeño tamaño de las unidades económicas en las ramas no agrícolas, así como la alta proporción de su personal que no recibe una remuneración, son dos indicadores claros de la importancia del sector de trabajadores por cuenta propia hoy en día en Zacapu.¹³ Esta situación es característica de las actividades realizadas por cuenta propia, donde la mano de obra familiar no percibe una remuneración.

En suma, es claro que el momento de bonanza de la comarca zacapense ha pasado. La llamada reconversión industrial le ha

¹² Pedrero (1990b: 149) atribuye una parte del aumento en las actividades comerciales y de servicios en las tres mayores áreas metropolitanas a "las actividades de refugio a las que recurre un número importante de trabajadores, que ofrecen directamente sus servicios a los consumidores o se dedican a la compra/venta de cualquier tipo de mercancía, ya que la fuerza de trabajo supera con creces las oportunidades de empleo generadas por las empresas capitalistas o el gobierno".

¹³ Según los Censos Económicos de 1986, el municipio de Zacapu se caracterizaba por tener establecimientos muy pequeños: casi tres cuartas partes de las unidades económicas censadas empleaban sólo una o dos personas, mientras que 95% operaba con menos de seis trabajadores. Dicha tendencia fue más pronunciada en la rama comercial y, en menor medida, en los servicios. De la misma manera, un poco más de la mitad del personal ocupado en el municipio en 1985 era no remunerado.

trastocado su estructura económica. El aparente aumento en la proporción de trabajadores por cuenta propia en este periodo de deterioro económico—el cual concuerda con la tendencia nacional (García, 1988)—constituye la respuesta de los zacapenses a una situación de cierre de opciones de sustento. Paradójicamente, los mayores niveles de escolaridad alcanzados por la población local ya no parecen asegurar una buena inserción laboral en la región. El llamado credencialismo, o la exigencia de la terminación de cierto ciclo de estudios para poder acceder a un puesto, ha fungido como una forma de limitar la oferta de mano de obra.

LA PRIMERA COHORTE: TRABAJADORAS EN UN MUNDO MASCULINO

Las maestras

En los primeros años después de la reforma agraria (la cual abarcó de 1924 a 1935 en la zona), la carrera magisterial estuvo fuertemente marcada por las convulsiones históricas. El sector educativo estaba dividido entre las escuelas de tipo religioso y las nuevas federales y estatales que se identificaban con la corriente agrarista. Los dos grupos se encontraban en conflicto abierto y las escuelas eran los campos de batalla. En Zacapu, existían tres primarias—una religiosa, una estatal y una federal. La primera era conocida como “la escuela de la parroquia” (y de hecho se ubicó varios años allí), y según sus adeptos, la federal era “la escuela del diablo”. El rechazo a la escuela federal por parte de la gente más religiosa se debía, entre otras razones, a dos innovaciones: no sólo instruían maestros hombres, sino que el alumnado era mixto. La difícil convivencia fue avivada con el conflicto cristero y el cierre de templos y escuelas confesionales, dando lugar a la apertura “clandestina” de escuelitas en casas particulares, atendidas por señoritas de edad que enseñaban catecismo y/o los fundamentos de la lectoescritura. En las comunidades del municipio, los líderes agraristas promovieron la fundación de las primeras escuelas rurales con una orientación francamente anticlerical.

En estas condiciones, la formación del magisterio era muy irregular. Las señoritas que atendían a las “escuelitas” no contaban

con una preparación formal. En cambio, los maestros de escuelas oficiales habían cursado algunos años de primaria, generalmente en la Escuela Regional Campesina de La Huerta. Establecida cerca de Morelia a fines de los años veinte, esta escuela funcionó con un sistema asistencial y de internado mixto, de manera que encaminó a un gran número de hijos e hijas de campesinos hacia esta carrera. Entre los entrevistados zacapenses de mayor antigüedad en el servicio encontramos casos de campesinos que por necesidad económica siguieron la carrera de maestro. La capacitación que recibían durante cuatro años era para convertirlos en maestros rurales peritos en agricultura. En el marco de la educación socialista del gobierno federal, la formación de estos maestros era tanto política como pedagógica: se les enseñaba no sólo a leer y escribir, sino a promover la transformación de las condiciones de vida de las comunidades a las que llegaban.

En consecuencia, los maestros de la primera cohorte establecían una relación muy estrecha con la comunidad rural donde ejercían su labor. Para empezar, el maestro vivía de manera permanente en su comunidad de trabajo. Dados los problemas de transporte, algunas veces sólo se llegaba a ésta a pie o a caballo. Así, el maestro se daba cuenta de todos los problemas del pueblo y se convertía en un personaje que cumplía variadas funciones. Explica un septuagenario que inició su servicio en 1939: "El maestro era el todo: el cura, el doctor, el mandadero del pueblo. Era una labor infinita". Lo mismo dirigía una reunión del ejido para una petición de tierras que una petición de novia, puesto que no había a quien más recurrir. Desde luego, esta figura se ganaba el respeto y la estima de los pueblerinos y gozaba de un gran prestigio en un contexto donde "el maestro era cosa novedosa".

Al prestigio asociado al puesto de maestro se aunaba una buena retribución económica. Hacia 1940, un maestro rural ganaba un peso diario, es decir, el doble del pago de un jornalero. Además del monto en sí, el hecho de contar con la seguridad de un salario lo colocaba en una posición privilegiada en una sociedad donde la inmensa mayoría dependía de la cosecha anual para cubrir sus necesidades. En este contexto, los maestros iniciaban a edad muy temprana su servicio y se dedicaban tiempo completo a sus labores. Por regla general, las maestras ingresaban a edades más tempranas

y como primera experiencia laboral, mientras que entre los hombres era común que hubieran trabajado algunos años en el campo.

Predominaban los hombres en esta profesión, ejercida quizás por 15 o 20 personas en todo el municipio. Si bien La Huerta aceptaba a mujeres, los obstáculos culturales a la integración de la mujer al magisterio eran muchos. En un ambiente en donde la mujer debía permanecer en la casa y prepararse para ser esposa-madre, las primeras jóvenes que salieron a estudiar y trabajar fuera eran objeto de críticas, generalmente de sus mismos familiares. El hecho de ir lejos a una escuela mixta significaba “irse a la perdición” en opinión de mucha gente. Además, las condiciones de trabajo en el medio rural no eran propicias para la incursión de mujeres: los peligros para una mujer sola en una zona alejada eran reales y se tendía a ubicar a las maestras en escuelas de la cabecera municipal. Según un maestro veterano, “la mujer en la educación empezó hasta 1944... y fue porque las comunidades pedían maestras que enseñaran costura y cosas así”.

Las comerciantes

Entre los comerciantes zacapenses de la época, se diferenciaban claramente los dueños de establecimientos fijos de los vendedores sin techo de artículos diversos. Los primeros pertenecían al sector acomodado de la población zacapense y se distinguían del resto de la gente por tener una mínima instrucción en las letras y las cuentas. Encabezaban comúnmente negocios familiares que ocupaban a varios miembros de la familia (hijos e hijas), aunque en ocasiones tenían algún empleado.

El comercio sin establecimiento fijo se practicaba inicialmente en la plaza principal y en los portales y, a partir de 1940, en la plazuela que había sido el atrio de la parroquia. Estos vendedores que ofrecían comestibles y artesanías locales (zapatos, huaraches, cobijas, etc.) eran de extracción más humilde, frecuentemente analfabetas y de origen campesino. En no pocos casos se trataba de artesanos que vendían directamente su producción. Su volumen de ventas era reducido y tenían que cargar su mercancía e instalar un puesto provisional. A diferencia del comercio estableci-

do, donde la mujer desempeñaba un papel más bien secundario, las vendedoras del mercado al aire libre eran numerosas. Frecuentemente hijas de campesinos, estas mujeres incursionaban en la actividad comercial solas o con algún familiar, como primera experiencia laboral extradoméstica. Ellas mismas disponían del dinero ganado, empleándolo en la compra de comestibles para la manutención familiar.

LA SEGUNDA COHORTE: LA CONQUISTA DE UN ESPACIO LABORAL FEMENINO

Las trabajadoras de Celanese

Frente a la inmigración masiva a la cabecera, provocada por la construcción de la planta de Celanese, los nativos de Zacapu veían con recelo a los “forasteros” con sus distintos modos de vida; pronto surgió un temor de que aquéllos les podrían comer el pastel, ocupando la mayoría de los nuevos empleos que se crearían. En este contexto, bajo la dirección de un joven sacerdote (también recién llegado al pueblo), se formó una escuela de alfabetización para adultos en el curato de la parroquia, con el objetivo de capacitar a los zacapenses para que pudieran aspirar a un empleo fabril. Se formaron dos grupos —uno para hombres y otro para mujeres— y cientos de personas aprendieron a leer y escribir, así como los fundamentos de la aritmética, gracias al padre Rodolfo Escamilla y su grupo de alfabetizadores voluntarios. Pero el padre no se quedó allí. Habiendo estudiado organización de cooperativas y sindicatos en Canadá, promovió la creación de un sindicato de trabajadores de Celanese y durante los primeros años fungió como asesor del mismo.

El padre Rodolfo tuvo otra idea revolucionaria para el contexto zacapense: la de que las solteras hijas de familia entraran también a trabajar a la fábrica. Sin duda alguna, la fuerza de la Iglesia en esta comunidad muy católica y el carisma del sacerdote lograron desmoronar la resistencia general a la noción del trabajo femenino. “Hubo toda una mentalización” por parte de la Iglesia, explica una exempleada, lo cual permitió que el 21 de octubre de 1948, cuando inició la fábrica con la producción del hilo rayón para las industrias

textil y automotriz, entraran las primeras diez obreras. Un mes después se contrataron alrededor de 20 más, conformando un turno del Departamento de Acabado y Empaque del hilo con mano de obra predominantemente femenina.

La gran mayoría de las trabajadoras eran solteras, hijas de familias de campesinos, comerciantes o artesanos (cuadro 2). Se registraron también algunos casos de hijas de obreros. Las que tenían a su padre en la fábrica se encontraban en una situación más holgada pues entre ambos aportaban dos salarios al ingreso familiar. Otras habían logrado entrar, ocupando la plaza que dejó el padre al morir. Típicamente, las trabajadoras eran más educadas que la mayoría de la población femenina de la región, pues cuatro quintas partes contaba cuando menos con algunos años de primaria.

CUADRO 2
Extracción social de las trabajadoras de Celanese

<i>Ocupacion del padre</i>	<i>Número de casos</i>	<i>Porcentaje</i>
Campesino	9	25.7
Comerciante o arriero	7	19.9
Artesano	6	17.1
Obrero	5	14.2
Otra	3	8.5
No hay dato	5	14.2
Total	35	100.0

Fuente: entrevistas con trabajadoras, 1989-1990.

Para el grueso de las trabajadoras, la Celanese fue su primera experiencia de trabajo remunerado. Sólo una cuarta parte había laborado anteriormente como dependienta en algún comercio, enfermera en un hospital, o lavando o cosiendo ajeno. De hecho, en esos años, a fines de los cuarenta, no se acostumbraba que una mujer trabajara fuera del hogar, pero este grupo, con experiencia laboral previa, era en general el de los más necesitados. Huérfanas de padre o madre o procedentes de una familia numerosa, ellas aportaban su salario al ingreso familiar. La orfandad no era una situación excepcional: el 40% de las entrevistadas vivía con sólo uno de sus padres (generalmente en grupos domésticos encabezados por mujeres) durante sus años en la fábrica.

La entrada masiva de mujeres se dio entre 1948 y 1960. Se ocupó mano de obra femenina en varios departamentos de la planta —el de Acabado y Empaque, los laboratorios físico y químico, las oficinas administrativas (contabilidad, personal, compras, etc.) y la enfermería. Las trabajadoras se dividían en dos categorías: obreras sindicalizadas y empleadas de confianza. Las primeras se concentraban en el Departamento de Acabado, el cual constaba de la zona conocida como “coneras”, un enorme galerón con más de 200 máquinas hiladoras y otra, muy pequeña, de Inspección y Empaque, en donde se clasificaba y empacaba el hilo rayón. Por su parte, las empleadas de confianza incluían a las supervisoras de coneras, secretarias, enfermeras, y al personal de los laboratorios. En vista de que presentaban características y trayectorias distintas, trataremos por separado la experiencia laboral de obreras y empleadas.

Las obreras de “coneras”

La tarea que realizaban las obreras en la fábrica consistía en “alimentar” las máquinas hiladoras. Cada trabajadora estaba a cargo de doce máquinas con seis posiciones cada una: ponía una corona de hilo de aproximadamente medio kilo y el cono donde debía enrollarse. Después, vigilaba que la maquinaria trabajara correctamente, que el hilo no se rompiera y, una vez que la máquina había terminado, colocaba el cono que ya pesaba dos kilos en unas charolas que posteriormente eran recogidas por transportadores hombres que las llevaban a la sala de Inspección y Empaque para ser preparados para su envío. Aunque el trabajo en sí no era físicamente “pesado”, era “rutinario” y las mujeres laboraban constantemente de pie, en condiciones de calor, luz artificial y mucho ruido.

De acuerdo con la política de justicia social que manejaba el padre Escamilla, la mayoría de las “coneras” eran de familias humildes. La aplastante mayoría aportaba prácticamente todo su salario a la manutención de la familia, ya sea entregando el sobre de pago íntegro a la madre o comprando lo necesario semanalmente. Contar con vivienda propia era una preocupación generalizada, y en muchos casos una parte importante del salario devengado

se destinó a la compra de un terreno y a la construcción o mejoramiento de la casa. Por regla general, el salario de la obrera complementaba otros ingresos aportados por el padre y/o los hermanos, pero en 23% de los casos era el principal sostén del grupo familiar. Indudablemente, las obreras contribuyeron a elevar el nivel de vida de sus familias.

Pero no todo era color de rosa para las obreras. En tanto eran mujeres que transgredían los límites del mundo femenino al ir a trabajar en una fábrica junto con hombres, se exponían al “qué dirán”. Al iniciarse la fábrica, los zacapenses tenían “dudas” sobre las trabajadoras. Opinaban que se exponían a “una mala vida”. Muchas obreras relatan que hubo personas que las catalogaban como prostitutas. Los siguientes comentarios son ilustrativos:

A las mujeres que trabajábamos en la planta nos trataban como mujeres malas; nos decían que éramos peores que las de la zona [roja]. A.C., *entrevista 5-X-89*.

Antes eran mucho muy criticadas las mujeres. Se admiraban mucho de las mamás. Que ¿por qué las dejaban trabajar? Que mejor las escondieran con unas hojas de higuera. D.Z., *entrevista 11-X-89*.

Jesús, María y José hablaban porque la mujer trabajaba. R.V., *entrevista 24-X-89*.

Es interesante constatar que la memoria colectiva de los obreros hombres no coincide con la femenina. Según aquéllos, la opinión general que se tenía sobre las obreras era positiva, como lo atestiguan las citas siguientes:

La mujer trabajadora, la mujer obrera fue muy popular porque al principio era de admirarse ver mujeres en la fábrica. No había plática en que no se les mencionara. Yo no escuché cosas malas de que fueran “mujeres alegres”, sino de que eran admirables. M.V., *entrevista 11-XI-89*.

Era bien visto por la gente de fuera. Los prejuicios se borraron inmediatamente después del 48 y ya nunca se dijo nada malo. Antes decían: “Qué bueno está eso”. S.M., *entrevista 21-XI-89*.

Efectivamente, con el paso del tiempo, las obreras lograron ganarse el respeto de la población. En opinión de una supervisora, de nuevo fue la Iglesia —en la figura del padre Rodolfo— la que mantuvo una alta moralidad entre las obreras. Oficiaba misa a las

cinco de la mañana para los obreros y obreras que no descansaban los domingos y organizaba otras actividades orientadas a mantener “controlado” al grupo de las obreras en un ambiente de moralidad cristiana. Se afirma que mientras el padre Rodolfo permaneció en Zacapu, no hubo “fracasos”: es decir, madres solteras.

El proceso de sustitución de mujeres por hombres en “coneras”

Si bien no había discriminación contra la mujer obrera en el sentido de que gozaba del mismo pago y de los mismos derechos que el hombre, es claro que se daba en la fábrica la recreación de las relaciones de género imperantes en la sociedad local. Esto se ve claramente en el caso del sindicato, que era controlado por los hombres. Entre los dirigentes sindicales, a lo largo de los primeros 25 años fungieron únicamente dos mujeres en puestos menores, nombradas éstas por los varones.

La mayor fricción entre obreros y obreras tenía que ver con el hecho de que éstas, por ley, no pudieran laborar de noche. Como las mujeres se limitaban a cubrir el primero y el segundo turnos, se desgastaba mucho la fuerza de trabajo masculina con las jornadas nocturnas. El malestar, aunado al hecho de una gran rotación de personal femenino que abandonaba el trabajo al momento de casarse,¹⁴ llevó a un proceso gradual de sustitución con hombres de plazas vacantes que dejaban las obreras a partir de 1965. En las palabras de un exdelegado sindical, “con base en la inconformidad de los obreros por el problema de que las mujeres no podían rolar al tercer turno, la empresa decidió —con la anuencia del sindicato— ya no admitir a más mujeres. No fue una cosa formal sino sólo una norma que se estableció”. *M.M., entrevista 17-XI-89.*

¹⁴ Algunas de estas uniones se hicieron en la fábrica: un tercio de las trabajadoras que se casaron o se unieron después de ingresar a Celanese encontraron a su pareja en la planta.

Empleadas de confianza

Las empleadas de confianza procedían esencialmente del mismo tipo de familias que las obreras —campesinas, comerciantes, obreras. Sin embargo, es probable que su situación familiar fuese un poco más holgada, pues no se encontraron entre ellas hijas de arrieros ni de artesanos —y sí algunas de profesionistas. Otro indicador de que gozaban de una situación más acomodada es su nivel educativo claramente superior al de las compañeras obreras. Mientras que estas últimas o bien no habían hecho estudios, o cuando mucho habían terminado la primaria, las empleadas de confianza tenían, por regla general, la primaria completa, la secundaria, o estudios técnicos de comercio o enfermería (cuadro 3). De hecho, algunas exempleadas confirman esta impresión, al indicar que no trabajaron por necesidad, sino para realizarse adquiriendo responsabilidades en el empleo.

CUADRO 3
Escolaridad de las trabajadoras de Celanese
según su categoría en el trabajo

<i>Escolaridad</i>	<i>Categoría</i>		
	<i>Obreras</i> <i>(porcentaje)</i>	<i>Empleadas</i> <i>de confianza*</i> <i>(porcentaje)</i>	<i>Total</i> <i>(porcentaje)</i>
Ninguna	14.7	2.9	17.6
Primaria incompleta	26.5	2.9	29.4
Primaria completa	11.8	5.9	17.6
Secundaria	0	8.8	8.8
Técnica	5.9	14.7	20.6
No hay dato	5.9	0	5.9
Suma	64.7	35.2	100.0

* Incluye a obreras que pasaron a ser empleadas.

Fuente: entrevistas con trabajadoras, 1989-1990.

Las empleadas podían probarse en los puestos de enfermera, laboratorista, oficinista o supervisora. La mayor responsabilidad que adquirían era compensada con una superior remuneración. Con excepción de las enfermeras, quienes por la naturaleza de su

trabajo eran obligadas a cubrir los tres turnos de la fábrica, las otras tenían el horario mixto (8 a 12 y 13 a 17 horas). No sufrían las consecuencias físicas del cambio de turno ni las desmañanadas de las obreras. Si bien todos estos factores distanciaban a las empleadas de las obreras, el hecho de ser contratadas como de confianza y no formar parte del sindicato era el factor decisivo. Los dos tipos de trabajadoras se movían en mundos distintos y había poco contacto entre ellas. En las palabras de una exobrera con 30 años de servicio, “cada oveja con su pareja”. Explica una exsupervisora: “No estaba prohibido que hubiera contacto, pero la empresa no lo veía con muy buenos ojos”. Cerca de una sexta parte de las entrevistadas pasó de ser obrera a empleada de confianza, como supervisora en “coneras” o como laboratorista.

Las maestras

La proliferación de planteles escolares en los años cincuenta y sesenta redundó, naturalmente, en una gran demanda de profesores. Se fundó el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio en Morelia para impartir cursos de verano y de fines de semana a docentes en servicio. De esta manera, el Estado, frente a un sistema educativo en fuerte expansión, intentó formalizar la preparación de sus maestros.

El salario del maestro en esa época le permitía formar parte de los sectores medios en el valle de Zacapu, pues llegó a ser, hacia 1960, más de cuatro veces mayor que el de un jornalero. Así, este grupo ocupacional adquirió no sólo importancia numérica, sino que conquistó un lugar en la estructura social. Aunque seguían predominando los hijos e hijas de campesinos en esta cohorte, también se encontraban casos de maestros procedentes de las clases medias en expansión, particularmente hijos de profesores y empleados (cuadro 4).

Todavía para los primeros integrantes de esta segunda cohorte “era raro ver a una maestra. A la mujer no se le daban facultades para eso porque se creía que debía estar nada más en el hogar”.¹⁵

¹⁵ Entrevista de Luis Ramírez Sevilla con J.M., Zacapu, 12-XI-89.

CUADRO 4
Extracción social de maestros, por cohorte,
ocupación del padre

Cohorte	Ocupación del padre													
	Cam- pesino		Comer- ciante		Profesor		Obrero		Em- pleado		Otro		Total	
	Nú- me- ro	Por- cen- taje	Nú- me- ro	Por- cen- taje	Nú- me- ro	Por- cen- taje	Nú- me- ro	Por- cen- taje	Nú- me- ro	Por- cen- taje	Nú- me- ro	Por- cen- taje	Nú- me- ro	Por- cen- taje
1930-1947	6	75	0	-	1	12	0	-	1	12	0	-	8	100
1948-1964	1	10	0	-	2	20	2	20	3	30	2	20	10	100
1965-1988	17	68	1	4	2	8	2	8	3	12	0	-	25	100
Suma	24	56	1	2	5	12	4	9	7	16	2	5	43	100

Fuente: entrevistas con maestros, 1989-1990.

Sin embargo, ya en los años sesenta la tendencia a una incorporación cada vez mayor de mujeres en el magisterio se volvió notoria. A diferencia de los hombres, que generalmente ingresaban en la carrera con más de 20 años de edad, después de haber realizado otra actividad, las jóvenes entraban al servicio a edades muy tempranas (entre los 17 y los 20 años) y sin haber tenido una experiencia laboral previa. Con el desarrollo de las comunicaciones se hacía factible trasladarse diariamente al lugar de trabajo y seguir viviendo con la familia paterna.¹⁶ Con ello, se derrumbó uno de los obstáculos a la incorporación femenina a esta ocupación. Desde este momento, la carrera magisterial empezó a verse como típicamente femenina.

Una de las características de la profesión de maestro es el gran número de cambios de su lugar de trabajo a lo largo de la carrera. Aunque para esta cohorte dichos cambios de plaza no implicaban cambios de residencia como para la cohorte anterior, sí tenían repercusiones negativas para la vida familiar y para el prestigio del maestro. He aquí la descripción apta de un maestro de nivel secundario de su vida un tanto itinerante: "Los maestros somos como piezas de ajedrez que nos movemos de una comunidad a

¹⁶ Por esta misma razón, la estrecha relación entre maestro y comunidad, tan característica de la primera cohorte, pierde intensidad.

otra. Entonces la respetabilidad que gana en el lugar se pierde cuando se va, y la tiene que volver a ganar en el lugar al que llega”.¹⁷

Las comerciantes

La participación de la mujer en el comercio fue importante, sobre todo en los giros de comestibles y alimentos preparados. Es precisamente en estas ramas en las que se verificó la incorporación de un número creciente de campesinas de los pueblos de la ciénega a la actividad comercial en la cabecera. El comercio de pan, chapatas, corundas, gorditas y otras especialidades regionales, por parte de vendedoras (generalmente indígenas) de piso en el mercado, se convirtió en una modalidad para generar ingresos monetarios para el grupo doméstico campesino. A diferencia de las comerciantes en establecimientos fijos que generalmente contaban con una empleada doméstica, estas vendedoras combinaban el comercio con la realización de las labores domésticas y el cuidado de los hijos, lo cual implicaba unas jornadas de trabajo muy extenuantes. Sin embargo, el dinero ganado en la venta era de ellas y representaba una parte importante de la manutención familiar o la posibilidad de sostener a algún hijo estudiante. Esta opción laboral femenina, que no requiere de escolaridad ni de gran inversión monetaria, tendió a ser cada vez más socorrida.

LA TERCERA COHORTE: EL TRABAJO FEMENINO VUELTO NECESIDAD

Las trabajadoras de Celanese

En la tercera cohorte, el grupo de las obreras se redujo a una sombra de lo que era en la segunda. Gracias a la política de remplazo de plazas vacantes de mujeres por hombres, el área de “coneras” fue perdiendo su fuerza de trabajo femenina, hasta que quedaban únicamente dos —una soltera y una madre soltera— al cerrarse el departamento en 1982.

¹⁷ Entrevista de Luis Ramírez Sevilla con S.M., Cantabria, 7-XII-89.

Siguió, sin embargo, la contratación de mujeres como empleadas en las oficinas administrativas y en la enfermería de Celanese, pero actualmente sus números son muy reducidos. Quizá sea éste el grupo ocupacional con mayor proporción de mujeres que trabajan tanto por razones de realización personal como económicas. Como expresa una empleada actual: "Antes las mujeres sólo casándose tenían manera de realizarse, pero ahora tienen muchas ... por ejemplo, trabajando". A juzgar por la situación actual de las empleadas (tipo de vivienda, forma de vestir, tipo de coche), éstas mantuvieron su posición social superior con respecto al grupo de las obreras, cuyas viviendas son más modestas, su ropa es menos elegante y su coche (cuando lo tienen) no es de último modelo.

No obstante, es claro que las obreras también lograron mejorar su nivel de vida y el de sus hijos. La gran mayoría es dueña de su casa y sus hijos han tenido la oportunidad de realizar estudios de nivel medio o superior. Para unas y otras, el balance de los años en Celanese es positivo: aunque no se olvidan las difíciles condiciones de trabajo, se recuerda más el bonito ambiente de trabajo y el espíritu de compañerismo y amistad que reinaba en la planta.

Las maestras

A lo largo de los años sesenta y setenta, el sector educativo vivió una etapa de gran expansión. Además del aumento en el número de planteles —en la cabecera y, en menor medida, en las localidades—, en 1970 desapareció el turno discontinuo y se crearon a nivel nacional los turnos matutino y vespertino. Simultáneamente, el salario del maestro vino sufriendo una baja en su poder adquisitivo. De representar 35% más que el salario mínimo nacional hacia 1966-1968, el salario de un maestro zacapense pasó a sólo 5% más en 1985. La tercera cohorte de maestros ya no ocupa una posición privilegiada en la estructura social zacapense; ha sido desplazada por otros asalariados.

La conjugación de estos dos factores ha dado lugar al fenómeno de las dobles plazas u oficios.¹⁸ A partir de aproximadamente

¹⁸ Esta descripción de la deplorable situación del maestro en la región zacapense es válida a nivel nacional. Aguilar y Sandoval (1988) presentan un

1978 se ha vuelto no sólo factible sino necesario, desde el punto de vista económico, cubrir dos plazas (a veces en escuelas distintas) o bien realizar otra actividad en el tiempo libre. La situación del maestro se ha deteriorado hasta el punto en que es una profesión desprestigiada y mal remunerada: hoy en día, en la región zacapense un docente gana sólo un poco más que un jornalero. La respuesta del magisterio ha sido la búsqueda de ingresos complementarios. Sus estrategias abarcan desde la realización de alguna actividad remunerada por parte del cónyuge (es común encontrar matrimonios de maestros que así reúnen dos salarios) hasta idas temporales a Estados Unidos con permisos para no perder la plaza. Según el testimonio de una maestra de primaria, “en la actualidad, la mayoría de los compañeros sí tienen otros trabajos: las mujeres venden zapatos, oro, productos Avón, etc., y los hombres piden permisos y se van a Estados Unidos. Juntan su dinerito y se vienen otra vez a trabajar”.¹⁹ De hecho, con respecto a cohortes anteriores de maestros, se observa un incremento en el número de otros miembros que aportan recursos al ingreso familiar de los mismos (cuadro 5).

Obviamente, la difícil situación económica del docente ha tenido efectos negativos para la calidad de la educación que reciben sus alumnos. En opinión de un maestro de secundaria,

cuando uno se entrega bien al magisterio, no permite otra ocupación. Hace tiempo no era común, pero ahora sí; por lo regular el maestro tiende a tener otro ingreso, en actividades comerciales generalmente, porque en medio tiempo no se puede otra cosa. Hay algunos que hacen instalaciones eléctricas o cosas así.²⁰

panorama similar para las maestras de primaria del Distrito Federal en cuanto a la creciente feminización de la carrera docente, el aumento en el número de dobles e incluso triples plazas, y la combinación del magisterio con otra actividad profesional y oficio.

¹⁹ Entrevista de Rocío Morales e Isabel Morales con M.S., Zacapu, 7-XII-89.

²⁰ Entrevista de Luis Ramírez Sevilla con S. M., Cantabria, 7-XII-89.

CUADRO 5
Otros miembros que aportan recursos al ingreso familiar
del maestro, por cohortes

<i>Cohorte</i>	<i>Cónyuge</i>		<i>Hijos</i>		<i>Hermano</i>		<i>Padre o madre</i>		<i>Ninguno</i>		<i>Total</i>	
	<i>Nú- me- ro</i>	<i>Por- cen- taje</i>	<i>Nú- me- ro</i>	<i>Por- cen- taje</i>	<i>Nú- me- ro</i>	<i>Por- cen- taje</i>	<i>Nú- me- ro</i>	<i>Por- cen- taje</i>	<i>Nú- me- ro</i>	<i>Por- cen- taje</i>	<i>Nú- me- ro</i>	<i>Por- cen- taje</i>
1930-1947	5	63	1	12	0	-	0	-	2	25	8	100
1948-1964	6	60	2	20	0	-	0	-	2	20	10	100
1965-1988	22	88	0	-	2	8	1	4	0	-	25	100
Suma	33	77	3	7	2	5	1	2	4	9	43	100

Fuente: entrevistas con maestros, 1989-1990.

El Movimiento Democrático Magisterial que estalló en Michoacán, en octubre de 1989, con particular virulencia, debe verse como una expresión de hastío de una situación que se gestó durante más de una década. Los reclamos de un salario justo y de democracia sindical movilizaron a la mayoría de los maestros del municipio de Zacapu, aunque también hubo quienes siguieron impartiendo clases fuera de las aulas.

Las comerciantes

La tercera cohorte de comerciantes presenta una mayor heterogeneidad social a su interior. Ciertamente, como reconoce un locatario del mercado municipal de Zacapu, "tanto hay capitalistas como pobres entre los comerciantes. Siempre ha sido así".²¹ No obstante, actualmente la gama de tipos de comerciantes se ha ampliado. Al número creciente de comerciantes de establecimientos fijos, locatarios y vendedores de piso del mercado y ambulantes se sumaron los tianguistas (algunos locales y otros itinerantes) que se instalan a espaldas del mercado. A partir del auge comercial, que llegó a su apogeo hacia 1975, se produjeron varios conflictos entre comerciantes

²¹ Entrevista de Luis Ramírez Sevilla con J. M., Zacapu, 12-II-90.

de distinto tipo, reflejo de la agudización de la competencia mercantil. El primer enfrentamiento se dio en 1966 entre tianguistas y locatarios en torno al cambio del día del tianguis. El segundo conflicto ocurrió en el mismo año alrededor del cambio de la terminal de autobuses a la zona del mercado, más alejado de la antigua zona comercial.

Junto con el aumento en el número de comerciantes, prosperaron las agrupaciones gremiales ya existentes y surgieron otras nuevas para organizar y representar a cerca de mil personas de la más diversa situación social. Dichas organizaciones reflejan el peso del sector comercial en la vida del municipio.

La participación femenina es notoria en cada nivel. Por ejemplo, en la Cámara Nacional de Comercio de Zacapu prácticamente la mitad de los miembros son mujeres, concentradas en los giros de artículos para vestir —ropa, calzado, telas, estambrerías, bone-terías, mercerías, etc. (cuadro 6). Estas mujeres urbanas con estudios

CUADRO 6
Giros de los miembros de la Cámara de Comercio
de Zacapu, en 1990, por sexo

<i>Giro</i>	<i>Hombres</i>		<i>Mujeres</i>		<i>Total</i>	
	<i>Número</i>	<i>Por- centaje</i>	<i>Número</i>	<i>Por- centaje</i>	<i>Número</i>	<i>Por- centaje</i>
Artículos para vestir	19	24	59	76	78	23
Farmacia, sanatorios y laboratorios	21	58	14	39	36*	11
Alimentos preparados	16	53	14	47	30	9
Abarrotes	14	52	13	48	27	8
Ferretería, tlapalería y materiales de construcción	13	59	8	36	22*	7
Muebles	11	55	9	45	20	6
Refaccionaria	14	74	5	26	19	5
Otros**	63	58	45	42	108	31
Suma	171	51	166	49	340	100

* Se ignora el sexo en su caso.

** Incluye giros comerciales con menos de 11 establecimientos, más servicios de reparación, talleres y otros, y turismo.

Fuente: registro de membresía de la Cámara Nacional de Comercio, Servicios y Turismo Servytur de Zacapu, 1990.

por lo menos de primaria contrastan con las vendedoras de piso del mercado, procedentes de las comunidades rurales y sin estudios.

A diferencia del maestro, que cuenta con un salario, el comerciante trabaja por cuenta propia y sus ingresos son más variables. Si bien el comercio zacapense vivió una época de oro que coincidió con el momento de mayor expansión de la fábrica Celanese, en los últimos 15 años su situación es menos halagüeña. Sin duda, los comerciantes resienten en sus ventas los despidos masivos de obreros de Celanese, acontecidos a partir de 1979, y el mayor grado de competencia, producto de la incorporación de nuevos sectores a esta actividad de refugio.

CARACTERÍSTICAS, CONDICIONANTES Y CONSECUENCIAS DEL TRABAJO FEMENINO EN EL VALLE DE ZACAPU

Altibajos del proceso de incorporación de la mujer al mercado de trabajo zacapense

El estudio longitudinal de las tres cohortes de trabajadoras ha revelado que el proceso de incorporación de la mujer al mercado de trabajo zacapense no se dio de manera ininterrumpida ni sin tropiezos. Incluso, en el caso de las obreras fabriles y la pérdida de un espacio laboral conquistado, vimos que también se registraron retrocesos. Repasemos los momentos más importantes del proceso de incorporación de la mujer al mercado de trabajo zacapense.

Hasta el desencadenamiento de los procesos concomitantes de urbanización e industrialización en el valle de Zacapu, las oportunidades de empleo femenino eran muy reducidas, limitadas básicamente al magisterio y al comercio. En 1948 —con la puesta en marcha de la planta de Celanese Mexicana— marcó un hito en la historia la incorporación de mano de obra femenina al mercado de trabajo regional. El trabajo fabril, de cerca de 150 mujeres, tuvo un impacto no sólo en las economías familiares sino también en la mentalidad del zacapense frente al trabajo femenino extradoméstico. Si bien las primeras trabajadoras tuvieron que enfrentar la desaprobación generalizada de la población, con los años fueron demostrando que los temores no eran del todo justificados. Al

mismo tiempo, quedó establecido lo valioso de su aportación monetaria a la economía familiar. Los años sesenta representan el parteaguas en cuanto a una mayor aceptación de que la mujer trabajara fuera de la casa. En un proceso lento y no lineal se empezaron a desmoronar los límites del mundo femenino reducido al hogar.

Hay que esperar hasta la tercera cohorte para que se dé una aceptación más generalizada (o menor resistencia) al trabajo extradoméstico de la mujer. La justificación reside en la necesidad de incrementar los ingresos familiares con una entrada más, vista por lo regular como complemento del ingreso masculino. El mayor aumento se dio en la proporción de mujeres en todos los tipos de comercio: establecido, locatario en el mercado municipal y ambulante. Hoy en día se puede hablar de la existencia de un espacio laboral femenino en el valle de Zacapu, aunque las trabajadoras se encuentran básicamente segregadas en términos de ocupaciones típicamente femeninas: secretarías, enfermeras, maestras, etcétera.

Diferencias genéricas en el proceso de incorporación al mercado de trabajo

La comparación entre las características de las trayectorias laborales femeninas con las masculinas arroja diferencias marcadas. En primer lugar, por regla general las trabajadoras no tuvieron una experiencia laboral previa al desempeño de alguna de las tres ocupaciones estudiadas. Entre las obreras, por ejemplo, sólo 29% había ganado un ingreso antes de contratarse en la fábrica. En cambio, no era raro que los maestros, obreros y comerciantes varones hubieran laborado con anterioridad como campesinos, empleados u obreros. Este hecho está ligado con la menor edad promedio al ingresar las mujeres al trabajo. Tomando por ejemplo el caso del empleo fabril, la mitad de las mujeres ingresó entre los 16 y los 21 años, mientras que más de la mitad de los obreros tenía entre los 21 y los 30 años al momento de entrar a la fábrica. Empero, la pequeña proporción de mujeres con experiencia laboral previa también es reflejo de la estrechez del mercado de trabajo femenino y de su grado de segregación ocupacional.

Una segunda característica distintiva de las trayectorias femeninas es su carácter discontinuo. Las mujeres registraron antigüedades francamente inferiores, debido a entradas y salidas del mercado de trabajo asociadas con cambios en el estado civil, la maternidad y crianza de los hijos o la enfermedad de algún familiar. Por ejemplo, más de la mitad de los obreros naranjeños entrevistados había acumulado entre 16 y 40 años de antigüedad; en cambio, 40% de las trabajadoras de Celanese reportó una antigüedad menor a los diez años (cuadro 7).

CUADRO 7
Antigüedad de las trabajadoras de Celanese Zacapu

<i>Años de antigüedad</i>	<i>Número de casos</i>	<i>Porcentaje</i>
0-4	5	14
5-9	9	26
10-14	2	6
15-19	3	9
20-24	3	9
25-29	6	17
30-34	5	14
No hay dato	2	6
Total	35	100

Fuente: entrevistas con trabajadoras, 1989-1990.

Los cambios de estado civil —asociados con la edad— inciden grandemente en el hecho de que una mujer trabaje o no, y en el tipo de trabajo que realice. Como afirman Christenson, García y Oliveira (1989:257), “[la edad] es un indicador de las transformaciones del ciclo vital de las mujeres, el cual se encuentra ampliamente relacionado con las responsabilidades familiares y, por tanto, con su participación en el mercado de trabajo, a diferencia de lo que sucede con los hombres”. El paso de la soltería al matrimonio, o bien de éste a la unión disuelta por separación o viudez, influye tanto en la necesidad como en las posibilidades de realizar un trabajo remunerado. Una comerciante señala el factor determinante de su entrada a la actividad: “murió mi esposo y me quedé en la calle...”. Modificaciones en el tipo de trabajo realizado por el marido y/o por los hijos frecuentemente inciden en el retiro de

una mujer del mercado de trabajo, una vez que el grupo familiar decide que su aportación ya no es esencial.

No obstante, esta relación entre la variable estado civil y el trabajo femenino se está modificando con la proporción cada vez mayor de mujeres que no se retiran una vez casadas. El porcentaje de casadas entre las maestras y las comerciantes ha ido en continuo aumento a través de las tres cohortes (cuadro 8). Diversos estudios han constatado esta tendencia, de enormes repercusiones a nivel nacional, particularmente en las zonas metropolitanas (De Oliveira y García, 1990; Pedrero, 1990b: 142).

CUADRO 8
Estado civil de maestras y comerciantes del sexo femenino,
por cohorte (porcentajes)

<i>Estado civil</i>	<i>Maestras</i>			<i>Comerciantes</i>		
	<i>1930-1947</i>	<i>1948-1964</i>	<i>1965-1988</i>	<i>1940-1947</i>	<i>1948-1964</i>	<i>1965-1988</i>
Solteras	–	25	14	–	9	7
Casadas	33	63	86	–	55	79
Viudas	33	–	–	100	30	14
Madres						
solteras	34	12	–	–	–	–
Total	100	100	100	100	100	100

Fuente: entrevistas con maestros y comerciantes, 1989-1990.

Cambios en los condicionantes del trabajo femenino

Entre las explicaciones de la entrada de las mujeres al mercado de trabajo zacapense han venido operando factores tanto del lado de la demanda como de la oferta. Ciertamente, como se ha postulado para otros contextos, el llamado proceso de modernización ha ampliado el espacio para el empleo femenino.

La creciente aceptación del trabajo de la mujer en estas tres ocupaciones, así como la mayor presencia de casadas en su desempeño, están directamente relacionadas con las dificultades que tiene el jefe de familia masculino para ganar lo suficiente para

mantenerla. Hoy en día, mujeres tanto de la ciudad como de los pueblos dan esta misma explicación de su entrada al mercado de trabajo. El testimonio de una vendedora de nopales de Naranja refleja el cambio de mentalidad:

No nos alcanza lo que él gana, por eso tengo que hacerle la lucha. Ahorita ya no se murmura nada; ya los hombres no dicen nada, porque ven que con lo que ganan ellos no alcanza y es una ayuda para los dos. Antes qué esperanzas que la mujer saliera a vender porque ya la estaban criticando [decían] que ya iba a mantener uno a su marido.

En este punto coinciden obreras, maestras y comerciantes: a pesar de las críticas de los demás, ellas han insistido en la necesidad de trabajar para lograr un nivel de vida satisfactorio para su familia. En la región zacapense, al igual que en muchas partes de México,²² la estrechez del ingreso masculino parece ser la justificación más contundente para el trabajo femenino.

Impactos del trabajo femenino en el ámbito familiar

Para analizar las repercusiones que el trabajo femenino ha tenido en la vida familiar podemos formular las siguientes preguntas. ¿Cuál es el impacto del hecho de que la mujer (esposa-madre o hija) genere ingresos, en el nivel de bienestar familiar, en la toma de decisiones al interior de la familia, en el prestigio que se le asigna, en el lugar que ocupa en la jerarquía de poder intrafamiliar? ¿Cómo cambia su percepción de sí misma al tener una actividad extradoméstica generadora de ingresos? ¿Cómo cambian sus expectativas para las generaciones futuras de hombres y mujeres?

Las trabajadoras reportan unánimemente una mejoría en los niveles de bienestar familiar como producto de su trabajo remunerado. Dicha mejoría fue más dramática en los casos de obreras que

²² De Oliveira y García (1990) documentan el incremento en la participación económica de mujeres casadas entre las edades de 20 y 49 años, en el periodo de 1976 a 1987, ligándolo sobre todo con el descenso de la fecundidad y con la estrategia familiar de aumentar su número de miembros activos ante caídas en los salarios reales.

sostenían a sus familias. Estas hijas de familia demostraron que podían sostener a sus padres en caso de emergencia o en la vejez, y educar a sus hermanos menores. La comparación de los niveles de escolaridad de las trabajadoras de Celanese con los de sus propios hijos constituye un indicador de su contribución al nivel de bienestar: mientras que 31% de las obreras y empleadas contaban con estudios técnicos o de secundaria, casi la mitad (49%) de sus hijos alcanzaron el nivel de bachillerato o el de estudios técnicos o profesionales.

Por el hecho de aportar ingresos, las trabajadoras adquirieron mayor voz y voto en la administración del gasto familiar. Muchas obreras reportaron que en un principio entregaban su salario a la madre, pero con el tiempo empezaron a disponer personalmente de una mayor parte de él, incluso comprando directamente productos para el hogar y para ellas mismas. Actualmente, en los casos en donde ambos cónyuges aportan, el patrón es una administración compartida de la economía familiar.

Las expresiones de autoevaluación de las trabajadoras son positivas, como muestran estas dos exobreras:

Me beneficié moral y económicamente a mí y a mi familia. El trabajo me gustó mucho. Socialmente sentía como un despertar a la vida, me sentía útil, con más libertad. No perjudicó para nada a la familia. Al contrario, es lo máximo que la mujer trabaje.

Sin embargo, lo que aparentemente no ha cambiado sustancialmente es la división del trabajo en el interior del grupo doméstico. Si bien el trabajo femenino extradoméstico es más aceptado hoy que ayer, de ninguna manera se exime a la mujer de los tradicionales quehaceres del hogar. Al contrario, es la condición para seguir en el trabajo extradoméstico: el marido acepta que su esposa trabaje, siempre y cuando no descuide el hogar. En el caso de las familias con mayores recursos económicos, la trabajadora puede contratar a una sirvienta. Pero lo común es que realice ella misma los dos tipos de labores. "Todo es cuestión de organizarse", dicen muchas. Las soluciones para el cuidado de los niños chicos incluyen, en el caso de maestras o de comerciantes, llevarlos al lugar de trabajo.

En conclusión, la imagen de la mujer trabajadora que se desprende de este estudio local es la de una actriz estratégica en la reproducción social de su familia. Su presencia en el mercado de trabajo es un hecho consumado. En función de su estrato social, su aportación monetaria se destina a la manutención, al mejoramiento del nivel de vida familiar y a la formación de los hijos. En este sentido, las mujeres de la región zacapense, como las de otras partes del país y del Tercer Mundo, están desencadenando cambios sociales cuyas implicaciones para la sociedad mayor apenas empezamos a vislumbrar.²³

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Hernández, Citlali y Etelvina Sandoval Flores, "Ser mujer-ser maestra. Autovaloración profesional y participación sindical", en Vania Salles y Elsie McPhail (comps.), *La investigación sobre la mujer. Informes en sus primeras versiones*, Serie Documentos de Investigación núm. 1, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, México, El Colegio de México, 1988, pp. 331-372.
- Arias, Patricia y Gail Mummert, "Familia, mercados de trabajo y migración en el centro-occidente de México", *Nueva Antropología*, vol. IX, núm. 32, México, 1987, pp. 105-127.
- Benería, Lourdes y Martha Roldán, *The Crossroads of Class and Gender; Industrial, Homework, Subcontracting, and Household Dynamics in Mexico City*, Chicago, University of Chicago, 1987.
- Bose, Christine, Roslyn Feldberg y Natalie Sokoloff, *Hidden Aspects of Women's Work*, Nueva York, Praeger, 1987.
- Christenson, Bruce, Brígida García y Orlandina de Oliveira, "Los múltiples condicionantes del trabajo femenino en México", *Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm. 20, mayo-julio, 1989, pp. 251-280.
- Cruz Pineiro, Rodolfo y René Zenteno Quintero, "La participación femenina en la actividad económica de la frontera norte: Tijuana, Ciudad Juárez, Nuevo Laredo y Matamoros", en *Memoria de la III Reunión Nacional sobre Investigación Demográfica en México*, México, UNAM y Sociedad Mexicana de Demografía, 1987, pp. 587-595.
- De Oliveira, Orlandina, "Empleo femenino en México en tiempos de recesión económica: tendencias recientes", en Jennifer Cooper *et al.*,

²³ Véase Dwyer y Bruce (1989) para una colección de ensayos sobre trabajadoras del Tercer Mundo, que se centra en las implicaciones de su trabajo para el manejo de los ingresos generados y la dinámica intrafamiliar.

- (comp.), *Fuerza de trabajo femenina urbana en México*, México, UNAM y Porrúa, vol. 1, 1989a, pp. 29-66.
- , “La participación femenina en los mercados de trabajo urbanos en México: 1970-1980”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, 4 (3): 465-493, septiembre-diciembre, 1989b.
- y Brígida García, “El nuevo perfil del mercado de trabajo femenino: 1976-1987”, ponencia presentada en la IV Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México, Sociedad Mexicana de Demografía, México, 23-27 de abril, 1990.
- Dwyer, Daisy y Judith Bruce (eds.), *A Home Divided. Women and Income in the Third World*, Stanford, Stanford University Press, 1989.
- García, Brígida, *Desarrollo económico y absorción de fuerza de trabajo en México, 1950-1980*, México, El Colegio de México, 1988.
- Goldin, Claudia, *Understanding the Gender Gap. An Economic History of American Women*, Nueva York, Oxford, 1990.
- González Block, Miguel Ángel, *Ideología de las enfermedades ocupacionales y dinámica social en un contexto industrial en México*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1980.
- Leñero Franco, Estela, “El huso y el sexo; la mujer obrera en dos industrias de Tlaxcala”, *Cuadernos de La Casa Chata*, 106, México, Centro de Estudios Superiores en Antropología Social, 1984.
- Morgen, Sandra (ed.), *Gender and Anthropology. Critical Reviews for Research and Teaching*, Washington, American Anthropological Association, 1989.
- Mummert, Gail, *Cambios en la población económicamente activa de la región centro-occidente, 1970-1980*, Documento de Trabajo DT/87-02, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, México, El Colegio de México, 1987.
- , “Mercado de trabajo y estrategias familiares de reproducción social en el valle de Zacapu, Michoacán”, en Gail Mummert (ed.), *Población y trabajo en contextos regionales*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1990a, pp. 145-180.
- , “El proceso de incorporación de la mujer al mercado de trabajo: tres cohortes de obreras, maestras y comerciantes en el valle de Zacapu, Michoacán”, informe final al Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, septiembre, 1990b.
- y Luis Ramírez Sevilla, “La tabiquería en Naranja. Dinámica de una actividad no agrícola en un pueblo agrícola”, *Relaciones*, IX (35): 93-118, 1988.
- Oppenheimer, Valerie K., *Work and the Family. A Study in Social Demography*, Nueva York, Academic Press, 1982.
- Paredes, Leticia, “Industria, urbanización y talleres en Zacapu” (mecanuscrito), 1987.
- Pedrero, Mercedes, “Cambios en la actividad económica femenina y la transición de la fecundidad en zonas metropolitanas”, ponencia pre-

- sentada en la IV Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México, Sociedad Mexicana de Demografía, México, 23-27 de abril, 1990a.
- , “Evolución de la participación económica femenina en los ochenta”, *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, año LII, núm. 1, enero-marzo, 1990b, pp. 133-149.
- y Teresa Rendón, “El trabajo de la mujer en el México de los setenta”, en *Estudios sobre la mujer: I. Empleo y la mujer, bases teóricas, metodológicas y evidencia empírica*, México, INEGI, SPP, 1982, pp. 437-456.
- Personal Narratives Group, *Interpreting Women's Lives. Feminist Theory and Personal Narratives*, Bloomington, Indiana University Press, 1989.
- Pindas, Pablo y Guillermo Santos, “Tecnología y cambio rural. Análisis descriptivo de la información recolectada en siete localidades del estado de Michoacán”, México, Instituto Mexicano de Estudios Sociales, 1972.
- Ryder, Norman B., “The Cohort as a Concept in the Study of Social Change”, *American Sociological Review*, 30 de diciembre de 1965, pp. 843-861.
- Statham, Anne, Eleanor M. Miller y Hans O. Mauksch (eds.), *The Worth of Women's Work. A Qualitative Synthesis*, Albany, State University of New York Press, SUNY Series on Women and Work, 1988.
- Valdés Vega, María Eugenia, “Las maestras de primaria del Distrito Federal: hacia un perfil sociológico”, en Jennifer Cooper *et al.* (comp.), *Fuerza de trabajo femenina urbana en México*, México, UNAM y Porrúa, vol. 2, 1989, pp. 587-606.

DE LA CANDELA AL MERCADO: EL PAPEL DE LA MUJER EN LA AGRICULTURA COMERCIAL DEL SUR DE YUCATÁN

ELENA LAZOS CHAVERO*

Yo dejo a mis chiquitos con mi mamá o con mi comadre pues me vengo a hacer la venta de la parcela y luego me quedo comprando y vendiendo y así, gano mis centavos para la familia.... pero luego me tengo que apurar para preparar la comida...es mucho trabajo. *Campesina de Oxkutzcab.*

Aquí las muchachas ya no quieren trabajar en la milpa, quieren irse pa'otros lados y es que uno se cansa mucho, hay que caminar mucho para sólo tener poco maíz... *Campesina de Yaxhachen.*

En las décadas de 1950 y 1960, el proceso de “modernización” bajo la llamada “revolución verde” generó dos polos en la agricultura mexicana: el empresarial comercial y el campesino familiar de subsistencia (Appendini y Almeida, 1982; Hewitt, 1984). Hoy en día, la “modernización”, bajo la política desregulativa, refuncionaliza la economía campesina vía su incorporación al mercado mundial o vía su proletarización parcial. En estos dos procesos modernizadores imbricados, las familias campesinas se han enfrentado con nuevos modelos de orientación social y nuevas instituciones económicas y sociopolíticas que han exigido reorientar sus tendencias productivas, sus objetivos, su organización y sus patrones culturales.

Desde la publicación de la obra clásica de Esther Boserup, *Women's Role in Economic Development*, diversas investigaciones han estudiado las consecuencias de la penetración del capital en la

* Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

agricultura y de la modernización agrícola sobre la mujer campesina (Tinker, 1976; Deere, 1982; Jaquette, 1983; Roodkowsky, 1983; Wilson, 1984; Whitehead, 1985; Dary, 1991). Boserup (1970) fue de las pioneras en proponer que la introducción de la tecnología moderna y de los cultivos comerciales beneficiaron principalmente a los hombres, relegando a la mujer a la producción de subsistencia. Este resultado y la subestimación del trabajo femenino en la agricultura y en las tareas domésticas por las agencias gubernamentales dieron pie para una rica discusión sobre los efectos sociales de la revolución verde. No obstante, para entender el cambio de la condición femenina por la modernización agrícola es necesario analizar no sólo las relaciones de género y de familia, sino también la globalidad de la estructura social (Young, 1978; Benería y Sen, 1982; Deere y León de Leal, 1982; Whitehead, 1985; Lara, 1990).

En esta perspectiva, en el caso de que la mujer tenga que asumir trabajo adicional, éste y la división de trabajo estarán determinados por instituciones sociales como el matrimonio y la familia (Wilson, 1984: 17-18). Igualmente se ha establecido que la mano de obra agrícola se mantiene barata sólo por la participación de la mujer (Deere, 1982a: 11-13). Sin embargo, no se ha considerado la intervención de grandes contingentes de campesinos pobres (mujeres y hombres). Es solamente en el nivel de los entrecruzamientos entre la familia, la clase y el género que podemos comprender la transformación de la condición femenina.

El modelo de Boserup enfatiza los efectos negativos de la modernización agrícola sobre la situación de la mujer campesina; sin embargo, los estudios de caso posteriores muestran toda una gama de resultados que incluso pueden plantear situaciones contradictorias.¹ En términos de la esfera de la producción, la mujer puede incrementar o disminuir su participación en la agricultura y, por consiguiente, ganar o perder control sobre los recursos productivos, el proceso de trabajo y el producto. Los paquetes tecnológicos agrícolas pueden implicar la exclusión de la mujer de las nuevas prácticas.

¹ Véase Young, 1978; Deere, 1982; Arizpe y Aranda, 1981; Roldán, 1981; Benería y Sen, 1982: 30-31; Lara, 1992. Las consecuencias para las mujeres dependen, por un lado, de las condiciones socioeconómicas, políticas y culturales de la región; y por otro, del tipo, duración y objetivos de los planes de desarrollo.

Pero también es posible que la lleven a reafirmar sus conocimientos etnobotánicos y de la diversidad genética, dado que la concentración del trabajo masculino en cultivos comerciales o la migración de algunos miembros de la familia generalmente obliga a la mujer a asumir cargas adicionales en la producción agrícola de subsistencia. Sin embargo, puede ocurrir que la mujer abandone la esfera de la producción agrícola para dedicarse al comercio o al trabajo asalariado.² Estos cambios económicos pueden transformar o reafirmar las instituciones sociales: tipos de matrimonio, organización familiar, nuevos valores y relaciones comunitarias, que a su vez modifican la condición femenina. Por otra parte, la preferencia que se da a los hombres en cuanto al acceso al crédito y a la nueva tecnología coloca a la mujer en una posición de dependencia y de subordinación.³

A pesar de que, en algunos casos, los resultados de la modernización son negativos, en otros, este proceso ha abierto caminos y ha dado la posibilidad de nuevos conocimientos que otorgan a la mujer cierto poder, aunque éste todavía sea muy limitado.⁴ Estos cambios pueden llevar a que se valore el trabajo femenino y a que la mujer gane estatus familiar y comunitario. Pero en otros casos la comercialización de la agricultura no implica necesariamente innovaciones en el papel de la mujer, ni altera la división sexual del trabajo, como ocurre en el ejido de Loma Tendida, Guanajuato. Junto con estos casos hay otros, como el del ejido de Magdalena de Araceo, Guanajuato,⁵ donde el empobrecimiento y la proletarianización masculina han modificado la división del trabajo familiar.

² En Haití, por ejemplo, el trabajo productivo de la mujer disminuyó entre 1950 y 1970, mientras sus actividades comerciales aumentaban (Mintz, 1971). En Guatemala, como en casi toda América Latina, principalmente son las jóvenes solteras las que sostienen la industria agroexportadora (Dary, 1991).

³ Incluso, la mujer puede perder derechos adquiridos anteriormente. Dary (1991: 64-65) menciona para Guatemala que la mujer ha perdido el control de pequeñas parcelas y por tanto, de la producción y de la comercialización, debido a que los hombres comenzaron a ocupar estas tierras con los nuevos cultivos.

⁴ En varias comunidades, la continuación de los estudios es considerada como una esperanza en el cambio de la condición de la mujer rural.

⁵ Wilson (1984: 23-25) compara dos estudios realizados en Guanajuato: uno, en un ejido próspero comercial (González, 1978), y el otro, en un ejido pobre donde se practica la agricultura de subsistencia (Margolis, 1979).

Podríamos pensar en la hipótesis de que el trabajo asalariado de la mujer le otorga una mayor independencia; sin embargo, en las familias freseras de Zamora, Michoacán, las mujeres jóvenes asalariadas en la agroindustria siguen bajo el control y subordinación de los hombres de la familia (Wilson, 1984: 28-32). Es decir, un mismo proceso no siempre tiene resultados homogéneos.

El presente estudio de caso nos permite explorar algunas de las consecuencias que la combinación de factores ideológicos y materiales puede tener en el transcurso de un cambio macroeconómico sobre la condición femenina. El desarrollo de una agricultura comercial y la crisis de la de subsistencia han provocado un mosaico de efectos de variada índole sobre la situación de la mujer maya yucateca de Oxkutzcab. Este municipio ilustra la dinámica del sur de Yucatán, presentando dos zonas claramente diferenciadas en cuanto a factores ecológicos y a tipo de producción: la región frutícola-hortícola y la región milpera tradicional. En la primera, la agricultura de roza, tumba y quema dirigida a la autosubsistencia fue remplazada desde 1960 por la fruticultura y la horticultura comerciales; en la segunda, la agricultura milpera continúa, pero se ha sumergido en una crisis desde principios de la década de 1980.

La población de ambas zonas tiene la misma raíz indígena maya, por lo que se prestan para efectuar una rica comparación del impacto que los cambios macroeconómicos han tenido sobre una misma cultura y organización social. Este estudio intenta, por lo tanto, iniciar la búsqueda de respuestas a una serie de preguntas en torno a la condición de las mujeres: ¿Cómo se han modificado instituciones como la familia y el matrimonio? ¿Ha habido una reorganización en la división del trabajo y de la participación femenina en el proceso productivo? ¿Se ha modificado el acceso que las mujeres tienen a los recursos productivos y al control de las decisiones agrícolas y de la comercialización del producto? ¿Cómo se expresan los efectos de la transformación en las relaciones de género, de clase y étnicas? ¿Cómo ha modificado este proceso de cambio la respuesta femenina? ¿Revalorizan las mujeres su propio trabajo y es revalorado por la familia y por la comunidad? ¿Tienen las mujeres un nuevo papel en la familia y en la comunidad?

EFERVESCENCIA AGRÍCOLA EN EL SUR DE YUCATÁN

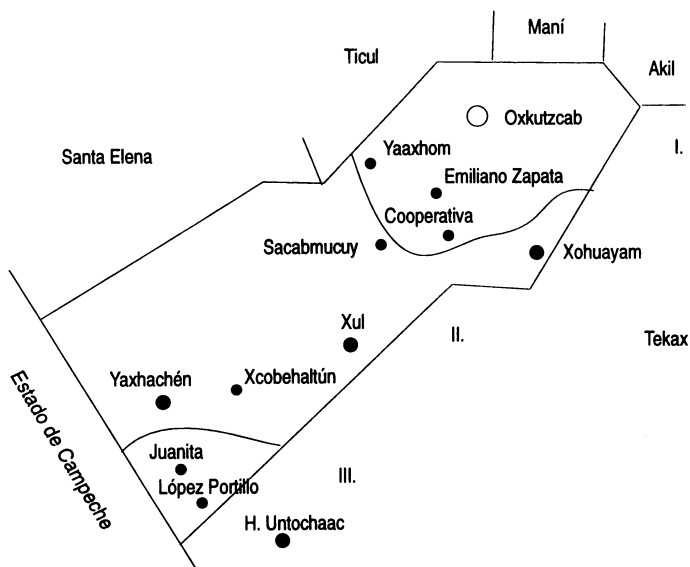
A principios de este siglo, la región sur de Yucatán vivió la “revolución social” de Alvarado y Carrillo Puerto, que transformó las haciendas en los primeros ejidos milperos. Hasta entonces, la región se caracterizaba por una alta producción de maíz, la cual satisfacía las demandas local y estatal. Más tarde, los viejos exhacendados introdujeron variedades de frutas traídas de España y Estados Unidos y nuevas técnicas agrícolas (*i.e.* el injerto). La expansión paulatina de estas innovaciones entre las familias campesinas se vio apoyada con el programa de irrigación nacional de Cárdenas. Los campesinos combinaron el cultivo de la milpa con el nuevo sistema agrícola, la huerta frutícola. A partir de este momento, se perfilaron en el sur dos subregiones: la frutícola-hortícola y la milpera tradicional (figura 1). Mientras que los fruticultores luchaban por el riego para las incipientes huertas, los milperos luchaban por la tierra para continuar el cultivo del maíz.

Durante las siguientes décadas, la subregión frutícola estuvo en plena efervescencia. Diversos planes de desarrollo institucionales buscaron nuevas soluciones frente a “viejas crisis”.⁶ El Plan Chaac ha impulsado desde 1964 la fruticultura, especialmente de naranja dulce; el Plan Tabi, desde 1975, la horticultura comercial. A pesar de que los planes concebidos en la óptica de “desarrollismo y modernización” no cumplieron sus objetivos en cuanto a productividad, la región participa actualmente con una alta producción agrícola en la economía yucateca. Esto se debe al papel dinámico que desempeñaron los campesinos en la “solución” de los fracasos institucionales: el del sistema de riego, muerte de 80% de los injertos de naranjo aportados por la SARH, burocracia y corrupción.

En contraste, desde los años setenta, la subregión milpera manifestó los primeros síntomas de la crisis en la producción maicera. En esta década, el rendimiento promedio bajó de 2 ton/ha, a 1 ton/ha. Este descenso productivo se acentuó en la década de 1980

⁶ Desde la década de los treinta, la producción y comercialización del azúcar y del henequén presentaron condiciones tan críticas que actualmente estos dos productos casi han sido eliminados de la agricultura yucateca.

FIGURA 1
Subregiones agrícolas del municipio de Oxtutzcab



I. Subregión frutícola-hortícola

Ejido: Oxtutzcab

Sistemas agrícolas de producción: Huerta frutícola-hortícola

Colonias: Yaaxhom, Cooperativa, E. Zapata

Milpa

Conuco

II. Subregión maicera tradicional

Ejidos: Xohuayam, Xul, Yaxhachen

Sistemas agrícolas de producción: Milpa

Rancherías: Xcobehaltun, Sacabmucuy

Horticultura (Pach Pakal, Conuco, Ek-luum, Planada)

III. Subregión maicera mecanizada

Ejido: Huntochaac

Sistemas agrícolas de producción: Parcela mecanizada de maíz y de otros granos

Rancherías: Juanita, López Portillo

Milpa

Horticultura (pequeñas planadas)

Las familias complementan estas actividades con el solar, la apicultura, la ganadería bovina, la artesanía y el trabajo asalariado.

con el agotamiento de los recursos naturales, que redujo el rendimiento promedio a 400 y 500 kg/ha, con el consiguiente deterioro de las condiciones de vida del campesino milpero (Lazos, 1992).

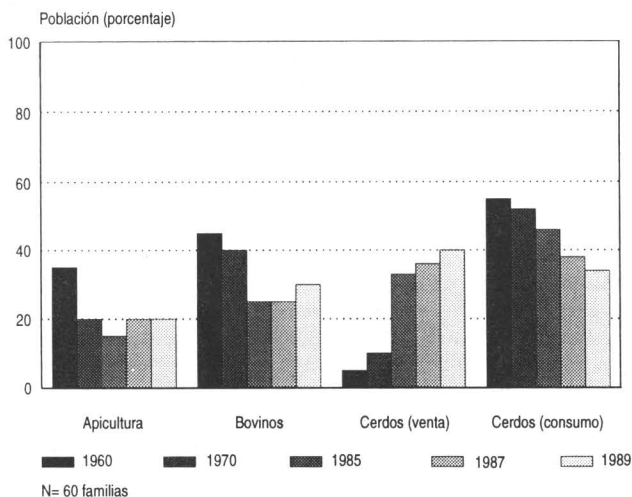
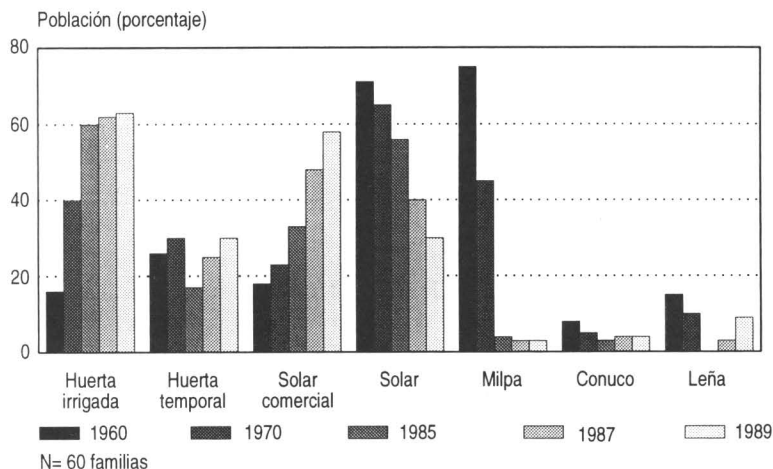
Podemos entender esta diferenciación productiva a la luz de factores ecológicos e históricos. Mientras la zona frutícola-hortícola ocupa los llanos a lo largo de la sierrita del Puuc, presentando suelos profundos, la subregión milpera se extiende sobre la sierrita y pequeños llanos aledaños a la sierra de Bolonchén y se caracteriza por tener suelos pedregosos y someros. Las construcciones del ferrocarril, y más tarde de la carretera, en la zona frutícola, impulsaron la agricultura comercial con Mérida. Teniendo esto como base, los planes estatales beneficiaron, por medio del crédito y de la infraestructura de riego, la zona que prometía una mayor prosperidad productiva.

Rector de este proceso de cambio es el municipio de Oxtutzcab, el cual se encuentra ubicado a 100 km al sur de la ciudad de Mérida.⁷ En la subregión frutícola del municipio, el ejido de Oxtutzcab cuenta con una superficie de 13 289 ha y una población de 22 000 habitantes (censo de 1990) (figura 1). Con base en una encuesta a 60 familias de la subregión, podemos analizar la transformación de las actividades productivas desde 1960. Si en los sesenta 75% de las familias campesinas cultivaban una milpa y solamente 17% una huerta frutícola-hortícola irrigada, en 1986, sólo 3% cultivaban una milpa y 62% una huerta. Conjuntamente, el solar familiar ha adquirido en los últimos años las características de un solar comercial. La huerta, como sistema agrícola permanente, ha provocado la ruptura del ciclo barbecho-cultivo, y por tanto, las actividades forestales han disminuido. Igualmente, la mayoría de las familias campesinas han limitado sus actividades pecuarias

⁷ El trabajo de campo de 18 meses, en diferentes periodos desde 1985 a 1989, cubrió una encuesta a 100 familias campesinas del municipio de Oxtutzcab: 60 de la subregión frutícola donde se ubica la cabecera municipal que concentra 86% de la población municipal, 30 de la subregión milpera donde está representada 12% de la población municipal y 10 de la subregión maicera mecanizada donde vive únicamente 2% de la población del municipio. Esta última subregión, conformada a principios de la década de los ochenta, no va a ser considerada en la problemática de este artículo. Lazos (1992) describe la transformación de esta región y su interrelación con el resto de la zona sur.

—la apicultura y la cría de animales de solar—, que han quedado en manos de grandes productores con fines comerciales (gráfica 1).

GRÁFICA 1
Transformaciones de las actividades agrícolas en Oxxutzcab
(1960-1989)



En la zona milpera del municipio hay tres ejidos (Xul, Yaxhá-chén y Xohuayam) que tienen una población de entre 600 y 1 000 habitantes y superficies de entre 2 000 y 7 000 ha (figura 1). La gran mayoría de sus familias campesinas continúa el cultivo de la milpa (de 3 a 6 ha) y del solar. Los cambios productivos más importantes han sido la disminución de la apicultura y de la cría de animales de solar debido a factores ecológicos (sequías y plagas) y económicos (falta de maíz y de capital). Por el contrario, la venta de leña de la selva y acahuals ha aumentado de manera peligrosa, principalmente en Xul. Las familias han tratado de intensificar la horticultura comercial, pero la falta de créditos y de una infraestructura adecuada limitan la expansión de estos cultivos. Sólo en Xohuayam, por presentar condiciones ecológicas más favorables, la gran mayoría de las familias cultiva pequeñas parcelas hortícolas, y comercializa los productos en el mercado de la cabecera municipal de Oxkutzcab.

Ambos procesos —el auge productivo de la agricultura comercial y la crisis de la de subsistencia—, combinados con factores ideológicos y culturales, han afectado profundamente la organización familiar y la situación de la mujer.

TRANSFORMACIONES: EL MATRIMONIO, LA ORGANIZACIÓN FAMILIAR Y EL ACCESO A LOS RECURSOS

El matrimonio

En Oxkutzcab, las unidades social y económica básicas de producción y consumo son la familia. Los tipos de residencia más frecuentes son el patrivirilocal o patrineolocal.⁸ En la subregión frutícola los hogares tienen un promedio de 6 miembros y 10.5 en la milpera. La edad de matrimonio ha experimentado una tendencia al aumento en las últimas décadas. En un estudio realizado en 1931, la edad promedio de la mujer maya yucateca al nacer su

⁸ La residencia es patrivirilocal cuando el hijo lleva a su esposa a vivir en el hogar de sus padres. Es patrineolocal cuando establece su propio hogar, pero en el solar paterno; es decir, su vivienda está junto a la de sus padres.

primer hijo era de 15.9 años (Williams, 1931: 198-199). También Redfield y Villa Rojas (1934: 95) señalan que la edad promedio de matrimonio para 25 mujeres encuestadas era de 14.9 años y la edad al tener el primer hijo era de 16 años. Actualmente, en las dos subregiones del municipio, las mujeres mayas yucatecas se casan en promedio a la edad de 17 años y los hombres a los 20 años. Pero la tendencia en la cabecera municipal de Oxkutzcab —debido a la influencia ideológica de la sociedad moderna— es casarse a una edad mayor: 20 años para la mujer y 22 años para el hombre.

Incluso, el concepto de matrimonio empieza a tener nuevas perspectivas. Si antes el destino de la mujer era únicamente el matrimonio temprano, ahora las jóvenes ven la posibilidad de seguir estudios antes de casarse, lo cual constituye el principal factor en la tendencia a la elevación de la edad de matrimonio. Una investigación realizada en Chan Kom entre 1971 y 1975 también ha observado estos cambios, pero allí el principal factor ha sido la migración femenina al centro turístico de Cancún (Elmendorf, 1977: 6-7). En Oxkutzcab, la movilidad femenina, la continuación de estudios y el acceso a nuevos mercados de trabajo otorgan a la joven soltera un mayor margen de libertad y una mayor capacidad de decisión en el seno familiar. Estas posibilidades disminuyen con el matrimonio, pero cambian las relaciones de poder entre marido y mujer. Varias jóvenes campesinas han podido estudiar para maestras o enfermeras o han trabajado como meseras en Mérida. Esta situación ha modificado sus expectativas en el matrimonio y, aunque sigan cumpliendo con la función de madres y esposas sumisas, ahora desempeñan un papel más activo en las decisiones familiares.

Analizando los datos de las 100 familias encuestadas en las dos subregiones, 78% de los matrimonios anteriores a 1960 se realizaron entre personas de la misma comunidad, mientras que 63% de los posteriores a 1960 se hicieron entre individuos del mismo municipio. La exogamia ha aumentado, ya que las parejas se están formando con personas que provienen de diferentes comunidades del municipio; poco a poco también aumentan las uniones entre gente de diferentes municipios de la región. Este proceso ha sido impulsado por la comercialización de los productos agrícolas en el mercado de Oxkutzcab que ha exigido una mayor movilidad e interacción social.

Aparentemente, las mujeres prefieren a los hombres de sus propias comunidades, mientras que muchos hombres jóvenes buscan a sus futuras esposas en la cabecera municipal.⁹ Esto puede estar relacionado con los estereotipos de género asumidos, donde los hombres se aventuran a lo “desconocido” porque pretenden saber más y las mujeres prefieren lo “conocido” porque su autoimagen les atribuye menos experiencia y conocimiento. Otro factor es el temor de la mujer a pasar al dominio completo del esposo, por la pérdida de la “protección” de su propia familia, pues cuando la mujer se traslada a una nueva comunidad pierde sus relaciones comunitarias, donde tenía un espacio de decisión, de poder y un estatus específico. Perder a sus comadres o sus relaciones familiares es perder poder ante la nueva familia y la nueva comunidad.

Así, la institución del matrimonio mismo se ha transformado. Si a principios de siglo los tipos de unión más usuales eran el matrimonio tradicional y el robo de la mujer, en la actualidad el católico es el más practicado. La unión protestante tiene más importancia en las comunidades milperas y la unión libre en las comunidades maiceras mecanizadas (cuadro 1).

En el matrimonio tradicional, los padres del novio seleccionaban a la novia y el novio debía trabajar para su suegro por un periodo de seis meses. La expresión siguiente muestra la intervención del padre en la toma de decisión matrimonial: “ba’x ma’tan a watanes a mehen” (“¿por qué no casas a tu hijo?”). En la actualidad, los padres del hijo visitan a los padres de la futura esposa para pedirle, pero la novia ya ha dado su consentimiento. Se hacen de una a tres visitas, llevando pan, chocolate, un guajolote o una gallina. El “casamentero” puede acompañarlos porque “él habla bonito y sabe qué hacer y cuáles son los tratos”. El novio o el padre del novio debe dar un regalo a la novia (mu’huul): el vestido para el casamiento (ipil o terno), aretes, medalla y cadena, pulsera y

⁹ “Mis novias son de Oxlutzcab, conocen más, saben otras cosas; a cada baile voy...”, nos dice un hombre joven de Yaxhachén. “Los de aquí son mejor, uno ya los conoce. Los de fuera, luego uno no sabe quiénes son...”, nos dice una mujer joven de Xohuayam.

anillo de oro.¹⁰ Los gastos de la boda, que pueden ser considerablemente altos, corren por cuenta de la familia del novio.

CUADRO 1
Formas de iniciar las uniones en las comunidades
del municipio de Oxxutzcab

<i>Comunidades</i>	<i>Tipo de unión</i>				
	<i>Tradicional (porcentaje)</i>	<i>Por robo (porcentaje)</i>	<i>Matrimonio católico (porcentaje)</i>	<i>Matrimonio protestante (porcentaje)</i>	<i>Unión libre (porcentaje)</i>
Frutícolas (Oxxutzcab, Cooperativa, Yaaxhom) N= 79 mujeres	10	24	52	8	6
Milperas (Xul, Xohuayan, Yaxhachén) N= 52 mujeres	25	31	15	19*	10

* En Xohuayam no hubo uniones protestantes, pues la población es predominantemente católica.

Fuente: encuesta realizada en 1988 a las mujeres casadas (esposas de los jefes de familia, nueras e hijas) de 86 familias. En el caso de familias extensas, tenemos hasta cinco mujeres por familia; en las familias nucleares sólo se entrevistó a la esposa del jefe de familia. En esta muestra no se quiso hacer un estudio demográfico sobre el matrimonio y por eso no se dividió a las mujeres por grupos de edad; por ello sólo se presentan las tendencias comparativas generales entre las comunidades milperas y las frutícolas.

En Yaxhachén, en 1989, el padre de un joven pagó 714 dólares para la fiesta y 357 dólares para el mu'huul, lo que significó 95% del salario anual de un trabajador (el salario anual rural mínimo era de 1 132 dólares). En las condiciones de crisis de las comunidades milperas, los padres de las muchachas participan cada vez

¹⁰ Peniche (1992) señala que uno de los niveles de la dominación de la hacienda henequenera sobre la población indígena se estableció por el control del matrimonio por medio de la deuda contraída para aportar el mu'huul.

más en los gastos de la fiesta. En las comunidades frutícolas, como Oxkutzcab, las parejas jóvenes casi ya no practican este tipo de matrimonio y los casos registrados son de parejas viejas. En las comunidades milperas, el matrimonio tradicional se sigue realizando, pero se legitima ante el altar católico (cuadro 1). Le llamamos matrimonio tradicional, pues sigue algunos principios de “la costumbre de antes” (el ritual de pedir a la novia y dar el mu’huul), pero otros elementos se han suprimido (el arreglo matrimonial por los padres y el trabajo obligatorio del yerno al suegro). Si antes este tipo de matrimonio bastaba para la sociedad, ahora debe legalizarse por la ley civil y por la Iglesia católica o protestante.

Una solución para no gastar tanto es el robo de la muchacha. El novio roba a la chica y la lleva a la casa de los padres. Después, los padres del muchacho van a pedir a la futura esposa, pero ya no están obligados ni a pagar la fiesta ni a dar el mu’huul. Los padres de la novia, aunque al principio puedan estar muy enojados y levantar un acta frente a las autoridades civiles, acaban por aceptar el matrimonio. Incluso, la pareja puede ser enviada a la cárcel por un día como pena a su falta. Ahora en la mayoría de los casos el robo de la novia está aceptado de antemano por ella, pero en el pasado no siempre era así. Es una de las formas más frecuentes de iniciar la unión en las comunidades milperas (cuadro 1). Hoy en día, este tipo de unión está legalizado por la ley civil y por una ceremonia eclesiástica, sea católica o protestante. Cuando no se legaliza, se considera unión libre. La influencia de las Iglesias católica y protestante ha provocado la disminución del matrimonio tradicional y por robo. En los matrimonios únicamente eclesiásticos se ha suprimido la pedida de la novia y el mu’huul.

En las comunidades frutícolas, la unión católica es la más frecuente; por el contrario, en las comunidades milperas, la Iglesia católica no ha ejercido una influencia determinante en las instituciones sociales y el protestantismo tiene más fieles, por lo que muchos jóvenes institucionalizan su unión frente al templo presbiteriano del mayab.¹¹

¹¹ Desde la década de 1950, sectas protestantes se introdujeron a las comunidades milperas, ganando fieles por medio del otorgamiento de servicios médicos o de créditos productivos. La Iglesia católica no se preocupó por estas comunidades por estar retiradas de la cabecera municipal.

Los gastos de la ceremonia pueden ser semejantes al matrimonio tradicional, pero en estos casos tanto el sacerdote como el pastor recomiendan compartir los gastos entre los padres del novio y los de la novia. La unión libre es bastante marginal.

Esta transformación ha tenido influencia sobre la condición de la mujer. En el matrimonio tradicional, era considerada como un objeto de intercambio, donde ella difícilmente tenía la posibilidad de negarse.¹² Actualmente, para la realización de cualquier matrimonio, la mujer ha aceptado de antemano. Si la novia no quiere contraer nupcias, su decisión es respetada.

Las relaciones sexuales de la mujer antes del matrimonio están totalmente prohibidas. Cuando se descubre la violación de esta norma por ella, es fuertemente castigada por los padres y por la sociedad y "pierde el derecho de casarse como Dios manda". Incluso, la sexualidad de la mujer casada está muy reprimida: el hombre decide, la mujer cumple. Si la mujer llega a tener relaciones extramaritales y son descubiertas, pierde todo su estatus dentro de la familia y la comunidad. Al contrario, las relaciones sexuales de los hombres antes del matrimonio son permitidas y son signo de virilidad. Aunque la poliginia no está reconocida oficialmente, los hombres pueden tener varias mujeres, con las cuales procrean. Esta situación es muchas veces conocida por la esposa legítima y, aunque sea considerada negativamente por la sociedad, nunca es motivo de divorcio. Para los hombres, tener más de una mujer de manera estable es signo de riqueza, prestigio y virilidad.

La organización familiar

La mayoría de las familias son nucleares, conformadas por padres e hijos solteros. En algunas ocasiones, uno de los abuelos, un miembro soltero de la familia (un tío o una hermana) o una hija

¹² Muchas de las mujeres ancianas (ca. 80 años) expresaron inconformidad y dolor al relatarme los términos y arreglos de su matrimonio. Valdría la pena realizar un estudio más minucioso para evaluar los términos igualitarios o de desigualdad genérica en las sociedades indígenas, ya que sólo se ha hecho hincapié en la igualdad (Hewitt, 1979).

madre soltera comparte el techo familiar. La autoridad y las decisiones económicas importantes son tomadas por el jefe de la familia y todos los miembros están obligados a cooperar en los trabajos agrícolas o domésticos.

Las familias extensas están compuestas por los padres y los hijos varones casados, con sus respectivas familias. La unidad doméstica formada es patrilineal y el grupo de residencia es patrilocal. He distinguido tres elementos para clasificar las familias extensas, según los arreglos residenciales, la organización productiva y el consumo. En algunas familias extensas los núcleos familiares viven bajo el mismo techo; en otros casos comparten el mismo solar, pero habitan en diferentes casas; y otros viven en diferentes solares. Por lo que respecta a la organización productiva, hay dos modalidades: en algunos casos los núcleos trabajan conjuntamente una milpa o huerta, y en otros, cada núcleo trabaja su propia parcela, pero el padre decide la organización de la producción y reparte el producto. En cuanto al consumo, también hay dos modalidades: el "gasto aparte" y el "gasto junto". En las familias extensas con "gasto aparte", el jefe dirige las actividades productivas, pero la cosecha se reparte según el trabajo invertido por cada núcleo, y éste administra sus propios recursos y cocina por su cuenta. En la situación de "gasto junto", cada núcleo familiar puede trabajar su tierra, pero coopera para el gasto de toda la familia y las mujeres organizan conjuntamente la alimentación. Esto permite que si en algunas ocasiones una familia no está posibilitada para dar la parte que le corresponde debido a una mala cosecha, para el siguiente periodo deberá cooperar en mayor proporción.

El funcionamiento de la familia extensa sirve como un "seguro" para cada núcleo. Así, permite que los riesgos se socialicen y en caso de un mal año, algunos miembros cuenten con el apoyo del resto. Compartir la producción o el consumo puede implicar conflictos entre las familias, pero si son más importantes la seguridad económica y la construcción de redes políticas, la familia extensa seguirá funcionando; si son mayores los conflictos, la familia se escindirá. Igualmente, el hijo recién casado puede quedarse allí de manera temporal (máximo un año), estableciéndolo de antemano. Es una etapa del ciclo familiar en la cual el hijo se quedará allí hasta que pueda asegurar la subsistencia y el techo a

su propia familia. Durante este periodo, está bajo el control del padre y trabaja para él, mientras que la nuera permanece bajo el control de la suegra y trabaja para ella.

Cabe preguntarnos ahora cuál es la condición de la mujer en ambos tipos de organización familiar. La organización en la familia extensa configura un entramado de poder de género y de generación. Aquí debemos adoptar el enfoque de la familia como núcleo contradictorio, a la vez solidario y conflictivo (Harris, 1981; González Montes, 1991: 230). Las nueras están subordinadas a la suegra y conforme éstas se van incorporando a la familia extensa se establece una jerarquía entre ellas: generalmente, las primeras gozarán de mayores privilegios que las últimas. La posición adquirida por cada mujer depende del tiempo de su llegada, pero también de las condiciones económicas de su propia familia, de su procedencia étnica y de la capacidad de manejar las relaciones afectivas con los nuevos miembros (suegros, cuñados y cuñadas). Pero en la mayoría de los casos, las decisiones sobre la división de trabajo y de consumo son tomadas por la suegra, por las hijas mayores y por las nueras más antiguas. Éstas realizan los trabajos menos pesados, mientras que las nueras recién llegadas a la familia extensa ejecutan los más pesados: acarrear el agua, moler el maíz, buscar la leña.

Por esto mismo, cuando ha habido una separación de familias, las nueras jóvenes opinan que trabajaban más en la familia extensa que en la suya propia, aunque en realidad trabajen más cuando se separan, pues ellas solas tienen que hacer todas las faenas domésticas e ir a la milpa para ayudar al esposo. La gran ganancia de la mujer al escindirse de la familia extensa es la independencia y la capacidad de decisión que logra. La nuera se libera de su subordinación de los hombres mayores de la familia; pero también de las mujeres mayores. Una vez que se han separado de la familia del marido, la jefatura del hogar se reestructura completamente y la mujer joven gana posición en su nueva familia y en la comunidad.

Yo tenía muchos problemas, las otras me tenían mucho celo (ella es hija de un comerciante ladino) y siempre me tocaba lo más duro, me tenía que levantar temprano (a las 4 a.m.) para ir a buscar la leña. Yo le dije a Antonio muchas veces, pero él no me hacía caso, y luego empezaron los problemas con los chiquitos, decían que yo no los educaba pues comían

mucho... cuántos problemas...luego Antonio se dio cuenta y ya jalamos por nuestro lado...yo estoy más contenta así... *joven campesina de Xul*.

Existen familias extensas donde las jerarquías no son tan marcadas, y en las que las nueras y cuñadas incluso se alían contra el poder de los hombres, pero esto ocurre en pocos casos.¹³

En la región frutícola-hortícola hay una proporción más alta de familias nucleares que en la región milpera, pues casi tres de cada cuatro hogares son nucleares; 23% son familias extensas, de las cuales la mayoría maneja "gasto aparte" y el resto son individuos solos. En cambio, en la región milpera, 36% de los hogares son familias extensas, de las cuales la mayoría comparte el gasto (cuadro 2).

CUADRO 2
Organización de las familias mayas del municipio de Oxtutzcab

<i>Tipo de familia</i>	<i>Comunidades</i>	
	<i>Frutícolas hortícolas</i>	<i>Milperas tradicionales</i>
	<i>22 000 habitantes</i> <i>(porcentajes)</i>	<i>2 500 habitantes</i> <i>(porcentajes)</i>
Nuclear	73	60
Extensa con gasto aparte	14	13
Extensa con gasto junto	9	23
Individuo solo	4	3
Total	100%	100%
	N= 56 familias	N= 30 familias

Familia y acceso a los recursos

La mayor proporción de familias extensas en las comunidades milperas se debe a que esta forma de organización tiene ventajas para el sistema de roza-tumba-quema: cuantos más miembros masculinos en capacidad de trabajo tenga un grupo familiar para la tumba de la vegetación, mayores extensiones de tierra puede cultivar. Hasta la década de 1960, cada familia tenía su "rumbo", es

¹³ González Montes (1991: 239) reporta para la comunidad de Xalatlaco, Estado de México, relaciones suegra-nueras similares a las de Oxtutzcab.

decir, tácitamente se reconocían y respetaban áreas familiares donde se practicaba la rotación de barbecho y cultivo. Los “rumbos” eran trabajados en la mayoría de los casos por la familia extensa, donde la tumba y la quema exigían la ayuda mutua entre varones (ts’a pay).¹⁴ En el resto de las faenas (siembra, desyerbe, cosecha) sólo la mujer y los hijos ayudaban al jefe de la familia. Un campesino de Yaxhachen nos dice:

De un lado, siempre mi papá, luego por allá mi hermano el mayor; más luego mi otro hermano Juan y yo...atrás. Cada quien trabajaba lo suyo. Sólo en la tumba nos ayudamos y en la quema, ya luego cada quien siembra lo suyo; mi mujer me ayudaba para la cosecha...

Hasta los años sesenta, el acceso a la tierra ejidal estaba determinado por el número de hijos varones. Todos los hijos tenían derecho a la tierra y las tierras se dividían entre todos los hijos varones en partes iguales, pero era el hijo menor quien heredaba el solar y la casa del padre. Las hijas nunca han participado en la repartición de los recursos productivos, excepto en el caso de que no hubiera hijos; entonces recibían las tierras por partes iguales. Actualmente, el acceso a la tierra se ha modificado al ahondarse las diferencias económicas entre familias: ya no es sólo la disponibilidad de fuerza de trabajo familiar la que determina el acceso a la tierra, sino la capacidad de pagar jornales y contratar otra gente que sustituya o complementa el trabajo familiar. A pesar de estos cambios, la tierra sigue estando bajo el control de los hombres.

Hoy en día, aunque no existan títulos de propiedad legalizados, de hecho cada familia posee cierta superficie que trabaja con exclusividad. La presión demográfica, el acaparamiento de tierras por ranchos ganaderos y la creación de nuevos centros de población han provocado una escasez de tierras, y, por tanto, ya no existe la posibilidad de abrir nuevos “rumbos” para familias nucleares recientemente formadas. Éstas laboran en las tierras del padre, o se ven obligadas a trabajar una menor superficie o ya no tienen

¹⁴ La tumba de la vegetación para una milpa de 4 ha requiere en promedio 70 jornales (35% del trabajo invertido en el ciclo agrícola). La quema se realiza en un solo día, pero exige una cuidadosa vigilancia, por lo que se necesitan de 2 a 3 campesinos por parcela.

tierra. Una de las estrategias seguidas para enfrentar este problema es, por ejemplo, que sólo el hijo mayor herede las tierras. Con la reducción de la superficie laborable, la familia nuclear puede bastarse a sí misma en el trabajo de la milpa. Por otro lado, la aleatoriedad de la cosecha de maíz implica que la familia logre una mayor seguridad si varios de sus miembros diversifican sus actividades económicas.

Pienso que la menor proporción de familias extensas en las comunidades frutícolas, se debe a la influencia del otorgamiento de créditos y a las nuevas formas de organización del trabajo. Son múltiples las decisiones agrícolas (tipo de variedades, tipo de riego, acceso al crédito, calendarios) y comerciales (precios, relaciones comerciales) que se deben tomar en el cultivo de una huerta, lo que resultaría demasiado conflictivo si se tomaran a nivel colectivo. Igualmente, la vida cotidiana en una comunidad como Oxkutzcab donde están resueltos los servicios que anteriormente la mujer debía hacer (acarreo de agua, recolección de leña, elaboración de las tortillas) facilita las tareas domésticas de la familia nuclear. Las familias extensas se ayudan en la producción y en la comercialización: algunos miembros de la familia llevan a vender los productos al mercado, otros van a trabajar a las parcelas y el resto se ocupa de las labores domésticas.

En la cabecera de Oxkutzcab, el acceso inicial a la tierra fue semejante al descrito para las comunidades milperas. Pero desde 1960, con la implementación de los planes de desarrollo, hubo un nuevo proceso. Instituciones estatales (SRA, SARH, Banrural) repartieron parcelas de tres hectáreas de tierras ejidales, y aunque los actuales propietarios digan que se rifaron, está claro que en su distribución intervinieron decisivamente el parentesco, el compadrazgo, la amistad y el clientelismo económico y político. Un pequeño núcleo de cuatro o cinco personas ligadas por relaciones de parentesco o compadrazgo inició la formación de la unidad de riego, y luego ellas fueron seleccionando a los demás socios. La siguiente cita refleja la dinámica de estas asociaciones:

Como hay que organizarse para el riego, para la fumigada, para asuntos que siempre hay que arreglar...pues uno debe conocerse...si no luego hay muchos problemas. Unos no quieren pagar, otros no

quieren trabajar, otros no hacen las cosas bien. Así, si uno se conoce, uno puede trabajar más tranquilamente. Además uno se ayuda, yo llamo a que entre mi compadre, luego él me llama para otro pozo...

Estas asociaciones productivas controlan y acaparan los medios de producción, marginando a campesinos pobres de la tierra, el crédito y el riego. Para comenzar, el pago para la autorización de la excavación del pozo para riego ante la SARH (en otras palabras, los sobornos) es alto; luego hay que pagar las cuotas de mantenimiento de la infraestructura, y finalmente, se deben pagar los créditos. Si un campesino no tiene la capacidad económica de solventar estos gastos, no puede acceder a la tierra. En este sentido, el parentesco estrecha vínculos y al mismo tiempo excluye a quienes no pertenecen al grupo.

La participación de las mujeres en el acceso a la tierra irrigada es limitada. Durante el reparto de parcelas, los planes de desarrollo sólo contemplaron a los ejidatarios varones. De las 56 familias encuestadas, sólo una mujer viuda tuvo acceso al Plan Chaac. Aunque existan mujeres inscritas en las listas, la gran mayoría son prestanombres para que los hombres ejidatarios accedan a superficies mayores que las autorizadas. Son pocas las que tienen huertas y guardan el control sobre ellas. En estos casos, el acceso ha sido vía herencia o por compra. Las mujeres que heredaron, lo hicieron porque en sus familias no había varones; las que compraron son principalmente comerciantes con una alta capacidad económica. Estas mujeres son reconocidas por las autoridades ejidales y mantienen el control sobre sus tierras y sobre la comercialización del producto.

En años recientes ha habido un cambio en el patrón de herencia. Las mujeres comienzan a heredar por partes iguales con respecto a sus hermanos, aunque generalmente sus parcelas presenten condiciones más desfavorables —poca irrigación, suelos someros, lejanía de la carretera. Un padre de familia nos comenta: “uno tiene que pensar en las hijas, si no les toca un marido bueno, no tendrán ni qué comer, así con algo que tengan...la pueden ir pasando...”. Se han detectado también casos de esposos que dejan su herencia a la esposa. Sin embargo, este cambio es paulatino y todavía representa casos excepcionales. De las 56 familias encues-

tadas, diez jefes de familia les han dejado su herencia o piensan dejársela a sus esposas o a sus hijas por partes iguales. En este sentido, en la subregión frutícola la mujer tiene un camino abierto que le otorga un mayor control sobre los recursos productivos (tierra, riego) que en la subregión milpera.

Además de la herencia, los padres dan créditos monetarios o en especie a sus hijos casados para que puedan iniciar su propia producción independiente: en la agricultura comercial porque requiere de fuertes inversiones, en la milpera porque es riesgosa. En la región frutícola, 18% de los padres apoyaron monetariamente a los hijos varones en el inicio de sus parcelas comerciales. En la región milpera, 29% de los jefes de familia ayudan a sus hijos en la producción maicera mediante la compra de fertilizantes o el pago de jornales. Otro tipo de ayuda son los contratos “a medias” de cerdos o ganado bovino, establecidos entre padres e hijos. El hijo se hace cargo de la alimentación y del cuidado de los animales y las crías se reparten entre los dos. Ningún padre dio crédito productivo a sus hijas. A ellas sólo se les dan bienes y valores en el momento de casarse. En ambas regiones, las hijas al casarse pueden recibir aves, cerdos y, en las familias más pudientes de la subregión milpera, bovinos. Esta gran diferencia corrobora que sólo los hijos son considerados capaces de mantener la producción.

Por lo que se refiere a la ayuda crediticia de hijos a padres, en 1986 únicamente la encontramos en 7% de las familias, pero en 1989 la detectamos en 18%. Son los hijos varones que viven por su cuenta quienes con su trabajo asalariado prestan dinero o maíz a sus padres y hermanos pequeños. Este préstamo es devuelto en productos o en trabajo. La ayuda de las hijas a los padres es un proceso que está empezando en la región, gracias a los ingresos obtenidos de su trabajo artesanal (bordado de ipil) o su trabajo asalariado (como domésticas); pero por lo general, esta ayuda no es considerada como un crédito que se debe devolver.¹⁵

En las comunidades milperas, el deterioro de las condiciones económicas ha reducido los préstamos familiares y ha hecho necesaria la lucha por el crédito bancario. La importancia del crédito no

¹⁵ En otras regiones, incluso, la mujer entrega todo su salario y el padre sólo le compra su ropa (Dary, 1991: 76).

solamente reside en la cantidad recibida (representa en promedio 10% del monto total de los ingresos de una familia campesina) sino también en el aumento de la producción agrícola. En las comunidades frutícolas, el crédito representa el inicio del riego, infraestructura agrícola (tractores y bombas aspersoras) y nuevos cultivos. El crédito representa una fuente de recursos monetarios y ofrece una mayor seguridad sobre la cosecha. Para conformar un grupo solicitante de crédito ante el banco, los campesinos forman un pequeño conjunto con mucha cohesión (son parientes, hermanos o primos, o son compadres). Este núcleo tiene el poder, por un lado, de repartir a cada solicitante los fondos obtenidos, y por otro, de enfrentarse directamente con los agentes institucionales. Este poder sociopolítico y económico está fuertemente entrelazado por relaciones de parentesco y compadrazgo entre los hombres.¹⁶ En ningún caso las mujeres han participado en el otorgamiento del crédito bancario. Las instituciones estatales nunca han considerado esta posibilidad porque: "las mujeres no tienen tiempo con todos los quehaceres domésticos, las mujeres no saben leer, las mujeres no tienen el control de la tierra y entre mujeres habría más problemas". Estas razones, dadas por los agentes gubernamentales, existen también en la ideología de todo campesino, e incluso de muchas mujeres campesinas.

DE LA CANDELA AL MERCADO Y DE LA MILPA A LA HUERTA

En este apartado compararemos la transformación de la participación de la mujer en la producción y en la comercialización, en las dos subregiones.

¹⁶ Para una mayor comprensión del papel que desempeña el crédito en la estructura agraria de las comunidades, ver Lazos y Villers, 1989.

Organización de la producción y organización doméstica en el sistema de roza-tumba-quema: las comunidades milperas de Xul, Xohuayam y Yaxhachen

En estas comunidades el papel social de la mujer sigue siendo similar al reportado en la década de los años treinta (Villa Rojas, 1945); sin embargo, su participación en las tareas agrícolas se ha intensificado. El papel básico de la mujer está en la “candela” (fuego donde se cocina) y en la milpa. La mujer se levanta desde las cuatro de la mañana para preparar el almuerzo del hombre que sale a la milpa. Ella muele el maíz o va al molino para hacer las tortillas y preparar el pozol (masa agria de maíz que se disuelve en agua) que será consumido por el esposo a mediodía en la milpa. Después de que el hombre parte, ella acarrea el agua desde el pozo hasta su casa.¹⁷

Al regresar, prepara el almuerzo para los niños y realiza las faenas domésticas (limpieza, lavado de trastos y de ropa). Se ocupa de los animales domésticos y de las tareas agrícolas del solar y después prepara la comida. Al llegar de la escuela, los niños comen con su madre. Después de arreglar la cocina, ella sale a los acahuales o a la selva circundante de la comunidad a buscar la leña necesaria para la “candela”. Al regresar, le da de comer al marido, que llega entre las cuatro y las cinco de la tarde, y si hay tiempo, borda un ipil, juega con los niños, o sale a visitar a un familiar o a una comadre enferma. Más tarde, prepara el baño para la familia. Los niños meriendan, el hombre sale a dar una vuelta y ella lava el maíz que será preparado a la mañana siguiente. Estas faenas se interrumpen cuando amamanta al hijo pequeño o cuida a un niño enfermo. Estas actividades son típicas de la vida cotidiana de una familia milpera al principio de su ciclo familiar, es decir, cuando se compone por la pareja y los hijos pequeños. Cuando las hijas son mayores, participan más en las tareas domésticas, reduciendo el trabajo de la madre.

En el caso de una familia extensa con “gasto junto”, se realiza una división del trabajo doméstico entre mujeres: algunas de las

¹⁷Desde mediados de los ochenta, la mayor parte de las casas tienen el servicio de agua, pero las constantes descomposturas de las bombas obligan a las mujeres a dedicar una hora de trabajo en promedio para tener agua en su casa.

jóvenes buscarán el agua, mientras otras irán al molino y las mujeres mayores comenzarán a hacer las tortillas para todos los hombres de la familia. Después, cada mujer se encargará de sus hijos. Por lo general, cada quien lava la ropa de su familia. Cuando viven bajo el mismo techo, mientras algunas limpian, otras preparan la comida; pero cuando habitan en casas separadas, cada una se encarga de la limpieza y todas intervienen en la elaboración de la comida. En este último caso, la madre/suegra reparte la comida a los niños que vienen de la escuela y a las hijas y nueras, y mientras unas lavan los trastos, otras van a buscar la leña y las mayores descansan. Cuando se trata de una familia extensa con "gasto separado", la división de trabajo es semejante al de una familia nuclear, aunque para algunas faenas se comparte el trabajo (*i.e.* chapeo del solar).

La participación de la mujer en las faenas de la milpa no es diaria, pues depende del calendario agrícola y del estado de salud de la familia. La mujer no interviene en todas las actividades de la milpa. La roza-tumba-quema de la vegetación son realizadas únicamente por el hombre. Tanto en la preparación de las semillas de los cultivos como en su selección previa el hombre y la mujer intervienen. Para las siguientes labores, hay que recordar la configuración topológica de una milpa. En las partes pedregosas se cultiva el maíz (xnuk-nal), la calabaza (xnuk-k'um) y el frijol (xnuk-bu'ul) o el ib (xnuk-ib). Estos cultivos cubren casi la totalidad de la superficie de la milpa (de cuatro a seis hectáreas).

Entre las lomas se forman pequeñas planadas (0.2 a 0.4 ha) con suelos más profundos. El campesino selecciona la planada que se convertirá en el pach pak'al donde se sembrarán el resto de los cultivos (jitomate, calabaza cubana o xmehen-k'um, diversas variedades de chile, xmehen-bu'ul, xmehen-ib, tubérculos como el makal y el camote, y frutas como la papaya, el melón y la sandía). La mujer ayuda en la siembra de las hortalizas del pach pak'al, pero casi nunca interviene en la siembra del resto de la milpa. En el desyerbe, muy rara vez participa. Se considera que es una actividad muy fatigante y debe realizarse durante un periodo corto (una o dos semanas). La mujer no dispone de todo el día para estar en la milpa.

En la cosecha de la milpa y del pach pak'al la mujer y los niños participan muy activamente. Ella interrumpe sus faenas domésticas para trabajar medio día en la milpa diariamente. Las hortalizas

son transportadas por la mujer; los costales del maíz y del frijol, por el hombre. Cuando la familia tiene bastantes cerdos, la calabaza es transportada entera al solar; pero cuando hay pocos, la mujer abre la calabaza en la milpa para obtener la semilla, la cual será transportada por el hombre. En el cuadro 3 se presenta una cuantificación de la participación femenina en los dos sistemas de producción de la zona milpera. Claramente se observa que las mujeres participan más en las parcelas hortícolas destinadas principalmente a la comercialización, contra los supuestos de Boserup (1970) y Deere (1982a) de que en un proceso de expansión de la agricultura comercial, ellas quedan relegadas a la producción de subsistencia.

CUADRO 3
Participación de la mujer en las labores agrícolas
de la zona milpera

<i>Práctica agrícola</i>	<i>Milpa</i>				<i>Parcela hortícola</i>			
	<i>Ciclo bueno</i>		<i>Ciclo malo</i>		<i>Ciclo bueno</i>		<i>Ciclo malo</i>	
	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>
Roza y tumba	2 ^a	3	3	5	7	12	8	13
Quema	0	0	0	0	4 ^b	7	14	23
Preparación y selección de la semilla	35	58	32	53	38	63	41	68
Siembra	5	8	9	15	22	37	29	48
Trasplante	-	-	-	-	7	12	15	25
Desyerbe	2 ^a	3	7	12	11	18	18	30
Dobla del maíz	13	22	19	32	-	-	-	-
Cosecha	51	85	58	97	58	97	60	100
Transporte	37	62	48	80	49	82	51	85
Procesamiento	55	92	60	100	58	97	60	100
Empaque para venta	45	75	57	95	52	87	60	100

N= 60 campesinas

La primera columna representa el número de mujeres que participaron en la labor agrícola, la segunda es el porcentaje con respecto al total de mujeres encuestadas (60).

a Dos mujeres viudas que son ayudadas por sus cuñados, pero ellas participan en estas faenas.

b La quema en las parcelas hortícolas es por montones como en el solar, para lo cual la mujer cuenta ya con experiencia.

El procesamiento del producto para el consumo (desgrane de la mazorca, aporreado del frijol o del ib, lavado de los tubérculos, secado del chile) está en manos de la mujer. En la preparación de hortalizas para la venta (amarre del xpelon, acomodar la calabaza tierna, el jitomate, etc.), participa toda la familia. Para la comercialización, los hombres van al mercado de Oxkutzcab, pues se requiere de toda una mañana (de 5 a.m. a 13 hr) y “las mujeres de aquí no saben vender como las de Oxkutzcab”.¹⁸

En las comunidades con un desarrollo hortícola, como Xohuayam, donde las familias viven de la comercialización de hortalizas más que de la siembra del maíz, la mujer intensifica su trabajo agrícola. Además de sus faenas domésticas, va diariamente a las pequeñas parcelas (conuco, ek-lu'um) durante la cosecha. Incluso, empieza a participar en la siembra y en el trasplante de los cultivos, principalmente cuando la familia no cuenta con los recursos económicos suficientes para el pago de jornales.

Las mujeres siempre han participado en las labores agrícolas de la milpa, pero desde hace dos décadas su trabajo se ha intensificado por la agricultura comercial, la cual ha sido impulsada por el desarrollo del mercado y por la crisis de la producción maicera. Si en los sesenta se calculaba para la mujer un promedio de 45 días de trabajo anuales en la agricultura, en la actualidad se calcula un promedio de 88; pero en un ciclo desfavorable puede dedicar hasta 127 días al trabajo agrícola (Lazos, 1992). Así, no se da el fenómeno generalizado de la concentración del trabajo masculino en la agricultura comercial y del trabajo femenino en la de subsistencia, como proponen Boserup (1970) y Deere (1982a). La división del trabajo se da por faenas y no por ramas de actividad. Esto permite que la mujer conozca el nuevo “saber-hacer” y el manejo de modernas variedades. Aunque ella no pueda tomar decisiones en las parcelas hortícolas sobre el tipo de cultivos ni sobre las prácticas que se van a realizar, puede tomar decisiones en el solar y probar los nuevos cultivos y las técnicas recientes. En las comunidades milperas, la expansión de la agricultura comercial no margina a la mujer, sino que la incorpora, intensificando su trabajo. Sin embar-

¹⁸ Ésta es la opinión generalizada de los hombres de Yaxhachen y Xul, aunque en esta última comunidad haya tres expertas mujeres comerciantes.

go, las mujeres milperas nunca han sido objeto de un plan crediticio de desarrollo agrícola.

Con la crisis de la producción maicera, los hombres milperos migran temporalmente en busca de trabajo para satisfacer las necesidades de la familia: 26% de los campesinos de las familias encuestadas migran a los ranchos vecinos, 26% van a las parcelas frutícolas-hortícolas de Oxkutzcab y Cooperativa, 38% a las comunidades maiceras mecanizadas, 10% a Mérida y, desde 1986, a Cancún para trabajar como albañiles.¹⁹ La duración de la migración depende de las condiciones agrícolas (precipitación, plagas y otras actividades agrícolas, como la apicultura) y económicas (presencia de créditos) del ciclo: en un año considerado como bueno, el total de miembros de la familia que migran están fuera de allí entre tres y seis meses; mientras que en un año considerado como malo, los migrantes totalizan en conjunto entre 20 y 40 meses fuera de su comunidad.²⁰ En ciclos buenos, la división del trabajo no se altera mayormente; los hombres migran en los picos bajos de las actividades milperas. Pero en los ciclos malos, un mayor número de mujeres se responsabiliza por el trabajo agrícola y además éste se intensifica (cuadro 3).

En las comunidades milperas, el mercado laboral del servicio doméstico para la mujer se ha creado recientemente. Desde mediados de los ochenta, con el recrudecimiento de la crisis maicera, las mujeres jóvenes (entre 15 y 18 años) migran hacia Mérida o Cancún. Al principio, los padres no querían, pues temían por la seguridad de sus hijas, pero las dificultades económicas los han obligado a aceptar tal situación. Las mujeres jóvenes prefieren migrar que dedicarse al trabajo de la milpa o a labores artesanales (bordado de ipiles). La costura y el bordado de ipiles se han incrementado en condiciones de extrema explotación por parte de algunas intermediarias que llevan los ipiles a Mérida y a los centros turísticos.

Ninguna de las dos posibilidades favorece una menor subordinación a los hombres de la familia. Casi la totalidad de su salario

¹⁹ Datos para el ciclo 1985-1986 (Lazos, 1992).

²⁰ En esta contabilidad se suman los meses trabajados por todos los miembros de la familia.

pasa al presupuesto familiar y ni se considera como un crédito, ni tampoco pasa a incorporarse al proceso productivo, como los salarios de los migrantes masculinos. El salario femenino se gasta en el consumo de la familia y por tanto, pierde valor como posible capital. Cuando mucho, la madre compra animales domésticos, que también son consumidos o vendidos en caso de una necesidad. A pesar de que al migrar las jóvenes adquieren un poco más de libertad, no hay un debilitamiento del control del padre sobre los ingresos femeninos y tampoco sobre sus movimientos, pues ellos piden a las “patronas” que controlen las actividades de sus hijas.

En resumen, en las comunidades milperas la mujer, además de cumplir con sus ocupaciones domésticas, que contribuyen a la reproducción de la fuerza de trabajo, a la socialización y a la educación de sus hijos, participa como trabajadora agrícola sin salario en la empresa familiar. La mujer cumple varios roles: como productora de subsistencia, trabajadora en cultivos comerciales, artesana, comerciante en pequeño (venta de los animales domésticos o productos del solar dentro de la comunidad) y, recientemente, como trabajadora asalariada (sirvienta o mesera).

Organización de la producción y organización doméstica en la agricultura comercial frutícola-hortícola: la cabecera de Oxkutzcab

Desde hace tres décadas, la expansión de la agricultura comercial y el fortalecimiento del mercado de Oxkutzcab como eje económico han transformado el trabajo femenino en las tareas domésticas y en la labor agrícola. Cuando llegamos al mercado de Oxkutzcab, lo más impactante es una enorme cantidad de mujeres mestizas²¹ vendiendo gran diversidad de productos agrícolas. Muchas de

²¹ El término mestizo en Yucatán designa a la población hablante de maya yucateco con indumentaria maya yucateca (el *ipil* para la mujer) y que continúa con tradiciones indígenas. El término *catrin* designa a la población que abandona las prácticas mayas, sustituye la lengua maya por el español y adquiere la indumentaria occidental. El término *t'sul* designa a la población no maya, extranjera, ajena a la cultura maya. Actualmente se emplea para designar a los comerciantes y tiene una connotación peyorativa.

estas mujeres son las esposas de los campesinos productores, que vienen a vender la cosecha de sus propias huertas. El resto de las mujeres, que también pueden ser esposas de agricultores, se dedican a la intermediación de dos tipos: *a)* una mayoría de las pequeñas y medianas comerciantes compran los productos a los campesinos y los revenden a los comerciantes hombres que vienen de fuera de Oxcutzcab (son las “reventeras” o revendedoras); *b)* una minoría de grandes comerciantes venden productos no cultivados en la región.

Por lo que se refiere a la esfera de la casa, hay varios cambios en las tareas domésticas, asociados a cambios tecnológicos: *a)* muchas mujeres han dejado de hacer tortillas y las compran en las tortillerías o a otras mujeres que se dedican a hacerlas y venderlas. *b)* El agua entubada evita a la mujer el acarreo. *c)* La utilización de gas como combustible o de leña traída de los pueblos milperos. La huerta como sistema agrícola permanente provocó la ruptura entre barbecho y cultivo, por lo que el acceso a acahuales en los que se pueda recolectar leña es muy restringido. Estas tres innovaciones han modificado la organización y las condiciones del trabajo femenino.

La vida cotidiana en Oxcutzcab, para la mujer, comienza a las seis de la mañana con la preparación del desayuno. Ella no tortea, sino que sirve las tortillas del día anterior o da galletas industriales o pan francés. Después de que el hombre parte, prepara a los niños para ir a la escuela. A esta hora, va al molino para moler el maíz o al mercado para comprar lo necesario para la elaboración de la comida. Cuando es día de mercado (lunes, jueves o viernes), deja encargado a alguien para que cocine (un familiar que puede ser la madre o una hija mayor, o una sirvienta cuando la familia tiene los recursos económicos suficientes), mientras ella se dirige al mercado para vender su propia mercancía. La mujer puede pasar hasta cuatro o cinco horas en el mercado para lograr un buen precio. Cuando no es día de mercado, ella se encarga de la preparación de la comida, incluso de hacer las tortillas, y se dedica al resto de los quehaceres domésticos (limpieza de la casa, lavado de ropa). Igualmente, si hay tiempo, atiende el solar y los animales. Los niños regresan de la escuela a mediodía para almorzar. El marido regresa a las cuatro o cinco de la tarde de la parcela a comer,

llevando los productos que hay que organizar para la venta del día siguiente. Después de limpiar la cocina, ella lava y acomoda la mercancía para la venta y al finalizar prepara el baño de los niños. En la noche, la esposa se encarga de la cena para la familia y, por último, ve la televisión.

Esta descripción corresponde a la vida cotidiana de la mujer perteneciente a una familia nuclear en un ciclo temprano de su desarrollo. En los días de venta, ella se siente con mucha presión para cumplir sus faenas domésticas y al mismo tiempo lograr buenos precios en el mercado. Esta presión disminuye cuando las hijas tienen mayor edad y pueden responsabilizarse de la preparación de la comida. En el caso de las familias extensas, la división de trabajo aligera su carga, pues mientras algunas mujeres van al mercado, otras se encargan de las actividades domésticas. La transformación más importante es el paso de la "candela" al mercado, es decir, del trabajo doméstico familiar al trabajo comercial público.

La mujer, al vender la producción de la parcela de su marido, puede quedarse con un margen de ganancia que no le declara a él. Las enormes fluctuaciones en los precios en un mismo día le permiten decir que ella lo vendió a un precio inferior al real. Esto facilita la acumulación de dinero que se utiliza para el gasto doméstico, para la realización de ciertas ceremonias religiosas o para la compra de animales domésticos. Esta acumulación les otorga poder de resolución en el consumo y en otras decisiones familiares. Dicho cambio se refleja en las opiniones de dos mujeres:

Como él no me quería comprar mi soguilla [de oro], yo me la fui a comprar... Él me preguntó que con qué dinero [la compré], pero yo le digo que de ayudar a la comadre a vender su mercancía.

A él no le gustan los cerdos, pero yo quería tener, entonces junté mi dinero y ya compré tres. Se enojó mucho, pero luego se le quitó. De ahí voy haciendo mi juntado y luego compraré más.

Respecto al trabajo agrícola también hay rupturas fundamentales. La participación de la mujer se ha transformado, dependiendo del nivel socioeconómico de la familia. Las esposas de productores con mayores recursos no intervienen en el trabajo de las huertas. A veces irán a la cosecha de algún producto, pero será en términos

de “ir a pasear”. Algunas ayudan en la selección de la semilla, en la preparación del almácigo y en el procesamiento y empaque para la venta, pues estas faenas se realizan en el solar (cuadro 4). El trabajo agrícola femenino se desvaloriza: “Cómo va ir uno al monte, hay animales, hay hierbas, hay mucho lodo...”.²² Este rompimiento con la agricultura también implica que la mujer se desliga del medio natural para incorporarse a la comercialización; deja de intervenir en las decisiones agrícolas y su innovación técnica se reduce. Las esposas de productores de medianos y escasos recursos participan más en el trabajo de las huertas, siendo la cosecha la práctica más frecuente donde intervienen (cuadro 4). Casi todas preparan el almácigo, procesan y empaican los productos para la venta.

CUADRO 4
Participación de la mujer en las labores agrícolas
de las huertas en la zona frutícola-hortícola

<i>Práctica agrícola</i>	<i>Huerta</i>					
	<i>Mujeres de altos recursos</i>		<i>Mujeres de medios y bajos recursos</i>		<i>Mujeres comerciantes</i>	
	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>
Selección de semilla	5	33	22	49	12	80
Almácigo	7	47	39	87	1	7
Siembra	1	7	9	20	0	0
Trasplante	3	20	15	33	0	0
Desyerbe	0	0	3	7	0	0
Poda	0	0	0	0	0	0
Fumigación	0	0	0	0	0	0
Cosecha	8	53	41	91	6	40
Transporte	0	0	12	27	0	0
Procesamiento	11	73	42	93	11	73
Empaque para venta	11	73	43	93	13	87
N=	15 campesinas		45 campesinas		15 comerciantes	

La primera columna representa el número de mujeres que participaron en la labor agrícola. La segunda es el porcentaje con respecto al total de mujeres encuestadas.

²² Sin embargo, las condiciones de limpieza en el mercado son deplorables.

Así, las mujeres milperas participan más en las innovaciones agrícolas que las “frutícolas”. La mujer frutícola, al desligarse del contacto con el medio natural, va perdiendo y va dejando de transmitir a sus hijos su saber etnobotánico y el manejo de la diversidad genética que tenía hace dos décadas. Sin embargo, tiene la experiencia comercial y puede influir en la decisión sobre el tipo y la variedad del cultivo. La excepción es un pequeño grupo de mujeres —compuesto por comerciantes o viudas— que tienen el control productivo de sus propias parcelas. Ellas tienen más poder de decisión en la producción (variedades, técnicas, insumos) que las milperas, pero acuden menos a las huertas. Las jóvenes oxkutzcabeñas casi no participan en la agricultura, pues van a la escuela, se encargan de la casa, o trabajan de forma asalariada (como sirvientas, como meseras en las loncherías del mercado, etcétera).

EL MERCADO: PEQUEÑAS REVENDEDORAS Y GRANDES COMERCIANTES

Respecto a las mujeres comerciantes, comenzaremos por analizar el papel de las revendedoras. El rol de la mujer en la comercialización ha sido señalado para varias sociedades como África occidental, el Caribe no hispánico y diversas partes de América Latina (Mintz, 1971: 248). En muchos casos, las mujeres se comprometen en actividades comerciales, independientemente de las actividades económicas del esposo.²³ En el caso de Oxkutzcab, las “reventeras” comenzaron vendiendo la producción familiar, pero actualmente, después de 15 o 20 años, compran y venden los productos de otros campesinos. La mayoría de las “reventeras” eran esposas de campesinos de escasos recursos que vieron la posibilidad de incorporarse a esta actividad con el desarrollo del mercado de Oxkutzcab.

Desde el siglo XIX, Oxkutzcab ha sido un centro surtidor de granos básicos y de hortalizas para la capital del estado. Este comercio estaba controlado por tres grandes comerciantes hombres que cargaban los furgones del tren hacia Mérida. Fue hasta la

²³ La división de trabajo entre los zapotecas es muy clara: los hombres como productores y las mujeres como procesadoras y comerciantes de la producción del hombre (Chiñas, 1973: 31).

construcción de la carretera, en los años cincuenta, que entraron una gran cantidad de pequeños y medianos comerciantes hombres a cubrir el circuito Mérida-Oxkutzcab. Dos décadas más tarde, el auge productivo de las huertas y la creación del centro turístico de Cancún impulsaron la comercialización (se extendieron los circuitos comerciales hacia el sur y el este de la península, interviniendo un mayor número de comerciantes hombres) y fue, entonces, que se constituyó el grupo de las primeras “reventeras”.

Las revendedoras son locales, es decir, pasan alrededor de ocho o nueve horas diarias en el mercado, comprando productos a las campesinas que vienen de otras comunidades y vendiéndolos a los comerciantes hombres que cubren diferentes circuitos: hacia el norte, Mérida; hacia el este, Cancún, Cozumel, Chetumal y Carrillo Puerto; hacia el sur, Campeche y Ciudad del Carmen. Así, las revendedoras no viajan (en contraste con las revendedoras haitianas que pueden recorrer grandes distancias por varios días a la semana). Son los hombres quienes controlan los circuitos comerciales a distancia.

Las revendedoras generalmente se especializan en algunos productos, con el fin de bajar la competencia entre ellas mismas. Unas se dedican a la comercialización de chiles (dulce, habanero, xkatik, chawa, serrano y jalapeño); otras, a los jitomates (roma, guajito y saladet); otras, a los plátanos (huatano, roatán, blanco, macho, hembra y morado); otras, a frutas de la región (saramuyo, anona, pox, zapote...).²⁴ Las revendedoras especialistas venden más de mayoreo y manejan una cantidad de capital mayor que las revendedoras generalistas, que venden más al detalle. Las ganancias obtenidas por las primeras, oscilan entre 10 y 25 dólares diarios; mientras que las de las segundas, son de cinco a 15. La escala de su empresa, la relativa independencia de su capital y de las actividades familiares varían considerablemente. Entre las revendedoras especialistas que no compiten entre ellas se establecen relaciones de ayuda mutua para la venta de la mercancía. Una “reventera” nos dice:

²⁴ Desde hace un par de años, esta tendencia ha disminuido con el establecimiento del nuevo mercado, pues la multiplicación de las revendedoras ha sido vertiginosa, lo que ha aumentado la competencia entre ellas.

Yo le ayudo a mi comadre a vender su chile, porque orita ella tiene enferma a su chiquita, no puede venir... yo no le cobro porque se ayuda uno...yo luego también le dejo a veces a vender lo mío, cuando me tengo que ir, ya luego le doy algo, porque es lo justo, porque puso su trabajo...

Puesto que las revendedoras pasan la mayor parte de su tiempo en el mercado, muchas veces son los maridos o los hijos mayores quienes atienden a la familia cuando regresan de la parcela. En este sector se encontró la mayoría de las familias extensas con gasto aparte, pero con la producción dirigida por el jefe de familia. Las “reventeras” con mayores recursos tienen una sirvienta para que prepare la comida de la familia.

Las ganancias de las revendedoras son controladas por ellas mismas. La mayor parte se dirigen a cubrir el gasto doméstico, a la educación de los niños, a las ceremonias religiosas donde ellas participan, o a la compra de cadenas y medallas de oro.²⁵ Los esposos no reclaman este dinero, pues reconocen que es el fruto del trabajo de sus esposas. Inclusive, si las ganancias empiezan a ser considerablemente grandes, la mujer puede decidir invertir en el mejoramiento de la parcela (infraestructura de riego, nuevos injertos, compra de bombas aspersoras), con lo que ella también adquiere derechos sobre el producto. Es en este momento cuando la estructura de poder en la familia puede modificarse totalmente, pues entonces las mujeres controlan el consumo familiar, las decisiones sobre la educación de los hijos y el proceso productivo. Hemos registrado casos de mujeres que han cambiado el título de la propiedad poniéndola a su nombre. El esposo queda entonces como un trabajador de ella. Mintz (1971: 257) menciona igualmente la inversión de las ganancias de las comerciantes haitianas en el consumo, pero a diferencia de lo que ocurre en Oxkutzcab, no tienen la posibilidad de invertir en la producción, lo que les daría mayor poder económico.

²⁵ Las joyas son una forma de capital que en momentos de necesidad pueden ser empeñadas o vendidas. Las mujeres zapotecas invierten sus pequeñas ganancias del comercio en monedas de oro, que venden en caso de necesidad (Chiñas, 1973). En Oxkutzcab, la joyería es, por lo general, empeñada, pues siempre se intenta recuperarla; existe un orgullo por tener cadenas de la madre o la abuela.

En cuanto a las grandes comerciantes, ellas controlan la comercialización de los productos no cultivados en la región. Se surten por medio de los intermediarios que vienen de la ciudad de México. Analizaré aquí el caso de una de ellas. Tona es una mestiza de 50 años, madre de ocho hijos. Su padre era un campesino pobre, por lo que su madre empezó el pequeño comercio para ayudar a la familia. Tona aprendió de su madre a tratar a los comerciantes hombres, pero tuvo que esperar hasta 1972 para poder comprar un puesto en el mercado de Oxxutzcab. Al principio, el marido iba a buscar la mercancía, fletando un camión de tres toneladas; después compraron un tortón de diez toneladas. Tona recibe actualmente de 15 a 20 toneladas de diversos productos (ajo, betabel, cebolla, zanahoria, papa, chayote, coliflor, lechuga y frutas como la manzana, pera, durazno) dos veces a la semana. Por esto, cuando ella introduce un producto cultivado en la región, puede provocar un desplome de precios. Tiene alrededor de 60 compradores de mayoreo (Quintana Roo, Campeche, Mérida) y entre 120 y 150 de menudeo (principalmente de la región sur). Las relaciones con los comerciantes se basan sobre el crédito. "El crédito obliga a la venta continua: si ellos me deben, ellos tienen que seguir comprándome, es el truco... así conservo a los clientes", nos dice Tona. Ella es también prestamista, tanto para comerciantes como para campesinos. Aprendió a leer y a sumar hace apenas diez años. Sus ganancias en el comercio son alrededor de 120 000 dólares al año.

Tona tiene una hermana comerciante, quien es de las pocas que realizan viajes cubriendo varios circuitos comerciales (Oxxutzcab-Mérida, Oxxutzcab-Cozumel, Oxxutzcab-Cancún). Es una persona poderosa, pero está desacreditada porque se le acusa de ser prostituta. "Ella consigue entrar a los mercados por la cama", es la opinión general. Es una soltera de 45 años, subordinada a Tona, quien la inició en el comercio, le presta dinero y le renta el camión.

En su casa, Tona tiene el control y el poder total de decisión sobre el consumo y sobre los problemas familiares. Su marido, sus hermanos y sus sobrinos se han convertido en asistentes de ella. Además, ha invertido en la compra de parcelas frutícolas, por lo que también tiene el control sobre el proceso productivo. Aunque no trabaje en la agricultura, decide sobre las variedades de cultivo, las técnicas y los insumos que se han de utilizar. Tampoco realiza

los quehaceres domésticos, pues le ayudan su mamá y una sirvienta, ya que está en el mercado desde las 8 a.m. hasta las 16 hr. Ella es considerada como inteligente, afortunada y buena para los negocios, no así su esposo, quien es alcohólico y tiene una amante. Tona nos dice: “por eso no le doy dinero; que lo gane trabajando como yo”. En la comunidad, ella es vista como alguien muy poderoso, pero su dinero proviene del comercio, lo que en la ideología campesina implica tener un “negocio poco claro”.

CONCLUSIONES: VIEJOS IPILES, NUEVOS PODERES

La modernización y la comercialización de la agricultura en la región frutícola han transformado la situación de las mujeres en mayor medida que en la región milpera. Las viejas oxkutzcabeñas recuerdan que antes estaban totalmente subordinadas a las decisiones de los patrones de las haciendas, y en la casa, al control de los maridos; “ahora son otros tiempos”:

No podíamos hacer nada, teníamos que obedecer y callar; ora veo que las muchachas responden, se salen cuando quieren, van y vienen, pero por eso luego hay tanto mal en el hogar, no cuidan su casa, no cuidan a sus hijos....

Esta cita nos hace reflexionar sobre las contradicciones en los sentimientos de las mujeres: constatan que ahora las mujeres tienen mayor libertad de movimiento, libertad que ven con malos ojos, ya que consideran que redundan en el abandono de sus deberes.²⁶ Sin embargo, en general, las mujeres opinan que las condiciones de su vida son mejores hoy que en el pasado.

En la región frutícola-hortícola la mujer ha ganado un espacio económico importante, ya sea como esposa de productor que acude al mercado, ya como pequeña o gran comerciante. Esto le ha otorgado una mayor independencia, capacidad de decisión en los asuntos familiares y la posibilidad de desarrollar sus propios deseos e ideas. En la solución de los problemas económicos, la

²⁶ Esto nos hace recordar los sentimientos y opiniones de nuestras abuelas.

mujer participa en un plano de igualdad con el hombre; en la mayoría de los casos, todavía las decisiones finales serán tomadas por el hombre, pero ella puede expresar su opinión y sus sentimientos, los cuales son seguramente tomados en cuenta por el hombre.

En esta región, las mujeres han perdido un espacio en la agricultura. Las esposas de campesinos prósperos, cuya participación en la huerta es mínima, han descuidado el conocimiento botánico y agrícola. Aunque ellas conozcan las nuevas técnicas (injerto, aplicación de insecticidas), no las practican y no se enfrentan cotidianamente a los problemas del cultivo en las huertas. Su separación de la naturaleza es casi total. La deforestación también ha contribuido a su desvinculación con los espíritus y dioses de la selva, que tanta importancia tenían en la cosmovisión y los rituales mayas (Villa Rojas, 1945). Las esposas de campesinos medios y pobres siguen interviniendo en algunas labores de la huerta, principalmente en la cosecha, pero no tienen decisión sobre las innovaciones técnicas. Se dedican a la comercialización y a ese nivel pueden desempeñar un papel contundente en las decisiones sobre las variedades que se han de cultivar. Ellas adquieren un conocimiento sobre los precios, la ley de la oferta y la demanda de los productos por temporada, las necesidades de los comerciantes y las variedades más cotizadas; establecen relaciones con los comerciantes, facilitando la venta de los productos. Este conocimiento les otorga poder.

Este nuevo poder está principalmente en manos de mujeres indígenas, a las que aquí se llama "mestizas". Por el hecho de que tienen poder, cuando llegamos a Oxkutzcab sentimos un orgullo étnico femenino. La mujer demuestra su poder en su indumentaria y en sus alhajas: los ipiles bordados multicolores o monocromáticos, hechos a máquina o a mano requieren de mucho trabajo y de gran creación artística; las medallas y los aretes de oro adornan su cuerpo. La mujer "mestiza" desempeña un papel organizativo en las jaranas, en las fiestas de la comunidad, en las procesiones y en las festividades de los gremios. No obstante, las jóvenes, influidas por la cultura moderna occidental, han dejado de sentir ese orgullo y se han "catrinizado", es decir, han dejado de sentirse como "mestizas" para pasar a formar parte del mundo moderno.²⁷

²⁷ Para la definición de los términos étnicos, ver la nota 21.

Aunque una mayor independencia económica en términos monetarios no signifique grandes cantidades de dinero, implica una mayor participación en la comercialización y un conocimiento invaluable para la prosperidad de la familia. Junto con el orgullo mestizo, son factores determinantes que elevan el estatus y el poder de la mujer en la familia y en la sociedad oxkutzcabeña. No solamente ellas están conscientes de la valoración de su función, sino también la comunidad reconoce su importancia y su función. Sin embargo, este reconocimiento tiene un límite. La mujer sigue sin participar directamente en las decisiones políticas del ejido y de la comunidad. Su papel en la comercialización no se compara con el control económico que ejerce el hombre en los grandes circuitos comerciales (Oxkutzcab-México-Veracruz-Guadalajara-Tuxtla Gutiérrez) y en la exportación de la naranja dulce hacia Estados Unidos.

La experiencia de una pequeña procesadora manejada por once mujeres nos demuestra el poder del hombre en la sociedad oxkutzcabeña. Este grupo de mujeres decidió rentar una procesadora de la Comisión Nacional de Fruticultura para elaborar jugo de naranja, papaya, chiles en vinagre y puré de jitomate. Con estos productos invadieron ferias y pequeños mercados, y fueron merecedoras de elogios del presidente municipal, e inclusive del gobernador. Sin embargo, su prosperidad causó malestar en la procesadora de jugo de naranja de Akil, la cual desempeña un papel político crucial en la región sur. La "juguera" tenía pérdidas cuantiosas debido a un mal manejo técnico y a la corrupción. El éxito de la procesadora femenina significaba una afrenta y una competencia. Finalmente ésta fue clausurada debido a que Conafrut "necesitaba" la maquinaria en otra región de México. Esta experiencia enseñó a las mujeres sus limitaciones políticas. La mestiza oxkutzcabeña busca espacios en los que pueda desarrollar sus actividades económicas, y con ellos abre pequeñas brechas en el entramado "machista".

En la región milpera tradicional, la mujer se sigue dedicando principalmente a la "candela" y su papel no ha cambiado mucho con respecto a lo descrito por autores anteriores. La crisis de la producción maicera ha incrementado su trabajo agrícola, pero éste no está reconocido ni es valorado. Su contribución en la pequeña

agricultura comercial le ha abierto puertas para intervenir en las innovaciones técnicas. No obstante, esta participación encuentra sus límites en el acceso a los recursos. La mujer no tiene derecho a la tierra ni al crédito y sigue estando marginada en este sentido.

En los aspectos sociales, la influencia de la sociedad moderna sobre la subregión milpera ha provocado cambios en la organización familiar y en el tipo de matrimonio, lo cual ha traído algunas ventajas para la mujer. Anteriormente, la joven al casarse se subordinaba no sólo a su esposo, sino también a todos los hombres mayores del hogar, a la suegra, las cuñadas y concuñas. Hoy en día, ella tiene una mayor capacidad para decidir sobre sus condiciones de vida, incluyendo su matrimonio. Este pequeño espacio se va abriendo con dificultad. El trabajo asalariado femenino no ha implicado una disminución de la dominación patriarcal, aunque la joven sí haya ganado un margen de libertad (desde tener amigos hasta poder continuar sus estudios) y una visión diferente a la conocida por su madre.

La mujer milpera percibe su pertenencia étnica como una barrera. La mayor parte de las mujeres en Xohuayam, por ejemplo, son indígenas monolingües y esto es considerado como una deficiencia. Dada la manera en que la clase y lo étnico se entretajan, no existe el orgullo de ser mayero porque esto tiene connotaciones de pobreza y atraso. Por eso los jóvenes (hombres y mujeres) se vuelven “catrines”, para “modernizarse y progresar”. La crisis económica de la región milpera, la influencia del protestantismo y de la sociedad de consumo del mundo moderno y el paso individual hacia el progreso social han eliminado tradiciones, prácticas y creencias. Estos procesos, que resquebrajan la identidad maya, eliminan para ellos los vínculos entre la pobreza y la indianidad.²⁸

El estigma étnico se combina con el papel desvalorizado de la mujer, tanto en las tareas domésticas como en las agrícolas. Su “ignorancia” se convierte en factor de su marginalidad económica y social. Sin embargo, Tona, la comerciante, no sabía ni leer ni hacer cuentas hasta hace muy pocos años. La mujer milpera no es invitada a participar en las decisiones del proceso productivo ni en las de la actividad comercial. Tampoco se le permite compartir el

²⁸ En el sentido del *México profundo* (Bonfil, 1990).

acceso a los recursos: tierra y créditos. La razón dada por los hombres de la comunidad y por los agentes institucionales es que ella no es capaz de entrar a un mundo gobernado por hombres.²⁹ El estatus de la mujer campesina está subvalorado por ella misma y por la comunidad.³⁰ La subordinación de las mujeres en el hogar se refuerza con su posición relegada en las decisiones políticas de la comunidad. En la región milpera, los viejos ipiles no les han otorgado nuevos poderes.

BIBLIOGRAFÍA

- Adinolfi, L., B.M. Pomeranzi y P. Terzoli, *Women and Development Commission of the European Communities*, Bruselas, Supplement, núm. 17, Women of Europe, 1984.
- Appendini, K. y V. Almeida, "Agricultura capitalista y agricultura campesina en México: diferencias regionales en base al análisis de datos censuales", en R. Stavenhagen, *Capitalismo y campesinado en México*, México, INAH, 1982, pp. 29-68.
- Arizpe, L., "Women and Development in Latin America and the Caribbean. Lessons from the Seventies and Hopes for the Future", *Development Dialogue*: 1-2, Upsala, 1982, pp. 74-84.
- , L. y J. Aranda, "Empleo agroindustrial y participación de la mujer en el desarrollo rural: un estudio de las obreras del cultivo de exportación de la fresa en Zamora, México", Seminario Tripartito Regional para América Latina sobre el Desarrollo Rural y la Mujer, Pátzcuaro, Mich., Organización Internacional del Trabajo, 1981.
- Ashby, J., "Women, Agriculture, and Rural Development in Latin America", en J. Ashby y S. Gómez (comps.), *Women, Agriculture, and Rural Development in Latin America*, Colombia, International Fertilizer Development Center y Centro Internacional Agricultura Tropical, 1985.
- Benería, L. y G. Sen, "Acumulación, reproducción y el papel de la mujer en el desarrollo económico: una revisión a Boserup", en M. León (ed.), *Las trabajadoras del agro*, vol. 2, Colombia, Bogotá, Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, 1982, pp. 23-38.

²⁹ Si fuéramos optimistas, podríamos pensar que esta marginalidad se debe al temor del hombre del poder de la mujer porque la considera más capaz que él mismo. El claro ejemplo es el boicot de Conafrut a la cooperativa femenina.

³⁰ Esta aseveración contrasta con la situación en Chan Kom, ejido milpero donde las mujeres especialistas en la artesanía del bordado tienen un alto nivel de autoestima, así como el aprecio de los esposos y de la comunidad (Elmendorf, 1976: 91).

- Bonfil, G., *México profundo. Una civilización negada*, México, Grijalbo, 1990.
- Boserup, E., *Women's Role in Economic Development*, Nueva York, St Martin's Press, 1970.
- y C. Liljencrantz, "La integración de la mujer al desarrollo. Por qué, cuándo y cómo", *Estudios sobre la Mujer I. El empleo y la mujer. Bases teóricas, metodológicas y evidencia empírica*, México, INEGI, SPP, 1982, pp. 99-119.
- Chiñas, B., *The Isthmus Zapotecs. Women's Roles in Cultural Context*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, Inc., 1973.
- Dary, C., *Mujeres tradicionales y nuevos cultivos*, Guatemala, Flacso, 1991.
- Deere, C.D., "La mujer rural y la producción de subsistencia en la periferia capitalista", en M. León (ed.), *Las trabajadoras del agro*, vol. 2, Bogotá, Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, 1982a, pp. 11-22.
- , "The Division of Labor by Sex in Agriculture: A Peruvian Case Study", *Economic Development and Cultural Change*, 1982b, 30 (4): 795-812.
- , "The Allocation of Familial Labor and the Formation of Peasant Household Income in the Peruvian Sierra", en M. Buvinic, M.A. Lycette, W.P. McGreeway (eds.), *Women and Poverty in the Third World*, Maryland, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1983.
- *et al.*, *Las trabajadoras del agro*, Colombia, ACEP, 1982.
- y M. León de Leal, *Women in Andean Agriculture*, International Labor Office Women, Work and Development Series, núm. 4, Ginebra, 1982.
- Elmendorf, M., "The Dilemma of Peasant Women: A View from a Village in Yucatán", en I. Tinker y M.B. Bramsen (eds.), *Women and World Development*, Washington, Overseas Development Council, 1976.
- , "The Changing Roles of Mayan Women in the Home and in the Market Place. A Rural-Urban Continuum", ponencia presentada en el Primer Simposio Mexicano y de América Central sobre la Investigación de la Mujer, mimeo., 1977.
- González Martínez, L., *Estrategias socio económicas del campesinado frente a la expansión de la agricultura comercial: ejido de Loma Tendida, valle de Santiago, Guanajuato*, tesis de licenciatura en antropología social, México, Universidad Iberoamericana, 1978.
- González Montes, S., "Los ingresos no agropecuarios, el trabajo remunerado femenino y la transformación de las relaciones intergenéricas e intergeneracionales de las familias campesinas", en V. Salles y E. McPhail (comps.), *Textos y pre-textos. Once estudios sobre la mujer*, México, El Colegio de México, 1991.
- Harris, O., "Households As Natural Units", en W. Young y MacCullagh, *On Marriage and the Market*, CSE Books, 1981.
- Heath, J., "El financiamiento del sector agropecuario en México", en J. Zepeda Patterson (ed.), *Las sociedades rurales hoy*, México, El Colegio de Michoacán y Conacyt, 1988, pp. 129-142.

- Hewitt de Alcántara, C., "La modernización y las oportunidades de vida de mujeres de familias rurales de bajos empleos", México, CEPAL, E/CEPAL/L 197, 1979.
- , *La modernización de la agricultura mexicana 1940-1970*, México, Siglo XXI Editores, 1984.
- International Labor Organization, *Yearbook of Labor Statistics*, Ginebra, 1977.
- Jaquette, J., "The Impact of Modernization on Women in Agriculture", Washington, Equity Policy Center, 1983.
- Lara, S.M., "Las relaciones sociales de género/sexo en el sector del asalariado rural: una revisión crítica en los estudios en México", Reunión Latinoamericana de Antropología de la Mujer (mecanuscrito), PIEM, 1990.
- Lazos, E. y L. Villers Ruiz, "Crédit et subsistance: l'emprise de la banque sur les paysans mayas du Yucatan (Mexique)", *Études Rurales*, 113-114: 141-155, 1989.
- , *Du maïs à l'orange: transformation de la structure agraire. Développement et crise agricole d'une région mexicaine (Oxkutzcab, Yucatán)*, tesis de doctorado, París, EHESS, 1992.
- Margolis, J., "El papel de la mujer en la agricultura del Bajío: el caso de Magdalena de Araceo", *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, Universidad Autónoma Metropolitana-Ixtapalapa, núm. 1, año 1, jul./dic., 1979.
- México, SARH, Dirección General de Economía Agrícola, 1985.
- Mintz, S., "Men, Women, and Trade", *Comparative Studies in Society and History*, 13 (2): 247-269, 1971.
- Peniche, P., "Mujeres, mu'huul y matrimonios: un análisis estructural de las deudas de los sirvientes de las haciendas henequeneras durante el Porfiriato", ponencia para la conferencia Agents of Continuity and Change: Indian and Mexican Women, Chicago, 1992.
- Redfield, R. y A. Villa Rojas, *Chan Kom: A Maya Village*, Washington, Carnegie Institution of Washington, núm. 448, 1934.
- Roldán, M.I., *Trabajo asalariado y condición de la mujer rural en un cultivo de exportación: el caso de las trabajadoras de tomate en el estado de Sinaloa*, México, OIT, 1981.
- Roodkowsky, M., "Women and Development: A Survey of the Literature", *Women in Development. A Resource Guide for Organization and Action*, Ginebra, ISIS International Women's Information and Communication Service, 1983, pp. 13-21.
- Singh, A.M., "The Impact of Migration on Women and the Family. Research, Policy and Programme Issues in Developing Countries", *Social Action*, 30 (2): 181-200, 1980.
- Stephen, L., "Ethnicity, Class, and Social Reproduction: The Frames of Women's Daily Lives", en L. Stephen, *Zapotec Women*, Austin University Press, 1991, pp. 10-39.

- Tinker, I., "The Adverse Impact of Development on Women" en I. Tinker y M.B. Bramsen (eds.), *Women and World Development*, Washington, Overseas Development Council, 1976, pp. 22-34.
- Villa Rojas, A., *The Maya of East Central Quintana Roo*, Washington, Carnegie Institution of Washington, Publication 559, 1945.
- Whitehead, A., "Effects of Technological Change on Rural Women: A Review of Analysis and Concepts" en Ahmed Iftikhar (ed.), *Technology and Rural Women: Conceptual and Empirical Issues*, Londres, George Allen & Unwin, 1985, pp. 27-64.
- Williams, T., *Maya-Spanish Crosses in Yucatán*, Peabody Museum, Harvard University, vol. XIII-1: 196-200, 1931.
- Wilson, F., *Women and the Commercialization of Agriculture*, Copenhagen, CDR Research Report, núm. 4, 1984.
- World Bank, *Integrating Women into Development*, Washington, 1975.
- Young, K., "Changing Economic Roles of Women in Two Rural Mexican Communities", *Sociologia Ruralis*, 18 (2-3): 197-216, 1978.

TRABAJO RURAL FEMENINO Y RELACIONES DE GÉNERO

MARÍA DA GLORIA MARRONI DE VELÁZQUEZ*

INTRODUCCIÓN

¿Qué relación existe entre la estructura productiva de una región agrícola y la división sexual del trabajo? ¿Cómo afectan los cambios en dicha estructura a esta división? ¿Cuáles son las características de la participación laboral femenina en regiones de agricultura campesina minifundista, con un patrón de cultivos diversificado, ubicadas en la cercanía de grandes centros urbanos?

Estas interrogantes son los hilos conductores del presente artículo.¹ Se trata de un estudio de corte sociológico en donde se pretende analizar la dinámica de la participación laboral de la mujer campesina en regiones agrícolas con las características señaladas, y verificar en qué medida su condición genérica incide en esta dinámica, sea a nivel regional o en contextos locales.

Desde el punto de vista teórico, el estudio toma como referencia las concepciones que fundamentaron los análisis del trabajo rural en México a partir de los sesenta: las diversas teorías del campesinado derivadas de los planteamientos de Chayanov y las interpretaciones marxistas sobre la descampesinización de los pro-

* Profesora-investigadora de la Escuela de Economía, Universidad Autónoma de Puebla.

¹ Agradezco la colaboración para la realización del presente trabajo de las siguientes personas e instituciones: Escuela de Economía de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla; Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) de El Colegio de México; Centro de Apoyo al Desarrollo Rural de Atlixco; Preparatoria de Huaquechula; Vania Salles, Soledad González, María Eugenia D'Aubeterre, Antonella Fagetti; Esteban Cabrera, Dolores Sánchez, Oswaldo Romero y Sebastián Gatti. También expreso un reconocimiento a los informantes de las comunidades (las mujeres en particular) por su colaboración.

ductores parcelarios y la proletarización de la fuerza de trabajo rural. Se agregan las aportaciones de los estudios sobre la mujer campesina que a partir de la década de los setenta criticaron la ausencia de la perspectiva de género en estos esquemas interpretativos. Sus resultados derivaron en dos planteamientos básicos: por un lado, la existencia de procesos de segmentación de los mercados rurales con base en el factor género y las diferenciaciones en el proceso de proletarización femenina determinada por este factor; por otro, la especificidad de los roles femeninos en la ecuación chayanoviana del equilibrio trabajo-consumo y en el funcionamiento de las unidades económicas campesinas.

Muchos de estos estudios, además, se centraron en las transformaciones de la sociedad rural que imprimía nuevas dimensiones a la participación femenina en el agro: los procesos de modernización agrícola (producción para el mercado externo, agroindustria y agromaquila), o los relacionados con los cambios en las unidades productivas campesinas (la puesta en práctica de mecanismos reguladores para integrarse a una economía y a una sociedad más amplias). En síntesis, trajeron al escenario de las discusiones los fenómenos relacionados con la feminización de la agricultura.

Otra línea de análisis que proporcionó elementos para la investigación provino de los estudios de la sociología latinoamericana centrados en el comportamiento del grupo familiar y la dinámica sociodemográfica de la participación femenina dentro de éste (edad, etapa del ciclo vital, modelos de residencia posmatrimonial, tamaño de la familia y sus estrategias de sobrevivencia).

Por último, los aportes de la teoría feminista sobre la división sexual del trabajo fueron también una fuente teórica indispensable a considerar. En especial se retomó la crítica de las interpretaciones dicotómicas que explican la participación laboral femenina a partir de la separación de las esferas pública y privada, el trabajo productivo e improductivo y la asignación de las tareas femeninas en la sociedad a partir del papel de la mujer en la reproducción biológica.

Al hacer el presente estudio, he tomado en cuenta estas tres corrientes de pensamiento. El trabajo de campo se realizó en una zona de agricultura campesina mercantil, ubicada en el estado de

Puebla, a 60 km de la ciudad capital. La región tiene como centro rector una ciudad intermedia que funge como uno de los más importantes mercados regionales agrícolas del país: Atlixco. En la primera parte del estudio, se abordan los temas globales relacionados con la dinámica del funcionamiento del sector agropecuario en la región y los rasgos más característicos de la inserción de la mujer en él: su acceso a la propiedad y medios de producción, su papel en los procesos productivos y en el mercado de trabajo. En la segunda parte, se analiza la información sobre cuatro comunidades, referida a las relaciones entre las estructuras locales y el comportamiento laboral de la mujer campesina.

AGRICULTURA REGIONAL Y DIVISIÓN SEXUAL DEL TRABAJO

El valle de Atlixco: una agricultura regional campesina

El valle de Atlixco, en Puebla, fue una de las regiones agrícolas más prósperas de la Nueva España y en donde primero se implantó la agricultura de los colonizadores. Sufrió un proceso de decadencia durante el periodo posterior, para entrar en un nuevo auge al final del siglo XIX, con el florecimiento de las haciendas porfirianas. Su territorio estuvo involucrado activamente en las luchas revolucionarias, en parte bajo la influencia del movimiento zapatista de Morelos, estado con el que limita. Por ello, el reparto de tierras no se hizo esperar: a partir de él se produjo una reordenación del territorio y de la actividad económica en función del desmembramiento de antiguas haciendas. La estructura actual de la región tiene su origen en la consolidación de la propiedad social derivada del reparto, que sin embargo no eliminó la propiedad privada, con excepción de las haciendas más importantes. Los ranchos y pequeñas propiedades coexistieron a partir de entonces con los núcleos ejidales.

El área geográfica del presente estudio abarca seis municipios ubicados en el suroeste del estado de Puebla: Santa Isabel Cholula, San Juan Tianguismanalco, Tochimilco, Huaquechula, Atlixco y San Gregorio Atzompa, con una población de 168 846

habitantes.² Cerca de 50% de esta población se concentra en la ciudad de Atlixco y la restante está dispersa en varias localidades rurales (cuadro 1). La zona se encuentra comunicada por una red de carreteras pavimentadas y caminos de terracería en diversas condiciones, y cuenta con servicios regulares de transporte a Atlixco en la mayor parte de las comunidades.

Con excepción de la ciudad de Atlixco, que tiene una gran actividad de servicios, la economía regional depende del sector agropecuario. La superficie total del territorio ocupado es de 82 407 ha de las cuales 38 110 son de uso agrícola, 17 582 están dedicadas a la actividad pecuaria; 12 527, a la explotación forestal y 14 188 son tierras improductivas. Existen 9 099 ejidatarios distribuidos en 75 ejidos, pero la mayor parte de ellos son también pequeños propietarios. En total suman 10 456 productores.³ Se trata de una región de economía campesina típica, caracterizada por un grado extremo de parcelización de la propiedad. La superficie explotable de los predios varía en un rango muy pequeño, de 0.25 a 6 ha para el sector ejidal y de 0.25 a 5 ha para la propiedad privada;⁴ el promedio es cercano a una o dos hectáreas. Muchos productores explotan varios predios, pero más que un modelo de concentración de propiedad, esto es resultado de que las parcelas de un mismo propietario son pequeñas y están dispersas. Los ranchos que en la región llegan a ser considerados casi "latifundios" oscilan entre 30 y 60 hectáreas.

El minifundio no significa una homogeneización de la estructura socioeconómica. En principio, la diferenciación social entre

² Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *XI Censo General de Población y Vivienda. Puebla, Aguascalientes*, 1991. La selección de estos municipios no fue arbitraria: ellos constituyen una microrregión de acuerdo con la clasificación de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos: administrativamente son parte del Centro de Apoyo al Desarrollo Rural de Atlixco (Cader Atlixco) de esta secretaría. El trabajo se limita al contexto rural y se excluyen las actividades urbanas de la ciudad de Atlixco.

³ Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Encuesta Nacional Ejidal. 1988*; Centro de Apoyo al Desarrollo Rural de Atlixco, *Plan Puebla. Informe Anual*, Atlixco, Puebla, 1989.

⁴ Véase *Informe Anual 1989, Plan Puebla*, Cader Atlixco, Secretaría de Recursos Hidráulicos, Colegio de Postgraduados de Puebla (Ceicadar) y Esteban Cabrera, *Informe sobre el uso del suelo*, Ceicadar, 1988.

CUADRO 1
Indicadores básicos de la región

Municipios	Superficie demográfica (km ²)	Densidad 1990	Núm. de localidades 1990	Población total	PEA sector primario	PEA sector	Actividad económica
Atlixco	223.22	454.995	80	104 294	28 731	8 897	Servicios: en especial comercio de productos agropecuarios, agricultura de riego, floricultura, horticultura, forrajes, ganadería bovina y lechera
Huauquechula	223.25	121.017	38	27 017	6 096	4 785	Agricultura de riego y temporalera (hortalizas, maíz, cacahuete, sorgo y frijol)
Santa Isabel Choluta	67.67	107.226	6	7 256	1 886	1 553	Agricultura temporalera maicera; secundariamente horticultura, forrajes y fruticultura
San Gregorio Atzompa	15.31	365.317	2	5 593	1 435	670	Agricultura maicera y agroindustria de lácteos (Chipilo)
Tianguismanalco	114.81	74.845	6	8 593	2 169	1 677	Agricultura (granos básicos) y floricultura
Tochimilco	233.45	68.936	17	16 093	3 210	2 808	Agricultura temporalera (granos básicos) y floricultura
Total	883.71	1 192.336	149	168 846	43 527	20 390	

Fuente: Censos Generales de Población y Vivienda del INEGI para los datos demográficos. Síntesis de diversas fuentes para otros datos.

los productores no está dada por la extensión formal de su propiedad; más bien se relaciona con la renta diferencial proveniente del acaparamiento de las tierras de riego y de alta fertilidad del valle, así como de los recursos para elevar su rentabilidad o el control de la comercialización de sus productos. En la zona funcionan formas amalgamadas de usufructo de la tierra que resultan de combinaciones dinámicas de explotación del suelo y de la organización de la unidad económica campesina. Éstas incluyen numerosas prácticas de arrendamiento y aparcería, a las que se incorporan en reducidas extensiones una parte de quienes no tienen tierras o empresarios agrícolas que no necesariamente son del lugar.

La explotación agrícola es la base de la reproducción de la mayoría de los hogares, pero no es suficiente para garantizarla, lo que conduce a la búsqueda de ingresos alternativos. Los más importantes son la comercialización de una variedad de productos, además de los obtenidos en la parcela campesina, y el trabajo asalariado relacionado con las migraciones laborales. La fuerza de trabajo familiar, los recursos disponibles y los insumos circulan entre los diversos terrenos que explota la familia, de acuerdo con las estrategias productivas que se elijan.

La mayor parte de la comercialización se realiza por medio del mercado de Atlixco; secundariamente en otros mercados (Puebla, Izúcar de Matamoros, o plazas de Morelos) y también por conducto de intermediarios en las comunidades. La comercialización representa, junto con el minifundio, otro de los principales problemas de la agricultura regional. La reducida escala de producción, el carácter perecedero de la misma, la falta de organización de los productores para la comercialización directa y la inestabilidad para sus productos en el mercado hacen víctimas de los intermediarios a los campesinos, que actúan como un poderoso factor de extracción de excedentes.

El poblado de origen italiano, Chipilo, municipio de San Gregorio Atzompa, se especializó en la producción láctea y agroindustrial, en condiciones diferentes al patrón común de explotación agropecuaria de la zona, y aún más distintas en términos de las relaciones sociales a su interior. Allí, la base de la economía es la explotación ganadera, que a su vez ha propiciado el desarrollo de cultivos forrajeros como el de la alfalfa, realizado en la zona de

riego del municipio de Atlixco. Existe además actividad ganadera de traspato en toda la región.

Hay explotación de madera en algunas comunidades cercanas al volcán Popocatepetl, lo cual es motivo de conflictos con las empresas procesadoras (como las papeleras), generadoras de problemas debido a la tala ilegal de los bosques. La población campesina recolecta ciertos productos del bosque para la comercialización en pequeña escala y la leña para consumo doméstico.

La migración a Estados Unidos se ha incrementado de manera exponencial, sobre todo en los últimos cinco años. Su aportación económica representa un recurso importante para las familias de la zona, además de que tiene repercusiones de carácter demográfico, familiar y cultural. La emigración mayoritaria de varones jóvenes repercute en la organización del trabajo familiar y en las pautas del matrimonio; la de hombres casados, muy importante, conlleva a la desintegración familiar; la migración femenina se ha incrementado. El destino final de los migrantes varía, pero sus redes básicas se encuentran en Nueva York, donde se incorporan al sector servicios.⁵

Relaciones genéricas y propiedad de la tierra

Uno de los elementos más contundentes para explicar la subordinación genérica en el campo es la exclusión de la mujer del control de los medios de producción y otros recursos indispensables para el proceso productivo. La información que analizaré a continua-

⁵ En las comunidades de la región de Atlixco, las redes de migrantes se empiezan a configurar a partir de los que se incorporaron al Programa de Braceros de 1942 a 1964. En la década de los ochenta la presión demográfica sobre el suelo torna inviable para casi todas las familias campesinas su misma reproducción a partir de la explotación agrícola. Al mismo tiempo, en ciertas comunidades se consolida una agricultura cuyos excedentes no pueden ser aplicados a corto plazo en actividades productivas. Bajo estas condiciones, la perspectiva de la migración a Estados Unidos aparece cada vez más como una opción. "Hay actualmente en Nueva York 200 000 mexicanos, de los cuales muchos son poblanos." Robert Smith, "Desde 1987, aumento explosivo de la emigración de mixtecos a Nueva York", diario *Síntesis*, Puebla, 8 de febrero de 1993.

ción se centra en el acceso a la tierra en lo que se refiere a dos aspectos específicos: el reparto agrario y los patrones de herencia.

El reparto agrario, a consecuencia de la revolución, fue amplio y temprano en la zona de estudio: entre 1921 y 1945 se dotó de 41 067 ha a 8 079 beneficiarios; el auge del reparto se centró en el quinquenio de 1926 a 1930, cuando se distribuyó cerca de 75% de las tierras. Para 1945 el reparto se había agotado en la región. De las tierras dotadas, una proporción importante era destinada al uso agrícola (más de 17 000 ha) y de éstas, 5 083 eran de riego, las más productivas de todo el valle, concentradas básicamente en el municipio de Atlixco.

La información disponible no permite sacar conclusiones sobre la situación de la mujeres en el proceso de reforma agraria. En algunos casos sólo los hombres recibieron la tierra; en otros, las mujeres también fueron beneficiarias, pero nunca en igualdad de condiciones con los varones. Los ejemplos indican que se trata de localidades en donde escasearon los solicitantes y una familia recibió más de una parcela.

En la zona estudiada, los mecanismos que dificultan el acceso de la mujer a la propiedad —incluyendo el usufructo o el ejercicio del derecho real sobre la misma— son semejantes a los existentes en otras sociedades agrícolas. Al igual que ocurre en otras zonas de México, las hijas son herederas residuales: “Decir que las hijas son herederas residuales significa que, habiendo hijos varones, los padres prefieren dejarle a ellos el grueso de la tierra de solar y de cultivo, las casas, los aperos de labranza y los animales de trabajo que puedan tener. A las mujeres les toca menos que a sus hermanos, poco, nada o la peor parte” (González Montes, 1988:72). Esta afirmación, hecha para el sureste del valle de Toluca, es corroborada para nuestra zona de estudio por la información procedente de diversos registros de propiedad: las mujeres no rebasaban 25% del total de propietarios.

Además, las mujeres no tienen prerrogativas reales en el ejercicio del derecho de propiedad cuando ésta se les ha asignado formalmente. Difícilmente ellas pueden tomar decisiones sobre el uso o realización de operaciones que involucren sus propiedades, con excepción de darlas en arrendamiento cuando falte una figura masculina que participe en su explotación. Los habitantes de la

región explican esta situación con la aseveración de que “la mujer no trabaja la tierra”,⁶ lo que significa su imposibilidad de hacerse cargo de la explotación de la misma sin una figura masculina. A su vez, esta imposibilidad es justificada por la limitación de su fuerza física para manejar la yunta y los animales de trabajo.

Existen también dos argumentos reiterativos: 1) las mujeres no necesitan la propiedad, ya que se casan y hacen usufructo de la del marido y 2) no hay más tierra disponible en las comunidades: “las mujeres no tienen la tierra porque todos ya tienen terreno y ya no sobra”. Este último razonamiento se apoya en el hecho de que efectivamente el minifundio está extendido y es un factor limitante del acceso a la tierra por las generaciones jóvenes, incluso los varones.

Además de esta justificación explícita, no se considera a la mujer como un sujeto con derecho a la tierra. El caso del ejido es ilustrativo: si bien desde el punto de vista legal los dos sexos están en igualdad jurídica para la obtención de una parcela, las mujeres ejidatarias son una minoría: en la región, menos de 25% del total. Ellas no se encuentran siquiera en el patrón de solicitantes. De la reducida proporción de ejidatarias, la mayoría son viudas, formalmente sucesoras de los maridos ejidatarios.⁷

Fueron varios los testimonios que enfatizaron los factores de la relación de los hijos con los padres como el elemento decisivo en la determinación de la herencia.⁸ La cita que se presenta a continua-

⁶ A lo largo del documento se reproducirán entrecomilladas varias expresiones que son parte del lenguaje popular y que sintetizan elementos centrales de la ideología vigente en las comunidades.

⁷ De una encuesta realizada en dos de las comunidades estudiadas se obtuvieron los siguientes resultados: en Bonilla las 27 mujeres ejidatarias representaban 23% del total; de éstas, 23 accedieron a la parcela debido a la muerte del marido y las restantes, por la herencia de otro familiar. De sus parcelas, 17 eran trabajadas por su hijo, cinco por su esposo e hijos (una de ellas se había casado nuevamente), tres por otros familiares y dos la rentaban; en Tejaluca, las 15 mujeres ejidatarias representaban 34% del total y obtuvieron la parcela por los siguientes medios: uno por dotación, cinco por viudez, tres por herencia de los abuelos, cuatro por la de la madre, y dos por la del padre. Cabe señalar que la proporción de mujeres ejidatarias en este caso es superior al promedio de la zona.

⁸ Los textos presentados son extractos de grabaciones directas realizadas por la coordinadora del proyecto, transcritos en forma de testimonio. La transcripción de los relatos tiene carácter ilustrativo. Los nombres de los informantes son ficticios.

ción es el testimonio de una ejidataria casada, que heredó la parcela de sus abuelos por ser la única heredera:

Como mis hijos están grandes les debo pasar el derecho a la tierra. Yo, por ejemplo, tengo cinco hijos. De los cinco no todos son amables con los padres, hay unos que son tremendos. Ya crecieron y se van, se alejan. Jamás vuelven a decir “¿Pues, madre, qué tienes, qué te pasa? ¿Tienes algún problema?” Y aquel hijo que se queda en la casa cuando ya estamos viejitos, ya no podemos trabajar como hasta ahora y el hijo se interesa a trabajar el terreno, a darle a uno lo suficiente, a cuidarlo a uno, entonces a éste se le queda el terreno.

En este punto, la señora Rosa hace una larga descripción del mecanismo administrativo vigente en la Secretaría de Reforma Agraria, para nombrar el sucesor de la parcela en el caso de los ejidatarios:

Se termina la investigación y ya viene el certificado a nombre del hijo designado para heredar la parcela. Cuando los hijos no cumplen, el pueblo está experto. Hay personas que luego se dan cuenta. ¿Por qué la señora está con este tratamiento? No le dan qué vestir, muchas personas viven de la caridad. Pero, ¿por qué? Porque el hijo las abandonó. Si yo pido el apoyo del pueblo, entonces el pueblo dice: éste no tiene el derecho a la tierra, entonces ya le hablan a uno: ¿Cuál es el hijo que no deja de cumplir sus obligaciones con los padres? Entonces le dicen: te van a dar la parcela, pero con una condición: tienes que darles a tus padres vestuarios, curaciones hasta el día que Dios los recoge. Y esto es igual para todos los hijos, sean hombres o mujeres.

Como se deduce de la cita, los padres ejércen un control sobre los hijos por medio de la manipulación del derecho a la herencia de sus bienes. La mujer no se encuentra en desventaja explícita a veces en esta economía de afectos; en muchos casos, incluso, la elegida fue una mujer. Pero sus posibilidades reales de heredar son bastante limitadas. Entre los factores que influyen de manera decisiva está el sistema patrivirilocal de residencia prevaleciente, que impide a las hijas casadas estar cerca de los padres, atenderlos y, por lo tanto, hacer méritos suficientes para heredar los bienes.

Así, las mujeres heredan cuando no hay descendientes varones, los descendientes hombres quedan descartados por enfermedad, migración, desinterés o punición por parte de los padres, o cuando

los padres disponen de varias propiedades. En estos casos, generalmente heredan menor cantidad de tierras o terreno en peores condiciones. O sea, las mujeres son herederas residuales, como se percibe en esta declaración de una campesina, esposa de un ejidatario de Bonilla:

Aquí, cuando los padres tienen varios hijos, la mayor parte de las tierras queda con el *xocoyote*; pero hay muchos casos que no, les dejan en partes iguales a los hijos hombres. Algunos cuando tienen mucho terreno les dan a las mujeres. Pero cuando no, nomás le dan a los hombres. Como las hijas se van con el marido, aquél que trabaje para que coma la hija.

La participación femenina en los procesos productivos agrícolas

Además de la discriminación de la mujer en el acceso a la tierra y a otros recursos, los procesos productivos reproducen la desigualdad entre los sexos por las asignaciones genéricas en que se basa la división del trabajo. Para entender estas asignaciones presentaré ahora los rasgos sobresalientes de los procesos productivos agrícolas en la región.

La zona dispone de un potencial agrícola de alta fertilidad, aun cuando varios factores inciden en la productividad, como la presencia de plagas no controladas, la contaminación de mantos freáticos, las deficiencias en los sistemas de riego y la sobreexplotación del suelo. Existen también algunas áreas erosionadas, temporales y poco aptas para la actividad agrícola.

La disponibilidad de riego es un importante factor diferenciador, al establecer distintos niveles de rentabilidad de las explotaciones, que estratifican a los productores. En la cúspide de la pirámide social se encuentran los que disponen de recursos para explotar las mejores tierras bajo riego con cultivos muy redituables. Les sigue un número amplio de productores que explotan pequeñas superficies irrigadas, capaces de generar excedentes y permitir cierta acumulación de capital; luego están los que explotan tierras temporales relativamente productivas. Por último, los que disponen de propie-

dades excesivamente fragmentadas, de suelos de mala calidad, quienes no alcanzan a subsistir con la explotación de la parcela.

La superficie susceptible de ser regada —cerca de 10 000 hectáreas—⁹ permite a la región el desarrollo de una agricultura productiva con gran diversidad de cultivos: básicos, como maíz y frijol; comerciales, como el cacahuete y las hortalizas (cebolla, calabacita, pepino y cilantro), florales (gladiola, cempasúchil y flores de ornato); frutales (aguacate) y forrajeros (alfalfa). La actividad productiva y ocupacional de la población depende del calendario agrícola, que varía en función del tipo de explotación: las tierras de riego son explotadas intensivamente, con un aprovechamiento elevado de la frontera agrícola y una absorción permanente de mano de obra.

En las zonas de temporal se cultiva solamente en el ciclo primavera-verano. Las tareas iniciales del ciclo comienzan en los meses de marzo, abril y mayo (en función del régimen de lluvias y de la localidad) y las finales empiezan por octubre-noviembre. La diversificación es menor; tres cultivos se imponen: el maíz, el cacahuete y el frijol. El maíz cubre más de 60% de la superficie temporalera; se destina fundamentalmente al autoconsumo, y el resto se comercializa.

¿Cuáles son las características de la inserción de la mujer en los procesos productivos regionales de este tipo?

Aun con los distintos tipos de explotaciones agropecuarias existentes en la región, a grandes rasgos, la división sexual del trabajo es homogénea en lo que respecta a las actividades directas en el proceso productivo. Los hombres están especializados en dos grandes grupos de funciones: las que implican la fuerza física (manejar la yunta, cargar bultos, limpiar acequias y canales de riego) y las que se vinculan directamente con la tecnología moderna (aplicación de agroquímicos y manejo de maquinaria). Las mujeres están vinculadas con las tareas manuales, relacionadas con la tecnología tradicional o, dentro de los procesos de tecnología

⁹ Todo el riego se realiza bajo la modalidad de pequeña irrigación; administrativamente es controlado por la Comisión Nacional del Agua (CNA), por medio de las Unidades de Riego para el Desarrollo Rural. La mayor parte de ellas está constituida por pozos que alcanzan a regar un promedio de 30 a 50 hectáreas.

moderna, se ubican en actividades que exigen movimientos finos, el contacto con la tierra y con las plantas (la siembra, la cosecha, el trasplante y el desyerbe). Pese a esto, hay ocasiones en que los varones son contratados para actividades de siembra o cosecha, al igual que para las tareas de los cultivos florales. En cambio, sólo excepcionalmente las mujeres llegan a realizar tareas asignadas formalmente a los hombres y que, por lo general, les están vedadas. El testimonio de la señora Rosa ilustra las opiniones frecuentes sobre el tema:

Las mujeres le tienen miedo a los animales, porque la mujer no soporta la fuerza que tiene un animal. Ésta es la diferencia con los hombres, la fuerza para amansar los animales, hay unos que son muy malos. Pero hay unas mujeres que tienen voluntad de hacerlo y esta voluntad no se la quita nadie. De todas las mujeres de por acá, sólo una, la señora Rita, cuida sus vaquitas y las anda atendiendo, pero no trabaja su parcela. Con la mejoría de la maquinaria, nomás yo le hablo al dueño del tractor y le pago: va a barbechar, a rastrear y a sembrar. Es cosa de voluntad. Porque ¿cuántas y cuántas mujeres se ven en la carretera, por ahí, pidiendo caridad para mantener los hijos? Y esto no es deber de una mujer como madre.

Para la comprensión exacta de este testimonio es necesario contextualizarlo. La señora Rosa es una de las pocas mujeres que en la región ocupa un puesto de dirección formal en los organismos oficiales existentes; es también citada como una mujer que “trabaja su parcela”, pese a que convive con el marido. Es considerada una mujer “fuerte” y es atípica en la región, pero ilustra otras posibilidades de división sexual del trabajo en la agricultura.

La mayor parte de las mujeres están insertas en un esquema de división sexual del trabajo según el cual, poder manejar la yunta —o, en otras palabras, la mayor fuerza física— garantiza al hombre el acceso a la propiedad, el estatus de productor y el mejor pago en los casos del trabajo asalariado. En cambio, las habilidades femeninas reiteradamente reconocidas —la realización más eficiente del trabajo (mayor paciencia, cuidado y delicadeza en el trato con el producto)—, no les significan ventajas equivalentes, excepto que en algunos casos se prefiere contratar a mujeres.

La tecnología moderna, al dispensar las exigencias de fuerza física, no cambió el patrón fundamental de las relaciones genéricas

en los procesos de trabajo: las tareas donde se incorporan las mujeres son desvalorizadas y catalogadas como más simples y menos calificadas (Lara, 1993).

El hecho de que dentro del proceso productivo las tareas estén definidas por asignaciones genéricas, no significa una participación laboral homogénea para cada sexo en términos particulares. Existen considerables diferencias entre la manera como las mujeres y los hombres se insertan en el aparato productivo, dadas en función de la organización del trabajo en las parcelas, del estrato social de pertenencia de los miembros de estas unidades, además de factores sociodemográficos y de cultura laboral.

El volumen de excedente generado en la parcela puede retener a la mujer en la misma unidad productiva, e intensificar su participación en ella cuando los márgenes de rentabilidad son estrechos y no permiten contratar peones. Pero también puede confinarla al ámbito doméstico si las ganancias permiten la contratación de peones. De manera inversa, puede exigir su proletarianización cuando el funcionamiento de la parcela es deficitario y exige ingresos alternativos. En el caso de las familias sin tierra, la proletarianización femenina es prácticamente una exigencia. Las mujeres procedentes de estas familias casi siempre son lanzadas al trabajo asalariado desventajoso, debido al empleo de mecanismos tales como el menor salario y su contratación y pago por medio del hombre.

La inserción de la mujer en el mercado de trabajo rural

En nuestra región, los requerimientos de fuerza de trabajo para los cultivos básicos de autoconsumo y comerciales, producidos en las áreas temporeras, son cubiertos en la mayor parte del ciclo por los miembros del grupo doméstico. Pero en la época de la cosecha, la mano de obra familiar puede ser insuficiente y se necesita recurrir al trabajo asalariado. Esta situación se repite en las pequeñas propiedades irrigadas, donde también se trata de evitar la contratación de peones. Pero sus dueños llegan a verse obligados a reclutarlos en los periodos de mayor intensidad en la actividad agrícola.

Los que explotan mayores superficies tienen que recurrir al trabajo asalariado. Éste, reclutado en la propia región, está consti-

tuido por propietarios pauperizados en extremo, trabajadores sin tierra, o fuerza de trabajo de reserva, en donde se incluyen mayoritariamente las mujeres. Debido a la procedencia local de esta fuerza de trabajo, los mecanismos de incorporación son informales y personales. Los productores que contratan más trabajadores generalmente lo hacen en sus propias comunidades de origen, por medio de sus relaciones personales. Pero hay una movilidad dentro de la región en varias direcciones: *a)* de las comunidades pauperizadas a las ricas y *b)* de comunidades de nivel semejante, que compiten por la fuerza de trabajo. La comunidad que más jornaleros proporciona es San Pedro Benito Juárez, y los principales centros productivos que absorben esta fuerza de trabajo son La Trinidad, San Félix Hidalgo, San Juan Tejaluca, los Viveros La Joya y los predios que cultivan flores y cebolla en el municipio de Atlixco.

En las calles adyacentes al mercado de Atlixco, en el denominado Zocalito, se encuentra uno de los lugares de reclutamiento permanente de trabajadores de la región. Ahí se concentra parte de la demanda y oferta de fuerza de trabajo y se hacen los tratos correspondientes, generalmente para toda la semana. Se contrata a jornal o a destajo, dependiendo del tipo de cultivo, tarea, sexo, comunidad de origen de los trabajadores o requerimientos de los procesos productivos y del mercado. El precio del jornal en mayo de 1991 oscilaba entre 15 000 y 25 000 pesos. Algunos de los que acuden no se contratan y pueden permanecer el día en Atlixco, o emplearse en otras actividades.

Pese a la existencia de una población rural sin tierras y desocupada, no hay una excesiva oferta de fuerza de trabajo, y muchos patrones reclaman que "nadie quiere trabajar en el campo". De ahí que existan formas de regateo con ciertos códigos establecidos. El testimonio que se presenta a continuación es de la propietaria de un predio ubicado en la zona de riego del municipio de Atlixco; fue obtenido directamente en una de las calles en donde los jornaleros acuden en busca de contratación. En esta ocasión, ella intentaba convencer, sin éxito, a un grupo de trabajadoras para que subieran a su camioneta, y decía:¹⁰

¹⁰ El ejemplo presentado es parte de la observación sistemática realizada los días lunes en el principal punto de reclutamiento diario de jornaleros en la región:

¿Cómo voy a pagar más que 15 000 pesos si no sé cómo trabajan? Cuando ya las conoce uno entonces sí puede pagar más, 16 000 pesos. Los muchachos de San Pedro son machaderos. Sólo alegan y platican; ganan 18 000 pesos diarios. Es que ellos hacen el trabajo pesado; las mujeres trabajan mejor, son más adaptadas. Yo contrato casi todos los días de diez a doce muchachas para la cosecha de cebolla y el trabajo de bulbo de la gladiola.

El menor salario de las mujeres es una práctica común, pero no está generalizada; cuando ocurre, tiene el consenso de ellas mismas. En una reunión con mujeres jóvenes en San Pedro Benito Juárez, Cristina, de 23 años, soltera, afirma:

A las muchachas y a los muchachos, a veces, les pagan parejo; a veces le pagan más a los hombres, porque ellos hacen el trabajo más pesado. Las muchachas sí trabajan, pero que carguen bolsas pesadas así (ilustra con los brazos abiertos en círculo), pues no; por esto al hombre le pagan más

Al mismo tiempo pudimos constatar una tendencia a igualar los salarios, justificada con la afirmación común de que debido a la escasez de peones es necesario “pagar salarios iguales ahora”. Entre alguna gente existe la idea de que hombres y mujeres “trabajan parejo”, por lo que se les debiera “pagar parejo”.

El análisis de la región confirma la tendencia a la proletarianización femenina en las labores agrícolas. Se afirma que muchas mujeres prefieren trabajar como jornaleras en el campo, pues son mejor remuneradas que en el servicio doméstico. Las jornaleras en la zona son básicamente jóvenes solteras o jefas de familia. Sólo una minoría de las casadas que viven con sus maridos trabajan

la terminal de la línea de transporte colectivo de la comunidad de San Pedro Benito Juárez. Se presenta a continuación una síntesis de estas observaciones. “Hora: 9 de la mañana. Llegan tres camiones llenos (aproximadamente 50 personas cada uno). La mayoría son mujeres, casi todas muy jóvenes, dentro de un rango de 13 a 20 años. Aguardan en una de las cuatro esquinas de la calle la llegada de las camionetas que reclutan jornaleros. Cuando éstas se estacionan hay dos situaciones que se presentan: a) los jóvenes se suben en grupos, aparentemente sin ningún trato con el dueño o chofer y b) entablan una conversación con los patrones o capataces en relación con el precio del jornal, o no se suben luego, obligándolos a aumentar este precio.”

como asalariadas, en cuyo caso necesitan invariablemente la aprobación de ellos. Lo que sí es frecuente es que trabajen junto al marido cuando éste se contrata como peón. Esta forma de trabajo es ejemplo contundente de cómo las relaciones tradicionales de producción, semejantes a las existentes en los tiempos de la hacienda en la región, son funcionales en la actualidad.

El testimonio transcrito a continuación muestra un caso de peonaje familiar en la cosecha de la cebolla. Una productora de hortalizas de Tejaluca, ejidataria, describe el proceso de contratación de los peones para esta actividad:

La cosecha de la cebolla es por maleta. Un maletero gana 1 000 pesos por maleta. Todo el día tiene que arrancar, hacer gavillas y luego acarrearlas y, si se trata de lavarlas, acarrearlas hasta la acequia. La mujer no maletea, pero ayuda al marido a hacer las maletas, pero nada más a lavar las cebollas. A veces contratan a la mujer y al marido, o la familia; por lo mismo, el que no tiene ejido nada más se dedica a puro peón: para acompletar el tanto que se le pidió, 40 o 50 maletas, él sabe si lleva la mujer y los niños para que lo ayuden y no se le haga tan largo. Al final se le paga al maletero.

La contratación de toda la familia y el pago correspondiente de este trabajo al hombre (peonaje familiar) es la forma más frecuente de incorporación de las mujeres casadas al trabajo a jornal, es ampliamente aceptada y está extendida en las comunidades de la zona.

LAS ESTRUCTURAS LOCALES MEDIADORAS DE LAS RELACIONES LABORALES DE GÉNERO: COMUNIDAD Y FAMILIA

La comunidad rural y las normas de participación laboral femenina

Las comunidades rurales son estructuras mediadoras de los procesos productivos nacionales y regionales; en ellas las relaciones globales de producción se singularizan y adquieren un nuevo contenido. Representan el entorno inmediato del cual derivan los

soportes ideológicos y las posibilidades concretas de organización de las actividades femeninas. Este entorno está conformado por la infraestructura de bienes y servicios disponibles, la oferta de opciones laborales, las normas y valores socialmente construidos sobre el trabajo femenino, las formas de funcionamiento del grupo doméstico y los tipos de familia.

Para hacer un estudio más detallado de la participación laboral, he seleccionado cuatro comunidades con diferentes condiciones económicas: Huaquechula, San Juan Tejaluca, San Pedro Benito Juárez y Tezonteopan de Bonilla. Todos son asentamientos que existen desde la época prehispánica,¹¹ donde se conservan costumbres indígenas, pero donde el idioma nativo está en vías de desaparecer. Su utilización es más frecuente en San Pedro Benito Juárez, cuyos habitantes mayores todavía hablan náhuatl.

Durante el porfiriato, estas comunidades pertenecieron a haciendas antiguas o se encontraron bajo su zona de influencia; estuvieron envueltas en las luchas revolucionarias que convulsionaron la región. A partir del reparto agrario ocurrido entre 1925 y 1933 se determinó el patrón de explotación agraria, constituido por la propiedad ejidal, complementada por la privada (ranchos y pequeñas propiedades) y otras formas de usufructo de la tierra (arrendamiento y aparcería).

La comunidad más pauperizada es San Pedro Benito Juárez; Huaquechula ha perdido importantes caudales de agua y sus procesos productivos sufren deterioro, mientras que Bonilla tiene agricultura de riego en expansión, ya consolidada en el caso de San Juan Tejaluca. La agricultura comercial es la actividad fundamental en San Juan Tejaluca (cebolla, flores y hortalizas) y Bonilla (hortalizas y cacahuate), en donde se complementa con la producción de granos básicos; está presente en Huaquechula por medio de la explotación del cacahuate, y marginalmente en San Pedro, donde se alcanza a comercializar parte de la producción de básicos.

¹¹ El criterio central de representatividad de las comunidades elegidas fue el patrón de explotación agropecuaria, que es diferenciado. Primero, se revisaron las clasificaciones de las comunidades de la región, procedentes de estudios sobre la misma; mediante el trabajo de campo posterior, se optó por seleccionar las cuatro comunidades citadas, por considerar que en ellas se ilustran las distintas condiciones de vida y de trabajo de la mujer campesina.

Las diferencias en el patrón de explotación agrícola y los excedentes generados no se reflejan, sin embargo, en el aspecto de estas comunidades: las cuatro están mal trazadas, no tienen pavimentación y sufren deficiencias en los servicios urbanos (cuadro 2). Todas ellas están, sin embargo, regularmente comunicadas con Atlixco y tres de ellas utilizadas con bastante frecuencia. El abastecimiento de estas comunidades se da por medio de tiendas locales, de vendedores ambulantes o mediante el desplazamiento de la población a Atlixco. Esta estructura garantiza que la mayor parte de los bienes y servicios existentes en las grandes ciudades sean conocidos por la población de estas comunidades y algunos de ellos hayan sido incorporados al consumo de manera diferenciada.

En las cuatro comunidades, una serie de bienes o servicios incide directamente en el quehacer cotidiano de las mujeres: las modificaciones en la tecnología de elaboración de tortillas (instalación, hace varias décadas, de molinos de petróleo, posteriormente de molinos eléctricos y, recientemente, de tortillerías, en tres de las comunidades); la introducción de la energía eléctrica; el establecimiento de sistemas de agua entubada, que sin embargo, presentan anomalías en su funcionamiento o insuficiencias de cobertura a toda la población; la introducción del gas doméstico, no generalizado y no incorporado en el quehacer diario de un gran número de familias. Otros servicios que intervienen también en este quehacer son la ampliación del sistema de comunicaciones —especialmente el transporte—, y los servicios escolares y de salud.

Las opciones laborales existentes en estas comunidades son las descritas en la primera parte de este documento: el trabajo asalariado, el agrícola no remunerado en la unidad familiar y la realización de otras actividades generadoras de ingresos. A partir de estas opciones se construye una cultura laboral que define lo que es posible, permitido y deseable para las mujeres de estas comunidades en cada situación. Las expresiones “aquí se acostumbra” y “aquí no se acostumbra”, frecuentemente utilizadas en las entrevistas, refuerzan la proposición de que las pautas comunitarias tienen un peso determinante en la vida de las mujeres campesinas. Se analizan, en seguida, tres situaciones representativas de la incidencia de las normas comunitarias en la participación femenina en el caso: el trabajo asalariado, la movilidad geográfica y la comercialización.

CUADRO 2
Características básicas de las cuatro comunidades estudiadas

<i>Indicadores básicos</i>	<i>Huaquechula</i>	<i>San Juan Tejaluca</i>	<i>San Pedro Benito Juárez</i>	<i>Tezonteopan de Bonilla</i>
<i>Población:</i> ¹				
1960	2136	341	2393	1200
1970	2294	520	3034	1479
1980	2891	651	3502	2190
1990	2966	920	4332	2541
<i>Comunicaciones:</i>				
Carretera	Pavimentada	Pavimentada y un pequeño tramo de terracería	Terracería en mal estado	Pavimentada y un pequeño tramo de terracería
Transporte	Peseras cada 10 min. Camiones a Atlixco	Peseras cada 30 min. Camiones a Atlixco	Camiones 5 viajes diarios a Atlixco	Peseras cada 30 min. Camiones a Atlixco
Correo ²	Agencia de correos	ND	Por medio de Junta Auxiliar	Por medio de Junta Auxiliar
Teléfono ²	D	D	D	ND
<i>Servicios:</i> ²				
Educación ³	PP-PS-PT	PP-P	PP-PS	PP-PS
Salud	Centro de Salud y Médico privado	ND	Médico privado	Médico privado. Clínica de Invest.
Pavimentación	Cuadro central empedrado	ND	ND	ND
Drenaje	En experimento	ND	ND	En experimento
Agua ⁴	EA	PD	EA	EA
Distribución de gas doméstico	D	Irregular	Insuficiente e irregular	Regular
Tortillería	D	D	ND	D

¹ Censos Generales de Población y Vivienda-INEGI.

² D = disponible ND = no disponible.

³ PP = preprimaria P = primaria S = secundaria y telesecundaria PT = preparatoria o técnica.

⁴ EA = entubada y acarreada por insuficiencia.

El trabajo asalariado, primera situación de las señaladas, es frecuentemente mediado por relaciones de parentesco, compadrazgo o comunitarias que intervienen en los mecanismos de contratación y en su desempeño. Hay una dimensión genérica en las comunidades sobre esta cuestión: las mujeres viudas, abandonadas y solteras de más edad integran el grupo susceptible de ser incorporado a estas formas de trabajo asalariado imbuidas de relaciones personales. Frecuentemente, la línea divisoria entre el trabajo asalariado y la participación de estas mujeres en el grupo doméstico no puede ser trazada claramente. La precariedad de su situación las coloca en desventaja y disminuye sus posibilidades de negociación laboral.

La feminización del trabajo asalariado observado en la región se apoya en una ideología que atribuye a la actividad agrícola un menor estatus y fomenta su abandono por parte de los varones. Esto se relaciona, a su vez, con un alto grado de control del desplazamiento geográfico de las mujeres, lo que dificulta su migración. El control del desplazamiento de las mujeres jornaleras es regulado por los flujos regionales del mercado de trabajo en donde sobresalen dos mecanismos básicos: los contratistas de fuerza de trabajo circulan por las mismas comunidades establecidas transportando a los jornaleros al lugar del trabajo y regresándolos a su lugar de origen al final de la jornada, o acuden a lugares predeterminados. En ambos casos, la movilidad femenina es vigilada y se restringe a espacios geográficos delimitados.

En los casos de desplazamiento a largas distancias, el control social se intensifica, por lo que la migración femenina a Estados Unidos es limitada: las jóvenes solteras necesitan vencer la oposición de los padres y las mujeres jefas de familia están impedidas por su misma responsabilidad con los hijos. La migración de las mujeres casadas está determinada por la misma situación migratoria del marido y las costumbres prevalecientes en relación con esto. Comúnmente el marido migra sólo; la esposa e hijos permanecen en la comunidad, casi siempre con los suegros. Si la mujer desea migrar junto al marido necesita su anuencia y el apoyo de los suegros, además de que los problemas concretos por resolver en este caso son considerables. Aun así, parece haber recientemente mayor flexibilidad en estas normas debido a una presión de cada

vez más mujeres para migrar, fortalecida por la consolidación de las redes de migración que favorecen el bracerismo.

La comercialización es la actividad donde el desplazamiento físico de la mujeres es más flexible y es la más extendida de las ocupaciones no asalariadas generadoras de ingresos. En este caso la participación femenina se nutre de normas culturales de fuerte contenido local, que inciden sobre el volumen de la producción comercializada, el origen de los productos y el manejo de los ingresos obtenidos.

Son tres los orígenes de los productos comercializados por la mujer: los obtenidos en la parcela como resultado del trabajo conjunto del grupo familiar; los obtenidos mediante su trabajo directo, y los adquiridos para reventa. Cuando la mujer vende parte de la producción familiar, una regla común a las cuatro comunidades es que su participación en esta actividad es inversamente proporcional al valor de la mercancía. Ella maneja los pequeños excedentes de manera relativamente autónoma, pero la participación del marido aumenta cuando se incrementa el valor de la mercancía comercializada.

Sólo la fruticultura, la ganadería de traspatio y la recolección de productos silvestres dan a las mujeres la posibilidad de administrar y controlar recursos por su cuenta, pues en estos casos lo producido es resultado exclusivo de su propio trabajo.

Las comerciantes e intermediarias, por su parte, compran al mayoreo en los mercados de Atlixco y revenden en el mismo mercado en los días de plaza, o en sus comunidades. Se trata de intermediarismo de pequeño monto en las cercanías de los mismos pueblos, en los que incluso se llega a observar el trueque en transacciones de poco valor comercial. También en este caso las comerciantes controlan, por lo general, los ingresos monetarios derivados de su trabajo.

La unidad doméstica y el trabajo femenino

Las unidades domésticas son también estructuras mediadoras en el quehacer diario de la mujer campesina: ellas son el punto de confluencia de las actividades en los ámbitos público y privado que

conforman su vida cotidiana. En las explotaciones campesinas minifundistas con diversificación productiva y mercantil, esta confluencia es más evidente: la vida de la mujer campesina transcurre en un entrelazamiento de actividades estrechamente relacionadas con la reproducción simultánea de la unidad productiva y del grupo familiar.

Una informante de una de las comunidades describe así un día típico de la mujer campesina casada:

Se levanta a las cinco de la mañana para ir al molino, preparar el desayuno. Regresa, da de comer al marido y los hijos para que se vayan a la escuela; el marido se va al campo, algunas veces el marido se va al campo sin desayunar; entonces, después de dar el desayuno a los hijos, prepara los tacos para irse al campo a llevar al marido el almuerzo; algunas veces se queda ahí en el campo a ayudar al marido; lleva suficiente comida para comer y los hijos la alcanzan a la salida de la escuela para trabajar un rato en el campo. Se regresan en la tarde. El marido se dedica a dar de comer a los animales y a descansar, mientras ella prepara la cena para servir a todos y a preparar su nixtamal para el molino del día siguiente.

Aun con el grado de generalidad que acompaña las descripciones de los modelos típicos, éstos funcionan como una referencia obligatoria para las mujeres. Muchas de ellas relataron su día de manera semejante. Una constante en los testimonios fue la vinculación de las actividades domésticas y de la parcela, y la necesaria participación femenina en ambas. Laborar en el campo y además hacerse cargo de las tareas domésticas está profundamente interiorizado como sus obligaciones y, en parte, sus gratificaciones como mujer: la mayoría de ellas se expresó de manera positiva sobre su papel en el desempeño de las tareas agrícolas, a pesar de la dureza que reviste el trabajo en el campo. “El ver crecer las plantas”, como afirmó una campesina, es una experiencia gratificante. En cambio, las diversas tareas que significan la compatibilidad entre estas actividades y las relacionadas con su situación de mujer fue expresada, a veces, como una carga.¹²

¹² La metodología del trabajo estuvo orientada más a captar elementos que se presentan en el contexto, sin la pretensión de generalizaciones que impliquen

La organización familiar es una variable fundamental para considerar en este modelo de compatibilización de las actividades públicas y privadas. El patrón de residencia patrivirilocal prevaliente en la zona marca el inicio del ciclo de vida de las jóvenes familias, en un contexto de familia extensa en donde se reproduce la subordinación genérica aliada al control de la generación joven por parte de la vieja. La pervivencia de este sistema no es uniforme, pero podemos decir que todavía predomina en la región. Las críticas a él fueron abundantes. Si bien “ya no se usa esto de que la nuera va a servir a la suegra”, ella en realidad está bajo la autoridad de ésta. Muchos testimonios destacaron los conflictos surgidos de la relación suegra-nuera y la necesidad de que la joven familia constituya su propio hogar. Pero en la realidad cotidiana los arreglos para permitir la convivencia y actitudes de solidaridad entre ambas son también frecuentes.

La transición a un nuevo modelo de constitución de núcleos familiares consiste en el acortamiento del periodo en que los matrimonios jóvenes residen con la familia del varón. Sólo excepcionalmente la joven pareja finca una residencia propia a partir del casamiento, y el caso de que el matrimonio resida con los padres de la muchacha es visto despectivamente, como ilustra la declaración de una joven mujer, de 23 años, soltera: “Se dice que en vez de ella servirle el atole a él, es él que le va a dar de tomar el atole”.

El sistema patrivirilocal sirve de base para la constitución de familias extensas y su consecuente división del trabajo. La distribución del trabajo interno entre las mujeres de la casa es un hecho consabido. Esta distribución del trabajo está en consonancia con las formas de organización de la unidad productiva y hay una constante flexibilidad en ella. Las diversas tareas —en el campo o en el hogar— pueden ser desempeñadas indistintamente por cualquiera de las mujeres de la familia, o puede haber cierta especialización.

comprobaciones cuantitativas o estadísticas; en este sentido sería riesgoso afirmar que estas posiciones son representativas del universo de las mujeres de las comunidades; sin embargo, se pudo constatar que se trata de experiencias, sentimientos e ideas presentes en casi todas las mujeres con las que se tuvo contacto.

Se comenta frecuentemente la inexperiencia de la mujer joven y la dificultad que tiene para la sociabilidad como uno de los obstáculos para las funciones de mercadeo, asumidas entonces por las mujeres de más edad. En la misma situación se encuentra el trato con los peones, pues se dice que ellos no respetan a las jóvenes y ellas no tienen autoridad sobre ellos. En cambio, ellas se ocuparán de las tareas domésticas y, sobre todo, de las vinculadas con la reproducción biológica, ligadas con la etapa del ciclo de vida en que se encuentran. Pero el cuidado de los niños es función de las mujeres adultas de la familia y no exclusivamente de la madre.

No se puede establecer una relación mecánica entre la necesidad de fuerza de trabajo en la parcela y la aprobación del esposo para que la mujer lo desempeñe. Muchos de ellos no se oponen; lo fomentan y hasta lo exigen, como se constata en la expresión de que los hombres “sacan la mujer a trabajar”; otros, por el contrario, no desean que sus esposas laboren en el campo cuando tienen hijos pequeños. “Que se enferma la criatura” es una de las justificaciones más comunes para ello.

Cuando existe concordancia entre ambos cónyuges, el problema del cuidado de los niños se resuelve por medio de la familia extensa o llevándolos al campo. Fueron reiteradas las afirmaciones de que con una socialización temprana en este sentido, “los niños se acostumbran a salir al campo”. Pero en la medida en que la escuela primaria introduce modificaciones sustanciales en el patrón de socialización de niños y niñas, éstos disminuyen su contacto con el campo, al mismo tiempo que se modifican también algunas pautas predominantes hasta entonces de la división del trabajo en la unidad doméstica. La rigidez de la frontera agrícola permite que solamente una minoría de jóvenes varones siga el modelo de los padres. También una minoría de mujeres jóvenes, por medio del matrimonio, inicia su ciclo de vida adulta como campesina. La escuela secundaria existe en las comunidades, pero no tiene la misma aceptación que la primaria, y para la mayoría no representa una perspectiva real. La mayor parte de los jóvenes deberá buscar otras oportunidades, básicamente fuera de las comunidades y en un franco proceso de descampesinización.

Finalmente, en términos de ciclo de vida, la mujer ya madura dispone de una mayor autonomía: la desenvoltura con que se

mueve y asume las tareas de mercadeo —que supone cierta movilidad espacial y un manejo del mundo público— ilustra este planteamiento. Es parte del lenguaje de estas mujeres expresiones como “nosotros sembramos”, “nosotros vendimos”, “nosotros contratamos varios peones”; afirmaciones que pueden indicar un sentimiento de pertenencia y participación en las decisiones de la unidad productiva y del grupo familiar, así como el ejercicio de cierto poder, no reconocido expresamente.

CONCLUSIONES

La feminización de la agricultura ha sido señalada como una de las tendencias básicas en el desarrollo del sector agropecuario moderno. ¿Qué se entiende como feminización en el caso estudiado? ¿Se refiere a un aumento de la participación de la mujer y la captación de espacios antes ocupados por el hombre? La información obtenida sugiere que en nuestra zona hubo un aumento del trabajo asalariado por parte de las mujeres, debido sobre todo a la masiva migración masculina. Pero al mismo tiempo debemos tener en cuenta que las mujeres en la región siempre han tenido un papel fundamental en el trabajo agrícola, sobre todo en la unidad familiar. En nuestro caso, la feminización de la agricultura se refiere al paso del trabajo campesino al asalariado, o sea, a la proletarianización de la fuerza de trabajo femenina.

El otro aspecto que amerita una reflexión es la relación entre los procesos de modernización y la situación femenina. En la zona estudiada no comprobamos que estos procesos conlleven modificaciones en las relaciones genéricas, entendidas como mayor autonomía de la mujer, distribución menos asimétrica del trabajo y del manejo de los recursos familiares. La selectividad con que se adoptan los patrones de explotación agrícola modernos, combinados con las relaciones tradicionales de producción y de funcionamiento de las unidades domésticas, contribuye a mantener la subordinación femenina. Sin embargo, tampoco puede afirmarse que la modernización sea responsable de un empeoramiento de la situación de la mujer en la zona, como se ha llegado a sostener en otros estudios.

Existe un conjunto de factores históricos y culturales que determinan un rango amplio en los márgenes de autonomía, menor opresión y una posición menos desigual que pueden obtener las mujeres en el seno de la familia y en la sociedad local. También en el medio rural existen formas no explícitas, ocultas, de participación y de poder femeninos que conviven con las formas evidentes de subordinación y opresión genéricas.

En este artículo se señalaron fenómenos generales, tendencias y comportamientos habituales, constatándose una gran diversidad de situaciones. El estudio particular de las diferencias derivadas del estrato al cual pertenecen las distintas mujeres, su edad, la etapa del ciclo de vida en la que se encuentran, y la posición que ocupan en el grupo familiar, pueden arrojar elementos importantes para la comprensión de la problemática de género en estas situaciones concretas.

BIBLIOGRAFÍA

- Arizpe, Lourdes, *La participación de la mujer en el empleo y el desarrollo rural de América Latina*, Seminario Tripartito Regional para América Latina sobre el Desarrollo Rural y la Mujer, Pátzcuaro, Michoacán, 1981.
- Centro de Apoyo al Desarrollo Rural de Atlixco; Colegio de Postgraduados de Puebla, Puebla, *Informe Anual 1989 e Informe Anual 1990*.
- González Montes, Soledad, "La reproducción de la desigualdad entre los sexos: prácticas e ideología de la herencia en una comunidad campesina", en *Las mujeres en el campo*, Universidad Autónoma Benito Juárez, Oaxaca, 1988.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, VIII, IX, X, XI *Censos de Población y Vivienda*, Aguascalientes y México, varias ediciones.
- , *Encuesta Nacional Agropecuaria Ejidal*, 1988, Aguascalientes, 1990.
- Lara Flores, Sara, *Las relaciones de género en el proceso de producción de hortalizas de exportación en el Estado de Sinaloa*, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, México, El Colegio de México, 1993.
- Roldán, Martha, "Subordinación genérica y proletarianización rural: un estudio de caso en el Noroeste mexicano", en *Las trabajadoras del agro II*, ACEP, Colombia, 1982.
- Secretaría de la Reforma Agraria; Gobierno del Estado de Puebla, *Catálogo Rústico de la Propiedad Ejidal*, Puebla, 1984.

- Salles, Vania, "Mujer y grupo doméstico campesino: notas de trabajo", en *Las mujeres en el campo*, Oaxaca, Universidad Autónoma Benito Juárez, Oaxaca, 1988.
- Smith, Robert, "Desde 1987, un aumento explosivo de la emigración de mixtecos a Nueva York", *Síntesis*, 8 de febrero de 1993.
- Stolcke, Verena, "Los trabajos de las mujeres", versión revisada del trabajo publicado por Young Kate, Carol Wolkowitz y Rosylyn Mc Cullagh, *Of Marriage and the Market*, Londres, CSE Books, 1981.
- Ventura Cabrera, *Informe de los resultados del uso del suelo*, Puebla, Área de Evaluación, Colegio de Postgraduados, 1988.
- Velázquez Marroni, Maria da Gloria, *Changes in Women's Domestic Labor in Rural Puebla, 1950-1992*, ponencia presentada en la Conferencia Internacional Crossing Borders, Creating Spaces: Mexican and Chicana Women, Chicago, Illinois, abril 9-11, 1992.
- Wilson, Fiona, "La mujer y las transformaciones agrarias en América Latina: revisión de algunos conceptos que fundamentan la investigación", en *La mujer y la política agraria en América Latina*, Bogotá, Siglo XXI Editores y ACEP, 1986.

MECANISMOS DE DESVALORACIÓN DEL TRABAJO AGRÍCOLA FEMENINO

LAS EMPACADORAS DE HORTALIZAS EN SINALOA: HISTORIA DE UNA CALIFICACIÓN ESCATIMADA

SARA MARÍA LARA FLORES*

Uno de los argumentos que más han afectado a las trabajadoras rurales es que constituyen una mano de obra no calificada, porque las habilidades que despliegan en los procesos de trabajo, por las cuales son preferidas por los empleadores, no corresponden a un proceso formal de calificación, sino a una cualidad natural. Este argumento es sostenido sistemáticamente por quienes las contratan, e incluso es aceptado por los trabajadores y por las mismas trabajadoras.¹

Se ha hecho tan común hablar de la “descalificación” femenina, que se parte de ella como si se tratara de una premisa, que se puede constatar en diferentes sectores, al observar los puestos que ocupan las mujeres, los salarios que reciben y las dificultades que encuentran para ascender en los escalafones laborales. Aunque se señale que esto es resultado de la desigualdad de oportunidades que enfrentan las mujeres dentro del sistema social, se plantea con frecuencia que la causa es el bajo nivel de escolaridad femenina, como si la calificación dependiera estrictamente de la escolaridad y ello determinara las formas de acceso de las mujeres al mercado de trabajo (González Salazar, 1988).

* División de Estudios Superiores de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

¹ El estudio realizado por Josefina Aranda y Lourdes Arizpe en Zamora, Michoacán (1981: 17), señala que “la gran mayoría de las obreras piensa que su baja escolaridad les ha impedido ingresar a otros empleos”.

En primer lugar, la escolaridad femenina varía mucho según el sector que se analice, las regiones que se estudien y el tipo de trabajadoras que se seleccione. Por ejemplo, la población sin ningún grado de instrucción es casi el triple en el sector rural respecto a las zonas urbanas, y la mayoría de la población no instruida es femenina (Pedrero y Ambriz, 1992). Sin embargo, en el sector agroexportador constatamos que son las trabajadoras locales quienes tienen un mayor nivel de escolaridad entre los asalariados.

A propósito de las trabajadoras de las hortalizas, un estudio realizado en Sinaloa detectó que 38% de las entrevistadas tenía primaria completa, 56% había cursado parcialmente la educación primaria y 12% había iniciado estudios de secundaria (Salazar, 1986: 35). En Baja California, Lucila Díaz Ronner (1981) encontró que casi la mitad de las trabajadoras nacidas en ese estado y de las migrantes sinaloenses había terminado la primaria. Algunas tenían estudios de secundaria. Por el contrario, las trabajadoras migrantes de los estados del sur de la República, que llegan a trabajar en el corte de hortalizas, tienen menor grado de escolaridad y es entre ellas donde se encuentran los mayores índices de analfabetismo.² Pero en este mismo estudio se señala que, de la población ubicada en campamentos y que declaró estar estudiando, 7.8% cursaba secundaria y 1.8% preparatoria.

Aunque Josefina Aranda y Lourdes Arizpe (1981) encuentran que 16% de las trabajadoras de la fresa que fueron entrevistadas no tenía ningún estudio, 3.7% había cursado la secundaria o la preparatoria, pero como ellas mismas lo señalaban, esto no constituía una garantía para que tuvieran acceso a otro tipo de empleos con mayores ingresos o prestigio, por eso preferían trabajar en la agroindustria, pues ganaban más allí que en una oficina o en algún comercio.

A nivel nacional, un estudio reciente (Martínez, 1992) señala que el grado de instrucción de hombres y mujeres dentro de la población económicamente activa no presenta diferencias significativas, e incluso se observa que la escolaridad de las mujeres ha ido

² Un estudio reciente de Pronasol realizado en campamentos y colonias de trabajadores en este mismo estado encontró que más de 35% de la población mayor de 15 años era analfabeta (Pronasol, 1991).

en ascenso.³ En particular, la proporción de mujeres que ingresan a la modalidad de capacitación para el trabajo es mayor que la de los hombres.⁴ Sin embargo, ello no se ha traducido en mejores oportunidades de trabajo para las mujeres, ni en un incremento de sus ingresos o en mayores posibilidades de acceso a puestos de dirección; tampoco ha facilitado la inserción femenina en las grandes empresas (Ibarra, 1993).

Si bien el espectro de opciones de empleo para las mujeres se ha modificado debido a su creciente participación en ramas tan dinámicas de la economía como lo son la industria maquiladora de exportación y el sector agroexportador, siguen interviniendo en las fases de los procesos de trabajo que son intensivas en mano de obra, con empleos eventuales y horarios discontinuos, con retribuciones a destajo y con muy pocas posibilidades de ascender en las jerarquías laborales, es decir, bajo condiciones de trabajo sumamente precarias (Lara, 1993).

Por otro lado, es en el sector servicios donde continúa encontrándose el mayor porcentaje de PEA femenina (52.6%), y aunque es difícil tener datos precisos respecto a la llamada economía informal, se sabe que este sector va en aumento y que el número de mujeres que participan en él es mayor que el de hombres.⁵ Esto significa que aun si el índice de escolaridad femenina ha aumenta-

³ Según Alicia Martínez (1992), en 1988 el nivel de instrucción de la PEA muestra una situación similar entre hombres y mujeres en las categorías de sin instrucción y primaria incompleta, constituyendo en ambos casos 20%. Respecto a la primaria completa hay una proporción levemente mayor de mujeres; pero el porcentaje de mujeres con formación a nivel de secundaria es notoriamente más alto (37%) que el de los hombres (29%). Esta proporción se invierte en los niveles superiores, en los que sigue habiendo una mayor participación masculina (28%) en comparación con la femenina (29%). En los últimos años, el ingreso de mujeres a las universidades ha ido en aumento.

⁴ Este tipo de formación, que otorgan las propias empresas, algunos sindicatos o centrales obreras y el Estado, mediante la Secretaría del Trabajo y Previsión Social, se ofrece a adultos que han quedado al margen de las oportunidades del sistema de educación formal (Martínez, 1992: 13).

⁵ Según datos del INEGI, actualmente uno de cada tres habitantes incorporado a la PEA se ubica en el sector informal (*La Jornada*, 4 de enero de 1993, p. 19). En 1980, 35% de la PEA masculina estaba en este sector, en tanto que este porcentaje era 47% en el caso de la PEA femenina (Martínez, 1992).

do, éste no está influyendo en un cambio sustancial en el mercado de trabajo al cual tienen acceso las mujeres.

Si esto es así, es porque el lugar que ellas ocupan en el mercado de trabajo no depende estrictamente de su formación escolar, y porque la calificación que tienen corresponde a los puestos que se les ofrecen dentro de un mercado de trabajo distinto al masculino. Es decir, en ramas y sectores de la producción diferentes, con formas de empleo y de remuneración también diferentes (Kergoat, 1984b).

En este trabajo me interesa analizar qué saberes se movilizan en el ejercicio de una tarea femenina, dónde se aprenden y cómo se transmiten, con el fin de dar a la noción de calificación una dimensión genérica, poniendo en evidencia la relación diferencial de hombres y mujeres frente a la calificación.

Basándome en el ejemplo de las empacadoras de hortalizas en el estado de Sinaloa, me propongo mostrar, primero, que las habilidades que estas mujeres despliegan en el proceso de producción no son naturales, sino sociales; o sea, que son el producto de un aprendizaje, aunque éste no haya tenido lugar en un espacio formal o de manera institucionalizada. En segundo lugar, que este aprendizaje es un proceso que supone una transmisión sistemática de conocimientos, tanto en el hogar como en los empaques, proceso que hoy en día involucra a más de cuatro generaciones de trabajadoras. Además, que la tarea de empacar no es únicamente una habilidad técnica, sino que integra también una serie de competencias gracias a las cuales las empresas hortícolas logran acceder al mercado internacional. No obstante, se escatima la condición de “obreras calificadas” a estas trabajadoras, porque tanto empresarios como trabajadores aplican una noción sexista de la calificación, que permite devaluar la fuerza de trabajo femenina y someterla a condiciones laborales de extrema precarización.

Para poder mostrar esta posición, considero importante analizar cómo el empaque de hortalizas se convierte en un trabajo femenino en esta región, cómo se aprende y se transmite, cómo se ejerce y evoluciona con los cambios tecnológicos introducidos con la modernización agrícola.

CONTENIDO DE LOS SABERES DE LAS MUJERES EMPACADORAS

Desde que surgió la horticultura sinaloense, a principios de siglo, mujeres y niños fueron contratados para apoyar el trabajo masculino de plantar y cosechar las hortalizas; pero ya desde esta época se contrató mano de obra principalmente femenina para los empaques.

La organización del trabajo de los empaques era, al principio, muy simple: el tomate se transportaba en carros tirados por mulas desde el campo hasta unos grandes tejabanos donde algunos hombres lo vaciaban en tinas para lavarlo; después lo acomodaban en largas mesas para que unas mujeres lo seleccionaran por tamaño y color, y otras lo empaclaran.

Poco a poco, la producción hortícola del estado de Sinaloa representó una fuerte competencia para los productores norteamericanos de Florida, por lo que, a raíz de la crisis de 1929, cuando se expidieron en Estados Unidos normas muy estrictas para la importación de hortalizas, los productores sinaloenses se vieron obligados a mejorar no sólo la calidad de los productos que enviaban a ese país, sino también su presentación (Carton de Grammont, 1990). Es así como comenzaron a construirse verdaderas "fábricas" para el acondicionamiento de productos, es decir, espacios para seleccionar, empaclar, almacenar y refrigerar las hortalizas, antes de ser transportadas y distribuidas a su destino final.

La actividad de las mujeres empacadoras se volvió entonces sumamente importante para el desarrollo de las empresas. Aunque aparentemente su trabajo consistía sólo en tomar de las tinas el producto ya clasificado, envolverlo en un papel de china y acomodarlo en rejas de madera, tarea que no parece implicar ningún grado de complejidad por el cual ellas pudieran ser consideradas como resultado de una calificación, su labor suponía una gran responsabilidad y una capacidad particular para manejar situaciones relacionales complejas.

En efecto, su trabajo debía efectuarse con gran habilidad y rapidez, ya que se trataba de productos perecederos con los que existe siempre premura de empaclarlos y refrigerarlos para que no se deterioren. Desde entonces, ellas fueron las responsables de que cada caja llevara un producto estrictamente clasificado por color y por tamaño, de acuerdo con el tipo de demanda del mercado. Esa

labor supone una gran responsabilidad, ya que una carga completa de tomate que se envía a Estados Unidos puede ser devuelta al productor si se encuentran irregularidades en el empaque.

Las empacadoras eran también las encargadas de conseguir a un grupo de seleccionadoras que las abasteciera rápidamente del producto clasificado, y de formar con ellas un equipo de trabajo eficiente. Hoy en día esta situación sigue siendo crucial para las mujeres empacadoras, ya que su salario se establece “por tarea”, y por eso su productividad depende, en gran medida, de la celeridad de sus seleccionadoras. A su vez, encontraban en la empacadora una maestra que les enseñaba la técnica de seleccionar y de empa-car, así como una “ética profesional”, es decir, el sistema de trabajo en equipo y la manera de comportarse para lograr el respeto de los demás.

Puede decirse que existía entre ellas una especie de alianza, revestida muchas veces por relaciones de parentesco reales, o creadas ex profeso (por ejemplo, la empacadora era madrina de las seleccionadoras de su equipo), y que operaba como una red de solidaridades básicas garantizando el trabajo en los empaques.

En épocas de gran demanda de hortalizas en el mercado internacional, era común que las jornadas de trabajo se prolongaran más de doce horas. Entonces, la empacadora se comprometía a negociar con las familias de las seleccionadoras la autorización para que éstas pudieran quedarse a trabajar hasta altas horas de la noche, a cambio de que el jefe del empaque les pagase las horas suplementarias; ella se responsabilizaba de su buen regreso a casa. Además, en caso de ser necesario, negociaba con el jefe los permisos para que las seleccionadoras dejaran de ir a trabajar cuando así lo necesitaran, debido a sus compromisos familiares.

La incorporación de las mujeres a los empaques generó múltiples conflictos al interior de los hogares campesinos, sobre todo por parte de los padres, los maridos o los hermanos, porque se rompía con la tradición de que se quedaran en el hogar.⁶ Por eso se hizo necesaria la intervención de las mujeres empacadoras,

⁶ Esta situación es descrita también por Aranda y Arizpe (1981), y se ejemplifica con los discursos de los padres que se oponían a que sus hijas trabajaran, por el miedo de que fueran robadas o violadas.

quienes cumplían con el papel de intermediarias entre las empresas y las familias campesinas. La empacadora, que por lo regular era una mujer de edad madura y respetada en la comunidad, se convertía así en la garante moral de quienes le eran confiadas para trabajar en los empaques, la mayoría de ellas jovencitas y solteras. Ella garantizaba a los familiares de sus seleccionadoras el respaldo moral necesario para que fueran a trabajar fuera de sus hogares, y al mismo tiempo se convertía en la negociadora de sus condiciones de trabajo con la empresa.

Por eso, una de las cualidades desplegadas por las mujeres empacadoras fue la de manejar las relaciones de solidaridad en el interior de su equipo de trabajo, y las relaciones de conflicto o de tensión con la empresa. Esta capacidad se extendía incluso fuera del ámbito laboral, porque la disponibilidad exigida a las trabajadoras en el empaque suponía la no disponibilidad en sus hogares, aunque esto no las eximía de cumplir con sus tareas domésticas, todo lo cual llevó a las trabajadoras a desarrollar diferentes formas de ayuda entre ellas para cuidar a sus niños y para realizar los quehaceres domésticos.

La modernización agrícola y la entrada de nuevas tecnologías modificó, sin duda, el contenido de esta tarea, pese a lo cual su práctica sigue demandando la calificación técnica y la capacidad negociadora de las empacadoras, tanto en la fábrica como en sus hogares, obligándola a movilizar en ambos espacios un universo de solidaridades y de conflictos.

ADQUISICIÓN Y TRANSMISIÓN DE SABERES

Los saberes que permiten formar a una empacadora se adquieren en un tiempo y un espacio que van más allá del hogar y de su formación como “futuras madres” (Kergoat, 1984a). La capacidad técnica y la experiencia personal en el manejo de situaciones relacionales se aprenden también en la fábrica y “sobre la marcha”.

Desde niñas, las trabajadoras se familiarizan en la rutina del hogar con el manejo de las frutas y legumbres, las cuales dentro del empaque constituyen la “materia de trabajo”. Aprenden a conocerlas y a manipularlas, limpiándolas, cortándolas o cocinán-

dolas. Se familiarizan también con el propio empaque, porque sus abuelas, sus madres, y en general las mujeres de la comunidad, pasan sus vidas en la “fábrica”. Ellas mismas permanecen allí en sus vacaciones y días de descanso escolar, aprendiendo a seleccionar o a empaclar, “jugando” o “ayudando” a otras mujeres hasta que ingresan a ese espacio como aprendices, entre los 14 y los 16 años.

Se trata de un aprendizaje colectivo y no individual, inculcado sistemáticamente, aunque de manera informal, con una duración indeterminada, imposible de medir o cuantificar; sobre todo porque lo que se aprende no es sólo una manera particular de ser obrera, sino de ser mujer.

El aprendizaje de esta tarea se opera por socialización: los gestos técnicos se observan al ser realizados por otra mujer, lo que conlleva no sólo una relación con el producto, sino entre personas, entre mujeres. Es un gesto a la vez técnico y social, que se acompaña con un lenguaje del oficio (jerga), y con una mímica en la cual está inscrito un simbolismo del cuerpo que expresa el placer y el sufrimiento del trabajo (Zarca, 1988: 247-273). De esta manera, el empaque es más que un centro de trabajo, es un espacio de socialización y de encuentro con otras mujeres y con hombres, una escuela donde se aprende una técnica y el manejo de relaciones sociales complejas y contradictorias.

Mediante la transmisión de saberes, que se da entre mujeres de diferentes edades, se tejen relaciones de maestra/aprendiz que trascienden el ámbito laboral. Por eso, no todas las mujeres que asisten a un empaque aprenden a empaclar. Sólo se “califican” las que, además de adquirir una habilidad técnica, son capaces de asimilar el conjunto de saberes que integran el oficio y el estilo de vida que lo acompaña.

Parte de la ética de una empacladora es la de cumplir con los compromisos que se establecen tanto con el patrón como con las familias de las mujeres que se llevan al empaque. Eso las obliga a estructurar su vida personal de una manera particular: las empacladoras son por lo regular “jefas de hogar”.⁷ Sus historias de vida

⁷ Roldán (1981) encuentra en Sinaloa que casi 15% de sus entrevistadas eran “jefas de hogar”, entre las que se incluían viudas, separadas y abandonadas. En el caso estudiado por Aranda y Arizpe (1981), 5.7% eran divorciadas, viudas o

muestran que constantemente han sido abandonadas por sus compañeros o sus maridos y que son sus madres las que realizan el trabajo doméstico y cuidan a sus hijos mientras ellas trabajan. Así, desde hace más de cuatro generaciones la madre deja de empacar para cuidar a los hijos de sus hijas cuando éstas llegan a ser empacadoras. El esquema se repite en una especie de relevo permanente, garantizando la mano de obra femenina en los empaques.⁸

Esta forma *sui generis* de vivir conformando familias de mujeres de diferentes generaciones, sin apoyo masculino, forma parte de su identidad como trabajadoras. Sin embargo, ello muestra que si bien la división sexual del trabajo ha podido cambiar, integrando a las mujeres masivamente al sector asalariado, las relaciones sociales de sexo no se han transformado.

EFFECTOS DE LAS “NUEVAS TECNOLOGÍAS” SOBRE EL OFICIO

La introducción de nuevas tecnologías no tiene un impacto único sobre la calificación obrera. Ésta puede variar como consecuencia de las diferentes estrategias empresariales o de la resistencia obrera, según los contextos sociales particulares y el comporta-

abandonadas. Sin embargo, nuestro trabajo de campo nos muestra que muchas mujeres que declaran tener esposo, de hecho viven solas porque sus maridos migran o tienen otras mujeres. De la misma manera, muchas jovencitas declaradas como “hijas de familia”, en realidad son madres solteras que permanecen con sus padres o con su madre, a pesar de haber tenido hijos. Las entrevistas hechas recientemente en un empaque de hortalizas en Sinaloa indican que más de la mitad de las trabajadoras no tenían pareja y eran responsables del sostén de sus padres e hijos. No obstante, es un fenómeno difícil de cuantificar porque las mujeres no declaran su situación real porque se sienten avergonzadas.

⁸ En el trabajo de campo recogimos historias de vidas de mujeres de distintas generaciones, empezando con las abuelas, mujeres de 80 a 90 años, que habían sido las primeras empacadoras en Sinaloa, hasta terminar con sus nietas o bisnietas, mujeres de 15 a 19 años. Ellas declararon que si en un momento habían tenido pareja, se trató de situaciones muy coyunturales, dado que la constante movilidad debida a su trabajo y las prolongadas jornadas laborales no les permitían cumplir con sus compromisos familiares, por lo que terminaron siendo abandonadas por sus compañeros.

miento de los mercados de trabajo y de productos. Sin embargo, la entrada de nuevas tecnologías y la "taylorización" de los procesos de trabajo producen cambios evidentes, algunos de los cuales apuntan a la reformulación de determinadas competencias, mientras otros tienden a su desaparición.

En la producción de hortalizas, la modernización del proceso de trabajo y la automatización de los empaques es consecuencia de la intensificación de la competencia entre los productores americanos y los sinaloenses en el mercado internacional, lo que genera nuevos puestos de trabajo y nuevas figuras obreras.

Ciertas tareas se mecanizan, lo que implica la operación de máquinas más o menos sofisticadas, según la magnitud de la empresa. Aparece, por ejemplo, el jefe de bandas, que controla mecánicamente o por computación el movimiento de las bandas por las que corre el producto, y la acción de los transportadores por los que arriban las cajas. Se crean también los puestos de conductores de carros montacargas, encargados de transportar y estibar las cajas en los almacenes, y los puestos de los responsables de los cuartos de refrigeración y gaseado. Se contrata a los ingenieros que diseñan el empaque y a los mecánicos que dan mantenimiento a toda esa maquinaria. Estos puestos suponen un adiestramiento más o menos complejo, por lo cual se les reconoce una calificación.

Por el contrario, otras tareas desaparecen o se simplifican y se hacen rutinarias y parcializadas. La selección del producto continúa realizándose manualmente. Las seleccionadoras reciben, por medio de bandas, un producto lavado y clasificado automática y previamente por tamaño gracias a la operación de las cribadoras. Su trabajo consiste en retirar los productos defectuosos y, en el caso del tomate, clasificarlo de acuerdo con el color, lo que indica el grado de maduración. Pero ahora es la cadena, controlada por el jefe del empaque, la que impone el ritmo de trabajo. Las empacadoras dejan de depender de la "buena voluntad" de las seleccionadoras que antes las abastecían rápidamente del producto.

Los nuevos métodos de gestión de la mano de obra que acompañan estas tecnologías transforman las relaciones entre empacadoras y seleccionadoras, ya que ahora es el jefe del empaque quien se encarga de contratar al personal, de organizar los equipos

de trabajo, de decidir quién debe aprender a empacar, y quién puede enseñar esta tarea. Frecuentemente esta elección se hace con criterios sexistas que ponen en conflicto a las trabajadoras. Además, se transforma el sistema de valores y de códigos comunes, porque se ponen en práctica incentivos de carácter individual para aumentar la productividad de las trabajadoras, trastocando las relaciones de solidaridad entre ellas.

La introducción de nuevas tecnologías conduce así a una reformulación de la competencia de las empacadoras, que no sólo deben adaptar su lenguaje gestual a las bandas y a las nuevas formas de organización del trabajo, sino que ahora también deben integrar nuevas formas de solidaridad y nuevos conflictos a su capacidad para manejar las situaciones relacionales.

A pesar de todo, la destreza de las empacadoras sigue siendo necesaria para el funcionamiento de los empaques. Ellas son las responsables de que cada caja que se exporta contenga un producto estrictamente seleccionado por color y por tamaño, sin ningún tipo de imperfección, lo que supone una vigilancia rigurosa del trabajo que las seleccionadoras realizan, al ritmo establecido por las bandas.

Pese a la intervención del supervisor para decidir quién aprende y quién enseña, siguen siendo las mujeres empacadoras de la región las depositarias de un saber acumulado por cuatro generaciones. En este sentido, aun si individualmente son “reemplazables”, cada temporada los empresarios se disputan a las mejores empacadoras del ciclo anterior, que son indispensables para garantizar la calidad del empaque así como la transmisión de los saberes que implica la realización de esta tarea.

Esta situación es aún más clara actualmente, porque las empresas agroexportadoras se ven obligadas a llevar a las empacadoras de Sinaloa a las regiones a donde han extendido sus operaciones para que allí enseñen a empacar a otras mujeres,⁹ y siguen dependiendo en muchos casos de ellas para abastecerse de un equipo de

⁹ El crecimiento de las empresas más grandes y modernas se ha dado mediante un mecanismo de expansión a otros estados de la República, de tal manera que hoy puede decirse que existe un corredor de agricultura de exportación que incluye Baja California Norte, Sonora, Sinaloa, Nayarit, Jalisco, Michoacán y Guerrero.

seleccionadoras a quienes puedan trasladar lejos de sus lugares de origen, gracias a que las empacadoras obtienen la confianza de sus familias.

Lucila Díaz Ronner (1981), por ejemplo, encontró en Baja California que la mayoría de las mujeres empacadoras de hortalizas eran originarias de Sinaloa, y que el tiempo de experiencia entre las de 19 a 25 años de edad era de 6.5 años; en tanto que para las mujeres mayores de 25 este promedio se extendía hasta 14 años. Además, observó que entre estas trabajadoras había tanto mujeres analfabetas, como con estudios de secundaria, por lo que, evidentemente, el factor escolaridad no jugaba ningún papel importante en su inserción como empacadoras.

La implementación de nuevas tecnologías en los empaques, el desarrollo y la expansión de las empresas hortícolas dedicadas a la exportación descansan sobre calificaciones preexistentes de las trabajadoras y, lejos de provocar un movimiento de descalificación global de la fuerza de trabajo, producen la refuncionalización de algunas competencias.¹⁰

PRÁCTICAS DEFENSIVAS E IDENTIDAD DE OFICIO

En el proceso de trabajo, los saberes que portan los trabajadores se adaptan a las distintas necesidades, de modo que ofrecen soluciones concretas a problemas específicos. Sin embargo, el capital humano allí objetivado es valorizado de maneras diferentes. Lo que se considera “trabajo calificado” es el resultado de la relación entre los requerimientos de las empresas para cubrir los puestos de trabajo y la experiencia adquirida por los obreros en sus trayecto-

¹⁰ Una de las estrategias de modernización de las empresas agroexportadoras en los últimos años ha sido la de diversificar su producción, ampliando las variedades de productos. Así, tan sólo en la producción de tomate se ha pasado de tres variedades (maduro, verde y roma) a siete (maduro, verde, roma, cherry, saladette, tomatillo e industrial). Mientras en los años setenta se manejaba un cuadro básico de 24 productos, hoy se tienen 90 variedades. Una diversidad tan grande de productos ha exigido la readaptación de los conocimientos de las trabajadoras para participar en los distintos procesos productivos.

rias personales, lo que se traduce necesariamente en conflictos y negociaciones entre empresas y trabajadores (Dubar, 1987: 3-14).

En el caso que estudiamos, hemos visto que las tareas que realizan las empacadoras son sumamente importantes dentro del proceso de trabajo; no obstante, los puestos que ellas ocupan no tienen el estatus de puestos "calificados". Sólo se reconoce como capacidad particular de las empacadoras la rapidez con la cual trabajan, ignorándose el conjunto de saberes que se incorporan en su actividad, porque la noción de calificación que se aplica en este proceso de trabajo es construida bajo una óptica patronal y masculina. Eso crea tensiones tanto entre las trabajadoras y los empleadores, como entre ellas y el resto de los trabajadores.

Para que una mujer llegue a convertirse en empacadora, es necesario que comience como seleccionadora, la que clasifica el tomate que se destina al mercado nacional, que tiene menos exigencias de calidad que aquel que se orienta a la exportación. Según la habilidad que se logra adquirir en una o en varias temporadas, se puede pasar a ser seleccionadora de tomate de exportación. Durante este tiempo, cuya duración es muy variable, algunas mujeres comienzan a ayudar a las empacadoras, con el fin de ejercitarse en la tarea, hasta que el jefe del empaque, después de varias temporadas, reconoce su capacidad y contrata a la antigua aprendiz como empacadora.

Acceder al trabajo de empacadora tiene varias ventajas. Su única materia de trabajo será empacar, en tanto que como seleccionadora se desempeñan otras tareas, como limpiar el local y las bandas, o ayudar a los hombres en su trabajo. Además, las empacadoras logran el control de su ritmo de trabajo porque se les paga por tarea, mientras que las seleccionadoras ganan por día y están sometidas al ritmo impuesto por las bandas.

No obstante, si las empacadoras obtienen ingresos significativamente superiores a otros, esto no es el resultado de una mayor valorización de su trabajo, sino de la autoconstricción que ellas se imponen al trabajar por tarea para incrementar su salario. Esto marca una diferencia con otros trabajadores del empaque que son clasificados y pagados como obreros calificados porque su labor parece importante, dado que están encargados del manejo de alguna máquina (por ejemplo los choferes, los conductores de los

carros montacargas que sirven para estibar las cajas, o los supervisores de bandas), o porque se supone que tienen un mayor grado de responsabilidad (por ejemplo los almacenistas o jefes de empaque). Su calificación se considera resultado de una formación más o menos sistemática y, aun si sólo se requieren unos cuantos días para aprender este trabajo, en ningún caso se argumentaría que es natural que un hombre pueda encargarse de una máquina porque desde niño se ha familiarizado con las herramientas, ni que pueda fácilmente dirigir al personal de una empresa porque desde su infancia se le ha enseñado a dar órdenes.

Una reacción en contra de esta manera de valorar el trabajo fue la formación de sindicatos femeniles de trabajadoras de los empaques, creados durante la década de los años treinta, en el estado de Sinaloa.¹¹ La mayoría de las demandas interpuestas por estos sindicatos en contra de los patrones se refería a los aumentos salariales y a la lucha en contra de los despidos injustificados, pero sobre todo al reconocimiento de la fuente de trabajo de las empacadoras y las seleccionadoras. Aun si no plantearon demandas que les permitieran gozar de mejores condiciones de trabajo como mujeres (guarderías, incapacidad por maternidad, permisos de lactancia, etc.), les permitieron desplegar prácticas defensivas, tendientes a proteger sus condiciones de empleo. En particular, las empacadoras lucharon para que su labor fuese respetada como tal,

¹¹ La información acerca de estos sindicatos fue recopilada personalmente en el Archivo de la Junta de Conciliación y Arbitraje de Sinaloa, ubicado en Culiacán. Allí se encuentran los registros de varios sindicatos mixtos de trabajadores de los campos y empaques tomateros del estado.

Resulta especialmente interesante la formación de algunos sindicatos que aparecen como "femeniles", ubicados en el municipio de El Fuerte, y en particular, la existencia de la Unión Feminista de Obreras y Empleadas del ramo Tomatero y Similares, que operaba en Los Mochis, vinculada muy estrechamente con el Sindicato Industrial de Oficios Varios. Este sindicato es el que abanderó la lucha de los cañeros en los años treinta para la expropiación del ingenio de Los Mochis, que fue cedido a los peones como ejido durante el periodo cardenista.

La información sobre la creación de esta Unión Feminista, sus líderes, las contradicciones que sufrió a lo largo de su corta existencia (1931-1935), las demandas que interpusieron y las movilizaciones que realizaron, son analizadas en la tesis de doctorado que realicé para la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

es decir, para que no se les obligase a desempeñar otras tareas en la empresa, como frecuentemente se hace con las seleccionadoras. También fue una exigencia la posibilidad de formar sus propios equipos de trabajo sin la intervención de los empleadores ni de los dirigentes sindicales.

No obstante, estas agrupaciones desaparecieron en menos de una década al transformarse en sindicatos mixtos controlados por las grandes centrales obreras con dirección masculina. Así, el combate cotidiano de las empacadoras, desprovistas de órganos de lucha propios, se ha dirigido desde entonces en contra de los empleadores y líderes sindicales, para tratar de que valoricen sus saberes y otorguen un estatus dentro de las jerarquías profesionales y salariales a los puestos que ellas ocupan. Esta lucha se extiende incluso a sus hogares y a sus comunidades, buscando legitimar allí su situación como trabajadoras, lo que contribuye a crear en ellas un sentimiento de pertenencia a un grupo con el mismo trabajo y con una historia común.

Esta lucha cotidiana no se apoya en una organización sindical o de clase. Se trata de una negociación que se basa en una multiplicidad de estrategias que movilizan la solidaridad de las trabajadoras para conseguir mejores condiciones de trabajo, lo que es fuente permanente de conflictos con los patrones y con el resto de los trabajadores.

CONCLUSIONES

Aunque suele decirse que en los empaques fue por la escasez de mano de obra masculina local que se contrató la femenina, podemos observar que desde que se inició la horticultura sinaloense a principios de siglo han habido faltantes de mano de obra para la cosecha, que se han cubierto con trabajadores migrantes, primero originarios de las regiones serranas del estado de Sinaloa y más tarde por población indígena de los estados del sur de la República. ¿Por qué no fue ésa la alternativa en los empaques?

Mi hipótesis es que la tarea de empaacar requiere una calificación y supone un tipo de empleo sumamente flexible. Mientras que los trabajadores de los campos son contratados para realizar la

cosecha de hortalizas durante jornadas que terminan con la luz del día, las trabajadoras de los empaques tienen horarios de trabajo que pueden extenderse toda la noche si así lo impone una fuerte demanda de exportación. De la misma manera, pueden ser contratadas por unas cuantas horas de labor. Por otra parte, en los campos los jornaleros son empleados por diferentes patrones, lo que les permite que al terminarse la cosecha en una explotación busquen empleo en otra. Así, esta mano de obra migrante puede permanecer hasta seis meses en la región, alternando su trabajo en distintas explotaciones hasta que termina la temporada de cosecha, para regresar después a sus lugares de origen, o continuar su marcha hacia otras regiones del país. Por el contrario, en los empaques los patrones buscan asegurarse una mano de obra calificada, dispuesta a permanecer con ellos durante toda la temporada de cosecha, aceptando los altibajos impuestos por el mercado, lo que se traduce en fuertes variaciones de horarios y en una gran discontinuidad en la duración del empleo.

Me parece que ésta es la razón por la cual los empaques surgen como un espacio femenino desde su inicio. Son las mujeres de la región las que aprenden el oficio de empaclar y lo transmiten a otras, garantizando así la calificación de una tarea que día con día se va haciendo más importante para las empresas, pero que al no ser reconocida como calificada permite el abaratamiento de la fuerza de trabajo. Al mismo tiempo es la mano de obra más flexible, porque, guardando la norma social que las identifica como "amas de casa" (Arias, 1992), ellas son despedidas y contratadas de un momento a otro, sin generar conflicto social.

Los conocimientos y destrezas exigidos por la tarea de empaclar prueban claramente que los saberes de estas mujeres constituyen una calificación, porque no se aprenden de un día para otro, ni son un don natural. Son prácticas diferenciadas sexualmente, aprendidas tanto en el ámbito familiar como en el empaque, transmitidas y aprendidas en ambos espacios de una manera colectiva y no individual, lo que moviliza la solidaridad entre las trabajadoras y genera en ellas una identidad profesional. Pero al mismo tiempo, su valorización supone una relación que propicia conflictos de clase y de género.

Esto último es resultado de la noción de calificación que comúnmente manejan empleadores y trabajadores, y que es aplicada en la administración del personal. Los elementos sobre los que se apoya esta noción valorizan ante todo la adquisición de conocimientos mediante una formación escolar garantizada por títulos o diplomas y la incorporación de esos conocimientos a los esquemas profesionales; el control de la tecnología, la rareza de ciertos saberes y el hecho de que aparezcan como insustituibles, así como la magnitud de su demanda en el mercado de trabajo.

Para la economía neoclásica, por ejemplo, la calificación es un capital humano característico del factor trabajo, que puede ser medido objetivamente por medio de la productividad marginal y que se traduce directamente en diferencias salariales. Otros enfoques señalan que no se trata de un valor intrínseco del trabajador, sino de una articulación entre diferentes elementos que tienen que ver fundamentalmente con las exigencias que plantea un puesto y con la formación de los trabajadores, articulación que supone una confrontación entre los empleadores, que demandan determinadas cualidades de la mano de obra para acceder a un tipo de puesto, y los sindicatos, que se orientan más bien a lograr la valoración de los saberes y la experiencia de los trabajadores. Ambas estrategias se ponen en juego dentro de las negociaciones salariales y se traducen en un determinado escalafón dentro de las empresas, legitimando así las jerarquías salariales (Dubar, 1987).

Para algunos, la calificación no tiene existencia más que en el campo del trabajo y responde a un tipo de organización de la producción y de la empresa. Según esta lógica, cada proceso plantea un problema de organización particular y recibe una solución singular, y cada puesto de trabajo se define en función de esas necesidades. Este enfoque privilegia el mercado y la organización del trabajo como espacios de constitución y valoración de saberes. De esta manera, dar cuenta de la calificación significa “relacionarla con la dinámica de los métodos de producción”, equipos y formas de organización (Reynaud, 1987: 87).

Por el contrario, otro tipo de enfoque hace énfasis en el proceso de socialización, y en este sentido la calificación es abordada más desde el ángulo de su formación que del espacio de trabajo. Se trata de una aproximación biográfica de la calificación

que toma en cuenta las trayectorias sociales de los individuos (Segrestin, 1986). Bajo este punto de vista, no se reduce a un conjunto de competencias técnicas sino que integra otros elementos, como la experiencia personal y los saberes adquiridos por medio de un proceso de socialización, valorando los espacios de aprendizaje "no formales" que integran la dimensión cultural de las calificaciones (Monjardet, 1987).

Esta última es una forma sugerente de aproximarse al concepto de calificación, cuando se la concibe como un conjunto de competencias adquiridas en un espacio formal, como la escuela; cuando para medirla y legitimarla en un escalafón se toma en cuenta su duración temporal o su "rareza" en el mercado de trabajo; cuando se avala mediante diplomas y se le valora sólo en el espacio laboral, entonces se ignora todo lo que es experiencia personal y trayectoria individual y desde esta perspectiva toda la formación de las mujeres y la manera en que adquieren sus conocimientos son subestimadas.

Sin embargo, a pesar de las posibilidades que ofrece este sistema de análisis de la calificación, que enfatiza la importancia que tienen las trayectorias individuales en la formación y adquisición de saberes por parte de los individuos, su limitación consiste en que no plantea que toda formación resulta de un proceso que se inscribe dentro de las relaciones sociales de clase y de sexo. Es decir, que las trayectorias individuales son resultado de la posición diferencial de las mujeres y de los hombres en la división sexual del trabajo.

De hecho, esto es lo que define, no sólo en la empresa sino en la sociedad, el lugar que ocupan las mujeres en el mercado laboral y en la organización empresarial. A su vez, es lo que explica las diferencias en su formación y en sus trayectorias laborales (Doniol Shaw, 1986; Kergoat, 1982, 1984a y 1984b; Hirata, 1986).

El "fetichismo" de la calificación consiste en mostrarla como un producto neutro y asexuado, que de hecho le niega a los saberes femeninos el estatus de calificados. En primer lugar, porque aunque se valoran las habilidades que las mujeres pueden desempeñar con sus propias manos en un proceso de trabajo, esto no se considera calificación, sino capacidad natural. Además, su experiencia personal o su capacidad relativa, lejos de valorarse, se presenta como una característica propia del sexo femenino, y

pocas veces se reconoce la importancia del proceso de socialización en la adquisición de sus saberes, en lo que ellas han aprendido tanto en el trabajo doméstico como en los oficios o empleos que tradicionalmente se les ofrecen.

El caso de las empacadoras permite mostrar que su habilidad y su destreza en el manejo de las hortalizas no sólo las adquieren en sus casas, mediante las tareas que realizan en la cocina, sino durante varias temporadas de trabajo en los empaques, comenzando como aprendices desde que son niñas. Pero como sólo se legitima la calificación de manera individual a partir de un aprendizaje obtenido en el espacio de trabajo por medio de canales formales y reconocido mediante títulos o diplomas, las características por las que ellas son contratadas quedan fuera de este ámbito. Como lo hemos visto, estas cualidades resultan de un aprendizaje colectivo y son adquiridas por transmisión oral o gestual de una generación a otra, por lo que su duración no puede medirse. Más aún, como lo que se toma en cuenta es la rareza de los saberes, sus habilidades resultan abundantes porque son registradas como “femeninas” y, por lo tanto, se consideran como algo que toda mujer tiene naturalmente.

Por último, como lo que se privilegia en la calificación son las competencias técnicas para manipular, regular y supervisar cualquier tipo de máquinas, aunque las tareas que desempeñan las empacadoras rebasan el simple gesto manual de meter los tomates en una caja, aparecen como resultado de su “incompetencia técnica” porque suponen la actividad de sus manos al desnudo (Kergoat, 1984a y 1984b).

La hipótesis de que cada puesto de trabajo y la calificación que requiere se definen en función de las necesidades “técnicas” que plantea un proceso de producción, no toma en cuenta que cada puesto se define de una manera diferente si se trata de hombres o de mujeres. Así, aunque no necesariamente todas las mujeres tengan “dedos de hada”, los puestos que se les ofrecen sólo implican la realización de tareas simples, para desempeñarse con sus propias manos, mientras que detrás de cada máquina sólo se concibe a un operador masculino.

Los planteamientos de Danièle Kergoat (1982, 1984a y 1984b) permiten desentrañar esta fetichización de la calificación porque

la analiza como una práctica social en la cual intervienen relaciones de clase y de sexo. Ella sugiere invertir el razonamiento, comúnmente aceptado, de que las mujeres ocupan los puestos "no calificados" porque carecen de formación, y propone en su lugar aceptar que tienen una calificación que responde a los puestos que se les ofrecen. Cuando se demanda mano de obra femenina no es por su "descalificación", sino porque, aunque los empleadores conocen sus "calificaciones tácitas" (Bryn y Wood, 1984), desacreditan estos saberes apoyándose en una noción sexista de la calificación.

El estudio de cualquier proceso productivo en donde intervengan mujeres puede mostrar el sesgo de la noción de calificación aplicada en la definición de cada puesto. Permite comprobar que en la mayoría de los casos ellas ocupan los puestos en donde se quiere desvalorar a un máximo la fuerza de trabajo, y para eso el argumento de la "feminidad" resulta ser un excelente recurso.

Por medio del estudio de las mujeres empacadoras de hortalizas he querido mostrar ese sesgo de clase y de género que existe en la noción de calificación. Si se ignoran las calificaciones femeninas no es sólo por el interés de clase de los empleadores para desvalorar esta fuerza de trabajo, sino porque los propios trabajadores, tanto hombres como mujeres, participan en las relaciones de sexo que explican la negación de las competencias que portan las mujeres.

BIBLIOGRAFÍA

- Aranda, Josefina y Lourdes Arizpe, "Empleo agroindustrial y participación de la mujer en el desarrollo rural: un estudio de las obreras en el cultivo de la fresa en Zamora, México", en *Seminario tripartito regional para América Latina sobre el desarrollo rural y la mujer*, Pátzcuaro, Michoacán, Organización Internacional del Trabajo, 1981.
- Arias, Patricia, "Dos nociones en torno al campo", en *Ajuste estructural, mercados laborales y TLC*, México, El Colegio de México, Fundación Friedrich Ebert y El Colegio de la Frontera Norte, 1992.
- Bryn, Jones y Stephen Wood, "Qualifications tacites, division du travail et nouvelles technologies", *Sociologie du Travail*, núm. 4: 407-563, París, 1984.
- Carton de Grammont, Hubert, *Los empresarios agrícolas y el Estado*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990.

- Deniot, Joëlle, "Métiers ouvriers", *Sociologie du Travail*, núm. 3: 355-362, París, 1983.
- Departamento de Estadística Nacional, *Sonora, Sinaloa y Nayarit: estudio estadístico, económico y social*, México, 1927.
- Díaz Ronner, Lucila, "Las mujeres asalariadas en los cultivos de exportación. El caso del municipio de Ensenada, Baja California Norte, México", en *Seminario tripartito regional para América Latina sobre el desarrollo rural y la mujer*, Pátzcuaro, Michoacán, Organización Internacional del Trabajo, 1981.
- Doniol Shaw, Guislaine, "Ergonomie, qualification et division sexuelle du travail", París, ponencia presentada en *Journées de Nantes*, 1986.
- Dubar, Claude, "La qualification à travers les Journées de Nantes", *Sociologie du Travail*, XXIX, núm. 1, París, 1987.
- González Salazar, Gilda, "La participación de la mujer en la actividad laboral de México", en *La mujer y el trabajo en México*, México, ST y PS, Serie Cuadernos Laborales, núm. 31, 1988.
- Hirata, Helena, "La qualification masculine: notes à partir du cas japonais et brésilien", *Première Rencontre Sociologie du Travail, Bilan et Perspectives*, Nantes, La Sociologie face à la "qualification", 1986.
- Ibarra, Agustín, "Situación actual y políticas para promover el empleo de la mujer en Mexico", Secretaría del Trabajo y Previsión Social, ponencia presentada en el *Foro sobre mujer, trabajo, salud y pobreza*, México, El Colegio de México, mayo de 1993.
- Kergoat, Danièle, *Les ouvrières*, París, Le Sycomore, 1982.
- , "Pladoyer pour une sociologie des rapports sociaux. De l'analyse critique des categories dominantes à la mise en place d'une nouvelle conceptualisation", en *Le sexe du travail. Structures familiales et système productif*, París, PUG, 1984a.
- , "Qualification et division sexuelle du travail", en *Revue CFDT. Cadres*, Numero spécial sur La Qualification, núm. 313, París, 1984b.
- Lara, Sara María, "Mujer, trabajo y pobreza en el medio rural mexicano", ponencia presentada en el Foro sobre mujer, trabajo, salud y pobreza, México, El Colegio de México, mayo de 1993.
- Martínez, Alicia, "Políticas hacia la mujer en el México moderno: consideraciones para diseñar una agenda política", en *Seminario sobre gobierno y sociedad: políticas regionales hacia la mujer (Centroamérica y México)*, Flacso-Sede México, julio de 1992.
- Monjardet, Dominique, "Compétence et qualification comme principes d'analyse de l'action policière", *Sociologie du Travail*, XXIX, núm. 1, París, 1987.
- Pedrero, Mercedes y Arnulfo Ambriz, "Los mercados de trabajo en las zonas rurales", *Estudios Sociológicos*, vol. X, núm. 29, mayo-agosto de 1992.
- Pronasol (Programa Nacional de Solidaridad con Jornaleros Agrícolas), *Diagnóstico de las condiciones de vida y de trabajo de los jornaleros agrícolas en el Valle de San Quintín, B.C.* (mecanuscrito), México, 1991.

- Reynaud, Jean D., "Qualification et marché du travail", *Sociologie du Travail*, núm. 1, París, 1987.
- Roldán, Martha Iris, "Trabajo asalariado y condición de la mujer en un cultivo de exportación: el caso de las trabajadoras del tomate en el estado de Sinaloa, México", en *Seminario tripartito regional para América Latina sobre el desarrollo rural y la mujer*, Pátzcuaro, Michoacán, Organización Internacional del Trabajo, 1981.
- Ruiz, L. Vicki, *Cannery, Women-cannery Lives: Mexican Women, Unionization, and the Californian Food Processing Industry, 1930-1950*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1987.
- Salazar, Gilda, *Las obreras agrícolas en el cultivo de hortalizas. Estudio de caso en el valle de Culiacán, Sinaloa*, tesis de licenciatura, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1986.
- Segrestin, D., "Repères pour une approche culturelle de la qualification", ponencia presentada en *Journées de Nantes*, París, 1986.
- Zarca, Bernard, "Identité de métier et identité artisanale", *Revue Française de Sociologie*, núm. XXIX-2: 247-273, París, 1988.

JORNALERAS: APERTURA Y TRANSFORMACIONES DEL MERCADO DE TRABAJO FEMENINO EN ZAMORA (1980-1989)¹

MARÍA DE LOURDES BARÓN

INTRODUCCIÓN

El objetivo de esta investigación es analizar las transformaciones ocurridas en un mercado de trabajo agrícola comercial predominantemente exportador, al cual se incorporaron masivamente las mujeres. Este proceso ha tenido lugar en el contexto de los profundos cambios ocurridos en la economía nacional: se inició con la bonanza económica generalizada de los años sesenta, pasó por un periodo de crisis entre 1976 y 1990, y finalmente recibió el impacto de la política económica gubernamental en el sexenio 1988-1994.

ZONA DE ESTUDIO. TEMA Y PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

La economía de la región zamorana se caracteriza por abarcar una gama de actividades muy amplia. Destacan la agricultura de riego y la temporalera, la ganadería caprina y la bovina; pero también es importante el desarrollo de agroindustrias alimentarias diversas: congeladoras y empacadoras de fresas (Jacona y Zamora), indus-

¹ La realización de este trabajo fue financiada por diversas instituciones en diferentes etapas: el Centro de Ecodesarrollo (1987) y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (1988-1989) me apoyaron con becas para los estudios de maestría; el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer financió el trabajo de campo, mientras que la Asociación Mexicana de Estudios de Población otorgó fondos para la sistematización y el procesamiento de la información.

trialización de la leche (Tangancícuaro), embotelladora de refrescos y fabricación de dulces de leche (Zamora). El comercio establecido y ambulante es otra fuente de ocupación importante, junto con la elaboración de artesanías (trabajos de madera, tejidos y costuras), la producción de autoconsumo de aves y cerdos y la venta de lechones para las granjas de La Piedad —actividades ampliamente difundidas y generalmente asumidas por las mujeres en el ámbito doméstico. En la zona son socorridos los empleos para varones en la construcción así como la alternativa de migrar a Estados Unidos para desarrollar trabajos agrícolas, industriales y de servicios.

La región de estudio es muy fértil: se produce con riego desde tiempos prehispánicos. De los variados cultivos de la zona, se eligieron para este estudio los comerciales intensivos en mano de obra, que dejan un margen importante de ganancias a los agricultores y que requieren grandes cantidades de trabajadores: fresa y hortalizas. Como se aprecia en el cuadro 1, en la zona también se producen

CUADRO 1
Requerimientos de mano de obra por hectárea y cultivo

<i>Cultivos comerciales</i>	<i>Jornales</i>
Jitomate	692
Fresa	677
Cebolla	57
Papa	45
Otras hortalizas (prom.)	239
<i>Otros cultivos regionales</i>	
Frijol*	48
Cártamo	24
Trigo	21
Maíz	15
Sorgo	12
Garbanzo	10
Janamargo	5

* Aunque el frijol es intensivo en mano de obra, es un grano básico, no un cultivo comercial, por lo que se excluye de este trabajo.

Fuente: elaboración propia a partir de la consulta de *Cuadernos de desarrollo rural*, núm. 2, Secretaría de Programación y Presupuesto, 1982, y Archivo de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, Promotoría Zamora.

cultivos comerciales no intensivos en mano de obra, como el sorgo, y cultivos no comerciales, pero intensivos en este recurso, como el frijol. Los que nos interesan se producen sólo con riego y únicamente en algunos municipios de la zona. Por ello nuestro estudio se restringe a las áreas de riego de Zamora, Ixtlán, Jacona y Tangancicuaro (cuadro 2).²

En esta región se presenta una aparente contradicción que dio origen a esta investigación: la declinación de la superficie cosechada de cultivos comerciales, incluso a nivel de superficie total del distrito de riego, junto con el incremento de la fuerza de trabajo femenina que labora en la agricultura comercial. El cultivo de la fresa inicia su descenso en los años setenta. De 1972 a 1988 pasó de 3 235 a 1 676 ha, con una tasa media de crecimiento anual (tmca) de -4%; en este periodo su participación en la superficie total del distrito bajó de 25.6% a sólo 8.7%. La superficie hortícola comenzó a descender a principios de los ochenta, pasando de 2 124 ha en 1983, a 984 en 1988, con una tmca de 14.3%. Su participación porcentual en la superficie distrital llegó al máximo en 1976, con 21.2% para caer a 9.4% en 1988. La evolución de la superficie total cultivada en la zona de riego siguió de cerca a la hortícola, descendiendo a una tmca de -0.5% entre 1980 y 1988 (20 142 y 19 370 ha respectivamente). Este proceso fue paralelo al incremento de la fuerza de trabajo femenina, observado por otros estudiosos de la región (Arias y Mummert, 1987), y constatado por la autora en 1989.³

² La categoría administrativa definida por la SARH para el manejo de esta zona ha cambiado de Distrito de Riego (hasta 1986) a Distrito de Desarrollo Rural Integral, incluyendo alrededor de 25% más de área total con riego y las áreas temporaleras de los mismos municipios: Jacona, Ixtlán, Tangancicuaro, Zamora, Pajacuaran, Tlazazalca y Chavinda.

³ Su caída no es tan aguda porque crece la superficie cosechada con sorgo, la cual aumenta su participación porcentual de 11.2% en 1976, a 27.1% en 1988. El incremento de la participación femenina en la fuerza de trabajo no es exclusivo de la región (Barrón, 1989; Arias y Mummert, 1987), ni del país (Aguirre, 1987; Arizpe y Botey, 1986), ni se limita a la actividad agrícola (Rendón, 1990; Escobar, 1986).

CUADRO 2
Superficie cosechada municipal total de fresa y hortalizas
en el distrito de riego de Zamora (1987-1988)

<i>a) En hectáreas 1987</i>						
	<i>Sup. tot.</i>	<i>Zamora</i>	<i>Jacona</i>	<i>Ixtlán</i>	<i>Tangancicuaro</i>	<i>Otros municipios</i>
	<i>DR</i>					
Fresa	1 622	899	335	248	62	78
Viveros de fresa	90	0	0	0	2	88
Jitomate	769	277	395	91	4	2
Papa	1 723	1 300	314	109	0	0
Cebolla	763	239	398	126	0	0
Coliflor	17	17	0	0	0	0
Brócoli	103	25	76	2	0	0
Pepino	39	12	1	24	0	2
Lechuga	18	7	4	0	0	7
Calabacita	170	91	38	39	0	2
Repollo	34	21	13	0	0	0
Tomate	29	6	6	9	8	0
Hortalizas varias	543	86	217	22	213	5
Total	5 920					
<i>1988</i>						
Fresa	1 637	902	375	225	72	63
Viveros de fresa	3	2	1	0	0	0
Jitomate	828	274	292	237	25	0
Papa	1 507	1 131	376	0	0	0
Cebolla	515	291	157	67	0	0
Coliflor	183	145	34	4	0	0
Brócoli	91	8	55	28	0	0
Pepino	118	17	68	33	0	0
Lechuga	2	2	0	0	0	0
Calabacita	137	51	21	65	0	0
Repollo	67	49	17	1	0	0
Tomate	55	35	4	16	0	0
Hortalizas varias	267	71	58	4	118	16
Sup. total	5 410					

Fuente: archivos SARH. Promotoría Zamora.

CUADRO 2 (conclusión)

<i>b) En porcentajes; año agrícola 1987</i>						
	<i>Total</i>	<i>Zamora</i>	<i>Jacona</i>	<i>Ixtlán</i>	<i>Tangancicuaro</i>	<i>Resto del Distrito*</i>
Fresa	100	55.4	20.7	15.3	3.8	4.8
Viveros de fresa	100	0.0	0.0	0.0	2.2	97.8
Jitomate	100	36.0	51.4	11.8	0.5	0.3
Papa	100	75.4	18.2	6.3	0.0	0.0
Cebolla	100	31.3	52.2	16.5	0.0	0.0
Coliflor	100	100.0	0.0	0.0	0.0	0.0
Brócoli	100	24.3	73.8	1.9	0.0	0.0
Pepino	100	30.8	2.6	61.5	0.0	5.1
Lechuga	100	38.9	22.2	0.0	0.0	38.9
Calabacita	100	53.5	22.4	22.9	0.0	1.2
Repollo	100	61.8	38.2	0.0	0.0	0.0
Tomate	100	20.7	20.7	31.0	27.6	0.0
Hortalizas varias	100	15.8	40.0	4.1	39.2	0.9
<i>Año agrícola 1988</i>						
Fresa	100	55.1	22.9	13.7	4.4	3.8
Viveros de fresa	100	66.7	33.3	0.0	0.0	0.0
Jitomate	100	33.1	35.3	28.6	3.0	0.0
Papa	100	75.0	25.0	0.0	0.0	0.0
Cebolla	100	56.5	30.5	13.0	0.0	0.0
Coliflor	100	79.2	18.6	2.2	0.0	0.0
Brócoli	100	8.8	60.4	30.8	0.0	0.0
Pepino	100	14.4	57.6	28.0	0.0	0.0
Lechuga	100	100.0	0.0	0.0	0.0	0.0
Calabacita	100	37.2	15.3	47.4	0.0	0.0
Repollo	100	73.1	25.4	1.5	0.0	0.0
Tomate	100	63.6	7.3	29.1	0.0	0.0
Hortalizas varias	100	26.6	21.7	1.5	44.2	6.0

* El resto del Distrito de Riego está integrado por los municipios Chavinda, Paracuara y Tlazazaica.

Aunque la categoría de Distrito de Riego desapareció en 1985, la homogeneización y actualización de los datos hasta 1987 fue posible gracias a la colaboración del experimentado personal de la SARH, promotoría Zamora.

Fuente: elaboración propia a partir de los archivos de la SARH, promotoría Zamora.

Ante la ausencia de modificaciones técnicas en la producción de estos cultivos que pudieran explicar el fenómeno ocurrido entre

1960 y 1989, pensamos que debía profundizarse el estudio de las transformaciones macroeconómicas recientes y el comportamiento del mercado de trabajo en la agricultura comercial zamorana. La hipótesis que aquí se sustenta, sostiene que el mercado y la fuerza de trabajo han ido adaptándose mutua y simultáneamente a las difíciles condiciones de la economía nacional, en un proceso que a su vez ha repercutido sobre el capital regional. En este contexto, la mujer accede a un mercado de trabajo ya profundamente segmentado antes de la crisis, y a partir de ella se incorpora a la agricultura asalariada, pero a costa de su discriminación en el trabajo.

PERSPECTIVA TEÓRICA DE ESTE TRABAJO

El estudio que aquí se presenta fue realizado desde la perspectiva del mercado de trabajo; con este concepto entendemos el lugar donde confluyen compradores y vendedores de trabajo; asimismo, hacemos referencia a la industria o región particular en donde funciona. Antes de iniciar la descripción y análisis de la evolución laboral de las mujeres como jornaleras en un mercado específico, el de la región de Zamora, creo necesario aclarar los conceptos que voy a utilizar.

Desde una cierta perspectiva, el trabajo se considera como un factor de producción que, junto con el capital, posibilita la producción de bienes. El punto donde se intersectan oferta y demanda de trabajo es el salario de equilibrio. Para el trabajador, el salario es el ingreso que lleva a su casa; para el capitalista, es un costo de producción. Por lo que respecta a los salarios femeninos, ya en los años sesenta se reconocía que el trabajo de la mujer era peor retribuido que el masculino y con menores oportunidades de empleo. Esta situación se atribuía a la diferencia ocupacional originada en un hecho "biológico" —la maternidad como ocupación central de las mujeres— que hacía que los ingresos femeninos fuesen considerados secundarios para el sostenimiento familiar (Reynolds, 1964), justificando así el pago diferente a hombres y mujeres por un mismo trabajo.

Sin embargo, durante esa misma década, la evidencia de que la mujer norteamericana se había incorporado activamente a las

tareas “masculinas” y de que las ocupaciones de hombres y mujeres alrededor del mundo no son las mismas, modificaron la perspectiva sobre el trabajo de la mujer. Como consecuencia surgieron diversas interpretaciones respecto a las diferencias ocupacionales y de ingresos entre hombres y mujeres, entre ellos el modelo del capital humano, desarrollado por Gary Becker (1975); el modelo de la segregación en el mercado laboral (Duncan y Duncan, citado por Macías, 1990); el modelo de la segmentación del mercado laboral (Gordon *et al.*, 1982) y el modelo de la discriminación, también desarrollado por estadounidenses, considera la existencia de un trato diferenciado a los trabajadores aunque realicen tareas iguales.

Según este último modelo, los patrones pueden tener también razones de índole no económica para discriminar a las mujeres; esto es, razones subjetivas que están relacionadas con diferencias reales o percibidas entre hombres y mujeres en cuanto a su productividad y comportamiento. Desde esta perspectiva, los empleadores juzgan a las mujeres sobre la base de lo que creen acerca de los promedios grupales. Para las mujeres, esto implica que aun cuando tengan el mismo ciclo de vida laboral que los hombres y sean igualmente productivas, serán contratadas por un salario menor. Este tipo de discriminación también puede tener efectos de retroalimentación negativos sobre la productividad de las trabajadoras, pues no tienen incentivos para trabajar mejor.

No voy a extenderme aquí en la discusión de estos modelos, cuya aplicabilidad a la zona de estudio he analizado en un trabajo anterior (1992). En el presente estudio descarto la perspectiva que ve el mercado de trabajo como homogéneo, pues no se aplica al caso que analizaré ya que este mercado tiene numerosas “imperfecciones”. Asimismo, el modelo del capital humano es poco relevante para realidades en donde la mujer, estudie o no, generalmente está subordinada a decisiones familiares patriarcales; y en donde, en general, aun cuando los trabajadores hayan logrado niveles medios y altos de escolaridad (profesores, estudiantes de preparatoria, etc.), los mercados de trabajo son escasos y cierran sus posibilidades al desarrollo personal y a la obtención de mejores salarios de acuerdo con el nivel de escolaridad, confinando a los trabajadores a condiciones de empleo en las que sus calificaciones no se reflejan en su nivel salarial. Tampoco nos resulta útil el

modelo de segregación tal como fue formulado en Estados Unidos, ya que en los inicios del mercado de trabajo zamorano, no sólo las ocupaciones de hombres y mujeres fueron distintas, sino también las condiciones de trabajo y los salarios. Aunque no fue posible evaluar los montos salariales de esa época, sabemos que la forma de pago difería según el sexo del trabajador pues a los hombres se les pagaba por jornada y a las mujeres a destajo.

Un cuarto modelo explicativo de las diferentes condiciones de trabajo para hombres y mujeres resulta interesante para el análisis del primer periodo que estudiamos: se trata del modelo de segmentación del mercado laboral. Por lo pronto la segmentación es un factor que contribuye a explicar la debilidad de las organizaciones sindicales en el campo mexicano, dadas las dificultades que enfrentan los trabajadores rurales para construir o mantener sus sindicatos, entre otras cosas debido a que se desplazan de un lugar a otro. De modo que la segmentación de los trabajadores tiende a eliminar sus protestas y los empleadores, como veremos, han aprovechado esta circunstancia.

En la región de estudio, los empleadores lograron la incorporación de la fuerza de trabajo femenina a la producción agrocomercial durante la década de los sesenta. Si dicha fuerza hubiese sido considerada igual a la masculina, podría haberse empleado en diversas tareas y cultivos, pues la demanda era grande. Sin embargo, en ese periodo sólo se incorporó al cultivo de la fresa y del jitomate en tareas específicas. Tal vez esta estrategia respondió a que quienes financiaban la producción y manejaban las reglas del juego eran los industriales exportadores norteamericanos, quienes estaban acostumbrados al mercado de trabajo segmentado en su propio país, por lo que no es difícil que lo hayan traído al campo mexicano, fundamentándolo en este caso sobre bases genéricas y no raciales.

En las décadas siguientes, las condiciones económicas del país, particularmente la pauperización de la población rural como consecuencia de los bajos salarios reales y de los bajos precios de los granos básicos, que desalentaron su producción, han hecho que las mujeres ofrezcan su fuerza de trabajo cada vez con mayor intensidad. La posibilidad de valerse de esta sobreoferta no ha sido desperdiciada por los empleadores, quienes a partir de la segunda

mitad de los años setenta han integrado a las mujeres a prácticamente la totalidad de las tareas agrícolas en los diversos cultivos regionales. Pero si bien los hombres y las mujeres realizan las mismas labores, veremos que los salarios y las condiciones de trabajo femeninos son inferiores a los masculinos.

En las secciones que siguen analizaremos información sobre la participación femenina en la agricultura zamorana a partir de 1960, tratando de aplicar dos líneas de interpretación: la de segmentación y la de discriminación. Las características del mercado de trabajo en cuestión, así como los cambios económicos nacionales y regionales, sugieren una ruptura a mediados de los años setenta. Encontramos así que para el periodo 1960-1975 resulta pertinente aplicar el modelo de segmentación del mercado laboral; mientras que de 1975 a 1990 resulta más adecuado el modelo de la discriminación. Como indicador de segmentación, tenemos la asignación de cultivos y tareas específicas a las mujeres; mientras que para el segundo periodo este mecanismo perdió importancia y dio lugar a las diferencias salariales y a diferentes condiciones de trabajo para hombres y mujeres.⁴

El trabajo femenino en la región zamorana

Antecedentes

Al finalizar la época hacendaria y comenzar el reparto agrario (1920-1940), la mujer participaba primordialmente en el comercio,

⁴ La información sobre este punto fue recogida mediante entrevistas con productores, jornaleras, trabajadores viejos y alguna bibliografía que trata el tema: SPP, 1982, y González, 1985. Sobre el segundo periodo (de 1976 a 1990) se recopiló información directa por medio de cuestionarios que llegaron a incluir 25% de los trabajadores localizados en las parcelas que en recorridos diarios iban encontrándose activas en julio y agosto de 1989. La fuerza de trabajo femenina en 1989 resultó mayoritaria y los cuestionarios aplicados a las mujeres en cada parcela buscaban captar características genéricas de las y los trabajadores: se investigaba el número total de trabajadores, el número de hombres y el de mujeres y se aplicaba el cuestionario a un porcentaje igual al encontrado en la parcela. Los indicadores sobre los cuales preguntamos fueron: salarios, tareas que ejecuta y ha ejecutado, temporalidad en el empleo y acceso al servicio médico del IMSS.

en las labores agrícolas no remuneradas, en el trabajo doméstico y el servicio doméstico. Verduzco (1992), al referirse a mujeres trabajadoras que para 1990 tendrían 75 años o más, es decir, que se incorporaron al mercado de trabajo antes del reparto agrario, encontró entre sus entrevistadas a sólo una mujer que había sido jornalera en la zona de Zamora. Con el reparto agrario, la región fue adoptando nuevas formas de producción, pues había dos tipos de tenencia de la tierra, ejidal y privada, y dos clases de poseedores de tierra: con y sin acceso a otros medios de producción. A partir de 1940 encontramos mujeres laborando en la selección del garbanzo producido en áreas de temporal; esta labor no se realizaba dentro de la parcela, sino en bodegas acondicionadas ex profeso.

Durante los años cincuenta se realizó en México la Revolución Verde, que generó la gran división de la agricultura actual: por un lado la agricultura comercial, beneficiada con riego y agroquímicos; por otro, la agricultura temporalera, marginada de ambos. Inicialmente, la Revolución Verde se centró en el cultivo del trigo, para luego extenderse a otros productos. En la región de estudio, se benefició primero el jitomate sembrado en huertas, comercializado en pie y luego cortado. Fue entonces cuando las mujeres comenzaron a participar en el corte.

El periodo de segmentación del mercado de trabajo agrícola, 1960-1975

La incorporación de la fuerza de trabajo femenino a la agricultura comercial se inicia a partir de los años sesenta, con la expansión del cultivo de la fresa. Antes de esa fecha, fueron relativamente pocas las mujeres que laboraron como asalariadas en la agricultura. Otro proceso simultáneo para hacer rentable el costo de la nueva tecnología basada en el uso de agroquímicos fue el de la concentración de la tierra (Barkin y Suárez, 1984).

Durante los años sesenta, el gobierno dejó de considerar al sector agrícola como prioritario dentro de su política económica, a pesar de lo cual la región de Zamora se integró de una manera muy dinámica al mercado externo, pues los industriales exporta-

dores de otros lugares financiaron la producción de fresa, la cual se había ya iniciado experimentalmente desde mediados de los años cincuenta (Fernández, 1989). Inicialmente la exportación se hacía a través de Irapuato, pero posteriormente se establecieron congeladoras-empacadoras de fresa en Zamora y Jacona. La gran fertilidad de la región, aunada a los problemas climatológicos y de mano de obra del sur de Estados Unidos, favorecieron la expansión de este cultivo en la década de los sesenta. Entonces los empresarios agrícolas recurrieron a diversos mecanismos para abastecerse de fuerza de trabajo.

Durante esa década, los trabajadores agrícolas masculinos en la región no eran suficientes, dado que el despegue fresero fue muy veloz y que esta fuerza de trabajo estaba acostumbrada desde principios de siglo a migrar a la Unión Americana (González, 1985; Verduzco, 1992). A esto se agrega que los mercados de trabajo urbanos (Guadalajara y México) estaban en expansión, y que se vivía el auge algodónero de la Tierra Caliente Michoacana (Barkin, 1978), mercado de trabajo también en expansión y más cercano que otros. Una vez que se hizo patente la demanda de trabajadores, comenzaron a migrar a Zamora grandes contingentes de hombres que se establecieron en los alrededores, acompañados en ocasiones por sus familias. También llegaron trabajadores estacionales (golondrinos) y se buscó la incorporación de las mujeres oriundas de la región y, posteriormente, la de aquellas que se habían establecido recientemente con la inmigración de familias.

La contratación de mujeres obedeció a las transformaciones de la estructura productiva regional, como consecuencia de la adopción de nuevos cultivos y técnicas. La gran demanda atrajo a las mujeres, que fueron contratadas siempre por medio de un familiar varón: el hijo o el marido, ya fuera que el patrón acudiera a la casa de sus jornaleros para invitar a las mujeres mayores de la casa, o bien que las invitara mediante los hombres que trabajaban en las parcelas. Es bien conocido que las decisiones sobre la vida y el trabajo de las mujeres de la región han sido tomadas por los varones, incluso en épocas recientes (Verduzco, 1992).

Las trabas que los hombres ponían al trabajo femenino fuera del hogar eran muy fuertes y hacían que la contratación se dirigiera a mujeres mayores, casadas o con familia que mantener. A un

patrón no se le habría ocurrido invitar a las parcelas a mujeres solteras, hermanas jóvenes o hijas de los trabajadores, puesto que esto dañaba la reputación de las jóvenes y los padres o hermanos no lo consentían.

Hay indicadores que permiten considerar que la fuerza de trabajo femenina se incorporó a este mercado con características de segmentación que respondían a condiciones de género: desde los años sesenta hasta mediados de los setenta, las mujeres quedaron relegadas a las labores de siembra y recolección de la fresa y el jitomate, aun cuando había otros cultivos en la región. Además, les fueron asignadas tareas específicas y temporales, como el corte y empackado, a pesar de que había otras que demandaban importantes cantidades de mano de obra en otras épocas del año, como el plantado y el desyerbe de ambos cultivos.

Esta asignación diferencial de cultivos y tareas permitió que las formas de pago fueran diferentes para hombres y mujeres: las tareas en las que participaban las mujeres eran pagadas a destajo, mientras que las otras, realizadas por hombres, se pagaban por jornal.

En esa misma década, las mujeres también se incorporaron a la flamante agroindustria fresera regional (Arias y Mummert, 1987; Arizpe y Aranda, 1988; Rosado, 1991). Los recorridos de los patrones y sus mujeres de confianza, casa por casa, se generalizaron en la búsqueda de mujeres para contratar. También aquí operó la segmentación genérica del mercado de trabajo, pero con modalidades diferentes: los puestos directivos y de supervisión se reservaron para los hombres, mientras que las obreras eran mujeres. Esta situación y el acercamiento que los industriales buscaron con el clero favorecieron la contratación mayoritaria de jóvenes solteras (no sin resistencia masculina, por supuesto), pues se garantizaba un lugar de trabajo exclusivo para ellas y su trabajo era aceptado por los clérigos como propio de mujeres, puesto que eran labores consideradas equivalentes a las de la cocina (despate de fresa, principalmente). Estas tareas fueron pagadas también a destajo.

De esta manera, los años sesenta marcaron la incorporación de las mujeres a la fuerza de trabajo asalariada agrícola y agroindustrial de la región. Sin embargo, la liberación de esta fuerza de trabajo no obedeció a mecanismos desarrollados por la propia

mujer; respondió a las necesidades de la demanda y fue paulatinamente aprobada por los miembros masculinos de las familias. Esta característica de su incorporación las hizo seguir subordinadas a las decisiones del género opuesto. Además, el trabajo femenino se realizaba bajo la vigilancia de los familiares varones que trabajaban en la misma parcela. La agroindustria, en cambio, era un mercado exclusivo para mujeres.

Discriminación de las mujeres en el trabajo (1976 a 1990)

En este periodo se modificaron sustancialmente las condiciones de trabajo de la mujer, pues podía ya desempeñar cualquier tarea, en cualquier cultivo, pero asumiendo, por el solo hecho de ser mujer, condiciones de trabajo adversas.

A partir de 1976, es patente la crisis económica generalizada en el país, con una deuda externa creciente y altos niveles inflacionarios. Ante estas condiciones, el gobierno respondió, entre otras cosas, con la fe en los beneficios de las exportaciones petroleras, la devaluación del peso y la baja de los salarios mínimos reales. La agricultura comercial exportadora se vio favorecida por estas últimas dos medidas.⁵

Dentro de la región que nos interesa, en 1974 las pugnas entre los industriales exportadores (propietarios privados y arrendatarios) y los productores exclusivamente agrícolas (ejidales), por el reparto del excedente generado por la actividad fresera, los llevaron a esforzarse por controlar la superficie cultivada de la fresa, con el fin de evitar las extremas fluctuaciones que venía sufriendo su precio internacional. Esto significó un logro para los productores agrícolas ejidales, quienes, representados por la Unión Regional de Productores de Fresas y Hortalizas del Valle de Zamora (URPFHVZ), comenzaron a desempeñar un papel importante en la actividad

⁵ Si bien la devaluación mejoró las condiciones del mercado internacional, también provocó la falta de confianza entre los inversionistas y la consecuente fuga de capitales nacionales alrededor de 1982. Estas condiciones, y la caída del precio internacional de los hidrocarburos, hicieron que la economía mexicana enfrentara durante ese decenio condiciones por demás adversas.

fresera. En contraste, los industriales exportadores vieron mermando su control sobre la producción de la fruta (Fernández, 1989).

Al aprobarse reglamentaciones restrictivas de la extensión dedicada al cultivo de la frutilla, y a pesar de que las disposiciones no se cumplieron cabalmente, se diversificaron los cultivos comerciales en la región, creció el rentismo de las parcelas ejidales, aumentaron los prestanombres y se hicieron evidentes numerosos casos de productores fuera de cuotas. Es entonces cuando los vertisoles⁶ zamoranos comenzaron a albergar nuevos cultivos hortícolas y a ver crecer la superficie dedicada a los ya existentes, siguiendo la tendencia nacional: entre 1971 y 1988 los cultivos hortícolas duplicaron su superficie en el país (Gómez Cruz, 1992).

Simultáneamente, la oferta de fuerza de trabajo femenina se extendía en la región, debido a las crecientes necesidades económicas de las familias rurales pobres, por lo que los empleadores, que ya conocían el trabajo de las mujeres en los cultivos de la fresa y del jitomate, ante la sobreoferta de esta fuerza de trabajo, decidieron emplearlas en otros cultivos, incluyendo las hortalizas. La cosecha y el empaque de la fresa y del jitomate dejaron de ser las únicas labores a las que se podían dedicar las jornaleras.

Aunque la superficie sembrada de hortalizas en los primeros años ochenta superó la declinación que había comenzado desde 1974 en la superficie fresera, el auge de las hortalizas en la región fue de menor intensidad y más efímero que el presentado por la producción fresera de los años sesenta, a pesar de que la política económica del gobierno favorecía la agricultura de exportación. Algunos factores que explican esto son:

a) Nuestro principal mercado externo, Estados Unidos, puso barreras importantes, sobre todo de tipo fitosanitarios, a la entrada de los productos agrícolas mexicanos. Debemos considerar además que los costos de transporte, comercialización y empaque superan con creces la ventaja comparativa de los bajos salarios mexicanos, que los costos de producción de las hortalizas norteamericanas son más bajos que los nuestros y que sus rendimientos por hectárea son mayores (Gómez Cruz, 1992).

⁶ Los vertisoles son suelos negros de gran fertilidad.

b) El mercado interno se ha contraído considerablemente, como consecuencia de los años de crisis económica que ha sufrido el país y de la política económica instrumentada para superarla.

c) Los estados del norte del país han mejorado apreciablemente sus rendimientos agrícolas: de fresa, en Baja California; de jitomates, en Sinaloa, etc.; por localizarse cerca de la frontera, tienen la ventaja de reducir sus costos de transporte. Por otra parte, cabe señalar que también otros países han incursionado con éxito en la producción hortícola (Fernández, 1989).

Estos factores han sometido a la región y al país a una fuerte competencia por acceder a los mercados de exportación. Como consecuencia, a partir del año agrícola de 1984 hay una patente declinación de la producción hortícola que se suma a la de la fresa. Sin embargo, el empleo de la fuerza de trabajo femenina continuó ampliándose como consecuencia de su incorporación a otros cultivos y tareas. Las barreras de la segmentación en el mercado de trabajo se fueron desdibujando a medida que se fue reforzando una nueva forma de sometimiento: la discriminación en las nuevas tareas, la modalidad de los salarios, los mecanismos de contratación, la temporalidad en el empleo y el acceso a los servicios médicos.

Nuevas tareas para las mujeres

Ante las presiones objetivas que las necesidades económicas fueron ejerciendo, el trabajo asalariado de la mujer en la agricultura fue cobrando aceptación social y ampliándose en diversos sectores de la región (Verduzco, 1992), y a nivel nacional (Barón, 1992; Rendón, 1990). Además, conforme se fueron acentuando los síntomas de la crisis económica, cambió también la manera en que los empresarios agrícolas aprovecharon el trabajo femenino: adoptaron la actitud de hacer un favor a las trabajadoras por contratarlas y las incorporaron a tareas en las que anteriormente no intervenían, como se muestra en el cuadro 3.

CUADRO 3
Actividades a las que fueron incorporándose las mujeres

<i>1976-1982</i>	<i>1982-1989</i>	<i>Atribuidas a las mujeres por los varones en 1989</i>
Repela	Riego	Cosecha de cultivos pesados
Plantado	Reparación de	(papa, coliflor, repollo, etc.)
Cuidado vivero	terrenos	Preparación con azadón (cazanqueo,
	Abono	zanjado)
	Fumigación	Fumigación
	Mayordomía	Fertilización
	Zanjado	"Todo lo que antes hacían los hombres"

En 1989 a los hombres les quedaba la exclusividad sobre una sola labor: el surcado con "tronco" (sustituto del arado tradicional, de madera y jalado por dos caballos).

Mecanismos de contratación

A lo largo de la década de 1970 fueron surgiendo nuevas formas de reclutamiento de la fuerza de trabajo femenina cada vez más impersonales. Ahora las trabajadoras pueden acudir en busca de trabajo al inicio del ciclo de un determinado cultivo a la casa del patrón con el que han trabajado con anterioridad. En otras ocasiones, el empleador habla con una mujer de su confianza, generalmente alguna señora mayor que ya ha trabajado con él y goza de respeto en la colonia o localidad en donde vive, para que ella se encargue de hacer el reclutamiento casa por casa entre sus conocidas. En otros casos el patrón acude a determinada colonia o localidad en donde voceadores anuncian que se requiere cierto número de trabajadoras para determinado cultivo.

Además, existen en la región diversos puntos de reunión matutina de trabajadores adonde el empleador llega con sus camionetas para contratarlos. Esta modalidad no es exclusiva de la región, sino que se trata de una forma común en México, especialmente en el caso de la fuerza de trabajo masculina (Astorga, 1985).

En la zona de estudio, estos puntos de reunión eran exclusivamente para los varones, por lo menos hasta 1982:

La gente que se reúne en estos puntos en su mayoría son jóvenes; en raras ocasiones se ven mujeres en esta contratación. (Secretaría de Programación y Presupuesto, 1982, p. 85.)

Ahora algunos de estos lugares, como las carreteras, se han abierto a la fuerza de trabajo femenina; otros se han mantenido únicamente para los varones, como la estación del ferrocarril; y otros más se han creado exclusivamente para las mujeres, como es el caso de la "Báscula"⁷ de Zamora. La última modalidad de contratación observada consiste en que las mujeres llegan a pie a las parcelas a ofrecer su trabajo.

Pero mientras los trabajadores varones tienen cierto poder de negociación o por lo menos la posibilidad de enterarse del lugar al que van y el monto de su jornal, las mujeres que preguntan sobre su salario o hacia dónde se dirigen a laborar no obtienen respuesta; cuando son voceadas en las localidades no se les informa siquiera adónde van. Apenas se les menciona el cultivo en el que laborarán: "Diez mujeres para el jitomate; cinco para la fresa". El abuso de los empleadores se magnifica cuando se contrata a mujeres de localidades un poco retiradas. En estas poblaciones muchas trabajadoras no hablan español y sólo saben que van a trabajar. Esta modalidad se observa en el cultivo del jitomate, para el cual se contratan mujeres de la meseta purépecha.

También han cambiado las características de las mujeres que laboran. En los años sesenta resultaba un franco insulto invitar a trabajar al campo a las hermanas o hijas de los trabajadores. Eran las mujeres de edad, o por lo menos casadas (esposas y madres de los trabajadores agrícolas), las que iban al campo. En 1989 se encontró, en cambio, que de un total de 67 mujeres encuestadas, 6 eran jefas de hogar, 25 eran esposas del jefe de familia, una, nuera del jefe de la familia, mientras que 35 (51.5%), eran hijas

⁷ Este lugar se encuentra muy cerca del mercado y se caracteriza por ser el lugar adonde llega la producción agrícola de la región, que se comercializa directamente desde los camiones, de ahí el nombre de "báscula".

solteras. Esto ha implicado que la ampliación de la oferta de fuerza de trabajo haya favorecido a las jóvenes solteras, quienes a principios de los años sesenta no podían aspirar a buscar un trabajo remunerado.

Si las mujeres que se empleaban en la agricultura y las agroindustrias, de manera temporal, representaban una pequeña fracción del conjunto de la fuerza de trabajo, en la actualidad constituyen más de la mitad del total de los asalariados.

Las modalidades del salario

Un fenómeno interesante es que las tareas siguieron pagándose en la forma acostumbrada, a pesar de la incorporación de las mujeres. Es decir, la cosecha y el empacado de fresa y jitomate siguieron pagándose a destajo; el cultivo y la cosecha de las hortalizas (labores nuevas para las mujeres), mediante jornales. A pesar de eso, la tendencia general es que los hombres y las mujeres reciban un monto diferente de salario al concluir su día laboral, aun cuando las labores desempeñadas y la forma de pago sean las mismas. Así, en 1982, mientras el jornal promedio de un hombre ascendía a 170 pesos, el de su contraparte femenina llegaba sólo a 120. Para 1989, ganaban en promedio 14 620 y 11 214.30 pesos, respectivamente (cuadro 4).⁸

Sin embargo, en este periodo ocurrió un proceso de reducción de las diferencias salariales entre hombres y mujeres, demostrable por el hecho de que el coeficiente de discriminación hacia la mujer descendió de 29.5% en 1982 a 22.3 en 1989 (cuadro 5).⁹

⁸ Los salarios regionales masculinos y femeninos de 1982 fueron menores que el salario mínimo promedio del estado de Michoacán, que ascendía entonces a 225 pesos, mientras que en 1989 en ninguno de los casos considerados el salario efectivamente pagado fue menor al mínimo estatal de 7 640 pesos.

⁹ Los salarios promedio se calcularon de la siguiente forma: $d = (W_m - W_f) / W_m$, en donde d = coeficiente de discriminación, W_m = salario masculino y W_f = salario femenino. Si W_m y W_f se expresan en términos relativos, igualando W_m a 1, la fórmula se reduce a $d = W_m - W_f$.

CUADRO 4
Salarios mínimos oficiales y salarios efectivamente
pagados a los peones agrícolas

<i>Época</i>	<i>(Por género, en pesos de 1980)</i>					
	<i>Mínimo oficial*</i>		<i>Femenino**</i>		<i>Masculino**</i>	
	<i>Nominal</i>	<i>Real</i>	<i>Nominal</i>	<i>Real</i>	<i>Nominal</i>	<i>Real</i>
Verano 1982	225.0	107.5	120.0	60.7	170.0	86.0
Verano 1989***	7 640.0	61.5	11 214.3	90.3	14 620.0	117.9
Porcentaje de incremento	-43		44		27	

* Promedio del estado de Michoacán.

** Promedios pagados a los peones agrícolas de la región zamorana.

*** Se incluyeron los salarios a destajo, calculados con promedio por género del monto por burro, caja o manojo y número de unidades.

Fuente: elaboración propia a partir de *Salarios mínimos*, Secretaría de Programación y Presupuesto, varios números, 1982, *Carpeta de indicadores económicos*, Banco de México, y cuestionario aplicado a los trabajadores agrícolas.

CUADRO 5
Temporalidad en el empleo y acceso al servicio médico IMSS,
por género

<i>Temporalidad</i>	<i>Acceso al IMSS</i>	
	<i>Con servicio</i>	<i>Sin servicio</i>
Temporales	3	90
hombres	1	36
mujeres	2	54
Permanentes	9	19
hombres	7	9
mujeres	2	10

Fuente: elaboración propia a partir de 121 cuestionarios aplicados a los trabajadores agrícolas.

Explicuemos la transición en la forma de operación del mercado de trabajo agrícola en la región de Zamora. En un primer momento, éste se dividía en dos segmentos. Uno correspondía a la fuerza de trabajo femenina, relegada al desempeño de labores en dos cultivos, con acceso a empleos temporales, bajo formas de contratación personalizadas y con una sola forma de pago: a destajo. El otro se caracterizaba por el acceso de los varones a empleos permanentes, con mejores niveles de ingresos y la posibilidad de obtener cualquier puesto, desempeñando cualquier tarea y recibiendo un jornal fijo o a destajo, dependiendo de la tarea realizada.

Pero a partir de los años setenta la segmentación se fue desdibujando a medida que las mujeres se incorporaron a nuevas tareas y nuevos cultivos y accedieron, incluso, a puestos de supervisión —la mayordomía. No obstante, tanto los patrones como los parientes de las trabajadoras siguen pensando que el ingreso que ellas perciben es “complementario” del masculino. Por ello, la fuerza de trabajo femenina es pagada con salarios inferiores, empleada temporalmente y con ínfimo acceso a los servicios médicos, aun cuando el trabajo sea el mismo que el masculino e incluso lo supere en cuanto a productividad.

El nuevo mecanismo utilizado por los patrones y que marca las diferencias entre hombres y mujeres es la discriminación en los salarios, lo que significa que las mismas tareas se pagan de manera diferente. Solamente en dos parcelas de las 41 visitadas en 1989 no se observó discriminación salarial hacia las mujeres.¹⁰ Sin embargo, creo que se está iniciando un proceso de igualación de las condiciones laborales de hombres y mujeres, como consecuencia de la transformación de la fuerza de trabajo femenina en un factor escaso, lo que trataré de mostrar ahora. En términos reales, a precios de 1980, los salarios promedio efectivamente pagados en la región zamorana entre 1982 y 1989 tuvieron una apreciación de 44% para las mujeres y de 27% para los hombres, mientras que el poder adquisitivo del salario mínimo estatal promedio tuvo un descenso de 43% con respecto a 1982. Es decir, el índice de discrimi-

¹⁰ En el cultivo de la coliflor se observaron los salarios más bajos, pagados en su modalidad de jornal: 8 000 pesos a las mujeres y 10 000 a los varones.

nación se redujo y el poder adquisitivo de los salarios agrícolas femeninos aumentó.¹¹

Las explicaciones de estas tendencias regionales divergentes de la condición general a nivel nacional son múltiples. Aquí la emigración masculina no parece ser un factor importante, pues en el trabajo de campo encontramos que sólo el 14% de las familias tuvieron migrantes a Estados Unidos y un porcentaje aún menor los tiene a otras partes de México. Además, la composición de los grupos domésticos no presenta una desigualdad por sexo importante, ya que en promedio el 50.6% de los integrantes son mujeres y el 49.4% son hombres.

Lo que sí parece ser un factor influyente es que los empleadores han visto la ventaja de la contratación de mujeres, tanto por razones económicas como no económicas. Por una parte, es más barato contratar a mujeres que a hombres, lo cual hace disminuir los costos de producción. Por el lado de las razones extraeconómicas, detectamos que se considera a la mujer como más sumisa, más delicada, más cuidadosa y más productiva que los hombres, pese a que los empleadores argumentan que son más lentas. Así, resulta que un hombre cosecha a destajo un promedio de once burros de fresa, mientras que una mujer cosecha dieciséis. Cuando es por caja, los hombres cosechan en promedio cinco, las mujeres nueve.

A esto se agrega que los periodos del año de máxima y mínima actividad agrícola y agroindustrial coinciden, de modo que se entabla una competencia entre los agricultores y los productores agroindustriales por la fuerza de trabajo femenina, por lo que ésta se convierte en un factor de producción escaso. El aumento salarial de las mujeres, que actualmente supera en porcentaje a la apreciación del salario masculino, estaría expresando esta competencia. Así, en 1989, considerado por hora, el salario promedio en la agroindustria fue de 2 149 pesos, mientras que en la agricultura fue de 1 602 pesos y en el servicio doméstico de 2 250 pesos.¹² Es decir, el servicio

¹¹ El aumento de los salarios agrícolas femeninos ha sido recientemente observado por otros investigadores del trabajo femenino en las hortalizas de nuestro país (Barrón, 1989).

¹² En las empacadoras se paga por hora y la jornada es variable. En el campo, la jornada no varía, es de siete a 14 horas. Para el cálculo, se dividió el salario promedio por día entre siete horas. El correspondiente al trabajo doméstico que en ese año era de alrededor de 18 000 pesos, fue dividido entre ocho horas por día.

doméstico paga más que las otras dos formas de trabajo, aun cuando a principios de los ochenta los salarios de las empleadas domésticas eran menores que los de las jornaleras (Verduzco, 1992).

La temporalidad en el empleo

El único tipo de contrato que existe en la agricultura comercial es verbal y dura, en la mayoría de los casos, solamente un día. Algunos patrones contratan durante periodos más prolongados a una persona que funge como mayordomo, cuyas funciones no están limitadas al ciclo agrícola. A veces el mayordomo sólo se hace cargo de contratar y vigilar el trabajo de una “cuadrilla” o grupo de diez trabajadores; en otras ocasiones participa directamente en las labores del surco como cualquier jornalero, o bien se encarga de tareas específicas que requieren de cierta especialización, como el riego y el drenaje de los surcos. De los cinco mayordomos que se entrevistaron al aplicar el cuestionario, dos resultaron tener empleo permanente, es decir, han trabajado por lo menos un año ininterrumpidamente para el mismo patrón.

Existen algunos productores que también contratan a un número muy reducido de trabajadores que siempre acuden a la misma parcela a desempeñar tareas en diversos cultivos o en el cuidado y limpieza de los terrenos mientras están inactivos. En estos casos, la mayoría de las veces los empleos permanentes son para varones.

En 1989 se observó que sólo 21% de los peones agrícolas encuestados dedicados a estos cultivos gozaban de un empleo estable. Del total de los trabajadores (peones y mayordomos), sólo 23% labora de manera permanente. En 1982 esta cifra se estimaba en 25% (Secretaría de Programación y Presupuesto, 1982).

De las 68 mujeres encuestadas, sólo 16% tenía empleo estable, en contraste con 33% de los varones. Sólo encontramos a una que trabaja como “mayordomo”, de manera estable.

El tiempo de permanencia con un patrón también varía por género, de manera importante. Las mujeres con empleo permanente laboran en promedio 3.6 años para el mismo patrón, mientras que los hombres alcanzan 9.9 años. Este hallazgo refleja lo reciente del empleo permanente para las mujeres.

Si analizamos la duración del empleo en la agricultura comercial, resulta que los hombres laboran en promedio 10.9 meses, mientras que las mujeres lo hacen durante 11.2. Esto refuta aquella percepción de que el trabajo agrícola femenino está restringido a las épocas de cosecha.

La paga es diaria, por lo que el lapso de inactividad implica desempleo y ausencia de ingresos, a menos que el trabajador cuente con otros medios de producción, como podría ser el ecuaro u otros trabajos fuera del campo. En promedio, hombres y mujeres laboran seis días a la semana. Aun cuando los jornaleros agrícolas trabajan en las labores de la agricultura comercial durante seis días por semana y 11 meses en promedio, cuando no están empleados en estas labores tienen otras alternativas de trabajo (cuadro 6).

CUADRO 6
Ocupación alternativa de los jornaleros, por género

<i>Actividad</i>	<i>Casos</i>	<i>Porcentaje respecto al total</i>	<i>Hombres</i>	<i>Porcen- taje</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Porcen- taje</i>
Hogar	39	32.2	3	7.7	36	92.3
Ninguna	27	22.3	20	74.1	7	25.9
Obrero de congeladoras	8	6.6	0	0.0	8	100.0
Servicio doméstico	8	6.6	1	12.5	7	87.5
Construcción	7	5.8	7	100.0	0	0.0
Ecuaro o parcela de temporal	6	5.0	5	83.3	1	16.7
Estudiante	5	4.1	3	60.0	2	40.0
Otras actividades del sector primario *	5	4.1	4	80.0	1	20.0
Obreros en otras industrias	3	2.5	3	100.0	0	0.0
Artesanos	2	1.7	0	0.0	2	100.0
No contestaron	7	5.8	4	57.1	3	42.9
Otros*	4	3.3	4	100.0	0	0.0

* Actividades distintas a la agricultura.

Fuente: elaboración propia a partir de los cuestionarios aplicados a los trabajadores agrícolas.

Atención médica

El servicio médico del Instituto Mexicano del Seguro Social es la única prestación a la que los trabajadores agrícolas pueden aspirar, sobre todo cuando llegan a laborar de manera estable. Por cada cien trabajadores que el patrón ocupa por hectárea en un ciclo agrícola, legalmente debe asegurar por lo menos a cinco. No obstante, ni siquiera esta disposición se cumple, a pesar de los riesgos que corren por estar expuestos a los agroquímicos y al uso de instrumentos cortantes.

Basándonos exclusivamente en la disposición legal antedicha, los requerimientos de pases ascenderían a 34 por hectárea cultivada de fresa, el triple que los empleadores suelen declarar ante el IMSS, sin tomar en cuenta que abundan los casos de patrones que ni siquiera dan parte a la institución de que tienen trabajadores agrícolas. En efecto, en 1982 el IMSS entregó a cada productor 11 pases por hectárea para atención médica, lo que desde luego está por debajo de los requerimientos reales (Secretaría de Programación y Presupuesto, 1982: 99).

Otra característica de esta situación es que los pases se convierten en un privilegio de los trabajadores varones y de los permanentes. Las razones que ellos dan como justificación son que las mujeres trabajan menos y con más lentitud, que el trabajo masculino es más pesado y que los hombres trabajan mejor y cobran menos que las mujeres. Sólo en tres de los 68 casos registrados, las mujeres accedieron a un número equivalente de pases. Sin embargo, este acceso ya es un logro, pues en 1980 las trabajadoras agrícolas reportaban un nulo acceso al servicio (Verduzco, 1992). Los productores, a su vez, hablaban de que las mujeres eran más lentas, pero hacían mejor el trabajo, de que era más fácil mover de tarea a un hombre que a una mujer, y de que los hombres mantienen a su familia y las mujeres no.¹³

¹³ Ya se vio que la productividad de la mujer incluso supera a la masculina y que hombres y mujeres hacen las mismas labores, aunque todavía no de manera generalizada. Por ello las justificaciones pierden su valor objetivo en términos económicos y evidentemente se basan en prejuicios.

Respecto a la actitud de las mujeres hacia esta situación, se encontró que la mitad la acepta por necesidad o por miedo a perder el empleo; una quinta parte considera su trabajo igual o más intenso que el masculino y no halla explicación al salario inferior; una proporción menor considera que su salario inferior es algo dado y sin posibilidades de mejoría, porque el trabajo femenino es menos intenso y/o pesado que el masculino. Solamente una trabajadora ha protestado abiertamente; es la única de las encuestadas que ha ido a trabajar a Estados Unidos, por lo que puede comparar uno y otro mercados de trabajo y tiene un margen mayor de movimiento que el resto.

Otra razón que no se mencionó, pero que es evidente, es que las trabajadoras pueden llegar a los predios acompañadas de sus hijos pequeños, e incluso con embarazos avanzados, aun cuando estas condiciones representen riesgos importantes (Barón, 1992b).

Formas de resistencia

¿Son pasivas las trabajadoras ante la discriminación que sufren?

La respuesta es afirmativa sólo en apariencia. Sus formas de responder a un modo de producción que las explota y discrimina no se manifiestan generalmente como movimientos abiertos ni organizados.¹⁴ La represión estatal, la cooptación de los líderes, la incipiente participación femenina en movimientos campesinos y la poca estabilidad en el empleo constituyen obstáculos que ellas aún no han logrado superar.¹⁵

Los mecanismos de resistencia de las trabajadoras se reducen al alargamiento del almuerzo, a dejar maleza pequeña en el momento de limpiar el terreno y a apropiarse de algunos productos cosechados para consumirlos en la parcela. Estas acciones tienen

¹⁴ Hubo un intento, por parte de la CNC en 1978, de integrar un sindicato de trabajadores agrícolas, que fracasó pronto. Fuera de este intento, no existe ninguna organización de trabajadores, mucho menos de trabajadoras agrícolas.

¹⁵ En nuestro país se conoce muy poco sobre las formas de resistencia campesinas no organizadas. Sería interesante hacer una investigación más profunda sobre este aspecto.

un valor importante como formas de resistencia.¹⁶ Por último, piden aumentos salariales cuando son presionadas para acortar el almuerzo o para trabajar más aprisa. Por lo general, pierden el trabajo cuando protestan. Pero las protestas y peticiones por mayores salarios jamás se han formulado en el sentido de que se les iguale con el de los hombres, pese a que muchas reconocen que las diferencias son injustas y sin fundamento.

CONSECUENCIAS DE LOS CAMBIOS EN LA COMPOSICIÓN GENÉRICA DEL MERCADO DE TRABAJO AGROCOMERCIAL

Durante los años sesenta, la agricultura regional sufrió transformaciones y reestructuraciones con la llegada y expansión de cultivos comerciales intensivos en mano de obra. Los tiempos de prosperidad generalizada en el país forzaron la incorporación de las mujeres —que antes se habían dedicado preponderantemente al trabajo doméstico— al mercado de trabajo. Para lograr sus propósitos los empleadores tuvieron que luchar contra las tradiciones culturales de la región respecto al papel femenino. Las que se incorporaron inicialmente eran adultas, madres y esposas de los trabajadores agrícolas, contratadas para trabajar en las mismas parcelas que sus familiares varones. En estas condiciones, los patrones aprovecharon las barreras culturales para que las mujeres sólo fueran empleadas en el momento pico de la demanda de trabajo: la cosecha-empacado de fresa y jitomate en la parcela, con pago a destajo.

A mediados de los años setenta estalló la crisis económica generalizada del país, que repercutió en los bajos niveles de ingreso de las familias rurales y propició una oferta ilimitada de trabajo. Las mujeres de la región, con 15 años de experiencia intermitente en la agroindustria y la agricultura, ofrecieron su fuerza laboral masivamente. Ante la perspectiva de encontrar un trabajo remunerado, llegaron miles de migrantes a la región zamorana. Las mujeres presionaron por el lado de la oferta y se incorporaron

¹⁶ Esta última acción era severamente castigada durante la época hacendaria; ahora hay una actitud benevolente de los patrones hacia estos pequeños hurtos.

paulatina pero decididamente a otras tareas y cultivos que se desarrollaron a partir de la baja en la producción de la fresa, de 1976 en adelante. Las presiones económicas les impidieron organizarse para lograr mejores condiciones laborales.

Esta sobreoferta perduró hasta 1982 y se puso en evidencia en los salarios agrícolas, que en la región eran inferiores al mínimo estatal. Además de que los ingresos femeninos eran inferiores a los masculinos, las mujeres debieron sufrir la menor duración del empleo, la ausencia de servicios médicos, las formas de contratación y los prejuicios empresariales respecto a su productividad. Pero eventualmente fueron desapareciendo las trabas familiares hacia su trabajo remunerado, y ahora cualquiera de ellas, sin importar su edad o su estado civil, puede incorporarse al mercado de trabajo agrocomercial. En el verano de 1989, 56% de la fuerza de trabajo empleada en la fresa y las hortalizas era femenina.

Entre 1982 y 1989, la demanda de trabajadoras creció rápidamente. Además de los requerimientos del campo, las congeladoras de fresa diversificaron sus procesos, incorporando el procesamiento de otras frutas y hortalizas, lo que hizo surgir nuevas fuentes de empleo para mujeres, sobre todo para jóvenes y solteras. La competencia generada de esta manera, entre la agroindustria y la agricultura, propició la elevación de los salarios femeninos en términos reales y comparativos con respecto a los masculinos. El índice de discriminación se redujo. La mejora relativa en la posición de las mujeres fue posible porque se volvieron mayoría en la producción fresera y hortícola de la región y porque su fuerza de trabajo se tornó un factor escaso para la producción. La mejoría de los salarios femeninos no fue una conquista lograda por medio de la lucha de las trabajadoras, sino un resultado de las leyes del mercado.

Todos estos procesos han tenido otro efecto importante: el aumento de los márgenes de ganancia de los productores zamoranos. La fuerza de trabajo barata ha sido considerada como una ventaja comparativa en la producción nacional de bienes exportables (Arizpe y Aranda, 1988), y aunque la discriminación de la fuerza de trabajo femenina favorece esta ventaja, ya vimos cómo ésta se nulifica por los menores costos de otros insumos y los mayores rendimientos de los Estados Unidos (Gómez Cruz, 1992).

Con un pobre efecto sobre las ventajas comparativas, la discriminación lleva aparejado un costo social importante: se está afectando negativamente al sector mayoritario de la población trabajadora empleada en la producción agrocomercial, lo que repercute en una baja general del nivel de vida de sus familias. Esta situación recuerda las conclusiones a las que llegan Cortés y Rubalcava (1991) al analizar la distribución del ingreso por deciles de familias: hay una mejor distribución del ingreso entre las familias, pero con empobrecimiento generalizado.

Por otra parte, el aumento de la cantidad de mujeres empleadas en la producción agrocomercial, sin un incremento de la superficie dedicada a ella, es correlativa al desplazamiento de los hombres antes empleados en este mercado de trabajo. La preferencia de los productores por la fuerza de trabajo femenina se refleja también en los cambios que han sufrido los salarios de la región en términos reales. Aun cuando la mujer es discriminada en términos salariales a conveniencia de los empleadores, su salario ha crecido 62% más que el masculino entre 1982 y 1989 (44 y 27% respectivamente). Este incremento relativo es atribuible a la competencia por la fuerza de trabajo femenina, vigente entre los productores agrícolas y agroindustriales de la región. Mientras el salario de las trabajadoras agrícolas en 1982 representaba 56.5% del salario mínimo estatal promedio, en 1989 llegó a constituir 146.8 por ciento.

Recordemos que el mercado de trabajo agrícola se abrió para la mujer antes que el agroindustrial. Sin embargo, lo hizo tímidamente hasta los años sesenta, momento en que la fresa comenzó a ser un cultivo importante. Fue en esta década cuando los mercados de trabajo agrícola y agroindustrial dieron cabida amplia a la contratación de mujeres para la producción.

A diferencia del mercado de trabajo agrícola, el agroindustrial se caracteriza por utilizar desde entonces y de modo preponderante la fuerza de trabajo femenina en todas las áreas de producción, mientras que en la agricultura sólo se empleaban mujeres en la cosecha y el empacado de ciertos cultivos.

Ante el cambio sufrido por el mercado zamorano, la fuerza de trabajo masculina ha buscado otras alternativas que le permitan allegarse un ingreso. Por una parte, ha incrementado su migración a Estados Unidos, fenómeno ya arraigado en los varones de la

región desde principios de siglo (Arias y Mummert, 1987).¹⁷ También, pero en menor medida, hay migración a otros puntos del país, sobre todo a las ciudades, en busca de empleo. Otros hombres han optado por dedicarse al comercio; algunos más se han preocupado por aprender diversos oficios y han cambiado su actividad agrícola por la albañilería, las artesanías, etcétera.

HACIA EL FUTURO

La firma del Tratado de Libre Comercio, las modificaciones al artículo 27 constitucional, la política de privatización y adelgazamiento del aparato burocrático y la presencia del cólera, a nivel internacional, están propiciando varios cambios desde 1990. Se ha flexibilizado nuevamente la producción fresera, lo cual ha permitido la renta de las parcelas ejidales y que la producción de esta fruta se concentre geográficamente en ciertas zonas. Esto ha posibilitado cambios en las técnicas de producción, que se habían mantenido inmutables durante más de veinte años. Asistimos, por ejemplo, a las primeras fumigaciones con avioneta.¹⁸

Ante la amenaza que representa la competencia internacional para los productores, están instrumentándose otras innovaciones técnicas. El empleo de túneles de plástico para proteger los cultivos contra formación de maleza reduce la mano de obra empleada, pues prácticamente elimina la tarea de "repela", en la que algunas mujeres ejercían ciertos mecanismos de resistencia, como dejar la maleza pequeña. Desde 1989, la directiva de la Unión de Productores de Fresas y Hortalizas del Valle de Zamora intentaba promover este tipo de innovación, pero los productores la rechazaban, pues el cultivo de la fresa ya era rentable con las técnicas existentes. Es sólo hasta que se ven amenazados por la competencia

¹⁷ Esta cuestión debe tratarse con cautela, pues encontramos que menos de 15% de las familias de trabajadores agrícolas tienen miembros migrantes a ese país, y que en 1989 la diferencia en el interior de las familias de jornaleros entre hombres y mujeres mayores de seis años fue solamente 1.2% mayor por parte de ellos.

¹⁸ Antes las fumigaciones se hacían manualmente.

que la aceptan, por lo que su desarrollo apenas despegaba en la región.

El cólera y la competencia internacional obligaron a que las superficies que se cultivaban con hortalizas bajo la modalidad de riego con aguas negras (sobre todo en el caso del brócoli y la coliflor) se sustituyeran en el año agrícola de 1991 por flores de ornato (gladiola), ya que se ha prohibido cultivar alimentos con esta forma de riego, por el peligro de que ingresen al mercado internacional alimentos contaminados. Es lamentable que en una región tan fértil del país se opte por sustituir alimentos por flores y sigan contaminándose los suelos y los mantos freáticos de la zona, en lugar de adoptar el tratamiento de las aguas (Barkin y Lemus, 1991).

Frente a esta problemática, el mercado de trabajo cambia una vez más. El riesgo es que la competencia por encontrar un trabajo remunerado erosione nuevamente las mejoras salariales y laborales de hombres y mujeres.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, Lucía *et al.*, *Mujer y agroexportación en Nicaragua*, Managua, Instituto Nicaragüense de la Mujer, 1987.
- Álvarez del Toro, J., "Zamora antes del boom fresero", *Relaciones*, núm. 23, México, verano de 1985, pp. 39-60.
- Appendini, Kirsten, "La polarización de la agricultura mexicana: un análisis a nivel de zonas agrícolas en 1970", *Economía Mexicana*, México, CIDE, Serie Temática, 1983, pp. 181-216.
- Arias, Patricia y Gail Mummert, "Familia, mercados de trabajo y migración en el centro-occidente de México", *Nueva Antropología*, vol. IX, núm. 32, México, 1987.
- Arizpe, Lourdes y Josefina Aranda, "Las obreras de la agroindustria de la fresa en Zamora, Michoacán", en J. Aranda (comp.), *Las mujeres en el campo*, Oaxaca, Instituto de Investigaciones Sociológicas de la Universidad Autónoma Benito Juárez, 1988, pp. 201-232.
- y Carlota Botey, "Las políticas de desarrollo agrario y su impacto sobre la mujer campesina de México", en Magdalena León y Carmen Diana Deere (comps.), *La mujer y la política agraria en América Latina*, Colombia, Siglo XXI Editores, 1986.
- Arroyo, Gonzalo *et al.*, *Agricultura y alimentos en América Latina. El poder de las transnacionales*, México, UNMCI, 1985.

- Astorga Lira, Enrique, *Mercado de trabajo rural en México. La mercancía humana*, México, Era, 1985.
- Barkin, David, *Desarrollo regional y reorganización campesina*, México, Océano y Centro de Ecodesarrollo, 1978.
- , “Alternativas del desarrollo en México”, *Encuentro*, núm. 10, México, El Colegio de Jalisco, 1986.
- , *Desarrollo distorsionado*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco y Siglo XXI Editores, 1991.
- , “El sector rural: solución a la crisis”, *La Jornada*, 10 de abril de 1989.
- y Blanca Lemus, *El uso de aguas negras para riego y su impacto sobre la salud*, México, avance de investigación, Centro de Ecodesarrollo, 1991, inédito.
- y Blanca Suárez, *El fin de la autosuficiencia alimentaria*, México, Océano y Centro de Ecodesarrollo, 1985.
- , *El fin del principio*, México, Océano y Centro de Ecodesarrollo, 1984.
- Barón, Lourdes, “Impacto del trabajo femenino sobre la educación infantil”, *Uno más Uno*, junio 18, 1992a.
- , *De la segmentación a la discriminación: incorporación de la fuerza de trabajo femenina a la agricultura comercial en la región zamorana*, tesis de maestría en estudios rurales, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1992b.
- Barrón, Antonieta, *Empleo, condiciones de trabajo, de vida y fecundidad de las mujeres ocupadas en las hortalizas*, México, UNAM, 1989, inédito.
- Becker, Gary, *Human Capital; A Theoretical and Empirical Analysis with Special Reference to Education*, Nueva York, National Bureau of Economic Research, Human Behavior and Social Institutions, Columbia University, 1975.
- Blau, Francine y Marianne Ferber, *The Economics of Women, Men and Work*, Prentice-Hall, 1986.
- Corragio, José Luis, “Las bases teóricas de la planificación regional en América Latina”, *Demografía y Economía*, núm. 42, México, 1981.
- Cortés, Fernando y Óscar Cuéllar, “Lenin y Chayanov: dos enfoques no contradictorios”, *Nueva Antropología*, núm. 31, México, 1986.
- y Rosa María Rubalcava, *Equidad con empobrecimiento*, México, 1991.
- Chayanov, Alexander, “Viaje de mi hermano Alexis al país de la utopía campesina”, en Chayanov et al., *Chayanov y la teoría de la economía campesina*, México, Siglo XXI Editores, 1981, pp. 1-48.
- Deere, Carmen Diana y Magdalena León, “Introducción hacia una síntesis de la década”, en Deere y Leal (comps.), *La mujer y la política agraria en América Latina*, Colombia, Siglo XXI Editores, 1986, pp. 9-26.
- Dierckxens, Wim, “La crisis de reproducción económica de la fuerza de trabajo: el caso centroamericano”, *Revista Centroamericana de Economía*, Universidad Nacional de Honduras, año 2, núm. 4, abril-junio de 1981, pp. 32-56.
- Escobar, L. Agustín, *Con el sudor de su frente. Mercado de trabajo y clase obrera en Guadalajara*, México, El Colegio de Jalisco, 1986.

- , "The Rise and Fall of an Urban Labour Market: Economic Crisis and the Fate of Small Workshops in Guadalajara, Mexico", *Bulletin of Latin American Research*, vol. 7, núm. 2, 1988.
- Fernández Baduino, Eduardo, *La fresa, cultivo de conflictos*, tesis de maestría, México, Centro de Estudios Rurales, El Colegio de Michoacán, 1989.
- Gómez Cruz, Manuel Ángel *et al.*, *La agricultura mexicana frente al tratado trilateral de libre comercio*, México, Universidad Autónoma de Chapingo, 1992.
- y Felipe de Jesús Caraveo López, "La agromaquila hortícola: nueva forma de penetración de las transnacionales", *Comercio Exterior*, México, Banco Mexicano de Comercio Exterior, vol. 40, núm. 12, 1990, pp. 1193-1199.
- González de la Rocha, Mercedes, "Economic Crisis, Domestic Reorganization and Women's Work in Guadalajara, Mexico", *Bulletin of Latin American Research*, vol. 7, núm. 2, 1988.
- González, Luis, *Zamora*, México, El Colegio de Michoacán, 1985.
- Gordon, David *et al.*, *Segmented Work, Divided Workers. The Historical Transformation of Labor in the United States*, Cambridge University Press, 1982.
- Gortari, Ludka y José Manuel del Val, *La mujer campesina y el capitalismo en una región de México*, mimeografiado, 1977.
- Greenwood, Michael y Jane H. Lillydahl, "The Potencial Economics Consequences of Mexican Migration to the United States", en Eliseo Mendoza (coord.), *Impactos regionales de las relaciones económicas México-Estados Unidos*, México, El Colegio de México y Asociación de Estudios Regionales México-Estados Unidos, 1984, pp. 295-330.
- Grupo de Investigaciones Agrarias, *Mujer campesina: dos veces trabajadora*, Santiago de Chile, Cuadernillo de Información Agraria, núm. 9, Academia de Humanismo Cristiano, 1982.
- Hernández Madrid, Miguel J., *Estrategias de vida y poder político: el caso de San Simón, ejido del municipio de Ixtlán, Mich.*, tesis, Zamora, Centro de Estudios Rurales de El Colegio de Michoacán, 1986.
- Hewitt de Alcántara, Cynthia, *Imágenes del campo. La interpretación antropológica del México rural*, México, El Colegio de México, 1988.
- , *La modernización de la agricultura mexicana 1940-1970*, México, Siglo XXI Editores, 1978.
- Hobsbawm, Eric, *Industria e imperio*, Barcelona, Ariel, 1977.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *X Censo General de Población y Vivienda. Integración territorial del estado de Michoacán*. México, SPP, 1982.
- Lailson Z., Silvia Leticia, *La mujer y el proceso de industrialización: su impacto y consecuencias*, tesis, Zamora, Centro de Estudios Antropológicos de El Colegio de Michoacán, 1987.
- Lenin, V. I., *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, Progreso, 1977.
- León de Leal, Magdalena, *Mujer y capitalismo agrario*, Bogotá, Colombia, Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, 1980.

- Luxemburgo, Rosa, *La acumulación del capital*, México, Grijalbo, 1977.
- Macías, Ma. de la Luz, *El trabajo femenino en la industria mexicana 1942-1984*, tesis de licenciatura, Facultad de Economía, México, UNAM, 1990.
- Marx, Karl, *El capital*, México, FCE, tomos I y III, 1982.
- Meillassoux, Claude, *Mujeres, graneros y capitales*, México, Siglo XXI Editores, 1978.
- Moreno, Heriberto, *Guaracha: tiempos viejos, tiempos nuevos*, Zamora, Fonapas y El Colegio de Michoacán, 1980.
- Morett Sánchez, Jorge, *Desarrollo histórico y organización del proletariado agrícola en la región de Zamora*, tesis, México, ENAH, 1986.
- Olmedo, Raúl, "El sistema alimentario mexicano y la ley de fomento agropecuario", *Nueva Antropología*, núm. 17, México, mayo 1981, pp. 51-57.
- Pacheco Ladrón de Guevara, Lourdes C., *Las cortadoras de tabaco en Nayarit*, mecanografiado, Tepic, PIEM-Escuela de Economía, Coordinación de Investigación Científica de la Universidad Autónoma de Nayarit, 1988.
- Palloix, Christian, *La internacionalización del capital*, Barcelona, Blume, 1977.
- Paré, Luisa, *El proletariado agrícola en México: campesinos sin tierra o proletarios agrícolas*, México, Siglo XXI Editores, 1981.
- Pepin, Marielle y Teresa Rendón, "Las unidades domésticas campesinas y sus estrategias de reproducción", en Pepin et al., *El campesinado en México: dos perspectivas de análisis*, México, El Colegio de México, 1983.
- Rendón, Teresa, "Trabajo femenino remunerado en el siglo veinte. Cambios, tendencias y perspectivas", en E. Ramírez y H. Dávila (comps.), *Trabajo femenino y crisis en México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 1990.
- Reynolds, Lloyd G., *Economía laboral y relaciones de trabajo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.
- Rosado, Georgina, "Trabajo femenino en la agroindustria", *Estudios Michoacanos III*, México, El Colegio de Michoacán, 1991.
- Ruberv, Jill, "Mercados de trabajo estructurados, organización de trabajadores y bajas remuneraciones", *Análisis Económico*, núm. 11, vol. VI, México, UAM-Azcapotzalco, julio-diciembre de 1987.
- Rubin, Gayle, "El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo", *Nueva Antropología*, núm. 30, México, 1986, pp. 95-146.
- Saffioti, Heleith, *Women in Class Society*, Nueva York, Monthly Review Press, 1978.
- Sánchez Bringas, Ángeles, "Marxismo y feminismo: mujer-trabajo", *Nueva Antropología*, núm. 30, México, 1986, pp. 67-76.
- Scott, James C., *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*, Yale University Press, 1985.
- Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, *Informe de producción agrícola del distrito de riego 061, agrícolas/ms (varios años)*.
- Secretaría de Programación y Presupuesto, *Cuadernos de desarrollo rural*, núm. 2, 1982.
- Shejtman, A., *Economía campesina y agricultura empresarial: tipología de productores del agro mexicano*, México, CEPAL, 1981.

- Soindel, Cheywa, "La invisibilidad social del trabajo de la mujer en la agricultura brasileña", en Deere y León (comps.), *La mujer y la política agraria en América Latina*, Colombia, Siglo XXI Editores, 1986.
- Tejera Gaona, Héctor, *Capitalismo y campesinado en el Bajío*, México, ENAH-INAH, 1982.
- Todoaro, M., *Economía para un mundo en desarrollo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Tohaira, Luis, *El mercado de trabajo. Teoría y aplicaciones*, México, Alianza Universidad, 1989.
- Tong, Rosemarie, *Feminist Thought: A Comprehensive Introduction*, West View Press, San Francisco, sin fecha.
- Verduzco, Gustavo, "Crecimiento urbano y desarrollo regional: el caso de Zamora, Mich.", *Relaciones*, núm. 17, 1992, pp. 9-40.
- Wilson, Fiona, "The Effect of Recent Strategies of Agricultural Change on the Position of Women: A Review of Literature on Latin America", Project Papers, Copenhagen, Centre for Development Research, 1982.
- , *Women and the Commercialization of Agriculture: A Review of Recent Literature on Latin America*, Copenhagen, Centre for Development Research, 1984.
- Wolf, Eric, *Los campesinos*, Barcelona, Labor, 1978.
- , *Europa y la gente sin historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Zazueta, César, *La mujer y el mercado de trabajo en México*, México, Secretaría del Trabajo y Previsión Social, Serie de Estudios, núm. 8, 1981.
- Zepeda P., Jorge, *Introducción: los estudios sobre el campo en México*, documento de trabajo, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1988.

ARCHIVOS

Archivos de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos:

a) Departamento de Asuntos Internacionales (México).

b) Promotoría Agraria de Zamora, Michoacán.

Archivo de Antonieta Barrón, Facultad de Economía, UNAM, México.

PROCESOS MIGRATORIOS Y DINÁMICA FAMILIAR

LA MIGRACIÓN FEMENINA EN DOS MODELOS DE DESARROLLO: 1940-1970 Y 1980-1992*

PATRICIA ARIAS**

Desde hace tiempo algunos investigadores sobre la migración mexicana a Estados Unidos han puesto en evidencia la dicotomía que ha existido entre los estudios sobre la migración interna y los que tratan sobre el desplazamiento de mexicanos hacia Estados Unidos (Durand, 1988; Rouse, 1988).

Visto desde la perspectiva y los acontecimientos actuales, podríamos decir que esa dicotomía parece haber correspondido, en buena medida, a momentos históricos distintos y a regiones diversas, es decir, al tipo de migración predominante que se suscitó regionalmente a partir de la puesta en marcha del modelo de desarrollo urbano-industrial y de estructuración socio-espacial característicos de los 40 años que transcurrieron entre 1940 y 1980. O, dicho de otro modo, de la manera en que la concentración del dinamismo económico y la centralización del poder político en apenas unas cuantas ciudades del país condicionó el rumbo y el ritmo de los desplazamientos nacionales de la población durante casi cuatro décadas. Como se recordará, ése fue simultáneamente el tiempo de las grandes migraciones internas y el momento de los

* Esta investigación ha sido auspiciada y patrocinada por el Proyecto AMEP-Fundación John D. and Catherine T. Mac Arthur, en colaboración con el Proyecto Procesos Migratorios en el Occidente de México, de la Universidad de Chicago. Una versión preliminar fue presentada como ponencia en la reunión *New Perspectives on Mexico-U.S. Migration*, Mexican Studies Program, Center for Latin American Studies, Universidad de Chicago, 22-23 de octubre de 1992.

** Profesora-investigadora del Instituto de Estudios Sociales de la Universidad de Guadalajara.

mejores estudios al respecto (Arizpe, 1978; Balán *et al.*, 1973; Muñoz *et al.*, 1977; Arroyo Alejandre, 1991).

Durante ese periodo de hincapié en el desarrollo industrial orientado hacia el mercado interno, las ciudades de Guadalajara, Monterrey y, sobre todo, la ciudad de México recibieron los densos e intensos flujos migratorios, urbanos y rurales, que se suscitaron por la absorción metropolitana de casi todas las fundaciones de sus respectivos *hinterland* regionales.

Así, hubo una diferencia importante. La ciudad de México fue no sólo el gran polo de atracción de la migración nacional en general, sino además el destino indiscutible del desplazamiento que se generaba en las ciudades y en el campo de los estados del centro-sur del país (Muñoz *et al.*, 1977).

Guadalajara, en cambio, aunque desempeñó un papel similar respecto a los estados de occidente y noroeste, compartió, desde fechas muy tempranas, su atractivo inmigratorio con Estados Unidos, país que desde fines del siglo pasado asignó a los trabajadores mexicanos un papel variable pero persistente en los múltiples y sucesivos proyectos de su economía. Como ha sido documentado por estudiosos de varios países, la población de la región occidental de la República fue la que mejor y más perdurablemente se integró a la demanda de una economía estadounidense, entonces próspera y prometedora (Durand, 1988; Fonseca, 1988; López, 1986; Massey *et al.*, 1991; Ochoa, 1988; Rouse, 1988).

Las investigaciones recientes comienzan a llamar la atención sobre algunos de los cambios que ha registrado la migración mexicana a Estados Unidos en la última década. Estudios de caso e investigaciones más amplias realizadas en las áreas rurales tradicionales de esa emigración, como Guanajuato, Michoacán y Jalisco, han detectado un incremento constante del número de migrantes a Estados Unidos a partir de 1980 (Alarcón, 1991; Dinerman, 1983; Durand, 1991; López, 1986; Massey *et al.*, 1991; Wiest, 1983).

Pero ese incremento no es sólo absoluto. Supone, además, por lo menos tres modificaciones respecto a los patrones migratorios anteriores. En primer lugar, el incremento migratorio se ha suscitado ahora no sólo desde el campo, el mundo usual del éxodo, sino también desde la ciudad. Así, Guadalajara, un espacio más bien de acogida y con redes migratorias internacionales tenues, ha comen-

zado a convertirse en lugar de paso y tierra de emigración: en el lustro de 1975 a 1979 31.4% de las familias entrevistadas en un barrio popular de la urbe tapatía habían tenido algún familiar que había migrado a Estados Unidos. Inmediatamente después, sólo en el bienio de 1980 a 1982, se logró casi igualar la proporción anterior con 30% (Massey *et al.*, 1991). En verdad, las historias de vida de varias familias que hace una década no tenían ninguna vinculación migratoria con Estados Unidos muestran ahora la salida de nuestro país y la permanencia de varios de sus miembros en el otro lado. La situación en León es más elocuente aún: de allí, la ciudad más poblada e industrial del estado de Guanajuato, más de la mitad (62.7%) de los migrantes salieron rumbo a Estados Unidos en el transcurso de los años ochenta (Massey y Durand, Persfile, cuadro 5.4).

A lo anterior hay que añadir un proceso de ampliación geográfica de la emigración, es decir, la incorporación de nuevas regiones a la corriente migratoria, en especial los estados del centro y del sur, los más pobres del país y donde predomina la población indígena (Cornelius, 1990). Aunque en algunos casos, como el de los mixtecos, su llegada a Estados Unidos forma parte de un proceso de expansión de rutas de un viejo jornalero agrícola (Clark Alfaro, 1991), no cabe duda que ha habido comunidades campesino-indígenas, por ejemplo, zapotecas del valle de Oaxaca, que comenzaron recientemente a transitar por esa vía de sobrevivencia (Rionda, 1983).

Finalmente, el otro fenómeno novedoso de los últimos tiempos ha sido la creciente presencia femenina en los flujos migratorios. De este modo, comunidades rurales donde la migración había sido preponderantemente masculina han comenzado a registrar proporciones cada vez más significativas de mujeres, de diferente edad y condición civil (Cornelius, 1990; Durand, 1991a; Fonseca, 1988; López Castro, 1986; Mummert, 1988; Rionda, 1992). Los datos más recientes de la investigación en proceso de Massey y Durand en poblaciones rurales y urbanas del occidente muestran que hoy por hoy una quinta parte de la emigración está formada por mujeres.

Las nuevas tendencias de la migración mexicana a Estados Unidos han sido atribuidas a la combinación, cada vez más sensible

e inmediata, de procesos socioeconómicos y decisiones políticas en uno y otro lados de la frontera. Del lado norteamericano se ha descubierto, por ejemplo, el efecto de *boomerang* que ha tenido la legalización de los trabajadores mexicanos, consecuencia del proceso de amnistía (IRCA) (Donato *et al.*, 1992). La conquista de la legalidad ha desencadenado un proceso de reunificación de familias en Estados Unidos mucho más numeroso e intenso que lo previsto (*ibid.*). Hasta ahora, la explicación alude a la seguridad psicológica y laboral que a largo plazo confiere la legalidad. En menor medida, se ha mencionado también que el incremento de la migración femenina, una de las principales novedades de los últimos años, tiene que ver con cierta expansión del mercado de trabajo para la mujer en Estados Unidos (Cornelius, 1990).

Del lado mexicano se suele aludir, de manera generalizada, a la crisis de la economía mexicana durante la década pasada (*ibid.*) y, de un modo más preciso, a la limitación estructural de la economía para absorber los incrementos demográficos, que aunada a una vinculación laboral añosa entre los dos países hace más evidente la diferencia salarial actual entre ellos y facilita la movilidad persistente entre ambos mercados de trabajo (Donato *et al.*, 1992).

Pero la noción de la crisis supone, de alguna manera, la vuelta a escenarios anteriores, es decir, el retorno a formas de estructuración económica y territorial anteriormente vigentes. Sin embargo, los fenómenos socioeconómicos que impulsan y orientan en los movimientos migratorios actuales y se expresan en ellos parecen ser la expresión de un gran cambio, de una profunda e irreversible transformación en la economía y en la geografía nacionales.

Se podría decir entonces que las nuevas tendencias migratorias reflejan, en buena medida, la profunda reestructuración socioespacial del trabajo —nacional e internacional— que se ha suscitado como resultado de la puesta en marcha de un nuevo modelo de desarrollo económico. Dos tendencias parecen especialmente ejemplares: por una parte, el incremento de la migración femenina a Estados Unidos desde áreas, como el occidente de México, donde no existía tal tradición de desplazamiento y, por otra, la ruptura de facto de la dicotomía entre migración interna e internacional en términos regionales.

Pero no sólo eso. Hoy por hoy se puede decir que esa dicotomía durante mucho tiempo hizo difícil constatar lo que fue otra diversidad migratoria profunda: las diferencias regionales y temporales que han existido en la migración de hombres y mujeres. La revisión de ambos tipos de desplazamiento desde el ángulo femenino puede ayudar a precisar tanto las consecuencias sociales de esa diversidad, como la intensidad de los cambios recientes. En este sentido, la etnografía de Irapuato, región de un viejo y un nuevo dinamismo económico, donde han convivido históricamente ambos tipos de migración, puede ayudar a conocer y precisar el rumbo de los cambios socioeconómicos y el del trabajo femenino, en una ciudad media plenamente inmersa en el nuevo modelo de desarrollo nacional e internacional.

LA MUJER Y LA MIGRACIÓN, 1940-1970

Como ha señalado Lourdes Arizpe (1990), la migración interna que definió la vida nacional de las décadas 1960-1980 fue un movimiento rural/urbano que se dirigió a unas cuantas ciudades del país. Pero además, señala la misma autora, una característica central de esa migración fue su elevado componente femenino. En 1970 más de la mitad de los inmigrantes (56.3%) a la ciudad de México eran mujeres, de las cuales una décima parte (9.78%) había llegado entre los diez y los diecinueve años (Muñoz *et al.*, 1977). El surgimiento de la clase media y la incorporación de las mujeres de ese sector al mercado de trabajo urbano están indisolublemente ligados a la presencia de esa infinidad de mujeres, casi niñas, que llegaron a la gran ciudad a encargarse de los quehaceres domésticos. Aunque en menor medida, las inmigrantes se incorporaron también a las labores industriales y fueron seguramente pioneras del comercio ambulante indígena en la ciudad de México (Arizpe, 1978; Rendón Gan, 1990).

Ellas provenían de comunidades y regiones campesinas, en muchos casos indígenas, de los estados de Hidalgo, Guanajuato, Guerrero, Michoacán, Oaxaca, Puebla, Tlaxcala, Veracruz (Goldsmith, 1990; Wiest, 1983). Comunidades en las que desde fines de los años sesenta se evidenciaba el deterioro de la situación agrícola

y, en general, de la condición agraria, es decir, de la posibilidad generalizada y efectivamente viable de vivir de los recursos e ingresos agropecuarios. Aunque la discusión de la época solía insistir en el carácter agrícola de la sobrevivencia rural, la etnografía puso en evidencia, una y otra vez, la creciente incapacidad de los recursos agrarios para garantizar la vida económica familiar rural. Años después esa condición agrícola familiar era aún más precaria: las trabajadoras domésticas que estudió Mary Goldsmith (1990) en la ciudad de México en los años ochenta provenían de familias con tierras insuficientes o sin propiedades agrarias.

Así, la búsqueda de lo que se llamaban “ingresos complementarios” había desencadenado la migración rural urbana. Aunque hubo desplazamientos de tipo familiar, tendió a predominar la salida rumbo a las ciudades de hombres y mujeres solteros. Pero hubo grandes diferencias entre ambas. La migración de los hombres tendía a ser, de preferencia, hacia lugares cercanos y, en cualquier caso, estacional, con retornos semanales al terruño (Arizpe, 1978; Nutini e Isaac, 1974; Ornelas López, 1988). Cuando era posible, como en Puebla o Tlaxcala, se prefería el viaje diario a trabajar fuera (Nutini e Isaac, 1974). Con ese modo de migrar se cumplían dos objetivos de manera simultánea: los hombres mantenían su relación con la agricultura, es decir, su derecho a la tierra, que era la base de su acceso a los otros derechos de la vida comunitaria, y obtenían los recursos monetarios para, quizá algún día, mejorar las condiciones agrarias de su retorno (Arias, 1992a). Aunque hubo quienes se fueron al otro lado en la época de los contratos de braceros, esta modalidad migratoria no arraigó entonces entre la gente del centro-sur del país (Rionda, 1983; Smith, 1992).

La situación y la migración femeninas fueron distintas. En realidad, lo que más afectó la vida rural de las mujeres fue la destrucción, irremediable en esos años, de la producción artesanal y los sistemas intrarregionales de mercadeo, porque era allí donde la indígena tenía, desde antaño, una participación significativa y una movilidad geográfica garantizada (Arias, 1992a). Despojada de la producción y del mercadeo de productos microrregionales y artesanías, su destino, finalmente femenino, es decir, inmerso en dinámicas sociales y familiares, se orientó por el último recurso que

le permitía su sociedad y le exigía su familia: la movilidad geográfica, que permitió y avaló la salida de las hijas mayores en busca de empleo en las ciudades, con la obligación, por lo regular bien cumplida, de enviar parte de su salario a la casa.

Así, frente al irremediable deterioro agrícola y agrario, las indígenas se transformaron, con mayor facilidad que otras mujeres rurales, en migrantes que pasaron a formar parte del paisaje doméstico de casi cualquier casa de clase media urbana. Pero en su caso, la migración y el salario no ayudaron a mejorar las condiciones de su eventual regreso: su ingreso servía para aliviar la cada vez más precaria situación agrícola familiar, educar a algún hermano menor, salir de algún apuro (Arizpe, 1978). Hasta ahora, la etnografía no ha constatado ejemplos de migración femenina que diesen como resultado la compra de tierras o de bienes independientes que les aseguraran un mejor regreso y sí ha habido muchos casos de migración definitiva o retorno sin mejoría alguna (Arias, 1992a).

De cualquier modo, a pesar de las dificultades económicas y de las presiones sociales, la mujer indígena siguió siendo una eterna buscadora de la manera de ejercer sus habilidades productivas o mercantiles de manera independiente (Durstun, 1976; Friedlander, 1975). De hecho, las mazahuas de Dotejiare prefirieron, invariable y tozudamente, dedicarse al comercio, aunque fuese como vendedoras ambulantes de fruta en la ciudad de México (Arizpe, 1978).

Pero la mujer rural indígena estuvo presente en otro proceso de migración interna de carácter familiar que se desató en esos años. Como se sabe, la precariedad agrícola de ciertas regiones y el desarrollo, en otras, de una agricultura comercial especializada, generó corrientes de jornalero que desde entonces se han dedicado a transitar por la geografía de la prosperidad agrícola nacional. Familias completas de comunidades pobres de los estados de Guerrero, Michoacán y Oaxaca se han trasladado, al principio de manera eventual y, más tarde, en muchos casos, en forma permanente, a las regiones de agricultura próspera, como el bajo zamorano (Verduzco, 1984), pero sobre todo hacia las modernas economías agrícola y hortícola de la frontera norte (Lara, 1988).

Una y otra de las modalidades migratorias de ese prolongado periodo suponían desplazamientos de larga distancia que eludían las ciudades regionales, que no se detenían en esas viejas urbes que habían sido cabeza de regiones y microrregiones rurales. Ciudades que en el proceso de concentración económica y centralización política fueron perdiendo los perfiles tradicionales que un día las habían hecho prósperas y todavía no encontraban otros: entre 1940 y 1970 tanto la ciudad media como la pequeña se desdibujaron hasta homogeneizarse como una urbe comercial depresiva y depresora de su entorno rural. Allí no sólo se atraía a la gente, sino que también se expulsaba población hacia las grandes metrópolis.

De hecho, así sucedía en el occidente del país, donde Guadalajara desempeñaba, respecto al occidente y al noroeste del país, un papel centralizador similar al de la ciudad de México. Pero allí la situación migratoria se complicaba con la interferencia histórica de otro proceso: la migración internacional que, iniciada en la penúltima década del siglo pasado, se convirtió muy pronto en una alternativa laboral atractiva y accesible para la población de muchas comunidades rurales de los estados de Guanajuato, Jalisco y Michoacán (Durand, 1991b). Pero esta alternativa laboral fue procesada en sociedades y culturas distintas a las de la región central y acuñó una tradición de trabajo diferente.

Así, a partir de los años cuarenta la migración a Estados Unidos empezó a coexistir con otra tendencia vigorosa: una intensa migración hacia Guadalajara, que era sobre todo de carácter definitivo y de tipo familiar. A diferencia de la ciudad de México, en Guadalajara no hubo una migración importante de mujeres solas. De hecho, en regiones como los Altos de Jalisco, mencionar esa posibilidad histórica es casi un insulto. Y, por supuesto, el recuerdo de algún caso, que no deja de existir, forma parte de la pedagogía popular de lo indebido.

Al mismo tiempo, la migración a Estados Unidos, como ya ha sido bien documentado, se definió desde sus inicios a fines del siglo pasado como un movimiento casi exclusivamente masculino de jóvenes que se iban de manera temporal (Durand, 1991a; Massey *et al.*, 1991). De algún modo, la demanda estadounidense en las primeras décadas del siglo —trabajadores para quehaceres pesados en ferrocarriles, carreteras, industria pesada—, y más tarde,

el carácter individual y eventual de los contratos braceros, privilegiaba, cuando no imponía, la salida masculina de trabajadores. La esperanza de irse para mejorar las condiciones agropecuarias a su retorno, aunque en la práctica fue cada vez más irrealizable, contribuyó a diseñar una migración masculina de ida y vuelta, característica de la manera de desplazarse de la población del occidente del país.

De este modo se acuñó un patrón migratorio que, cada vez más entrelazado con la organización social, pautó por años el comportamiento y la vida familiar rurales. A pesar de las vicisitudes económicas y de las ofertas laborales urbanas, las mujeres, solteras y casadas, permanecían en las localidades de origen, al cuidado de la casa y los hijos. Si el marido migraba, ellas se quedaban, por lo regular en casa de sus suegros, viviendo de lo que ellos podían o querían ofrecerles, en tanto y en cuanto llegara el dinero del otro lado. Por lo menos eso era lo que se creía o se quería creer.

Porque, como se ha empezado a documentar, frente a las necesidades crecientes de dinero en efectivo, las mujeres de las sociedades rancheras aprendieron a buscar y a desempeñar una gran variedad de actividades que les garantizaran un ingreso más o menos regular: cría de animales para la engorda, tejido, costura y bordado de enseres de casa y prendas de vestir, que fueron tomando cada día más la forma de trabajo a domicilio (Arias, 1992b; González, 1979). Quehaceres que no les exigieran salir del hogar, es decir, que no se pudiera decir que “trabajaban” y de este modo eludir cualquier sospecha o, peor aún, insinuación de que los maridos no podían mantenerlas (Arias, 1991).

Por su parte, en sociedades más netamente agrícolas con fuerte migración masculina a Estados Unidos, también se ha constatado el papel económico crucial de la mujer no sólo en el mantenimiento de los quehaceres agropecuarios familiares tradicionales, sino incluso en el de aquellos que se han modernizado hasta dinamizar economías agrícolas anteriormente críticas, como el cultivo de la lenteja en Copándaro, Michoacán (Rionda, 1992). De hecho, Casillas (1986), Alarcón (1991) y Mummert (1988) han llamado la atención sobre las nuevas tareas económicas y las responsabilidades sociales que desempeñan, cada vez con más

frecuencia, las mujeres de los migrantes en las comunidades rurales de los estados de Chihuahua y Michoacán.

No cabe duda de que la inmovilidad femenina ayudaba a mantener y a recrear ficciones en cuanto a los quehaceres y deberes de la mujer, situación que comenzó a modificarse y sobre todo a dejarse sentir en los años ochenta. De este modo han comenzado a aproximarse cada vez más las trayectorias laborales y migratorias femeninas.

UNA DÉCADA DE CAMBIOS: 1980-1990

La ampliación geográfica de la emigración ha supuesto también una expansión de la presencia mexicana en otras regiones norteamericanas distintas a las habituales. Ha supuesto, además, la llegada de un nuevo tipo de migrantes con hábitos migratorios distintos. En los últimos tiempos ha comenzado a destacarse la presencia de familias indígenas que se desplazan en ambos lados de la franja fronteriza con Estados Unidos. En este caso, más que un movimiento migratorio reciente estrictamente rural, parece una expansión territorial de viejas rutas de jornalero agrícola (Clark Alfaro, 1991). En Tijuana, por ejemplo, viven indígenas de por lo menos 11 grupos étnicos, aunque la migración más antigua y numerosa, de fines de los años cincuenta, es la de los mixtecos (*ibid.*). Pero en realidad la mayoría, unos 20 000, se encuentran en la zona de Ensenada-San Quintín como trabajadores agrícolas (*ibid.*). En la temporada de cosecha llega a haber unos 10 000 mixtecos en California, sobre todo en el condado norte de San Diego (*ibid.*). Aunque excluidas de las labores de “transformación”, las mixtecas participan en las tareas propiamente de campo en las plantaciones hortícolas de ambos lados de la frontera (Lara, 1988; Guidi, 1988).

Una minoría de alrededor de tres mil mixtecos reside en Tijuana, donde los hombres laboran en el sector servicios, en el comercio o tienen trabajo del otro lado. Por su parte, alrededor de 100 mujeres venden habitualmente chicles, flores y artesanías propias y ajenas en la zona turística de la ciudad. En la generación femenina siguiente se advierte un cambio: las muchachas, con

mayores estudios, han ingresado a trabajar en las maquiladoras de la ciudad (*ibid.*).

Pero además, la presencia indígena comienza a sentirse ahora en regiones más alejadas, como Nueva York (Smith, 1992). Allí residen, desde los años ochenta, cada vez más familias mixtecas del sur del estado de Puebla. Los hombres trabajan en restaurantes y las mujeres en fábricas de ropa y en el servicio doméstico (*ibid.*).

Aunque sin duda hay todavía pocos elementos para generalizar se puede decir que en la migración indígena a Estados Unidos se constata una preferencia ya muy evidente por el desplazamiento de tipo familiar y una participación versátil e inmediata —y aunque sea de muy pequeña escala, también más independiente— de la mujer indígena en los mercados de trabajo del campo y de la ciudad. Una y otra representan diferencias respecto al patrón migratorio internacional vigente hasta los años ochenta.

Por su parte, la situación de inmovilidad de la mujer de la región occidental comenzó a modificarse. Desde mediados de los años sesenta en algunas microrregiones del centro-occidente del país comenzaron a desarrollarse, con gran éxito, ciertos cultivos comerciales de exportación y, con ellos, las plantas empacadoras, que demandaron cada vez más mujeres. Fue el caso de la fresa en Zamora y, poco después, de manera más generalizada, el de los cultivos hortícolas orientados al mercado norteamericano en el Bajío guanajuatense y en la región de Autlán en Jalisco (Arizpe y Aranda, 1988; Barrón Pérez, 1990). Las empacadoras, y cada vez más las tareas propiamente agrícolas, expandieron el mercado de trabajo rural y estimularon, como nunca antes, el movimiento intra e interregional de mujeres. El proceso, ya en su segunda generación, ha acarreado modificaciones importantes en la vida familiar de las trabajadoras y en la suya propia (Arias y Mummert, 1987; Arizpe y Aranda, 1988; Rosado, 1988).

El incremento de la migración femenina hacia la frontera norte y a Estados Unidos ha sido un paso más en el camino de hacer inevitable e ineludible la ruptura de la inamovilidad femenina y de las imágenes sociales correspondientes. A principios de los años ochenta, entre un tercio y la mitad de las inmigrantes a San Diego, Los Ángeles y Chicago provenía de los estados de Guanajuato, Jalisco y Michoacán (Carrillo y Hernández, 1988). En Jalisco,

estadísticas recientes han estimado que una quinta parte del flujo migratorio a Estados Unidos es de mujeres solteras, con un promedio de edad de 29 años (Arroyo Alejandro *et al.*, 1991). Por su parte, la excelente etnografía michoacana ha confirmado el ritmo y el rumbo de este proceso a nivel local.

Fonseca y Moreno ubican en los años sesenta los primeros indicios del cambio de una migración fundamentalmente masculina a una de tipo familiar. A partir de ese momento se hizo habitual que las mujeres de Jaripo se incorporaran a las labores de la pizca y de las enlatadoras en Stockton, California (Fonseca y Moreno, 1988). Poco después, a comienzos de la década de 1970, sitúa Luis Miguel Rionda (1992) el inicio de la tendencia de los copandarenses, una comunidad con añeja experiencia migratoria masculina, a trasladarse en familia a Estados Unidos para trabajar durante siete meses en Oxnard, California, en los ranchos mayoritariamente freseros. Ese trabajo, señala el autor, se adaptaba bien a las habilidades femeninas y de ese modo se aprovechaba la fuerza de trabajo de toda la unidad doméstica (*ibidem.*).

En esa misma década y a raíz de la devaluación del peso en 1976, descubre Gustavo López que comienza a aumentar la migración femenina de Gómez Farías a Estados Unidos: una quinta parte de los migrantes eran mujeres que iban solas (sólo una cuarta parte del total lo hacía con sus unidades familiares) con el propósito explícito de trabajar en la agricultura, en las empacadoras y en los viveros de fruta y hortaliza cerca de San Francisco (López, 1986). En Gómez Farías, como en Copándaro, se explicaba que la migración femenina contribuía a incrementar la capacidad familiar de ahorro (*ibidem.*).

Aunque las unidades domésticas tienden a reivindicar el carácter familiar de las acciones y decisiones femeninas, no cabe duda de que las diversas corrientes de desplazamiento laboral que ahora existen para la mujer rural —intra e interregional, a la frontera norte y a Estados Unidos— han comenzado a modificar los hábitos y las concepciones que ellas tenían sobre sí mismas y, aunque con reticencias, también las de sus familias.

Estos cambios en el mercado de trabajo y los desplazamientos femeninos reflejan la transformación y el rumbo que han seguido los espacios regionales en los últimos años. Pero vistos con deteni-

miento expresan, además, las nuevas diversidades y divergencias que han comenzado a aparecer en esos ámbitos microrregionales.

IRAPUATO 1880-1940: FRESAS Y NARDOS

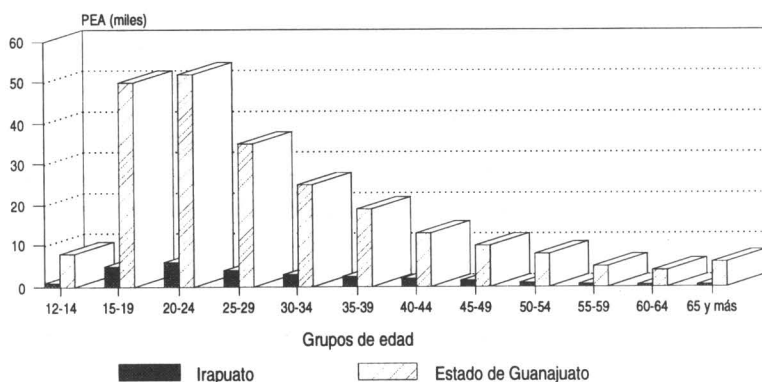
Con una extensión que ocupa el decimoséptimo lugar entre los 46 municipios del estado de Guanajuato, Irapuato es el segundo centro más poblado del estado: en 1990 reunía a 362 915 almas, lo que le confería la tercera densidad demográfica más elevada de la entidad: 461 habitantes por kilómetro cuadrado (Conapo, 1987; INEGI, 1991). Esto no es de extrañar en Guanajuato, “tierra feracísima”, como se decía en el siglo XIX, donde la región del Bajío es la que ha concentrado desde antaño la mayor parte de la población y del dinamismo económico del estado. De hecho, una característica central del desarrollo y la diversificación económicos de Irapuato es que, a diferencia de otras regiones, ha cubierto siempre sus necesidades de trabajadores con mano de obra microrregional, sin desatar movimientos inmigratorios de gran magnitud. O dicho de otro modo, Irapuato ha cubierto sus necesidades de mano de obra incorporando a nuevos sectores sociales mediante la segmentación de los mercados de trabajo.

De hecho, con sus 265 042 habitantes, la ciudad de Irapuato es también la segunda urbe más poblada de su estado (INEGI, 1991) y su población económicamente activa (43%) y efectivamente ocupada es de las más elevadas de Guanajuato (*ibid.*). Y esto no sólo en general, sino además en lo que toca al empleo femenino: las 26 611 mujeres que reconocía como trabajadoras el censo de 1990 representaban más de una quinta parte (21.08%) de la fuerza de trabajo del municipio de Irapuato; una proporción de trabajo femenino superior a la del promedio del estado y la quinta más elevada de la entidad, después de León (22.65%), Guanajuato (23.08%), Morelos (22.65%) y Celaya (21.40%) (*ibid.*). Dicho de otro modo, en el Irapuato de hoy, uno de cada cinco trabajadores reconocidos y estables es mujer.

Pero no sólo eso. Las irapatenses de ahora, además de ingresar al trabajo muy jóvenes, tienden a permanecer como trabajadoras. De las 26 611 mujeres ocupadas en 1990, más de una quinta

parte (23.3%) comenzó a trabajar entre los 12 y los 19 años, y muchas de ellas permanecieron en el empleo en las siguientes etapas de su vida. De hecho, la curva laboral femenina comienza a decaer muy tarde, cuando han pasado los 50 años (gráfica 1).

GRÁFICA 1
Población femenina económicamente activa



Fuente: INEGI, 1991.

Esto tampoco es tan extraño si se revisa la trayectoria de la microrregión de Irapuato desde el porfiriato: sin exagerar se puede decir que fue uno de los ejemplos más vigorosos de desarrollo de una economía agrícola comercial moderna en la región del poblamiento tradicional de México.

Con la llegada del Ferrocarril Central Mexicano en 1880, que estrenó la comunicación ferroviaria entre Celaya e Irapuato, se inició la construcción de líneas y ramales que desde la ciudad de México y a través del Bajío comunicaron en sólo una década tres mundos distintos y distantes: el Pacífico, vía Guadalajara; la frontera norte y la conexión con Estados Unidos; sin descuidar el paso obligado por la ciudad de Guanajuato, capital del estado y centro minero de primer orden (Marmolejo, 1907).

Las nuevas vías y el novedoso medio de comunicación colocaron a Irapuato en una situación espacial privilegiada, que la villa —muy

pronto convertida en ciudad— y su gente supieron aprovechar con entusiasmo y diligencia. En sólo dos décadas, Irapuato dejó atrás el modesto noveno lugar que alcanzaba en la jerarquía demográfica estatal de 1880 para situarse en el tercer lugar que ya ocupaba a la vuelta del siglo y que mantiene hasta la fecha (González, 1904).

El cambio demográfico era un indicador de las rápidas y rotundas transformaciones urbanas y regionales que se suscitaron con el paso regular y cotidiano del ferrocarril. Aunque hubo, sin duda, un importante desarrollo del comercio y la manufactura en la ciudad, el eje de la vida económica y social transcurría todavía en el campo, en ese mundo rural que comenzaba en las orillas de la ciudad, y que incluía un pueblo (Jaripitío), una treintena de haciendas y un centenar de ranchos (Busto, 1880; González, 1904).

La tierra abajeña, de por sí plana, fértil e irrigada, recibió como un fertilizante adicional algunas medidas como la supresión de las alcabalas que, junto con el ferrocarril, permitieron hacer llegar, con rapidez y competitividad, los productos agrícolas irapuatenses a los mercados de las ciudades de México y, en menor medida, de Guadalajara. Así se expandió la producción cerealera tradicional de maíz y sobre todo de trigo en las haciendas. Pero además, fue la ocasión inmejorable para incrementar la producción de flores (nardo), hortalizas y frutas y, sobre todo, fresas; plantas que habían llegado a la ciudad desde mediados del siglo *xx* y que se empezaron a producir a escala comercial en pequeñas huertas de la orilla de la ciudad. A partir de 1890, Irapuato empezó a ser nacionalmente reconocido por la abundancia, calidad y bajo precio de sus fresas (Velasco, 1890; González, 1904) y era tal la demanda, se dice, que con frecuencia había que añadir un carro especial al tren que iba a México.

La bonanza agrícola repercutió en una expansión del trabajo, no necesariamente en un crecimiento del empleo asalariado. Esto fue particularmente cierto en el caso de las mujeres: a partir de entonces se recuerda la presencia cada vez más regular e intensa de las esposas e hijas de peones y medieros en las tareas agrícolas, como la siembra, el desyerbe y la cosecha. La mediería, que se extendió mucho en ese tiempo, no hubiera sido posible sin la colaboración femenina, reconocen hoy los que fueron hacendados ayer. Las mujeres trabajaban también en las huertas, pero siempre como auxiliares de los hombres.

Es decir, el aumento y la intensificación de las labores agrícolas y hortícolas requirió de un trabajo femenino que se integraba al ingreso o salario masculino; no existía como trabajo e ingreso individual. El patrón y el trabajador daban por supuesto que esa colaboración familiar existía, pero no se valoraba de manera independiente.

Quizá por eso y a diferencia de lo que ya sucedía en otras regiones casi no se registró migración de Irapuato a Estados Unidos antes de 1910. Los pocos casos que se recuerdan fueron de hombres con oficios urbanos. Y esto a pesar de tener la más antigua y mejor conexión ferroviaria hacia la frontera norte.

Como quiera, la situación cambió, de manera drástica, con la Revolución. Por la misma vía que había llegado la bonanza, comenzó la incertidumbre: a partir de 1912 cesaron las garantías para el tráfico ferroviario de gente y mercancías, lo que afectó severamente la vida económica regional (Espinosa y Sánchez Almaguer, 1917). A pesar de todo, en Irapuato no faltaron los alimentos, como sucedió en otras partes. Quizá por eso se convirtió en tierra de acogida de la pobreza y la inseguridad de ciudades, pueblos y rancherías de los alrededores. Fue también lugar de paso hacia Estados Unidos. Porque entonces sí comenzó a dejarse sentir la salida masculina al otro lado. Temerosos de la leva o para buscar un ingreso que las condiciones agrícolas ya no garantizaban, muchos hombres jóvenes, casados y solteros, tomaron, ahora sí, el tren rumbo al norte. De muchos de ellos no se volvió a saber más: no regresaron ni se comunicaron con las familias que dejaron. De este modo, no se formó entonces una red ni una tradición migratoria con Estados Unidos.

Por si fuera poco, las epidemias de tifo (1916) y de gripe española (1918) se llevaron de este mundo a mucha gente de la región, ya debilitada por la hambruna de varios años. Así, se volvieron frecuentes en Irapuato una modalidad de inmigración y un tipo peculiar de familia, integrada a veces hasta por tres generaciones y encabezada por una mujer que tenía que mantenerla.

La necesidad generalizada de trabajo en un contexto de crisis y reacomodo económico suscitó dos procesos: por una parte, una emigración familiar y femenina temprana y temporal a la ciudad de México, para trabajar, ellos en la obra, ellas en el servicio doméstico. En verdad, en el lapso comprendido entre 1910 y 1939, la salida de hombres y mujeres jóvenes a la ciudad de México fue

relativamente equilibrada: 55.6% de hombres y 44.4% de mujeres. La mayoría (77.7%) se iba cuando tenía menos de 15 y hasta los 19 años (cuadro 1).

CUADRO 1
Características demográficas de emigrantes a Estados Unidos;
emigrantes dentro de México, y no emigrantes:
Irapuato, Guanajuato

<i>Edades de los emigrantes a Estados Unidos</i>	<i>1910-1939 (porcentaje)</i>	<i>1940-1964 (porcentaje)</i>	<i>1965-1993 (porcentaje)</i>
<i>Sexo masculino</i>		92.9	71.2
Menores de 15 años		14.3	1.7
De 15-19		28.6	16.9
De 20-34		50.0	61.0
De 35-54		7.1	13.6
De 55 y más		0.0	6.8
Promedio		21.00	28.54
Número		14	59
<i>Emigrantes dentro de México</i>			
<i>Sexo masculino</i>	55.6	42.4	64.1
Menores de 15 años	44.4	16.7	8.4
De 15-19	33.3	36.4	18.6
De 20-34	11.1	34.8	56.9
De 35-54	11.1	12.1	13.8
De 55 y más	0.0	0.0	2.4
Promedio	19.00	21.58	25.95
Número	9	66	167
<i>No emigrantes</i>			
<i>Sexo Masculino</i>	50.0	50.1	46.8
Menores de 15 años	85.2	69.1	46.5
De 15-19	8.1	11.0	13.0
De 20-34	6.6	15.2	25.0
De 35-54	0.1	4.5	12.5
De 55 y más	0.0	0.2	3.0
Promedio	7.56	11.66	19.10
Número	1 221	1 146	938

Fuente: Massey y Durand, Persfile.

Por otra parte, a nivel local se intensificó el empleo masculino e infantil. La notable reactivación de la economía irapuatense a partir de los años veinte tuvo mucho que ver no sólo con la presencia, sino también con la experiencia de esos hombres y mujeres que habían comenzado a trabajar desde los seis años en actividades diversas. Así sucedió, por ejemplo, con la fábrica de cigarros “El Águila” en 1926: muchas de las 800 trabajadoras que contrató habían aprendido el oficio desde niñas en las dos pequeñas cigarreras que habían existido anteriormente en la ciudad.

Entre 1920 y 1940 hubo un proceso de modernización industrial que a las primeras y a las que más afectó fue a las mujeres. Pero la inserción laboral femenina que se canceló por la vía de la gran empresa comenzó a abrirse y a bifurcarse por el rumbo de la pequeña industria de la confección y el de las congeladoras.

No cabe duda de que la escuela revolucionaria y el desarrollo económico contribuyeron a acuñar un tipo de mujer rural peculiar: en un contexto de desarticulación social y económica y frente a la obligación de encargarse de los suyos, la mujer de Irapuato, sin experiencia ni tradición previa, tuvo que aprender a trabajar fuera del ámbito doméstico e incluso a desplazarse a la ciudad de México para lograr un ingreso en efectivo.

IRAPUATO 1940-1980: EMPACADORAS Y MIGRACIÓN

Al final de la segunda Guerra Mundial la sociedad norteamericana pudo mejorar sus hábitos de consumo, entre ellos el de fruta fresca. Se dice que los braceros que empezaron a ser contratados a Estados Unidos algo tuvieron que ver en esto: ellos dieron a conocer la existencia de la frutilla y la tradición de fruticultura que había en Irapuato. Lo cierto es que a partir del segundo lustro de la década de 1940 empezó a expandirse e intensificarse el cultivo de la fresa: ya habían llegado a la región personas y capitales de Estados Unidos interesados en promover el cultivo y en asociarse para la exportación.

En 1946 existía ya la primera congeladora de fresa: Congeladora del Sureste que poco después fue la Congeladora del Centro, a la que muy pronto siguieron otras, como Del Valle y Santa Clara a principios

de los años cincuenta. Esta última, que era la más grande de su época, ocupaba de manera regular a 300 mujeres durante casi todo el año, porque, salvo en un mes, siempre había mucha fresa. Al mismo tiempo, empezaron a instalarse en la ciudad los primeros establecimientos de fabricación de ropa de trabajo para hombre, los que también emplearon a mujeres en las labores de producción.

Las obreras de uno y otro giros solían ser parientes y vecinas, que se iniciaban muy jóvenes en el trabajo. Algunas eran originarias de la ciudad de Irapuato, otras inmigrantes definitivas de ranchos del municipio irapuatense o de otros cercanos. No obstante el reparto agrario, en la decisión femenina de trabajar se dejaba sentir la escasez de tierras y en sus familias la precariedad de las condiciones agrícolas. Eso y el abandono masculino convertía a las mujeres y a sus hijas pequeñas en mano de obra siempre accesible para las congeladoras y las fábricas de la ciudad. Otras, en cambio, preferían irse a la ciudad de México. Entre 1940 y 1964 más de la mitad (57.6%) de la migración irapuatense a la capital fue de mujeres (cuadro 1).

Los hombres, entre tanto, habían aprendido a viajar a Estados Unidos contratados y solos: 92.9% de los que salieron entre 1940 y 1964 eran hombres, de los cuales poco menos de la mitad (42.9%) se iba cuando tenía entre 15 y 19 años y la otra mitad (50%) entre los 20 y los 34 años. Otros (42.4 %), seguían yendo a trabajar a la ciudad de México, como obreros o empleados en los servicios (cuadro 1). Algunos regresaron, otros ya no.

Algo similar empezó a suceder en La Soledad, una ranchería situada al suroeste de la ciudad de Irapuato. Allí, a partir de 1940 comenzó a suscitarse, por primera vez, la migración masculina y femenina: los hombres iban a Estados Unidos y a la capital del país y las mujeres exclusivamente a la ciudad de México (cuadro 1).

Así, entre hombres y mujeres, entre 1940 y 1964 la mitad de la población del municipio de Irapuato tuvo experiencia migratoria. Realmente, la esperanza agrícola y agraria de la revolución había durado poco: las tierras que se les otorgaron, a la vuelta de una generación eran ya insuficientes. Además, la riqueza agrícola de la microrregión muy pronto diseñó y desató diversos mecanismos para facilitar la concentración y el usufructo empresarial privado de las tierras abajeñas. Tampoco el empleo local femenino en las

congeladoras, fábricas y talleres logró compensar el atractivo de las luces de la gran ciudad.

IRAPUATO EN LA ECONOMÍA ABIERTA: 1980 A 1992

Visto en perspectiva, quizá pueda decirse que la llegada de la empresa Gigante Verde, en 1983, fue el indicio y el inicio de una nueva etapa en la vida económica de Irapuato. A partir de entonces empezó a crecer el número y la envergadura de las emparadoras: en la actualidad existen por lo menos 20 empresas de esa índole en la ciudad, algunas de las cuales incrementan de 300 a 2 000 el número de sus trabajadoras durante la temporada alta. De cualquier manera, son establecimientos que trabajan de manera regular durante todo el año, ya que procesan frutas y verduras que provienen de diferentes partes de la República.

La prosperidad agrícola irapatense ya no depende de su legendaria frutilla. En verdad, esa fruta es hoy por hoy un negocio de pobres: ha sido rotundamente desplazada por una variedad de hortalizas —brócoli, coliflor, espárrago— para la exportación. Productos y mercado han transformado no sólo el paisaje agrícola, sino también el escenario laboral de la región: son mujeres las que se encargan del cuidado de las plantas pequeñas en los invernaderos de las compañías, en tanto que cientos de jornaleras son llevadas cada día a trabajar a los innumerables campos de cultivo. En las emparadoras, sobra decirlo, la proporción laboral femenina es abrumadora. Pero además de la gran empaadora, existen ahora los llamados “centros de corte”, donde también se procesan hortalizas. Aunque formalmente aparecen como empresas independientes, en la práctica son locales que trabajan de manera estable y regular para alguna empresa de las cercanías (Arias, 1992b). El centro de corte de La Soledad, por ejemplo, donde trabajan cotidianamente 70 mujeres, recibe y entrega hortalizas de una de las grandes empaadoras de Irapuato.

La expansión del empleo femenino se advierte no sólo en la agricultura y la agroindustria, sino también en la manufactura de prendas de vestir. En 1991 había registrados más de 100 establecimientos para la confección de ropa —y un número similar de no

CUADRO 2
Características demográficas de emigrantes a Estados Unidos;
dentro de México, y no emigrantes: La Soledad, Guanajuato

<i>Edades de los emigrantes a Estados Unidos</i>	<i>1910-1939 (porcentaje)</i>	<i>1940-1964 (porcentaje)</i>	<i>1965-1993 (porcentaje)</i>
<i>Sexo masculino</i>		95	90.6
Menores de 15 años		0.0	2.4
De 15-19		15.0	20.0
De 20-34		80.0	56.5
De 35-54		5.0	18.8
De 55 y más		0.0	2.4
Promedio		24.80	27.89
Número		20	85
<i>Emigrantes dentro de México</i>			
<i>Sexo masculino</i>	100.0	50.0	80.0
Menores de 15 años	0.0	10.0	12.0
De 15-19	0.0	50.0	28.0
De 20-34	100.0	40.0	56.0
De 35-54	0.0	0.0	4.0
Promedio	21.00	19.60	22.32
Número	1	10	25
<i>No emigrantes</i>			
<i>Sexo masculino</i>	50.4	49.5	43.7
Menores de 15 años	83.2	72.4	49.7
De 15-19	9.1	10.1	12.4
De 20-34	7.3	13.5	24.6
De 35-54	0.3	3.8	11.0
De 55 y más	0.0	0.2	2.3
Promedio	8.14	10.91	17.85
Número	827	802	698

Fuente: Massey y Durand, Persfile.

registrados— que daban empleo a 2 000 mujeres, además de las trabajadoras a domicilio. Establecimientos viejos y nuevos, pero que ya forman parte de la tendencia actual en esa rama: dispersión espacial y fragmentación productiva de las empresas. De hecho, en Irapuato conviven fábricas independientes, talleres de maquila para fábricas locales o para la ciudad de México con establecimientos

que han trabajado y trabajan con licencia de compañías extranjeras, como Levi's.

La expansión del empleo femenino, aunque notable, no significa que las trabajadoras transiten con facilidad entre los mercados de trabajo. Lo contrario es lo cierto. Es decir, aunque se suele dar una gran movilidad dentro de cada giro, existe al mismo tiempo poca circulación de trabajadoras entre el campo y la ciudad, y entre actividades distintas, incluso en el mundo rural.

Pero no sólo eso; el cambio de modelo económico y las modificaciones correspondientes en el mercado de trabajo, han comenzado a trastornar el empleo masculino. En la ciudad se percibe y se constata, por ejemplo, un índice de desempleo masculino mayor (6.0% entre los 20 y los 34 años) que en el ámbito rural (1.7% para las mismas edades). Se advierte también un decremento notable de la actividad agrícola como un oficio masculino viable o generalizado, propio o ajeno. De hecho, en Irapuato tiende a incrementarse el trabajo calificado, en el comercio y en los servicios (cuadro 3a).

En La Soledad, en cambio, la agricultura sigue siendo el quehacer más socorrido de la población masculina, aunque ya no sea en calidad de propietaria de la tierra. Allí, además de un desempleo menor que en la ciudad, se advierte una mayor participación laboral de los niños que en Irapuato (cuadro 3b).

Estos cambios en el mercado de trabajo han afectado, por supuesto, las tendencias migratorias de la población. Pero aquí se encuentra una evidencia que parecería ratificar la vieja noción de que la creación de fuentes locales de empleo es el mejor antídoto contra la migración rural-urbana: en los últimos años ha decrecido la emigración de irapuatenses, urbanos y rurales, a la ciudad de México. Mientras los migrantes internos masculinos inactivos, es decir, los que anteriormente fueron a la ciudad de México, representaban 29.4% de la muestra, los migrantes actuales alcanzan sólo 8.3%. Este cambio en la migración interna resulta más acentuado en el caso de las mujeres: de 20.5% de migrantes inactivas, se había bajado a 1.8% de migrantes activas en 1991 (cuadro 4).

CUADRO 3a
Irapuato, ocupación por sexo y edad

	<i>Hombres</i>				
	<i>Menores de 15 años (%)</i>	<i>De 15-19 (%)</i>	<i>De 20-34 (%)</i>	<i>De 35-54 (%)</i>	<i>De 55 y más (%)</i>
Niños	24.3	0.0	0.0	0.0	0.0
Desempleados	2.7	1.9	6.0	4.6	2.1
Labores del hogar, no trabajan	0.0	0.0	0.0	0.0	2.1
Estudiantes	66.9	34.0	8.3	0.0	0.0
Retirados	0.0	0.0	0.0	3.1	39.6
Otros (enfermos, encarcelados)	0.0	1.9	0.0	0.0	4.2
Profesionales técnicos	0.0	5.7	17.9	10.8	2.1
Empleados comerciales	2.7	15.1	19.0	23.1	20.8
Trabajadores calificados	0.7	20.8	15.5	20.0	8.3
Servicios	1.4	9.4	15.5	7.7	10.4
Trabajadores no calificados	1.4	3.8	14.3	29.2	4.2
Trabajadores agrícolas	0.0	7.5	3.6	1.5	6.3
Núm. total de personas	148	53	84	65	48

	<i>Mujeres</i>				
	<i>Menores de 15 años (%)</i>	<i>De 15-19 (%)</i>	<i>De 20-34 (%)</i>	<i>De 35-54 (%)</i>	<i>De 55 y más (%)</i>
Niñas	21.9	0.0	0.0	0.0	0.0
Desempleadas	0.0	0.0	0.0	0.0	3.8
Labores del hogar, no trabajan	10.2	27.3	50.0	60.7	75.0
Estudiantes	65.6	34.5	5.5	0.0	0.0
Retiradas	0.0	0.0	0.0	3.6	3.8
Otras (enfermas, encarceladas)	0.0	0.0	0.0	1.2	0.0
Profesionales técnicas	0.0	3.6	15.5	3.6	0.0
Empleadas comerciales	0.8	18.2	17.3	11.9	3.8
Trabajadoras calificadas	0.0	5.5	0.9	3.6	0.0
Servicios	0.8	9.1	4.5	7.1	13.5
Trabajadoras no calificadas	0.8	1.8	6.4	8.3	0.0
Núm. total de personas	128	55	110	84	52

Fuente: Massey y Durand, Persfile.

CUADRO 3b
La Soledad, ocupación por sexo y edad

	<i>Hombres</i>				
	<i>Menores</i>				
	<i>de 15 años</i> (%)	<i>De 15-19</i> (%)	<i>De 20-34</i> (%)	<i>De 35-54</i> (%)	<i>De 55 y más</i> (%)
Niños	20.3	0.0	0.0	0.0	0.0
Desempleados	0.0	0.0	1.7	4.4	0.0
Estudiantes	62.8	23.5	0.0	0.0	0.0
Otros (enfermos, encarcelados)	0.0	2.9	0.0	4.4	4.2
Trabajan y estudian	1.4	0.0	0.0	0.0	0.0
Profesionales técnicos	0.0	0.0	1.7	2.2	0.0
Empleados comerciales	0.7	2.9	3.4	4.4	4.2
Trabajadores calificados	0.0	0.0	5.2	0.0	0.0
Servicios	0.0	0.0	5.2	0.0	0.0
Trabajadores no calificados	0.0	5.9	15.5	4.4	0.0
Trabajadores agrícolas	14.9	64.7	69.0	80.0	91.7
Núm. total de personas	148	34	58	45	24

	<i>Mujeres</i>				
	<i>Menores</i>				
	<i>de 15 años</i> (%)	<i>De 15-19</i> (%)	<i>De 20-34</i> (%)	<i>De 35-54</i> (%)	<i>De 55 y más</i> (%)
Niñas	22.9	0.0	0.0	0.0	0.0
Labores del hogar, no trabajan	13.7	37.5	75.5	76.1	65.2
Estudiantes	55.0	12.5	0.0	0.0	0.0
Otras (enfermas, encarceladas)	0.0	0.0	0.0	0.0	4.3
Empleadas comerciales	0.0	0.0	5.7	6.5	4.3
Servicios	0.0	0.0	1.9	0.0	0.0
Trabajadoras no calificadas	7.6	50.0	17.0	15.2	17.4
Trabajadoras agrícolas	0.8	0.0	0.0	2.2	8.7
Núm. total de personas	131	24	53	46	23

Fuente: Persfile.

CUADRO 4
Hombres y mujeres de 15 a 64 años clasificados por estatus migratorio: Irapuato y La Soledad

	<i>Comunidad</i>			
	<i>Irapuato</i>		<i>La Soledad</i>	
	<i>Hombres</i> (%)	<i>Mujeres</i> (%)	<i>Hombres</i> (%)	<i>Mujeres</i> (%)
Emigrantes activos	14.0	2.9	26.0	2.9
A Estados Unidos	6.1	1.1	24.7	2.9
Dentro de México	8.3	1.8	1.3	0.0
Emigrantes inactivos	33.3	20.9	22.7	6.6
A Estados Unidos	6.6	1.1	14.7	0.7
Dentro de México	29.4	20.5	10.7	5.8
Emigrantes no activos	86.0	97.1	74.0	97.1
No emigrantes	54.4	76.6	54.0	91.2
Total	228	278	150	137

Fuente: Massey y Durand, Persfile.

En La Soledad ha sucedido algo similar, aunque en menor proporción: los migrantes inactivos pasaron del 10.7 a 1.3% en la actualidad, y la migración femenina interna parece haberse detenido: de 5.8% ha descendido a cero (cuadro 4). Otros estudios recientes han constatado procesos similares: en los últimos años, dice Luis Miguel Rionda (1992), las mujeres de Copándaro han dejado de migrar de manera definitiva a la ciudad de México, donde solían ocuparse en el servicio doméstico. Frente al desarrollo industrial y turístico de la microrregión de San Juan del Río, en Querétaro, la población, masculina y femenina, de El Cerrito y La Trinidad ha dejado de migrar a la ciudad de México, como lo hacía antes.

Este cambio en el patrón migratorio interno, sin embargo, no tiene correspondencia con la migración a Estados Unidos. De hecho, en Irapuato ésta se mantiene o decrece apenas: la proporción de 6.6% de migrantes inactivos masculinos se reduce al 6.1% de los migrantes activos. La proporción de mujeres se mantiene estable: 1.1% (cuadro 4).

En La Soledad, en cambio, ha tendido a incrementarse la migración masculina al país de norte: de 14.7% de migración mascu-

lina inactiva, se ha pasado a 24.7% de migrantes activos. Las mujeres, que tenían una bajísima participación (0.7%) han comenzado a incrementar su salida a Estados Unidos: 2.9% en 1991 (cuadro 4).

Puede decirse entonces que si bien el desarrollo local de una ciudad, del cual Irapuato es un modelo bastante ejemplar, parece contribuir, de manera efectiva, a reducir la migración a las grandes ciudades, la situación resulta mucho más ambigua en lo que se refiere a la migración a Estados Unidos.

Quizá esto tenga que ver con las segmentaciones o polarizaciones que el nuevo dinamismo económico ha comenzado a crear a nivel intrarregional. O dicho de otra manera, a que en el nuevo modelo de desarrollo en el que está inmerso el municipio de Irapuato han surgido sin duda buenos motivos para quedarse, pero también inevitables razones para irse.

NOTA FINAL

El ejemplo de Irapuato ilustra bien la manera en que las mujeres del campo y la ciudad enfrentaron el deterioro de la condición agraria y la necesidad de incrementar el ingreso monetario familiar, convirtiéndose en las primeras en incorporarse al mercado de trabajo local y extralocal (Arias, 1992b). La manera en que lo hicieron refleja, por supuesto, el rumbo de las oportunidades de ese tiempo y el resquicio de posibilidades sociales y culturales que habían surgido en el Irapuato de entonces: la migración femenina a la ciudad de México en un contexto de inmigración y aflojamiento de las convenciones sociales y genéricas tradicionales. Por esa época, el trabajo femenino aparecía siempre como una excepción en la dinámica económica y algo pasajero en la vida familiar.

A la luz de lo que sucede actualmente en Irapuato, se puede decir que la puesta en marcha de un nuevo modelo de crecimiento económico basado en la competitividad, la apertura de mercados y el decremento de la intervención estatal ha supuesto formas de estructurar el trabajo y posibilitado maneras de vincularse con los espacios regionales mucho más descentralizadas que las del modelo anterior que, como es bien sabido, tendía a sustentarse y a

privilegiar la metropolización y, por lo mismo, a desanimar, cuando no a destruir, las posibilidades de vida y de trabajo en los entornos urbanos menores.

En esta nueva lógica de dinámica y organización regional se ubican y explican el surgimiento y la consolidación de desarrollos económicos especializados diversos, pero igualmente viables en varias ciudades medias y pequeñas del país, en particular las de la amplia región del centro-occidente (Arias, 1992b).

Pero no sólo eso. Como se observa con cada vez mayor nitidez, otras características centrales del nuevo modelo de desarrollo han sido su necesidad y su habilidad para reducir y a veces hasta para eliminar las formas tradicionales de estructuración y división del trabajo y, cada vez más, las organizaciones de trabajadores. De este modo se han comenzado a recuperar formas de trabajo y a generar nuevos trabajadores en la ciudad y el campo. Uno en especial: las mujeres. De este modo se puede decir que la posibilidad efectiva de trabajar eficazmente en espacios urbanos menores y en organizaciones pequeñas ha desencadenado una expansión y generalización del mercado de trabajo femenino en las ciudades medianas y pequeñas y en sus entornos rurales. Expansión y generalización que ya no es tan fácil como antes eludir, al analizar la dinámica económica regional y la organización doméstica de las trabajadoras.

El nuevo desarrollo ha empezado a generar su propia dinámica de estructuración intrarregional. El ejemplo de Irapuato, ciudad con una agricultura tan viable, pone de manifiesto el surgimiento de una nueva división del trabajo entre el campo y la ciudad. División que tiende a centralizar en la urbe las tareas más dinámicas (manufactura, servicios y comercio especializados) que garantizan a los trabajadores de la ciudad los mejores, relativamente hablando, empleos y salarios. Es decir, se desplaza y circunscribe al mundo rural la tarea de proveer al menor costo posible la abundante mano de obra poco calificada que requiere el enorme dinamismo agrícola actual.

Esto ciertamente no es nuevo. Pero la diferencia es que rota, de manera definitiva, la alternativa o la esperanza agraria, la gente del mundo rural tiene ahora menos motivos para quedarse en la región y en el país. Porque si se trata de vivir ineludiblemente de

un ingreso monetario, es mejor, a pesar de todo, un salario en Estados Unidos.

En este sentido, se puede decir que la insistencia en atribuir la migración femenina a la lógica de la reunificación familiar dificulta constatar la emergencia de dos fenómenos novedosos: por una parte, el cambio cultural que se ha suscitado en la mujer y que es el que de algún modo hace posible este desplazamiento femenino; y, por otra, la expansión y diversificación del mercado laboral femenino en Estados Unidos para la mujer migrante; que se da, de manera directa, en las labores del campo, las empacadoras, las fábricas y los servicios; pero también, de manera indirecta, debido a la demanda que generan las inmigradas que trabajan y requieren auxilio doméstico.

De cualquier modo, las mujeres de Irapuato han demostrado además que su incorporación al trabajo no liquida su inquebrantable, a veces también inexplicable, lealtad conyugal y familiar.

BIBLIOGRAFÍA

- Alarcón, Rafael, "El proceso de 'norteamericanización': impacto de la migración internacional en Chavinda, Michoacán", en T. Calvo y P. Arias, "Dos nociones en torno al campo", ponencia presentada en el *Seminario Mercados de trabajo. Una perspectiva comparativa. Tendencias generales y cambios recientes*, México, Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, El Colegio de la Frontera Norte y la Fundación Friedrich Ebert, 24-26 de octubre de 1991.
- Arias, Patricia, "Tres microhistorias del trabajo femenino en el campo", ponencia presentada en la conferencia: *Crossing Boundaries, Creating Spaces: Mexican and Chicana Women, 1848-1992*, University of Illinois at Chicago, 9-11 de abril de 1992a.
- , *Nueva rusticidad mexicana*, México, Conaculta, 1992b.
- y Gail Mummert, "Familia, mercados de trabajo y migración en el centro-occidente de México", *Nueva Antropología*, vol. IX, núm. 32, México, 1987, pp. 105-127.
- Arizpe, Lourdes, *Migración, etnicismo y cambio económico*, México, El Colegio de México, 1978.
- , *Campesinado y migración*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985.
- , "Introducción", en G. Mummert (ed.), *Población y trabajo en contextos regionales*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1990, pp. 11-15.

- y Josefina Aranda, "Las obreras de la agroindustria de la fresa en Zamora, Michoacán", en J. Aranda (comp.), *Las mujeres en el campo*, Oaxaca, Instituto de Investigaciones Sociológicas de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, 1988, pp. 201-232.
- Arroyo Alejandro, Jesús, Adrián de León Arias y M. Basilia Valenzuela Varela, *Migración rural hacia Estados Unidos. Un estudio regional en Jalisco*, México, Conaculta, 1991.
- Balán, Jorge, Harley L. Browning y Elizabeth Jelin, *Migración, estructura ocupacional y movilidad social (El caso de Monterrey)*, México, UNAM, 1973.
- Barrón Pérez, María Antonieta, "Jornaleras agrícolas en Hidalgo, Guanajuato y Jalisco", en E. Ramírez Bautista y H. Dávila Ibáñez, *Trabajo femenino y crisis en México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 1990, pp. 143-169.
- Busto, Emiliano, *Estadística de la República Mexicana*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1880.
- Carrillo, Jorge H. y Alberto Hernández H., "La migración femenina hacia la frontera norte y los Estados Unidos", en G. López y S. Pardo Galván (eds.), *Migración en el Occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1988, pp. 85-111.
- Casillas Moreno, Angelina, *La mujer en dos comunidades de migrantes (Chihuahua)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1986.
- Clark Alfaro, Víctor, *Los mixtecos en la frontera (Baja California)*, Mexicali, B.C., Universidad Autónoma de Baja California, Instituto de Investigaciones Sociales, Cuadernos de Ciencias Sociales 10, 1991.
- Conapo, *Guanajuato democrático*, México, Consejo Nacional de Población, 1987.
- Cornelius, Wayne, "Los migrantes de la crisis: el nuevo perfil de la migración de mano de obra mexicana a California en los años ochenta", en G. Mummert (ed.), *Población y trabajo en contextos regionales*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1990, pp. 103-141.
- Dinerman, Ina R., "El impacto agrario de la migración en Huecorio", *Relaciones*, vol. IV, núm. 15, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1983.
- Donato, Katharine M., Jorge Durand y Douglas S. Massey, "Stemming the Tide? Assessing the Deterrent Effects of the Immigration Reform and Control Act", *Demography* 29, 1992, pp. 139-158.
- Durand, Jorge, "Circuitos migratorios", en T. Calvo y G. López (coords.), *Movimientos de población en el Occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán y Centre D'Études Mexicaines et Centroaméricaines, 1988, pp. 337-357.
- (comp.), *Migración México-Estados Unidos. Años veinte*, México, Conaculta, 1991a.
- , *Migrations Internationales dans l'Ouest du Mexique. Conditions Sociales, Politiques et Culturelles*, Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, tesis de doctorado (NR) en Géographie et Aménagement, 1991b.
- Durston, John W., *Organización social de los mercados campesinos en el centro de Michoacán*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1976.

- Espinosa, Crispín y Manuel Sánchez Almaguer, *Efemérides Guanajuatenses*, tres tomos, Guanajuato, Imprenta de "El Comercio", 1917.
- Fonseca, Omar y Lilia Moreno, "Consideraciones histórico-sociales de la migración de trabajadores michoacanos a los Estados Unidos de América: el caso de Jaripo", en G. López y S. Pardo Galván (eds.), *Migración en el Occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1988, pp. 65-84.
- Friedlander, Judith, *Ser indio en Hueyapan*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira, "El trabajo femenino a fines de los ochenta", en E. Ramírez Bautista y H. Dávila Ibáñez, *Trabajo femenino y crisis en México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 1990, pp. 53-77.
- Goldsmith, Mary, "El servicio doméstico y la migración femenina" en E. Ramírez Bautista y H. Dávila Ibáñez, *Trabajo femenino y crisis en México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 1990, pp. 257-275.
- González, Luis, *Pueblo en vilo*, México, El Colegio de México, 1979.
- González, Pedro, *Geografía local del estado de Guanajuato*, Guanajuato, Tip. de la Escuela Industrial Militar, 1904.
- Guidi, Martha, "Mujeres y migración en San Juan Mixtepec", en J. Aranda (comp.), *Las mujeres en el campo*, Oaxaca, Instituto de Investigaciones Sociológicas de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, 1988, pp. 103-112.
- INEGI, *Guanajuato. Resultados definitivos. XI Censo General de Población y Vivienda, 1990*, México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, 1991.
- Lara, Sara María, "El perfil de la jornalera agrícola actual y su mercado de trabajo", en J. Aranda (comp.), *Las mujeres en el campo*, Oaxaca, Instituto de Investigaciones Sociológicas de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, 1988, pp. 189-199.
- López Castro, Gustavo, *La casa dividida*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1986.
- Marmolejo, Lucio, *Efemérides Guanajuatenses*, Guanajuato, Imprenta, Librería y Papelería de Francisco Díaz, 1907.
- Massey, Douglas S., et al., *Los ausentes*, México, Conaculta y Alianza Editorial, 1991.
- y Jorge Durand, Base de datos 1988-1994, Universidad de Chicago y Universidad de Guadalajara, Archivo de personas (Persfile).
- Mummert, Gail, "Mujeres de migrantes y mujeres migrantes de Michoacán: nuevos papeles para las que se quedan y para las que se van", en T. Calvo y G. López (coords.), *Movimientos de población en el Occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán y Centre D'Études Mexicaines et Centroaméricaines, 1988, pp. 281-297.
- Muñoz, Humberto, Orlandina de Oliveira y Claudio Stern, *Migración y desigualdad social en la ciudad de México*, México, El Colegio de México, UNAM, 1977.

- Nutini, Hugo G. y Barry L., Isaac, *Los pueblos de habla náhuatl de la región de Tlaxcala y Puebla*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1974.
- Ochoa, Álvaro, "Arrieros, braceros y migrantes del oeste michoacano (1849-1911)", en T. Calvo y G. López (coords.), *Movimientos de población en el Occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán y Centre D'Études Mexicaines et Centroaméricaines, 1988, pp. 253-263.
- Ornelas López, José Luz, "Deterioro de las ocupaciones tradicionales y migración de mujeres zapotecas: Santo Domingo del Valle, Tlaxolula, Oaxaca", en J. Aranda (comp.), *Las mujeres en el campo*, Oaxaca, Instituto de Investigaciones Sociológicas de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, 1988, pp. 113-121.
- Rendón Gan, Teresa, "Trabajo femenino remunerado en el siglo veinte. Cambios, tendencias y perspectivas", en E. Ramírez Bautista y H. Dávila Ibáñez, *Trabajo femenino y crisis en México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 1990, pp. 29-51.
- Rionda Ramírez, Luis Miguel, *Orígenes y móviles de la migración al interior de una comunidad indígena del Valle de Oaxaca: Santa Yatzechi*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, Departamento de Antropología, tesis de licenciatura en antropología social, 1983.
- , *Y jalaron pa'l norte... Migración, agrarismo y agricultura en un pueblo michoacano: Copándaro de Jiménez*, México, INAH, Colección Divulgación, 1992.
- Rosado, Georgina, "Las mujeres de San Pablo: trabajo y vida cotidiana", en J. Aranda (comp.), *Las mujeres en el campo*, Oaxaca, Instituto de Investigaciones Sociológicas de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, 1988, pp. 147-162.
- Rouse, Roger, "Migración al suroeste de Michoacán durante el Porfiriato: el caso de Aguililla", en T. Calvo y G. López (coords.), *Movimientos de población en el Occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán y Centre D'Études Mexicaines et Centroaméricaines, 1988, pp. 231-250.
- Smith, Robert, "Mexicanos en Nueva York", *Nexos* 171, México, marzo de 1992, pp. 57-60.
- Velasco, Alfonso Luis, *Geografía y Estadística de la República Mexicana, Tomo V. Geografía y Estadística del Estado de Guanajuato*, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1890.
- Verduzco, Gustavo, "Crecimiento urbano y desarrollo regional: el caso de Zamora, Michoacán", *Relaciones*, vol. V. núm. 17, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1984, pp. 9-40.
- Wiest, Raymond E., "La dependencia externa y la perpetuación de la migración temporal a los Estados Unidos", *Relaciones*, vol. IV, núm. 15, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1983, pp. 53-87.

TIEMPOS DE ESPERA: EMIGRACIÓN MASCULINA, CICLO DOMÉSTICO Y SITUACIÓN DE LAS MUJERES EN SAN MIGUEL ACUEXCOMAC, PUEBLA

MARÍA EUGENIA D'AUBETERRE BUZNEGO*

INTRODUCCIÓN

Sin duda, el éxodo rural en los llamados países en desarrollo ha sido uno de los temas más estudiados en las últimas décadas. Se ha generado una abundante bibliografía abocada a explicar los factores que intervienen en los movimientos migratorios así como a interpretar los cambios que traen aparejados estos procesos, tanto en las sociedades receptoras de estos flujos, como en los lugares donde se originan. El presente artículo privilegia esta última dimensión en el estudio de los efectos de la emigración masculina sobre la situación de vida de las mujeres y la de los grupos domésticos de una comunidad campesina cuya economía descansaba, hasta años recientes, en la producción agrícola de subsistencia.

Nuestra investigación se inscribe en la vasta tradición de estudios de caso sobre migración, principalmente de corte antropológico, realizados en diversas regiones del país (Massey *et al.*, 1991: 14-15). La zona escogida para realizar el trabajo de campo ha recibido escasa atención hasta ahora, y pensamos que el tipo de preguntas que nos formulamos con respecto a ella puede contribuir a la comprensión de la forma de vida de actores que, generalmente, han ocupado una posición marginal en las investigaciones que versan sobre el tema. Me refiero en particular a las mujeres,

* Antropóloga, investigadora del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Puebla.

que definidas por su permanencia en el llamado sector agrícola tradicional, salvo notables excepciones, han sido erróneamente juzgadas como receptoras y administradoras de ingresos, como simples dependientes beneficiarias de la actividad del migrante proveedor, protagonista clave del proceso.

La perspectiva de género nos permite sacar de la penumbra a las mujeres como sujetos de inventiva, de creación y reformulación de estrategias para encarar los cambios vertiginosos que ha introducido la emigración masculina en la vida social y material de la comunidad, en los hogares, y en el ejercicio de sus papeles como madres, esposas, hijas, nueras y suegras. Para acercarnos a estas cuestiones, concebimos la unidad doméstica como una unidad compleja donde cristalizan los requerimientos para “la reproducción generacional del grupo —biológicos, de socialización en sus diferentes aspectos— y los requerimientos para la reproducción de los ciclos de producción y consumo” (Salles, 1991: 80), como un escenario cambiante a lo largo de su curso de vida, en donde se sintetizan relaciones de género y generacionales, articuladas al tejido más amplio de la vida comunal y social.

La primera sección del artículo se centra en los cambios experimentados en la localidad de San Miguel Acuecomac en las últimas décadas, en las condiciones que enmarcan el des-punte de la migración y la reformulación de las estrategias de reproducción tradicionales de los grupos domésticos. En seguida, se discuten las perspectivas teóricas que guían la construcción de la unidad doméstica como objeto de análisis en relación con la problemática que introduce la migración. La tercera sección esboza una periodización de los flujos migratorios en la comunidad, atendiendo a los perfiles de los migrantes, al lugar de destino, a las actividades desempeñadas y a los factores que condicionan estos flujos.

Finalmente, se analizan los efectos de la migración bajo sus diversas modalidades. La tipología de los comportamientos migratorios que se registran en la actualidad constituye un artificio metodológico para pensar sobre algunas de las repercusiones de la migración en la dinámica de las unidades domésticas estudiadas y en la situación de las mujeres. Aplicamos este enfoque al análisis de los reajustes en los intercambios que se efectúan entre los

géneros y entre las generaciones, y su impacto en el trabajo de las mujeres y en los restantes miembros del grupo.

Queremos rescatar, al mismo tiempo, las formas en que las mujeres conceptualizan las ausencias, los abandonos y el debilitamiento o reordenación de las redes que sostienen los procesos de reproducción de la unidad doméstica ante el surgimiento de nuevas pautas que ordenan el desarrollo del ciclo doméstico. Los testimonios a los que acudimos a lo largo de la exposición reflejan transiciones en las biografías individuales de nuestros informantes, hombres y mujeres, y en sus grupos domésticos. Se quiere dar cuenta con ellos no sólo de las circunstancias que modelan sus vidas, sino también del sentido que se les atribuye.¹

“Aquí teníamos un oficio”: el proceso de cambio en la comunidad

San Miguel Acuexcomac está ubicado a 35 km al sureste de la capital del estado, en las faldas de los cerros escabrosos y calizos de la cordillera del Tentzo, en la Mixteca poblana. Cuenta, en la actualidad, con 1 226 habitantes, 554 hombres y 664 mujeres. Antiguamente se asentaron en este territorio grupos hablantes de náhuatl, lengua que hoy día es patrimonio exclusivo de los ancianos.

Acuexcomac, Junta Auxiliar del Municipio de San Juan Tzicatlacoyan, se sitúa a 2 000 m sobre el nivel del mar, en una región caracterizada por un clima subhúmedo con precipitaciones pluviales en verano que oscilan entre los 500 y los 600 mm³ y una temperatura media anual de 17° C. En las barrancas y cerros de

¹ El artículo se inscribe en la investigación en curso titulada “Migración y cambio social”, que desarrollo en colaboración con la antropóloga Antonella Fagetti. Se sustenta en el material empírico recopilado durante el trabajo de campo realizado en la comunidad entre marzo de 1991 y julio de 1992. Aplicamos una encuesta a 53 unidades domésticas, grabamos historias de vida y llevamos a cabo entrevistas abiertas a hombres y mujeres de diferentes edades. Hemos modificado los nombres al citar sus testimonios con el fin de preservar el anonimato.

Agradezco la asesoría brindada por la doctora Soledad González Montes y el apoyo académico y financiero que me ofreció el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer de El Colegio de México para la realización de esta investigación.

sus alrededores crecen cactus, arbustos y ralos árboles de pirul; encinos, coahuates, sabinos y eucaliptos completan la vegetación.

El plano de San Miguel tiene una forma casi rectangular: 17 calles de tierra apisonada corren orientadas de norte a sur y 13, en dirección oriente poniente. Sus 221 viviendas se distribuyen siguiendo un patrón de asentamiento concentrado alrededor del zócalo y la iglesia, dispersándose en las periferias.

En los solares, adyunto al *calmil*,² se dispone el *cencali*,³ a veces el temascal,⁴ el corral de quiote para alojar chivos y borregos, y algunas construcciones heterogéneas: las de *zoyamate*,⁵ características de la región, empleadas ahora como cocinas, los cuartos edificados con adobe, con piedra o con materiales de fabricación industrial. El mobiliario en general es escaso, pero no faltan en cada vivienda, acompañando al altar familiar, el televisor, los estridentes estéreos y, en las paredes, los *posters* de los artistas de moda. Las fotografías de los que están al otro lado se integran a un abigarrado conjunto que certifica las transiciones habidas en la vida material de sus habitantes.

Autobuses de transporte colectivo transitan varias veces al día un trayecto de 12 km de terracería que, al llegar a la presa de Valsequillo, se une a la carretera que conduce a la ciudad de Puebla. Otro tramo de 14 km de terracería, abierto en 1987, comunica a San Miguel con La Trinidad Tianguismanalco, donde la vía se empalma con la carretera que conduce a las localidades de Tecali y Tepeaca.

Poco menos de 20 años atrás, los caminos de herradura que conectaban San Miguel con los poblados y rancherías vecinas eran todavía los más transitados; la línea de autobuses comenzó a funcionar con una cierta regularidad hace apenas 15 años. Por esos tiempos, como hasta hoy, Tepeaca constituía un punto de atracción para los migueleños. Antes de la introducción del servicio de

² Parcela cultivable contigua al solar en donde está la vivienda.

³ Granero. Se construye de palma seca y quiotes de maguey. En la actualidad los techos suelen ser de lámina de cartón con chapopote.

⁴ Baño de vapor, fabricado tradicionalmente con piedras. En la actualidad este material se empieza a sustituir por el ladrillo.

⁵ Proviene del náhuatl: palma seca, la *Brahea dulcis*, que crece en los alrededores.

autobuses, con el auxilio de los burros, los jueves se desplazaban hasta Tecali, la cabecera de distrito, y siguiendo por los lados de Alcanfores, llegaban a Tepeaca, con el propósito de vender los eventuales excedentes de la cosecha de trigo.

El viernes, día de plaza en Tepeaca, reproducían los ancestrales circuitos de la economía del trueque: halaches, quelites, guajes, recolectados en las cercanías y pepitas de calabaza criolla se canjeaban por chile, jitomate, cebolla y trastos de barro. Se compraba también ahí la manta para los calzones, la tafeta para los vestidos cuando había una boda en puerta, los huaraches de correa, estambres, hilos y otros víveres básicos para el consumo de la familia, que la producción local no podía ofrecer.

La comercialización de *chiquihuites* elaborados por los hombres y de petates, aventadores⁶ y tenates,⁷ confeccionados por las mujeres, junto con la venta de chivos y borregos, constituyó el vínculo fundamental de la localidad con los mercados de la región hasta finales de los años cuarenta.

Antes las gentes se mantenían de canastos, los hombres al canasto, al chiquihuite, las mujeres al petate. En aquel tiempo había material, abastecía el monte, el monte no estaba talado como ahorita. Gentes de 50, de 60, de 10 o de 8, estaban en la barranca haciendo canastos, de chiquitos a grandes. Y las mujeres agarraban la palma y trabajaban entre dos, hacer matlanes, una le toca hoy, mañana otra. Íbamos a Puebla hasta la boquilla (la actual presa de Valsequillo) o si no andando, a Puebla, a vender el chiquihuite. Íbamos por Xilotzingo, ahí, todo ese cerro, hasta bajar por Tejaluca, y ahí encumbrábamos para San Pedro Achimalpa y San Francisco Teotimehuacan. Después, la necesidad nos obligó a buscar trabajo, porque cuando yo me casé no salíamos a trabajar, pero teníamos un oficio (*don Eduardo, 70 años de edad*).

Hoy día, la producción de *chiquihuites* constituye una actividad marginal que está en manos de unos pocos ancianos. A partir de

⁶ Abanico de palma que se utiliza para avivar la lumbre.

⁷ Cesto pequeño, de forma más o menos cilíndrica, confeccionado de palma, que se emplea para guardar las tortillas.

los sesenta comenzó a ser desplazada por el trabajo migratorio, dadas sus evidentes ventajas como fuente complementaria de ingresos.

Hasta bien entrados los años cuarenta, la producción de granos básicos, calabazas, habas y eventualmente trigo para el autoconsumo, basada en el trabajo familiar en las parcelas, constituía la estrategia básica de la reproducción de estas unidades domésticas. Tal como ha sido documentado por otras investigaciones, la Reforma Agraria constituyó un factor importante en la retención de esta población rural, y si bien resolvió el problema de la distribución de la tierra, no dio respuesta al de la producción.

Diversos factores explican la declinación de la actividad agrícola como estrategia central de estos grupos: mediante la Reforma Agraria se configuró una estructura básicamente igualitaria en la tenencia de la tierra, pero la precariedad de las tierras roturadas, la baja calidad de las parcelas, la ausencia de riego, la inexistencia de apoyos sistemáticos en insumos y tecnologías agrícolas que pudieran revertir los bajos rendimientos,⁸ sumadas a la creciente presión sobre la tierra, favorecieron la búsqueda de nuevas oportunidades de trabajo. La migración constituyó entonces una respuesta adaptativa de los hogares al deterioro de sus condiciones de vida. Surgió a finales de los años cuarenta como un complemento de la actividad agropecuaria y artesanal, pero en la actualidad para muchos representa la opción primordial en torno a la que se estructura la vida y el porvenir del grupo doméstico.

En Acuexcomac, el primer reparto agrícola se efectuó en 1929, a expensas de la expropiación de la vecina hacienda de Balbaneda,

⁸ La localidad está enclavada en la denominada zona de expansión del área geográfica del Plan Puebla, con características limitadas para la producción agropecuaria que difieren considerablemente de las encontradas en el área agrícola donde originalmente inició el Plan Puebla sus actividades. La región del Tentzo se encuentra en la parte sur este del DDR-113 de Cholula, y está integrada por 27 comunidades ubicadas en su mayor parte en los alrededores de la presa Maximino Ávila Camacho; pertenece a las promotorías de Puebla y Tecali del Centro de apoyo rural de Tepeaca, de acuerdo con la división territorial de la Delegación Estatal de la SARH. Los rendimientos promedios que se obtienen en la región son de 1 032 kg/ha, con un rango de 200 a 2 000 kg de maíz y de 283 kg de frijol/ha, con un rango de 100 a 200 kg (Izunza *et al.*, 1989).

cuando la población tenía apenas 354 habitantes. Hoy en día la comunidad cuenta con una superficie de 1 471.8 ha, de las cuales 375 son ejidales, 156.8 son pequeñas propiedades, 40 son tierras de agostadero y 900 de cerril. Las tierras de agostadero y cerril se destinan al libre pastoreo de ganado bovino, ovino y caprino. Datos recientes sobre la distribución de la tierra ponen de manifiesto la desventajosa relación entre la demanda y la disponibilidad de tierras: en 1982 las tierras ejidales se distribuían entre 118 pequeños productores; diez años más tarde aparecieron registrados 157 ejidatarios. Los datos arrojados por nuestra encuesta aplicada en 53 hogares durante 1991, complementan esta información: 86% de estas unidades poseen tierras ejidales y/o pequeñas propiedades, mientras que 13.7 carecen de tierras propias. De los que no son ejidatarios o propietarios, la mayoría cultiva "a medias" las parcelas de quienes no pueden trabajarlas por incapacidad física, por falta de recursos para la adquisición de insumos, o porque han migrado. Vista la información desde este ángulo, resulta que 21% de los jefes de familia considerados en el estudio son medieros. Este sector no sólo incluye a los que no poseen tierras propias, sino también a los que tienen menos, o de muy baja calidad.

Como se aprecia en el cuadro 1, la mayor parte (84.2%) de las 53 unidades domésticas encuestadas disponen de menos de 3 ha, sumando sus tierras de propiedad privada y ejidal. A las limitaciones de tamaño se suma la pobre calidad de los suelos. Una investigación sobre las características de la producción agropecuaria en

CUADRO 1
Tamaño de las parcelas según régimen de propiedad

<i>Núm. de ha</i>	<i>Propiedad ejidal (%)</i>	<i>Pequeña propiedad (%)</i>	<i>Total (%)</i>	<i>Total acumulado (%)</i>
De 0-0.9	22.5	61.1	16.0	16.0
De 1-1.9	27.5	22.2	25.0	41.0
De 2-2.9	40.0	11.1	43.2	84.2
De 3-3.9	5.0	0	9.0	93.2
De 4 y más	5.0	5.5	6.8	100.0

Fuente: encuesta levantada en San Miguel Acuexcomac, estado de Puebla, 1991.

la localidad, impulsada por el CEICADAR en 1989, estima que el rendimiento promedio por unidad familiar es de 1 275 kg/ha en las tierras donde se cultiva exclusivamente maíz. Los que siembran la gramínea asociada con frijol obtienen un promedio de 820 kg y 49 kg de frijol (Salcido Ramos, 1992: 333-334). La precariedad de estos rendimientos se aprecia más adecuadamente si se toma como referencia que en la preparación diaria de la masa para el nixtamal destinada al consumo de una familia de ocho personas, cinco adultos y tres niños, se emplean poco menos de 10 kg de maíz.

Sujetos a los vaivenes de una exigua producción temporalera, la mayor parte de los hogares se ven obligados a abastecer el *cencali* con el maíz que adquieren en la tienda Conasupo local por un valor de 700 pesos/kg para poder complementar el consumo anual; a veces ni siquiera el rastrojo que se levanta en la milpa alcanza para alimentar la yunta.

A los gastos en consumo alimentario básico se añaden los vinculados con la aspiración de ofrecer a los hijos una educación elemental: útiles, ropa, calzado, fiestas escolares... Junto con el pago de los servicios y la compra de medicinas, estos gastos constituyen nuevos rubros de consumo que no se pueden resolver por medio de la producción agrícola y artesanal.

Durante los últimos 15 años el pueblo ha experimentado cambios importantes: desde 1975 cuenta con luz eléctrica; a partir de 1982, la telesecundaria prepara en sus aulas a los nuevos eslabones de la cadena migratoria; los imprescindibles servicios de correos y la caseta de teléfono se instalaron en 1986 y 1990 respectivamente, y la red de agua potable se introdujo en 1991. Todos estos servicios se han habilitado mediante la gestión de los pobladores y el apoyo económico que brindan las remesas de los emigrantes. La importancia de estas remesas, tanto a nivel familiar como comunitario, permite ver a la creciente migración como una estrategia que abre la posibilidad de acceder a empleo, salud, educación y bienestar social (Whiteford, 1978: 236; Traeger, 1984: 1264).

En este mismo sentido, Arizpe (1980) sostiene que en la migración de los campesinos minifundistas provenientes de las regiones de agricultura tradicional intervienen, de manera compleja, diversas variables. El desempleo y la necesidad de percibir ingresos derivados de actividades extraagrícolas están asociados con el

estancamiento de la producción agrícola, consecuencia de su inserción desventajosa en el mercado capitalista, y con la concentración preferencial de los recursos en el sector industrial y en la agricultura comercial, impulsados ambos por las estrategias de desarrollo seguidas por el estado mexicano a partir de los años cincuenta.

En el caso que estudiamos cabe también reconocer la influencia de una revolución de aspiraciones, entendida como la “difusión a través de los medios masivos de comunicación y de las escuelas de valores que exaltan el medio urbano y su forma de vida” (*ibid*: 14). Asimismo, se debe señalar el importante papel que desempeña el establecimiento de las redes migratorias que han estimulado y sustentado esta actividad. Massey *et al.* (1991) otorgan un peso destacado a este último aspecto. Generalizando los hallazgos de diversas investigaciones realizadas en México, proponen que la migración hacia los Estados Unidos “tiene fundamento en los cambios estructurales en las comunidades de origen y destino, y cuando la migración empieza, desarrolla una infraestructura social que le permite convertir el movimiento inicial en un fenómeno plenamente masivo”.

Esa infraestructura basada en los vínculos sociales entre la comunidad de origen y destino configura una red migratoria que reduce los costos y riesgos de la migración, proporcionando asistencia económica y social a los emigrantes. En la medida en que la migración se convierte en una opción cada vez más accesible, un número creciente de familias la adoptan como estrategia de sobrevivencia. De manera que las pautas específicas que ésta adopta están ligadas tanto a la antigüedad de esta red, como a la etapa del ciclo en la que se encuentran los hogares de origen de los migrantes.

Retomaremos algunos de estos aspectos en la interpretación de la problemática migratoria en San Miguel Acuexcomac.

Unidades domésticas y migración

Este estudio parte de definir la unidad doméstica campesina como un espacio de relaciones sociales, de género y generacionales, que asegura la reproducción —biológica, económica y social— y el mantenimiento cotidianos de un grupo de individuos ligados por

vínculos de parentesco, mediante el desempeño de diversas actividades (Benería, 1984; Pepin-Lehalleur y Rendón, 1985).

Los vínculos que existen en su interior, los comportamientos y las acciones que la fundan, rebasan las dimensiones meramente económicas. Efectivamente, las relaciones familiares campesinas se definen en el marco de la organización cíclica del trabajo orientado a los fines de la producción/consumo, pero a la vez se configuran en torno a las funciones socializadoras de la reproducción generacional, tanto en sus aspectos físicos como en los simbólicos que subyacen en los procesos de constitución de las identidades (étnicas, regionales, de género, etc.). En suma, se trata de la recreación de una vida dotada de sentido. A su vez, los arreglos que se ponen en juego en la dinámica de la vida doméstica se articulan al vasto tejido comunitario y están expuestos a las influencias y presiones macrosociales. Ambos aspectos conforman "la dimensión externa" de los grupos domésticos campesinos (Salles, 1991: 77).

Producción y reproducción, fusionadas en esta unidad, tienen lugar en el contexto del "espacio amplio" del grupo doméstico, que incluye, a partir del grupo residencial, las diversas redes de relaciones que este grupo mantiene con otros, fuera de la unidad (Jelin, 1984; Quesnel y Lerner, 1989). Aunque usualmente las unidades domésticas se definen por el consumo y la coresidencia de sus miembros (Bonté e Izard, 1991: 313), la emigración indefinida o recurrente de uno o más de sus integrantes nos obliga a matizar esos criterios. Así, no obstante que en algunos casos la actividad laboral desempeñada por estos individuos implica la virtual residencia en el lugar de destino migratorio, los migrantes contribuyen con sus ingresos monetarios u otros recursos al fondo común del grupo, participando en su mantenimiento y reproducción. Persiste en ellos un sentimiento de "pertenencia" que los liga social, económica y afectivamente a sus grupos de origen.

De esta manera, ciertos aspectos de la reproducción de la unidad sobrepasan los límites dados por el hecho de compartir un espacio contiguo (sea en el hogar, o en la parcela del ejido) para situarse en un espacio de interacción más amplio que puede incluso ir más allá de las fronteras nacionales (Salles, 1991: 82). En tal sentido, Murray (1981: 47) introduce la noción de pertenencia, que da cuenta de esta compleja situación, dada la dificultad para

distinguir en algunos casos “entre la manifestación tangible de estos grupos domésticos como residenciales parciales —observables directamente en la localidad estudiada— y su manifestación funcional en términos de las actividades generadoras de ingresos”.

La distinción propuesta por Murray entre miembros *de jure*⁹ de las unidades domésticas y miembros *de facto* es muy atinada, pues toma en cuenta las propias definiciones de los actores y el importante papel económico que pueden tener los migrantes. Esto tiene importancia central para nuestro estudio, pues las modalidades migratorias observadas actualmente colocan a gran número de unidades domésticas en una situación de “tensión estructural” que supone, para muchas de ellas, que algunos de sus miembros vivan en espacios separados, estableciendo una serie de intercambios para poder mantenerse como grupo. Se generan así nuevas formas de vivir la conyugalidad, y las relaciones entre padres e hijos adquieren nuevos significados.

Al respecto, Traeger (*ibid.*: 1 275) advierte que “la estrategia que conduce a la migración de los miembros de la familia puede parecer paradójica. Se puede alentar la emigración de alguno de ellos con la expectativa, basada en valores culturales profundos, de que el resultado de tal migración pueda permitir mantener unido al grupo gracias al apoyo que recibe del migrante”.

Otra faceta de estos intercambios son los vínculos que estos emigrantes mantienen con la comunidad. Esto es fundamental, porque el sentimiento de pertenencia y la identidad individual y colectiva de los ausentes están definidos por su participación en las “cooperas”,¹⁰ con la finalidad de reunir fondos que se destinan a obras de mejoramiento del pueblo, y por el hecho de que asumen las obligaciones rituales establecidas por los sistemas de cargos religiosos. En efecto, los ingresos migratorios no sólo contribuyen a la reproducción de los grupos de origen, sino que desempeñan

⁹ *De jure*: el uso del término —aclara Murray— no tiene implicaciones normativas acerca de quién debe pertenecer a la unidad doméstica. Se trata de una simple convención que se retoma de la práctica de los censos, la cual permite la inclusión en la población de referencia de aquellos ausentes que son juzgados como pertenecientes a la unidad en el momento de levantar la enumeración.

¹⁰ Colectas que se realizan en la comunidad para solventar los gastos de una empresa colectiva: fiestas religiosas, la reparación de las escuelas, etcétera.

también un papel importante en la reproducción de las redes a nivel comunitario, dando sustento material a los vínculos estrechos entre la unidad doméstica y la comunidad. Aunque aquí sólo tocamos este tema muy colateralmente, es importante destacar que, en la actualidad, apadrinar un bautizo o una boda, o asumir alguna de las mayordomías, es casi imposible si no se cuenta con los ingresos que reporta el trabajo migratorio.

Pero además de incidir en la forma como se estructura el consumo en el interior de los grupos domésticos y en la reproducción de la trama de la vida comunitaria, la migración puede repercutir en el desarrollo del ciclo doméstico. El enfoque longitudinal de análisis de los grupos domésticos, adoptado en los trabajos pioneros de Meyer Fortes (1971), puso en evidencia que a lo largo de su desarrollo el grupo atraviesa por una serie de fases (expansión, fisión, remplazo) que integran su ciclo de desarrollo, en las que se redefine su composición y se redistribuye el control sobre los recursos productivos y reproductivos. No obstante, se ha planteado que el paradigma inicial del desarrollo del ciclo doméstico resulta inadecuado para dar cuenta de situaciones más complejas en las que pueden coexistir varios ciclos de vida complementarios. En particular, el modelo de Fortes no tomaría en cuenta las diferencias entre las trayectorias femeninas y masculinas (Oppong, 1982).

Más recientemente, las nociones convencionales de ciclo vital familiar, originadas en los estudios de sociología rural y de ciclo de desarrollo, han sido revisadas, dadas sus limitaciones para explicar la secuencia y la temporalidad de los eventos que marcan las fases familiares y los procesos de transición entre ellas. Se sugiere que deben considerarse la intervención y fluctuaciones de una serie de variables (mortalidad, nupcialidad, abandonos, celibatos, trayectorias laborales, etc.) que hacen menos previsible el cumplimiento de las mencionadas fases. Haraven (1974), por ejemplo, concibe las etapas del ciclo como producto de la confluencia de tres tiempos distinguibles: el tiempo individual, el familiar y el social. En la misma tónica, Ojeda de la Peña (1989: 675) refiere las ventajas de la perspectiva del "curso de vida", definida por dos aspectos básicos: el énfasis puesto en los procesos de transición, mediante la temporalidad de los acontecimientos, y no suponer un orden

secuencial fijo en las etapas familiares. Esto resulta de vital importancia en nuestro caso dado el interés por determinar el efecto de la migración en el ciclo de vida doméstico, particularmente dislocando las fases del modelo "clásico" y configurando nuevas rutas por las que puede transitar el grupo.

En San Miguel, al igual que en la mayor parte de las comunidades campesinas del Altiplano Central (Nutini, 1970; Arizpe, 1990; Taggart, 1975; González Montes, 1989), el ciclo doméstico predominante se caracteriza por la residencia posmarital patriviril-local, condicionada por la pauta de la herencia patrilineal, la preponderancia de la herencia de la casa y solar paternos para el hijo menor (ultimogenitura) y la definición de las mujeres como herederas marginales de la tierra. Pero la creciente independencia económica de los jóvenes a consecuencia de su pronta incorporación al trabajo migratorio introduce elementos de cambio en estos patrones: el aumento de la neolocalidad posmarital repercute en la organización de la vida doméstica, en los intercambios entre las generaciones y en el ejercicio de los papeles tradicionales de las mujeres.

Condiciones locales y nuevas oportunidades: características de la emigración de los miguelenses en distintos periodos

Desde hace ya casi cuatro décadas, la población masculina de San Miguel Acuexcomac se fue incorporando formal e informalmente, por oleadas, a los mercados de trabajo nacionales y foráneos. En el caso de las mujeres, la incorporación data de pocos años y es mucho menor. Se trata de un reducido número de mujeres jóvenes y solteras que se emplean como trabajadoras domésticas en la cercana ciudad de Puebla y, secundariamente, en el Distrito Federal. Por lo que respecta a la movilidad femenina hacia los Estados Unidos, es un fenómeno muy reciente, asociado al matrimonio con emigrantes.

Estas tendencias pueden ser leídas a la luz del modelo planteado por Durand y Massey (1992), para quienes el perfil sociodemográfico de las corrientes migratorias hacia Estados Unidos está ligado a dos factores fundamentales: en primer término, la antigüe-

dad del movimiento migratorio en la comunidad, lo que determina la madurez de la red social y los efectos de las políticas migratorias; y, en segundo término, el “nicho” laboral dentro de la estructura ocupacional en la que se insertan los primeros migrantes de la comunidad.

Así, la emigración de la población masculina en Acuexcomac ha seguido ritmos y modalidades específicas en distintos periodos. El análisis de las historias de vida de nuestros informantes permite reconstruir los perfiles fundamentales de estas diversas oleadas, de acuerdo con las actividades desempeñadas en los lugares de destino, así como con las circunstancias que las condicionan. A la sistematización de estos datos dedicamos las siguientes secciones.

PRIMERA OLEADA MIGRATORIA: LOS BRACEROS A ESTADOS UNIDOS

La primera oleada de la migración migueléña abarca el periodo de mediados de la década de 1940 a 1964. Está circunscrita por las características del Programa Bracero, resultante del acuerdo firmado entre los gobiernos de México y Estados Unidos en 1942, que proveía de mano de obra a la economía norteamericana como respuesta a las necesidades generadas por la segunda Guerra Mundial.

El inicio de la actividad migratoria en la comunidad se remonta a finales de los cuarenta: por ese tiempo, hombres que hoy rondan los 70 años salieron de San Miguel con destino a los estados del suroeste de Estados Unidos. En calidad de braceros, fueron enganchados en contratos de 45 días, renovables según la suerte, para trabajar como jornaleros agrícolas en plantaciones de cultivos comerciales.

Los “coyotes”¹¹ comenzaron a rondar San Miguel a mediados de los años cuarenta. Así comenzó la carrera migratoria como bracero de don Eduardo, hoy en vísperas de sus 70 años:

¹¹ El término es ampliamente empleado en todo el país para designar a los hombres a quienes los emigrantes pagan por facilitar su ingreso como ilegales a Estados Unidos. En este caso, no se trataba precisamente de un coyote, sino de agentes de la Secretaría de Gobernación que reclutaban mano de obra durante los años en que estuvo vigente el Programa Bracero.

Yo fui a la pizca de la lechuga en el año 45, en Salinas, California. Fui tres años. Los coyotes nos venían a buscar de Tecali, del distrito. Aquí era la contratación y llevaban la lista, que entregaban al gobierno. Estaba yo como de 25 años. Fueron muchos señores de acá. Nos pagaban por hora, como 35 centavos. Al otro lado nos pasaban con lista también. Allí todos entrábamos chinacos (desnudos), nos escucaban los dientes. Si no estábamos enfermos, pasábamos desnudos, por una fila. Entrábamos como niños, como cuando nacemos. Pa' la cuarta vez, yo no pasé; estaba yo malo del pulmón, me dijeron que me viniera yo a curar...

Don Eduardo ya no volvió al norte, pero a "puro pulmón" y con los dólares que trajo, paró su casita de piedra: el primer año, acarreó la piedra; con el segundo viaje, levantó las paredes y al tercer año, la techó y le compró puertas de fierro.

El desempeño de esta actividad migratoria no implicó para estos hombres desvincularse del trabajo agrícola local; se trataba de una migración temporal que no alteró, en lo fundamental, el ciclo tradicional de estos grupos domésticos ni la división sexual del trabajo en su interior. Las salidas estaban sujetas a las contingencias de las contrataciones, y los ingresos percibidos constituían un suplemento de la agricultura de subsistencia. Por estos años comenzaron a edificarse las primeras viviendas construidas con piedra y techos de tejamanil.

La migración por contrato a Estados Unidos cesó a consecuencia de las modificaciones dispuestas por el gobierno norteamericano en relación con las leyes migratorias. Pero a pesar de los continuos incidentes fronterizos y de las deportaciones, el llamado Programa Bracero se mantuvo hasta el 31 de diciembre de 1964 (Nolasco, 1991; Simon y De Ley, 1984: 1213).

A LA CIUDAD DE MÉXICO, A VENDER

La segunda oleada despunta a comienzos de la década de 1960, poco antes de la cancelación del Programa Bracero y del consecuente cierre de la frontera estadounidense para los migrantes temporales legales. En este periodo, que se traslapa con el siguiente, la población migrante se incorporó mayoritariamente al comercio

informal en la ciudad de México, y en forma secundaria a los mercados de trabajo de la industria de la construcción en la cercana ciudad de Puebla o en la capital del país. Esta modalidad migratoria coexiste en la actualidad con la emigración hacia Estados Unidos; a veces ambas se alternan en la trayectoria laboral del migrante, o la migración a la ciudad antecede a la emigración al norte. También es frecuente, como veremos, que en una misma unidad doméstica coexistan las dos estrategias.

Esta nueva forma de migración, caracterizada por dirigirse hacia la capital del país, fue una estrategia adoptada por casi todos los jefes de familia y hombres solteros en algún momento de su historia laboral.

No hay trabajo como ése: es un buen trabajo. Cuando fuimos pa' allá nosotros nos llevaron otras personas que también eran de aquí; fue una cadena. El primero de aquí que se salió fue Saúl R. Se encontró con otros amigos que eran de María, a un lado de San Antonio Cacalotepec, que lo llevaron pa' México. Ese señor empezó a llevarse a su familia, amigos, empezó a enseñarlos a vender moronga. Luego, unos con otros nos enseñamos (*don Julio, 42 años*).

Este tipo de migración también se había registrado en diversas localidades del valle de Puebla-Tlaxcala en la década de 1960 (Nutini y Murphy, 1970). Esta forma de migración estacional, observada particularmente en las comunidades más pobres, aisladas y con mayores componentes indios, lejos de propiciar la neolocalidad de los grupos domésticos, reforzó la pauta tradicional de la patrivirilocalidad posmarital en esas comunidades (*ibid*). Hombres casados con sus hijos aún adolescentes se enfrentaron a la gran ciudad, dejando la comunidad sobre todo en los meses de sequía, para regresar cada 15 o 20 días. Este mismo patrón se siguió en San Miguel y tiene vigencia en la actualidad, combinado con la producción agrícola de subsistencia.

DE NUEVO A CRUZAR LA FRONTERA

Desde finales de los setenta, los migueleños comenzaron a incorporarse a la población procedente del centro y sur del país que

conforma la masiva corriente de emigrantes ilegales al otro lado de la frontera (Nolasco, 1991), impulsada por la crisis económica nacional. A esta corriente de trabajadores ilegales se incorporaron fundamentalmente hombres casados que habían acumulado una experiencia migratoria como vendedores en el Distrito Federal. Inicialmente, se emplearon como jornaleros agrícolas en los campos californianos, pero desde mediados de los ochenta, y hasta la fecha, los migueleños casados y solteros se concentran en Los Ángeles y en localidades urbanas aledañas.

La voz se corrió por la región. Algunos refieren que desde el vecino pueblo de Santa Marta, al otro lado del Tentzo, vinieron a invitarlos. Otros se enteraron de las posibilidades del otro lado de la frontera por medio de las conexiones que establecieron en sus años como vendedores en la capital. En el norte, aprendieron a dormir enzapatados en los campos californianos, como previsión ante "la migra". Se entrenaron en la pasada del "bordo" y varias veces al año regresaban a San Miguel con sus dólares y sus historias. Cada vez reemprendían su aventura jalando con ellos a algún compadre, al vecino, al cuñado. Con el tiempo, y algunos con una "mica chueca" o "derecha" en su poder, dejaron los campos y, ya convertidos en "angelinos", reabrieron para sus paisanos la ruta del dólar. Zanjadas las primeras dificultades, comenzaron a ir los hijos adolescentes, y sólo más recientemente, las jóvenes esposas y las hermanas solteras.

Ciclo doméstico y estrategias migratorias

Los resultados de la encuesta que aplicamos entre los meses de marzo y diciembre de 1991 muestran la fuerte dependencia de los hogares respecto a las distintas formas de trabajo migratorio. Considerando solamente la actividad que desempeñan en la actualidad los jefes de las 53 unidades estudiadas, encontramos que ocho de ellas (15.3%) se dedican exclusivamente a la producción agrícola; 14 (26%) combinan esta actividad con el comercio ambulante en la ciudad de México; dos (3.5%) se dedican sólo a esta actividad y tres (4.7%) desempeñan oficios que también suponen desplazamientos temporales hacia la ciudad de Puebla o hacia poblaciones circunvecinas.

Los restantes 27 jefes de familia tienen como destino migratorio la ciudad de Los Ángeles o sus alrededores. Tres de estos hombres (4.7%) se desempeñan temporalmente como vendedores ambulantes de frutas, frituras y raspados en esa ciudad, y regresan a la localidad en los meses de la siembra y la pizca. Los otros 24 (46%), tienen residencia permanente en el país vecino; regresan a San Miguel sólo durante los días de las festividades religiosas o bajo contingencias especiales que requieren de su presencia. Son también, predominantemente, vendedores ambulantes de frutas; de manera secundaria encontramos empleados en tortillerías o almacenes y jornaleros agrícolas.

Tal como advierte Jelin (1984), el monto de los recursos puestos en juego en la reproducción del grupo doméstico se modifica a lo largo del ciclo de vida de la unidad. En el cuadro 2 se resumen el comportamiento migratorio, la tenencia de la tierra, el número promedio de hijos y el desempeño de las actividades artesanal y pecuaria en las unidades domésticas estudiadas, clasificadas en función del rango de edad de las esposas. A partir de estos datos podemos inferir ciertas tendencias, desde luego, de carácter general, que deben ser conceptualizadas atendiendo al tamaño de la muestra considerada.

En términos globales se aprecia que las unidades más jóvenes disponen en promedio de menor cantidad de tierra, y que todos sus jefes emigran a Estados Unidos. A medida que avanzamos en los rangos de edades de las esposas, encontramos una declinación de la migración del padre y un progresivo aumento en el promedio de hijos migrantes. En suma, la tendencia más visible es que en los hogares conformados más recientemente la emigración de los jefes de familia es más alta y preferentemente a Estados Unidos. Estos hombres disponen en promedio de un menor número de parcelas cultivables. De manera inversa, los jefes de las unidades que tienen una trayectoria más larga y un mayor número de hectáreas tienden a emigrar menos, o en todo caso, migran temporalmente al Distrito Federal. Pero en estos casos es más alta la proporción de hijos migrantes que tienden a ir al extranjero.

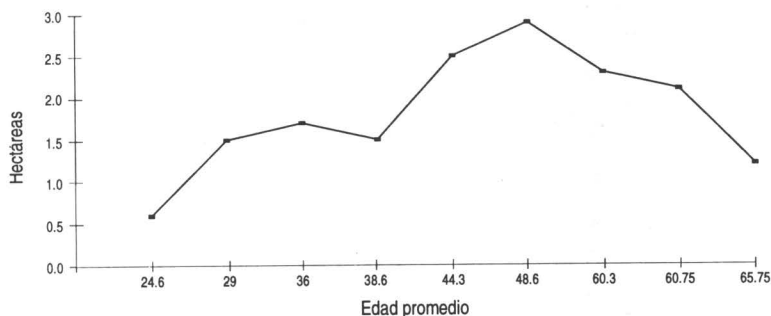
La disponibilidad total de tierras, especialmente de parcelas en pequeña propiedad, decrece visiblemente cuando las mujeres

CUADRO 2
Comportamiento de la migración, tenencia de la tierra, producción artesanal y pastoreo
en grupos domésticos clasificados, según las edades de las esposas de los jefes (promedio)

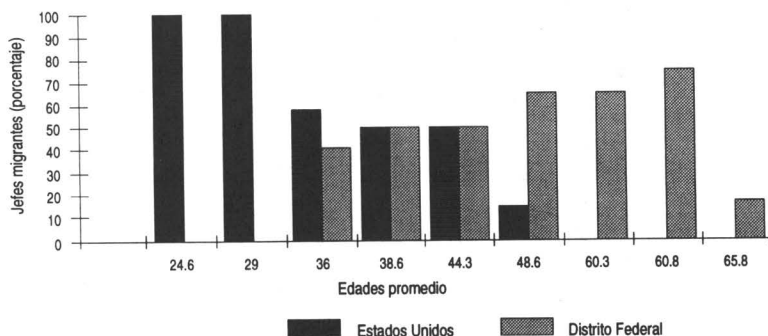
Edad de las mujeres	Prom. genl. hijos	Prom. hijos resid.	Edad del jefe del grupo	No. mi- grandes	Mi- grandes	Destino del jefe migrante			Destino de los hijos migrantes			Tenencia de la tierra			Producción de petates		Pastoreo
						Federal	Estados Unidos	Distrito	Federal	Estados Unidos	Distrito	Ejidal	Privada	Total	Producción de petates		
20-24	2.93	2.93	24.6	5.93	1.00	0.00	0.00	1.00	0.00	0.00	0.00	0.50	0.08	0.58	0.66	0.00	0.00
25-29	3.0	3.0	29.0	6.50	1.00	0.00	0.00	1.00	0.00	0.00	0.00	1.10	0.50	1.60	0.66	0.41	0.50
30-34	5.1	5.1	36.0	7.90	1.00	0.41	0.58	0.00	0.00	0.00	0.00	1.10	0.50	1.60	0.66	0.41	0.50
35-39	5.3	4.9	38.6	7.60	1.90	0.50	0.50	0.50	0.40	0.50	0.40	1.15	0.35	1.50	0.80	0.50	0.50
40-44	6.97	6.0	44.3	9.00	6.87	2.12	0.50	0.50	0.25	0.87	0.25	2.25	0.31	2.56	0.87	0.70	0.70
45-49	8.93	6.5	48.6	9.83	7.16	2.50	0.66	0.16	0.50	1.16	0.50	1.83	1.08	2.91	1.00	1.00	1.00
50-54	5.93	3.93	60.3	9.00	6.60	2.90	0.66	0.00	0.22	1.90	0.22	2.44	0.00	2.44	1.00	1.00	1.00
55-59	4.5	0.75	60.8	3.75	2.25	1.50	0.75	0.00	0.50	0.50	0.50	2.00	0.00	2.00	0.75	0.75	0.75
60 o más	3.75	0.5	65.8	3.50	3.00	0.50	0.16	0.00	0.16	0.50	0.16	0.87	0.25	1.12	0.75	0.50	0.50

de los hogares analizados superan los 50 años. Esto puede obedecer a la transmisión de derechos sobre la tierra a los hijos ya casados que han conformado sus propios hogares. Asimismo, cabe apuntar que la baja proporción de hombres migrantes en los rangos más avanzados del ciclo está asociada con el desempeño de alguna actividad secundaria que implica dejar la comunidad por breves periodos de tiempo; principalmente son músicos pertenecientes a la banda local. Las gráficas I y II resumen el comporta-

GRÁFICA I
Tenencia de la tierra y edad promedio de los jefes de unidades domésticas



GRÁFICA II
Comportamiento de la migración



miento migratorio de los jefes de las unidades domésticas según el promedio de edades y el destino migratorio.

Considerar exclusivamente la actividad migratoria de los jefes de estas unidades domésticas es identificar sólo la punta del iceberg. El peso real de la migración en la localidad y su importancia para la reproducción de estos grupos domésticos puede apreciarse más adecuadamente si consideramos la situación migratoria de la población masculina mayor de 16 años que integra las 53 unidades domésticas encuestadas (cuadro 3), en el que se clasifica la totalidad de la población masculina, casada y soltera.

CUADRO 3
Migrantes y no migrantes en la población masculina
de los hogares estudiados

<i>Edades</i>	<i>Destino de los migrantes</i>		<i>No migrantes</i>	<i>Total varones de la muestra</i>
	<i>Estados Unidos</i>	<i>Distrito Federal</i>		
De 15-19	10	6	6	22
De 20-24	9	1	0	10
De 25-29	8	3	1	12
De 30-34	3	0	0	3
De 35-39	8	6	0	14
De 40-44	3	4	1	8
De 45-49	5	3	1	9
De 50-54	0	3	2	5
De 55-59	0	2	1	3
De 60 o más	0	1	13	14
Total	46	29	25	100

En términos globales se observa que los más jóvenes tienden a emigrar predominantemente a Estados Unidos, y tanto la emigración hacia la capital del país como a California suele disminuir una vez que se sobrepasan los 45 años de edad. Aunque esta disminución es más gradual en el caso de los migrantes temporales al Distrito Federal, la declinación de la actividad migratoria es decididamente abrupta cuando se alcanzan los 60 años.

En la actualidad, para los jóvenes, el egreso de la telesecundaria no es sólo un rito de pasaje dentro de la carrera escolar; para la

mayoría representa el momento de entrada a la vida adulta, de la asunción de responsabilidades económicas más amplias, posibilitada por su salida temprana de la localidad hacia la capital del país o a Estados Unidos. Hijos, sobrinos y ahijados se transforman en aprendices de vendedores bajo las diestras enseñanzas de los hombres adultos; para muchos, la capital es una fase transitoria dentro de su carrera migratoria antes de afrontar la prueba de fuego: el norte.

Mi hijo el flaquito también se fue en abril. Tiene 18 años. Nada más dejó jugado el sorteo y se fue pa' Los Ángeles. Ya tengo cuatro allá, dos mujeres y dos hombres. Dicen que pasan por el cerro, que sufren mucho. Me mandó mi video el otro mi hijo, el más grande, y estaba yo viendo una película de los ilegales y hasta me daban ganas de llorar, que los veo cómo pasan. Se acostumbran allá, que están mejor allá que aquí; quizás el alimento puede ser mejor, aquí comemos de campesino. Hay veces que puros frijoles, hay veces que ni frijoles. Lo duro es que trabaja de noche. Acomoda la mercancía, lava el piso con máquinas, recibe su cheque cada quincena y listo (*doña Lucía, 40 años*).

Las carencias económicas que agobian a estas unidades domésticas, sumadas a la ausencia de planteles de educación media superior en la comunidad junto con las fuertes expectativas que despierta la vida urbana, intervienen de manera compleja en la migración de los jóvenes.

Cambian todo, la comida, la limpieza, la ropa. Mi hija ha cambiado. Me dice: "No mamá, a veces que no vamos a trabajar la llevamos la camioneta al centro de Los Ángeles, vamos a pasear con los amigos, si no, vamos con la pelota y pos allá comemos". No echa tortillas, nomás hace de comer, y a veces todo enlatado, todo en bote, y en cinco minutos ya está la comida... (*doña Raquel, 67 años, madre de una joven de 20 años, casada hace tres y residente en Los Ángeles*).

La temprana edad en que se inicia actualmente la carrera migratoria y el perfil educativo de los migrantes introduce rasgos distintivos entre las generaciones de éstos. Por lo general, los jóvenes migrantes completaron la educación secundaria, mientras que sólo 27% de los jefes de las unidades domésticas estudiadas cursaron la primaria completa.

La migración es en Acuecomac una actividad que se desarrolla a lo largo de la vida adulta de los individuos, con el retiro progresivo de la misma una vez que los hogares logran hacer acopio de bienes, entre los que destacan la vivienda, los enseres domésticos y otros recursos menos tangibles, pero de creciente valoración, como la educación básica de los jóvenes. Dentro de este patrón, las nuevas generaciones emergen como potenciales "relevos" (Arizpe, 1980). La bifurcación de los destinos migratorios, atendiendo a la edad de los individuos que componen los grupos, respondería, entonces, a una división generacional del trabajo migratorio, inscrita dentro de las estrategias globales de reproducción de estas unidades domésticas.

Así, para las nuevas generaciones la carrera laboral comienza tempranamente, pero una serie de circunstancias pueden ir marcando el ritmo de la trayectoria migratoria hacia Estados Unidos: el matrimonio, la muerte de algún familiar, los nacimientos, las enfermedades de los propios migrantes, el alcoholismo, etc. Uno de los factores que mayor influencia tiene sobre la carrera migratoria es, sin duda, el sistema de cargos civiles y religiosos, que actúa en la integración colectiva y en la definición del estatus masculino. La participación en el sistema de cargos —que aquí es rotativa y compulsiva—, típica de las comunidades corporativas, y que perdura en la mayoría de los pueblos campesinos del Altiplano (Chance, 1985), implica para muchos hombres casados la asunción de por lo menos un cargo en algún momento de su vida.

El desempeño de los cargos superiores correspondientes a los niveles más altos de la jerarquía religiosa conlleva una serie de obligaciones rituales que cambian de mano cada tres años (Slade, 1979). El estudio sobre la organización del sistema de cargos en la localidad merecería un tratamiento más profundo, pero cabe señalar que en la actualidad, en San Miguel, la posibilidad de solventar económicamente estos compromisos está íntimamente ligada al trabajo migratorio de los ocupantes del cargo. Las esposas de los migrantes han visto ampliada su participación en la organización de las mayordomías; sin embargo, el cumplimiento de las obligaciones rituales de los cargos más altos requiere de la presencia de los hombres durante las celebraciones religiosas. De la misma manera, los cargos civiles de mayor rango de la Junta Auxiliar

también retienen a sus ocupantes durante tres años, tiempo durante el cual se ven obligados a suspender su trabajo en el norte, y a desplazarse sólo de manera temporal al Distrito Federal.

Enmarcadas en estas tendencias, es posible distinguir cuatro modalidades migratorias en la actualidad. No se trata de tipos absolutamente discretos, sino que parecen estructurarse a la manera de un sistema de vasos comunicantes, que los individuos pueden recorrer a lo largo de sus historias laborales de acuerdo con las transiciones que observa el ciclo de sus unidades domésticas. A la vez, cada una de estas modalidades tiene implicaciones específicas para las condiciones de vida de las mujeres y repercute de manera diversa en la trayectoria de los hogares.

“...en México conocemos al derecho y al revés”: la migración al Distrito Federal

La migración hacia el Distrito Federal, engrosada, fundamentalmente, por hombres maduros y casados, constituye una migración temporal por objetivos: “en este tipo de migración, el trabajador va, hace su trabajo y regresa; su estancia está definida por el ciclo biológico de los cultivos que trabaja” (López Castro, 1986: 103). Para Szasz (1990:151), “este tipo de movimientos protagonizados por miembros de hogares rurales sin dejar de pertenecer a su unidad doméstica, y que emigran, generalmente, con relación a la subsistencia y características de esa unidad, aparecen vinculados con cierta permanencia de la población rural”. Según la autora, las migraciones temporales modificaron las tendencias de la movilidad de la población durante las décadas de 1950 y 1960, entendidas como manifestación del proceso de proletarianización ligado a la industrialización sustitutiva.

En los ochenta, estas migraciones estarían influidas por la necesidad de los grupos domésticos de diversificar las actividades generadoras de subsistencia, por la depresión del nivel general de los salarios, por la descentralización vertical del proceso productivo en algunas ramas industriales, y por el consecuente aumento del autoempleo, la proliferación del trabajo doméstico a domicilio y de las actividades inestables e informales.

Los migueleños se desplazan hacia la zona de Tlalnepantla, situada en el lindero noroeste del Distrito Federal con el Estado de México. Permanecen en las casas de los obradores de moronga, cecina y otros embutidos, quienes les facilitan la mercancía a consignación y les brindan alojamiento. Cada 15 o 20 días regresan a San Miguel con las ganancias de sus ventas itinerantes en las colonias capitalinas.

En ese trabajo si uno quiere se queda una semana. El día que quiere trabajar, trabaja; el día que no, no trabaja. Y el sueldo puede ser más que en una obra, o en una fábrica. Dejo yo acabado mi campo y ya me voy para México en agosto. Lo que es agosto, septiembre, octubre y noviembre, allí estoy. En noviembre nos ponemos a levantar la pastura, a despuntar, luego a juntar frijol. En diciembre, a pizar. Y de vuelta, hasta que acabamos de levantar la cosecha, de vuelta, ya nos vamos pa' México (*don Claudio, 43 años*).

Este ritmo se retoma de enero a abril, cuando se inicia de nuevo el ciclo productivo. Sobre estos hombres, mujeres y niños recae el peso fundamental de la producción agrícola. Es frecuente que sean también estos migrantes temporales los que "metan yunta", barbechen, siembren y luego organicen las cuadrillas para pizar en las parcelas de sus hijos o yernos que están al otro lado.

Coincidiendo con la temporada en que los hombres salen al Distrito Federal, las mujeres intensifican o inician la elaboración de productos artesanales empleando la palma adquirida o recolectada en los meses previos. Las más diestras confeccionan tenates y aventadores; pero, sobre todo, el tejido de petates y el sempiterno trabajo doméstico acaparan los días y parte de las noches de las mujeres. Sólo las que confían plenamente en las remesas de dólares han abandonado del todo esta actividad.

El petate lo hace uno en la cuaresma. Entonces, está bien reseca la palma: se astilla uno las manos, se acaban las uñas, para apretar está dura la palma, y ahorita que llueve está suavecita. La cuaresma son los meses de diciembre a abril, éstos son los meses que le llamamos nosotros cuaresma. Y éstos son los meses en que la palma está más seca, porque no llueve. Y ahorita que vamos a sembrar, luego que vamos a labrar, a desyerbar la milpa, no lo teje uno, porque ahorita tiene uno más quehacer, irse al campo (*Lucía, 27 años*).

Madres, hijas, abuelas, cuñadas y vecinas aprovechan la sequía para hacer *matlanes*.¹² Aunque sea para las golosinas de los niños, “pa’l recaudo, pa’l jabón”, la venta de los petates reporta un ingreso mínimo, pero seguro a estas mujeres.¹³ Púberes y aún en edades más tempranas comienzan a entrenarse en la preparación de la palma, en el rasurado del petate, actividad que desempeñan hasta sus últimos días.

También en la cuaresma, mujeres y niños intensifican las actividades del pastoreo de borregos y chivos, pues la yerba escasea en los alrededores y el ganado requiere ser vigilado en recorridos más extensos. Sin embargo, la participación de los niños ha tendido a disminuir por su obligación de acudir a la escuela; al salir de las aulas, pasado el mediodía, relevan a sus madres y abuelas en esta tarea, a la que destinan un tiempo que oscila “desde una hora hasta 6.2, con un tiempo promedio semanal de 22.2 horas” (Salcido Ramos, 1992: 335).

En general, las mujeres mayores de 40 años y las abuelas son las que se dedican de manera intensa al pastoreo. Aunque el pastoreo de chivos es siempre más desgastante que el de los borregos, la ayuda que reciben de la nuera o de las hijas mayores permite a estas mujeres invertir más tiempo en sus rebaños. Los arreglos suelen ser diversos, pero en general las más jóvenes se ven limitadas en esta actividad por el cuidado de los lactantes. Unos cuantos borregos pueden encargarse con la vecina o con la hermana de mayor edad, en cuyo caso, como sucede con los animales de corral, se suele ir a medias en las crías obtenidas. Se puede recurrir, asimismo, a los hijos pastores de otras mujeres, a quienes se brinda, entonces, algún pago en especie: tortillas, frijoles, etcétera.

Las pastoras y pastores aprovechan el recorrido para ir rajando la palma, para tejer el *petlayehuatl*¹⁴ del petate, para recolectar el material y la leña para el *comale*.

¹² Compartir la labor del tejido con otra mujer: un día ambas tejen el petate de una y al siguiente día el de la otra. Se devuelve así el trabajo.

¹³ El precio de venta de un petate a los intermediarios locales en julio de 1992 oscilaba entre los siete y los ocho mil pesos. Su precio es menor si se vende “crudo”, es decir, sin someterlo al proceso de vaporización que hace que el tejido se cierre y la pieza adquiera mayor flexibilidad y resistencia.

¹⁴ Una de las partes del petate, por la que se inicia el tejido.

El pastoreo de chivos es más rentable que el de borregos; sin embargo, se destinan a la venta sólo cuando se presenta un gasto imprevisto y lo obtenido por las ventas del marido en la capital no permite hacerle frente. El ganado otorga al grupo la posibilidad de contar con un fondo de reserva que da sustento a las comidas rituales en las fiestas religiosas, en las mayordomías, bodas y otras celebraciones. Entonces, se establece entre las mujeres una importante red de préstamos de trabajo y de animales. En suma, las mujeres de mediana edad disponen de mayores recursos propios para afrontar las contingencias de los ingresos migratorios de sus hijos y sus maridos. Ya ancianas o impedidas, suelen vender sus rebaños o cederlos a las hijas.

Otra estrategia que comienza a ser adoptada en los hogares que se encuentran en las fases intermedias de su ciclo es la migración de hijas solteras que se desplazan a la ciudad de Puebla o a la capital del país, en calidad de empleadas domésticas. Pueden relevar a sus hermanos ya casados y "ajenados" en la provisión de recursos monetarios; o, cuando son las "mayoras", encabezan el proceso de incorporación de los hijos al trabajo migratorio. La relativa flexibilidad de sus trabajos y la cercanía del destino migratorio les permiten seguir apoyando a sus madres en la realización del trabajo doméstico: lavan, planchan, bañan a los más pequeños en el *temascal* los fines de semana. Los lunes a primera hora, regresan a la ciudad de Puebla.

Como se ha puesto de manifiesto en otras investigaciones sobre migración femenina (Traeger, 1984: 1 274), las hijas solteras, en particular, son vistas como más confiables y mejor dispuestas que los hijos a compartir sus ingresos con su familia. Tienden a ser percibidas como más obedientes y se espera que gasten menos dinero en ellas mismas. En Acuexcomac, la constancia de sus remesas y otras contribuciones en especie permiten a la unidad familiar hacer frente a la aleatoriedad de los envíos de dólares, o a los virtuales abandonos paternos. Además, sustentan económicamente los estudios o los proyectos de migración de sus hermanos. Pero, en general, estas carreras migratorias son de corta duración, como la de Rita, la hija mayor de doña Raquel:

Trabajaba mi hija en Puebla. Como de 16 años ya se fue a trabajar con una señora que también es del otro lado. Nos ayudaba, pobrecita

m' hija. Se cambió por otro lugar, pero ahí no se halló mi hija. Que dice que ahí le apartaban su cuartito y ahí dormía el perro y le echaba pulgas, y de por sí, se aburrió mi hija. Allá se casó de 22 años. El muchacho es de como por Perote. No la deja trabajar. Ahora, a veces, nos da unos centavitos.

**“...y ya cuando me casé, ignoraba cómo iba a tener una casa”:
la migración hacia Estados Unidos**

Sumada a la migración temporal hacia la capital y a la ciudad de Puebla, la emigración hacia Estados Unidos adopta, a su vez, tres modalidades fundamentales: la migración temporal no estacional, la migración por tiempo indefinido y la migración recurrente.

La migración temporal no estacional o migración con una meta específica (*target labor*)

“Típicamente, esta migración ocurre una vez en la vida laboral de un individuo, aunque el logro de un objetivo puede crear la necesidad de satisfacer otros relacionados con el primero” (López Castro, 1986: 104).

Para algunos hombres la aventura migratoria se circunscribe a unos pocos viajes motivados por la necesidad de cubrir gastos imprevistos o solventar los compromisos de las mayordomías del santo patrón.

La construcción de viviendas fabricadas con materiales industriales, que sustituyen a las tradicionales edificaciones de palma, adobe o piedra; la compra de camionetas; los anexos de las viviendas (otros cuartos, cocinas, y recientemente, los baños), descansan en este tipo de trabajo migratorio, que se combina con el comercio ambulante en el Distrito Federal, o con otros oficios como el de albañil, músico, etcétera.

La trayectoria laboral de don Marcos está llena de esos peregrinajes. Después de vivir diez años con su esposa e hijos en la casa de su padre, pudo construir su propia vivienda:

Cuando me casé, mi papá me dijo: "Busca tu vida..." Iba a México, ganaba poquito, para hacer una casa no. Empecé a ir en el 74, 75, 76. Pero de ahí, en el 77 me fui pa' los Estados Unidos. Regresé en el 79, un año y nueve meses estuve. Mi papá entonces sembraba para todos. Y en esa época hice la casa, iba mandando yo dinero. Tiene cuatro recámaras. Después en el 79, volví e hice otra casita. En el 79 ya fui por temporadas, ya hace más de cuatro años que no voy. En el 88 ya no tenía tanta presión de casa, entonces ahorré el dinero y lo teníamos en el banco. Me compré un terrenito para mí, compré unas vaquitas, y nos compramos una camioneta, aunque sea viejita (*don Marcos, 42 años*).

El testimonio de don Marcos coincide con los hallazgos de otros estudios sobre migración (López Castro, 1986; Durand y Massey, 1992): sólo cuando se ha logrado la construcción de la vivienda y el grupo cuenta con hijos que se adentran a la adolescencia, los ingresos migratorios comienzan a destinarse a otros proyectos productivos o a asegurar otros recursos que permitan afrontar la vejez. En San Miguel, el flujo migratorio más reciente hacia Estados Unidos no es lo suficientemente antiguo para dar cabida a inversiones productivas de mayor envergadura, ni las condiciones económicas locales alientan tales inversiones. Sólo los más prósperos cuentan con casas que han construido o comprado en la vecina ciudad de Puebla, mientras otros han adquirido camionetas para destinarlas al comercio de víveres o de leña.

La vivienda es un recurso decisivo en el proceso de segmentación que experimenta el grupo doméstico. Antes del auge migratorio, el proceso típico de segmentación de estas unidades se iniciaba después de un periodo de residencia patrilocal del hijo casado y su nueva familia de orientación (González Montes, 1991: 238). El periodo podía extenderse de uno a diez años. Cuando a la pareja, ya con uno o más niños, se le alentaba a apartarse, entonces podía retener para sí los ingresos de la venta de chiquihuites y petates y, una vez que se disponía de alguna parcela heredada o cedida a medias, el nuevo grupo doméstico lograba organizar su propio consumo.

Antes cuando nosotros no salíamos a ningún lado a trabajar, era más difícil apartarse. Hacíamos chiquihuites y estaba mirando mi papá. Pos hasta eso, el hijo ni los vende; el que los iba a vender era el

papá. Venía en la tarde y nada más él sabe cuántos vendió y a cómo los vendió, y el dinero pos él lo traía. Entonces, uno todo el tiempo trae vacía la bolsa; no es para cuando se aparte uno, tenga un dinero ahorrado. No es lo mismo como estar libre. Para poder tener unos centavos estaba yo como quien dice, de noche, trabajando a escondidas. Ahora se van de solteros y así tienen dinero ahorrado para su casa. Tendrán que mandar a su papá, pero trabajando lejos no sabe el padre cuánto están ganando (*don Mauricio, 41 años*).

El proceso de fisión avanzaba —aunque manteniendo las redes de reciprocidad— cuando se lograba recibir una fracción del solar paterno o un nuevo solar por adquisición o herencia y la pareja se ajenaba, construyendo su propia vivienda con el apoyo de hermanos y cuñados:

...dilataban para hacerla, acarreaban el quiote, pa' que saquen el quiote. Se va a cortar la palma, unos 20 días para que se seque, ahí lo machuca uno con piedras para que quede extendida. La van cortando y luego lo van empacando y ya lo machucan con piedras. Entonces, se va a levantar a los 15 días, cuando está machucada. Para que hagan el mecate de puro torcido con la mano es otro. Harto trabajo tiene. Para amarrar los morillos es con pura palma. El mecate las señoras lo saben hacer, se hace de palma. Luego tejerla...se tarda como ocho días más. Sus hermanos de él y mis hermanos, éstos nos ayudaron. Ya tendrá como 28 años (*doña Meche, 68 años*).

En la actualidad, la construcción de la vivienda implica un proceso de más larga duración y mayor costo, sustentado en los centavos de la moronga y fundamentalmente, en las remesas de dólares que las mujeres ahorran. Ellas también se responsabilizan, en algunos casos, de la compra de los materiales y de la contratación de albañiles en los pueblos vecinos. Con los dólares ha aparecido un nuevo ideal de vivienda que tiende a sustituir la "promiscuidad" del espacio de usos múltiples por la privacidad de los ambientes separados. Los nuevos hábitat domésticos sin duda han implicado una elevación del nivel del bienestar material de estos hogares, pero al mismo tiempo para las mujeres han implicado una ampliación del tiempo y el esfuerzo dedicados al cuidado y mantenimiento de las viviendas y los enseres domésticos.

“Los que no son cabezas duras regresan, los que no, se quedan sus padres o sus mujeres solitos”: la migración por tiempo indefinido

Un segundo tipo de migración, que puede calificarse como indefinida (López Castro, 1986: 104), involucra sobre todo a jóvenes solteros, desligados totalmente de la producción agrícola. No obstante, permanecen vinculados a sus unidades domésticas de origen por medio del envío eventual de dólares, ropa o enseres domésticos:

Nos van ayudando aunque sea con algo. Cuando me hace falta dinero les hablo por teléfono y sí me lo mandan. El mayor tiene dos años que vino, cuando trajo la camioneta. Ésos son los aparatos que trajo él: los estéreos, la televisión, los trajo de allá. El más chico también nos va ayudando un poco. Antes, si uno se iba al norte, le podían quitar la parcela; ahora ya no. Como dicen, ya no hay ley para desparcelar al ejidatario. Ahora lo contrario, si usted quiere vender su ejido se lo puede usted vender a otro, pero ¿quién se lo compra a usted?, si ya casi campesinos no hay, ya puro norteño. Mil veces mejor el terreno queda tirado, se empasta. Y así, ¿quién lo trabaja? (*don Carlos, 60 años*).

Típicamente, esta modalidad migratoria se expresa en ausencias prolongadas que pueden combinarse con visitas aleatorias, imprevistas a veces, o en las fechas de las fiestas religiosas o familiares. La emigración indefinida aparece asociada con la pauta del matrimonio exogámico: al otro lado de la frontera se inicia la cohabitación conyugal con jóvenes procedentes de diversas regiones del país o con inmigrantes centroamericanas. Esta práctica, todavía incipiente, despierta un fuerte rechazo en los padres, quienes ven limitadas sus posibilidades de conformar las redes de reciprocidad, basadas en el parentesco ritual, que se estructuran entre los *uexis* (consuegros).

No obstante, hasta ahora las uniones tienen lugar preferentemente entre migueleros, por medio del matrimonio o de “robos” de las novias durante las breves estancias de los jóvenes en San Miguel, o entre paisanos que residen en la ciudad de Los Ángeles. En estos casos las parejas inician la cohabitación conyugal en el país vecino y regresan a legitimar sus uniones en su lugar de origen:

...porque para casarse allá también necesitan sus papeles, y si se casan allá, pues no le dan nada a su papá de la novia. Los padres del novio no harían gasto acá: ¿en presencia de quién van a hacer gasto? Si lo hacen allá, por decirlo así, los novios solitos se comen su mole...

Cualquiera que sea la modalidad, la importante afluencia de jóvenes hacia Estados Unidos introduce modificaciones en el patrón de residencia patrivirilocal posmarital. En los casos de robo de la muchacha —que son realmente huidas concertadas—, se siguen los rituales de rigor para conformar a sus padres, ver “que no estén muinos” y fijar la fecha de la boda.

Marta, la más chica, acabó su secundaria y se la llevaron. Nomás se fueron a México y luego vinieron a rendir cuenta. Ya dijeron que se iban a casar. Luego se casó por la iglesia y se fueron pa'l norte... Ya van para tres años de casados. Se casaron en febrero y en marzo luego se fueron. Él se la había llevado para casa de su papá, no dilató mucho, cuando menos un mes. Y le dije: “así como te la llevaste, cástate...” (*doña Raquel, 67 años*).

En casos como éste, la boda puede tener lugar antes de que el joven retome su actividad migratoria, pero en otros casos observamos que después de una brevísima residencia patrilocal, la joven pareja emigra al norte y pasado un tiempo regresa a formalizar su unión, a veces con un “*meatito* a cuestras”.¹⁵ Este patrón migratorio emergente y la nueva pauta de residencia posmarital que conlleva permite a las jóvenes eludir la obligación de servir como nueras en la casa de sus suegros. La suegra es la que más resiente la pérdida de la nuera, al verse desprovista de su ayuda en el desempeño del trabajo doméstico.

El periodo de residencia patrilocal también se ve restringido porque el trabajo migratorio brinda a los jóvenes una mayor independencia económica, facilitándoles la obtención de los recursos básicos para la vida de la pareja y de sus hijos.

Mi yerno es el xocoyote, tiene su terreno. Su casa la había hecho antes de casarse. Al lado vive su papá. La hizo con su trabajo. Y ahora

¹⁵ Niño pequeño.

cuando se casaron tenía 11 millones en el banco; los fue a sacar, compró equipo pa' su casamiento, se casó, y vistió a la novia como es debido. Se la robó y luego se casaron, porque tenía el dinero... (*doña Raquel, 67 años*).

Muchos de estos jóvenes han iniciado la construcción de sus casas adyacentes a las viviendas de sus progenitores o en solares contiguos. Estructuras sin techar, a medio hacer, materiales de construcción apilados en los solares paternos o edificaciones ya concluidas pero deshabitadas, atestiguan con su presencia los supuestos planes de regresar al pueblo algún día. En suma, la mayor autonomía económica de los jóvenes pareciera estar configurando una etapa de transición hacia una creciente individuación de las elecciones afectivas y hacia una mayor valoración de los espacios de la intimidad dentro de la vida familiar, como lo describe Anderson (1988: 44) para el caso de Europa en el periodo de la industrialización.

Cabe señalar también el enorme malestar y frustración que genera la emigración, por tiempo indefinido, de los hombres casados y con hijos. La tenue separación entre este tipo de emigración y la ausencia permanente del marido, coloca a estos hogares en una virtual situación de abandono (Arias y Mummert, 1987: 114). Desde luego, la situación se torna más complicada cuando se trata de hogares conformados por familias nucleares, desprovistas del apoyo que brindaría la convivencia en familia extensa, con los padres del marido. En general, se atribuye a las "otras", concubinas y prostitutas, la irresponsabilidad del marido:

Allá agarran mal costumbre, aquí ya dejan sus hijos, se desobligan de las esposas, por allá engañan, tienen mujer... Dicen que allá en el norte, a las cuatro de la tarde ya están en las esquinas, señoritas hasta de 15 años y ya están esperando a los caballeros. Como dicen, invitándolos; los invitan a pasear, los llevan al hotel o a un restaurant. Y ellos se van a gastar el dinero. ¡Y qué va a llegar el dinero aquí, si allá nomás lo acaban con ellas! Los hijos crecen, y luego a hacer lo mismo que hace el papá (*doña Raquel*).

A las dificultades económicas que atraviesan las esposas e hijos abandonados se suma el refuerzo del control que tradicionalmente

se ejerce sobre los cuerpos y la sexualidad de las mujeres y las sanciones de orden moral frente a presuntas o efectivas infidelidades:

A veces se van al norte y las mujeres se quedan solitas, y a veces los hombres las andan comprometiendo y tienen otro hombre. Ahí está doña Rosa; se va al norte su marido y estaba embarazada de su otro hombre, y fue al doctor, para tirarlo. Por eso mejor dejarlas con los suegros. Yo aquí me quedaba, ellos me daban agua, me daban leña, allá dormía yo, con mis suegros. Con mi cuñada íbamos a lavar las dos, y pa' onde quiera las dos. Dormía yo con ella. Allá me dejaban, pa' que no saliera. Y así pasamos la vida... (*doña Raquel*).

Cuando las mujeres quedan bajo la tutela de los padres del marido, las recurrentes sospechas de embarazos ilegítimos enturbian y hacen más conflictivas aún las relaciones con las suegras:

Cuando nació Estela, mi suegra se enojaba de que él ya no estaba y había comprado la niña. Decía: "¡que casualidad, la mujer que él ya no está, se puso embarazada. Ni será de mi hijo, la lo mejor será de otro!" Sus papás de él no quisieron venir para acá cuando nació mi Estela: "¿para qué vamos a ir, si ni es mi nieta?" Ni cuando se bautizó no vinieron (*Lucía, 27 años, abandonada por el marido; ahora vive en casa de sus padres*).

Quizá se pueda atribuir a la frustrante vivencia del abandono el cambio en la valoración del matrimonio civil que observamos en el testimonio de Lucía, que refleja sin duda el surgimiento de una visión más secular de la relación de pareja:

Es más válido el matrimonio por registro que por la Iglesia. Porque como ahorita que no estoy casada, del registro no tengo derecho de pelearlos mis intereses. Y así los que están casados de registro, la misma ley los ampara; ahora como no estoy casada de registro, la ley no me ayuda... (*ibid.*).

"...aquí la mujer hace lo del hombre": ausencias masculinas y trabajo femenino

Finalmente, existe una tercera modalidad, la migración recurrente, que puede ser vista como "una migración temporal, pero más

intensa, en el sentido de que el trabajador pasa la mayor parte del tiempo fuera de la comunidad y regresa a ella tan frecuentemente como puede" (López Castro, 1986: 103). Encontramos a estos migrantes en Acuexcomac sobre todo durante los meses de mayo y/o septiembre, cuando se celebran las festividades del santo patrono, o cuando se presentan crisis familiares. La alta frecuencia de este patrón migratorio en distintas regiones del país ha obligado a cuestionar la afirmación de que la mayoría de los migrantes indocumentados se quedan permanentemente en Estados Unidos. Se acepta ahora que la mayor parte de la emigración indocumentada procedente de México es circular y de una duración relativamente corta (Roberts, 1980: 2).

Generalmente, los hombres que llevan a cabo este tipo de migración carecen de tierras ejidales; cuando las tienen, la responsabilidad de su cultivo recae sobre sus esposas e hijos. En los casos en que cuentan con el dinero necesario, las mujeres pagan los jornales y el alquiler de las yuntas, por valor de 65 o 70 000 pesos diarios (precios de julio de 1992) para el barbecho, la siembra y la labor. Cuando no disponen de estas cantidades, ofrecen sus tierras "a medias". Otras recurren al auxilio de las yuntas y del trabajo de sus suegros, cuñados o hermanos residentes, con el compromiso de "devolver el trabajo" cuando toque hacer el desyerbe, el despunte o la pizca en las milpas de sus parientes. Cuando la unidad doméstica no cuenta con hijos adolescentes que puedan participar en la devolución de trabajo, el *cencali* se abastece con el maíz y el frijol que ha comprado el migrante antes de su partida, o se procura al menos sembrar el *calmil*, "que aunque sea pa' los elotes de los niños sirve". Por lo que se refiere al trabajo de la mujer en la milpa, Salcido Ramos (1992: 335) calcula que: "la mujer aporta directamente a la economía familiar, en mano de obra, un promedio de 36 jornales durante el ciclo agrícola; si se contabilizara el ahorro de mano de obra, éste sumaría la cantidad de 468 000 pesos, si se le pagara el jornal de 13 000, que es lo que se pagaba en la comunidad en 1989".

Las mujeres no sólo han ampliado su participación en la producción agrícola, sino que tienen también una presencia importante en la vida comunitaria: se desempeñan rotativamente como *ronderas*, en las tareas de vigilancia y limpieza del zócalo,

integran las cuadrillas para remozar las escuelas y la clínica, se trasladan a la ciudad de Puebla para realizar trámites burocráticos, etc. El testimonio de doña Aurora, madre de tres hijos y esposa de don Luis, migrante recurrente al norte desde hace ocho años, ilustra una situación de vida que comparten muchas mujeres:

En el Comité de padres tenemos que limpiar, juntar el dinero para los gastos de la escuela. Nombran a los esposos, pero la señora es quien hace el trabajo. Por lo que se ve, aquí las mujeres trabajamos más que los hombres, porque aquí hacen todo el quehacer del hombre y aparte lo de la casa, por eso trabajamos más. El hombre va a su trabajo, a lo que es de hombre, lo de la mujer no lo va a hacer, porque está la mujer. Pero ella cuando no está el hombre, hace lo del hombre también. Ellos no saben del gasto, la mujer lleva toda la responsabilidad de los hijos, ellos nada más están allá, en el norte. Ya me cansé de trabajar; hoy día me ayuda el chamaco, va a leñar, pa' cualquier cosa lo voy llamando (*doña Aurora, 38 años*).

Los dólares no siempre llegan con la regularidad deseada: la mayor parte de los envíos se reciben por el sistema de encargos que traen parientes y amigos, y con frecuencia hay dificultades para cobrar los *money orders* en los bancos. En otras ocasiones, después de un año de ausencia, los maridos “regresan con las bolsas vacías”, enfermos, con problemas de alcoholismo y a veces hasta con deudas. Las mujeres enfrentan las contingencias cotidianas mediante la venta o el trueque de petates, pepitas de calabaza, o las yerbas medicinales y alimenticias recolectadas en el monte cuando “ha llovido parejo”.

Mientras, sus esposos en el norte habitan en casas de hombres solos. Hermanos, cuñados, padres e hijos, comparten rentas, los *biles*¹⁶ de la luz y del teléfono, los percances de la gran ciudad, festividades y nostalgias del terruño, conformando una amplia red de apoyo para los que decidan, como ellos, lanzarse a la aventura al otro lado, porque “la tentación sigue siendo el dólar...”

La división del trabajo doméstico, en el interior de estos grupos residenciales de hombres solos, supone una franca ruptura con el esquema de la división del trabajo por géneros, predominan-

¹⁶ Proviene de la palabra inglesa “bill”: factura, cuenta.

te en los grupos domésticos campesinos. No obstante, el esquema tradicional se reproduce cuando a ellos se incorporan mujeres, en calidad de esposas, concubinas, hermanas o hijas, que siguiendo a los migrantes, se transforman casi automáticamente en asalariadas domésticas:

Donde viven puros señores se turnan los señores... uno va a trabajar, otro se queda: lava la estufa, trapea, barre, lava el baño, hace de comer y al otro día ya se va a vender. A cada uno le va tocando. Está casi como si estuviera de hombre y mujer. Y si hay alguna mujer de San Miguel, pues le hablan y le dicen que cuánto gana y la ocupan para que les haga de comer, el quehacer, y ahí ellos no hacen nada (*Lucía, 27 años; vivió tres meses en Los Ángeles con su esposo y otros cinco hombres*).

Aunque el trabajo doméstico de estas mujeres adquiere un nuevo estatuto por ser desempeñado en el afuera geográfico, a ellas se les sigue definiendo por la domesticidad que implica laborar en los espacios materiales y simbólicos del adentro, en el cuidado y la atención de los otros.

Las más jóvenes y solteras comienzan a incorporarse a otro tipo de actividades remuneradas; trabajan como empacadoras de tortillas o costureras. Otras, se inician como vendedoras ambulantes de cassettes o de frutas y alimentos en la zona este de Los Ángeles.

La específica condición de género imprime particularidades a la experiencia de vida de estas mujeres jóvenes, solteras, casadas o simplemente unidas, que participan con sus hombres, padres, maridos y hermanos, en la aventura de irse al norte. Esta estrategia está sustentada en el bagaje migratorio que han acumulado los hombres y en la solidez de las redes sociales en las que se inscribe, facilitando la adaptación de las mujeres a las nuevas circunstancias. Pero tal como lo han sugerido otros estudios sobre migración femenina (Morokvásic, 1984), las motivaciones que subyacen en esta migración pueden colocar a las mujeres en una situación que acrecienta su dependencia vital frente a los otros, subordinándolas en una relación de tutelaje pleno, ejercido por los que monopolizan los recursos materiales y simbólicos, los saberes y las relaciones valiosas en el nuevo medio: los que tienen un mayor manejo de la lengua extraña y a veces, un mejor estatus migratorio. Quizás

en el futuro el trabajo remunerado independiente permita a estas mujeres romper este círculo de dependencias.

CONCLUSIONES

En San Miguel Acuecomac, al igual que en cientos de pueblos campesinos dispersos en la geografía nacional, el progresivo deterioro de las condiciones de la producción de subsistencia ha favorecido el surgimiento de nuevas estrategias de reproducción de los grupos domésticos. La diversificación de las actividades generadoras de ingresos ha implicado una creciente transferencia de mano de obra familiar a los mercados de trabajo, y en el interior de las unidades domésticas ha provocado la intensificación del trabajo de sus miembros.

Hombres de tres generaciones han salido a buscar la vida fuera de la comunidad, transmitiéndose sus experiencias, algunas veces desalentando la aventura migratoria entre los jóvenes, y otras, promoviendo sus ventajas. La migración es un proceso en cadena: los primeros en migrar abren una brecha que con el tiempo se transforma en una red de asistencia que fortalece la vitalidad de estos flujos (Massey *et al.*, 1991). Desde finales de los cuarenta hasta la fecha, la migración de migueleros ha observado distintas pautas y ritmos de acuerdo con las oportunidades existentes en los mercados de trabajo tanto nacionales como extranjeros, con las propias características de los grupos domésticos de origen y con las facilidades que ha brindado la creación de una infraestructura migratoria entre la comunidad y los lugares de destino.

Hoy en día se observan dos flujos migratorios en San Miguel. Uno es el de los vendedores ambulantes de embutidos, que se desplazan estacionalmente al Distrito Federal, en una modalidad de migración circular (Szasz, 1990); está integrado por hombres ya maduros, ejidatarios que siguen vinculados con el trabajo agrícola en sus parcelas. El auge de esta corriente coincide con el cierre, en 1964, de la frontera norteamericana a los emigrantes legales que iban contratados por el Programa Bracero. Simultáneamente, se registra hoy una emigración hacia Estados Unidos que involucra, de manera fundamental, a los más jóvenes, hombres solteros

que proveen de ingresos a sus grupos domésticos de origen, o bien, hombres casados, padres de familia que, en general, carecen de tierras, o que aún poseyéndolas están parcial o totalmente desvinculados de la producción agrícola. Estas dos estrategias migratorias a veces coexisten en una misma unidad doméstica.

A la manera de un círculo vicioso, la actividad migratoria ha permitido resolver necesidades apremiantes y, al mismo tiempo, introduce nuevas expectativas de vida y aspiraciones. Todos los hogares que hemos estudiado muestran algún grado de dependencia respecto a la migración, que tiene un peso fundamental en la elevación del bienestar material de la comunidad y en el entramado de la vida colectiva. Las carencias de estos hogares y de la comunidad son tan vastas que se puede inferir que a mediano plazo las inversiones de los migrantes seguirán orientadas a la ampliación de los servicios y de la infraestructura básica de ambos.

La migración ha supuesto también un reordenamiento de la vida de estos grupos: si bien los nuevos hábitat domésticos son más confortables, pues los servicios y los enseres introducidos tienden a facilitar la preparación de los alimentos, la higiene personal, el lavado de la ropa, etc., con ellos también se originan nuevas tareas, de modo que, en general, el mantenimiento de las nuevas viviendas requiere de más tiempo y dinero.

A su vez, la migración cobra significados diversos en estos hogares y en la vida de las mujeres, atendiendo al destino de la migración y de acuerdo con la fase del ciclo vital en que se encuentre la unidad doméstica. La dependencia respecto a los ingresos migratorios parece ser mayor en los grupos domésticos más jóvenes, pues disponen, en general, de menores recursos (tierra, ganado, mano de obra) para hacer frente a la aleatoriedad o a la precariedad de las remesas de los migrantes. La lactancia y el cuidado de los niños pequeños reduce la movilidad de las mujeres de estos hogares y dificulta su dedicación intensiva al pastoreo o a la producción artesanal.

Pero a medida que los hijos crecen, las madres amplían su presencia en distintas esferas: pueden invertir más tiempo en el cuidado de sus rebaños, autoabastecerse de la materia prima requerida para tejer sus petates, asumir el control de la producción agrícola valiéndose del apoyo de los hijos aptos para desempeñar

las tareas en las milpas, y pueden participar en las redes de préstamo de trabajo. Logran tener una activa participación en los comités escolares y de mejoramiento del pueblo, sustituyendo a los maridos migrantes, y se desplazan más libremente fuera de la comunidad. La ausencia de los maridos ha supuesto para ellas una mayor carga de trabajo y al mismo tiempo una ampliación de su injerencia en la toma de decisiones domésticas y de su presencia en los asuntos comunales. Faltaría determinar hasta qué punto, bajo estas circunstancias, se erosiona la jefatura del ausente, o si por el contrario la distancia contribuye a la idealización de su autoridad.

En los grupos domésticos que albergan a tres generaciones, la migración del hijo casado que reside patrilocalmente puede implicar, para la esposa, verse expuesta a un mayor control y vigilancia en una relación tutelar, en esencia conflictiva; sobre todo, si se convierte en una carga económica para los suegros cuando el marido deja de enviar dinero. Mientras, la recién casada participa con sus saberes, su trabajo y su sexualidad en la reproducción económica, social y biológica del hogar de sus suegros. Paradójicamente, la migración del marido representa, en estos casos, la única opción para poner fin a la relación de dependencia respecto a ellos, mediante la obtención de los recursos suficientes para organizar el consumo y la vida autónomos. La expectativa de que eventualmente la migración permitirá la independencia, puede hacer más llevadera la situación de convivencia en familia extensa.

Para las solteras, el futuro pinta diferente: de manera creciente sus opciones de vida comienzan a estructurarse también en torno a la migración, pero en este caso, como migrantes ellas mismas. Sea como trabajadoras domésticas asalariadas en la vecina ciudad de Puebla, o como esposas, amasias, hermanas o hijas, amparadas en la cobertura que les brinda la red migratoria hacia Estados Unidos hoy existente, pueden incorporarse a los proyectos económicos de los migrantes más antiguos. Pero hasta ahora, la mayor parte de las mujeres que migran al norte siguen definidas por la dependencia vital hacia los hombres, en el ejercicio de sus tradicionales papeles como reproductoras, como soportes clave de la vida doméstica y afectiva de los migrantes masculinos. La nueva pauta migratoria emergente, que incorpora a las mujeres, auna-

da a la creciente exogamia de los jóvenes que emigran por tiempo indefinido a la ciudad de Los Ángeles, altera el patrón tradicional de residencia posmarital patrivirilocal, trastornando, a su vez, la división generacional del trabajo en los hogares que la practican. Más aún, está redefiniendo los derechos y obligaciones morales que norman la relación entre padres e hijos, entre suegras y nueras.

En Acuexcomac, ya ni siquiera las campanas de la iglesia suenan como antes, ni los tiempos de la espera son los mismos.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Michael, *Aproximaciones al estudio de la familia occidental, 1500-1914*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1988.
- Arias, Patricia y G. Mummert, "Familia, mercados de trabajo y migración en el centro-occidente de México", *Nueva Antropología*, 9 (32): 105-127, México, 1987.
- Arizpe, Lourdes, *La migración por relevos y la reproducción social del campesinado*, México, El Colegio de México, Cuadernos del CES, 1980.
- , *Parentesco y economía en una sociedad nahua*, México, SEP y Conaculta, 1990.
- Benería, Lourdes, *Reproducción, producción y división sexual del trabajo*, República Dominicana, Ediciones Populares Feministas, 1984.
- Bonté, Pierre y M. Izard, *Dictionnaire de l'ethnologie et de l'anthropologie*, París, Presses Universitaires de France, 1991.
- Chance, John, "Cofradías and Cargos: A Historical Perspective on Mesoamerican Civil-religious Hierarchy", *American Ethnologist*, XII (1): 1-24, 1985.
- D'Aubeterre, María E., "Cuando bailan los totoles: matrimonio y patrones de residencia en San Miguel Acuexcomac, Puebla", *Revista del Consejo Estatal de Población del Estado de Puebla*, II (5), México, 1992.
- Durand, Jorge y D.S. Massey, "Mexican Migration to the United States: A Critical Review", *Latin American Research Review*, 27 (2): 3-42, 1992.
- Fortes, Meyer, "Introduction", en Jack Goody (ed.), *The Developmental Cycle in Domestic Groups*, Cambridge University Press, 1971.
- González Montes, Soledad, "El ciclo doméstico campesino y los cambios ocupacionales en Xalatlaco, 1933-1974", *Memorias de la Tercera Reunión Nacional sobre Investigación Demográfica*, México, Somede, 1989, pp. 729-744.
- , "Los ingresos no agropecuarios, el trabajo remunerado femenino y las transformaciones de las relaciones intergenéricas e intergeneracionales de las familias campesinas", *Textos y pre-textos. Once estudios sobre la mujer*, México, El Colegio de México, PIEM, 1991, pp. 225-257.

- Hajnal, John, "Two Kinds of Pre-Industrial Household Formation System", en Richard Wall (ed.), *Family Forms in History Europe*, Cambridge University Press, 1983.
- Haraven, Tamara, "The Family Cycle in Historical Perspective: A Proposal for a Developmental Approach", en Jean Cuisenier (ed.), *The Family Life Cycle in European Societies*, París, Mouton, The Hague, 1977.
- Izunza, Efraín et al., "Desarrollo agrícola en la Cordillera del Tentzo, Puebla", *IV Seminario Nacional sobre Desarrollo Regional Mexicano*, Puebla, El Colegio de Puebla, 18 y 19 de noviembre, sin pie de imprenta, 1989.
- Jelin, Elizabeth, *Familia y unidad doméstica. Mundo público y vida privada*, Buenos Aires, CEDES, 1984.
- López Castro, Gustavo, *La casa dividida: un estudio de casos sobre la migración a los Estados Unidos en un pueblo michoacano*, México, El Colegio de Michoacán, Asociación Mexicana de Población, 1986.
- Massey, Douglas; R. Alarcón; J. Durand y H. González, *Los ausentes. El proceso social de la migración internacional en el occidente de México*, Alianza y Conaculta, 1991.
- Morokvács, M., "Birds of Passage Are Also Women", *International Migration Review*, XVIII (4): 886-907, 1984.
- Murray, Colin, *Families Divided: The Impact of Migrant Labour in Lesotho*, Cambridge University Press, 1981.
- Nolasco, Margarita, "Ir al norte, al otro lado", *Los emigrantes*, parte I, *La Jornada* (Suplemento Mundial), México, 2 de junio, 1991.
- Nutini, Hugo y T. Murphy, "Labor Migration and Family Structure in the Tlaxcala-Puebla Area, Mexico", en W. Goldschmidt y H. Hoijer, *The Social Anthropology of Latin America. Essays in Honor of Robert Beals*, Los Ángeles, Latin American Center, University of California, 1970, pp. 80-103.
- Ojeda de la Peña, Norma, "Reflexiones sobre la perspectiva del curso de vida en el análisis del ciclo vital familiar: una propuesta de estudio en el caso de México", *Memorias de la Tercera Reunión Nacional sobre Investigación Demográfica en México*, México, Somede, 1989, pp. 671-682.
- Oppong, Christine, "Family Structure and Women's Reproductive and Productive Roles: Some Conceptual and Methodological Issues", en Richard Anker et al. (eds.), *Women's Roles and Population Trends in the Third World*, Londres y Canberra, Croom Helm, 1982, pp. 133-149.
- Pepin-Lehalleur, Mariëlle y T. Rendón, "Las unidades domésticas campesinas y sus estrategias de reproducción", en Kirsten Appendini et al. (eds.), *El campesinado en México. Dos perspectivas de análisis*, México, El Colegio de México, 1985, pp. 15-111.
- Quesnel, André y S. Lerner, "El espacio familiar en la reproducción social, grupos domésticos residenciales y grupos de interacción", en Orlan-dina de Oliveira et al. (comps.), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, El Colegio de México, UNAM y Porrúa, 1989.

- Roberts, Kenneth, *Agrarian Structure and Labour Migration in Rural Mexico. The Case of Circular Migration of Undocumented Workers to the U.S.*, Austin Institute of Latin American Studies, University of Texas, 1980.
- Salcido Ramos, Blanca, "La participación de la mujer en el trabajo agropecuario", *Primer Encuentro Nacional Mujer, Cultura y Sociedad*, Puebla, México, 2 al 8 de marzo de 1992, pp. 332-336.
- Salles, Vania, "Una discusión sobre las condiciones de la reproducción campesina", *Estudios Sociológicos*, 2 (1): 105-134, 1984.
- , "Cuando hablamos de familia, ¿de qué estamos hablando?", *Nueva Antropología*, 11 (39): 53-87, 1991.
- Simon Rita y M. De Ley, "The Work Experience of Undocumented Mexican Women Migrants in Los Angeles", *International Migration Review*, XVIII (4): 1212-1229, 1984.
- Sistema Estatal de Población, *Anuario Estadístico de Puebla*, T. I. Puebla, México, 1982.
- Slade, Doreen, "Estatus marital e identidad sexual. La participación de la mujer en la sociedad campesina mexicana", *Antropología y feminismo*, Barcelona, Anagrama, 1979, pp. 181-201.
- Szasz, Ivonne, "Dimensiones del mercado de trabajo, migración temporal y reproducción doméstica: un caso en la zona rural del Estado de México", *Revista Mexicana de Sociología*, año LII: 151-167, enero-marzo de 1990.
- Taggart, James, *La estructura de los grupos domésticos en una comunidad de habla náhuatl*, México, SEP e INI, núm. 41, 1975.
- Traeger, Lilian, "Family Strategies and the Migration of Women: Migrants to Dagupan City, Philippines", *International Migration Review*, XVIII (4): 1264-1277, 1984.
- Whiteford, Michael B., "Women, Migration and Social Change: A Colombian Case Study", *International Migration Review*, 12 (2): 236-247, 1978.

**LA TRANSFORMACIÓN
DE LA MATERNIDAD EN EL CAMPO**

LOS CAMBIANTES SIGNIFICADOS DE LA MATERNIDAD EN EL MÉXICO RURAL

ANTONELLA FAGETTI*

INTRODUCCIÓN¹

La investigación desde disciplinas diversas de la problemática del género ha puesto énfasis, en las últimas décadas, en la maternidad como una función que define el papel social de la mujer en todas las culturas. A partir de la capacidad biológica de engendrar, parir y amamantar, se ha construido una función social que fundamenta, asimismo, la diferencia entre hombres y mujeres. En las aportaciones y reflexiones del feminismo, la maternidad se ha considerado como el elemento central en torno al cual se configura la identidad de género de las mujeres. Ellas asumen la responsabilidad primordial del cuidado de los hijos y establecen con ellos los lazos emocionales primarios; el ejercicio de la maternidad constituye todavía uno de los pocos elementos universales y permanentes de la división sexual del trabajo (Chodorow, 1984: 13). Por otra parte, la maternidad se considera un complejo fenómeno sociocultural y las relaciones, acciones y experiencias que realizan y tienen las mujeres como definitorias de la feminidad (Lagarde, 1990: 222).

* Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Puebla.

¹ Agradezco al PIEM el apoyo financiero y académico otorgado para esta investigación, que desarrollé con María Eugenia D'Aubeterre. El estudio se sustenta en el material recopilado durante el trabajo de campo, desde marzo de 1991 al mes de julio de 1992. Se basa en la aplicación de una encuesta a 53 unidades domésticas; en una encuesta de fecundidad a 73 mujeres de entre 15 y 64 años, unidas y viudas, y en la grabación de historias de vida y entrevistas a profundidad a mujeres de diferentes edades. Particularmente, le agradezco a Soledad González Montes sus comentarios y sugerencias y a las mujeres que me dedicaron pacientemente su tiempo.

Desde esta perspectiva teórica, algunas investigadoras han señalado, en estudios recientes, que la maternidad, como función presente en todas las sociedades, adquiere un significado y una importancia particulares en el interior de cada sistema cultural, a partir de la valoración que el grupo social le otorga. La maternidad es reconocida como el espacio femenino donde las mujeres ejercen el control, obtienen reconocimiento social y fuerza para intervenir en los asuntos que conciernen a la vida comunitaria y para actuar en beneficio de la comunidad y de sus hijos (Browner, 1986; Martin, 1990; Ladeira, 1993).

Ladeira concibe la función reproductora de las mujeres timbira, de Brasil, no como la causante de su inferioridad y subordinación a los hombres, sino como lo que les confiere fuerza e importancia en la reproducción social de la aldea. Por su parte, Martin señala cómo en el caso de una comunidad del estado de Morelos también el respeto por las actividades reproductivas de las mujeres puede transformar su subordinación en poder: apelando a su capacidad de sufrimiento y a los sacrificios que hacen por sus hijos, ellas reclaman un cambio en la política y su participación en ésta para salvar la comunidad de la corrupción, de la crisis y del abuso del poder.

El propósito del presente artículo es explorar la concepción en torno a la maternidad de las mujeres de San Miguel Acuexcomac, pueblo ubicado en la región del Tentzo, en el estado de Puebla. Nuestro interés se centra en las ideas que ellas manifiestan sobre la maternidad, el papel de los hijos, el matrimonio y la pareja como procreadora; procura entender, asimismo, tanto el significado que ellas le confieren a su papel de madres, como su vivencia de la maternidad. En el trabajo de campo se alternaron visitas breves con estancias temporales durante un año y medio, tiempo en el cual tuve la oportunidad de convivir con mujeres jóvenes, adultas y ancianas. De las entrevistas realizadas a más de 30 de ellas seleccioné las ideas que me parecieron más significativas y que describen el pensamiento y las experiencias en torno a la maternidad que se expondrán a lo largo del presente trabajo.

Situado a 35 km de la ciudad de Puebla, San Miguel Acuexcomac es una junta auxiliar que cuenta con 1 226 habitantes. Se ubica al pie de la cordillera del Tentzo, en una región árida, de vegetación rala que crece en llanos y barrancas de roca caliza. A finales

de los años setenta, la escasez de tierras —que ya no alcanzaban para ser repartidas entre los jóvenes—, aunada a su baja productividad y a la falta de fuentes de trabajo en la comunidad, propiciaron la emigración de los hombres, que habían comenzado a salir temporalmente varias décadas antes. Actualmente, los jóvenes solteros y los padres de familia se van a la ciudad de México y a Los Ángeles, California, a buscar trabajo como vendedores ambulantes para asegurar así el sustento propio y el de sus familias.

Anteriormente, la economía de esta localidad se basaba fundamentalmente en el cultivo de maíz, trigo y frijol en pequeñas extensiones de tierra de propiedad privada y ejidal. Los excedentes se vendían en el mercado junto con productos artesanales, chichihuites y petates, elaborados por hombres y mujeres.

Como en muchos pueblos campesinos, los hijos no sólo participaban de la división sexual del trabajo en el interior de los grupos domésticos, sino que representaban el único sostén de los padres en la vejez. La supervivencia y la reproducción de las familias campesinas se fincaba entonces en la procreación. El valor atribuido a los hijos dio vida a un pensamiento —transmitido de generación en generación— que todavía en nuestros días determina el comportamiento y las acciones de las mujeres como procreadoras.

Quienes ya rebasaron los 30 años de edad, en sus testimonios expresan la concepción cristiana de la vida según la cual el hombre y la mujer tienen el compromiso de unirse en matrimonio y procrear a sus hijos, concebidos como un don divino. Dios concede el privilegio de la procreación; de él depende que las parejas tengan pocos o muchos hijos, pues al igual que los dona, también los quita. Su concepción denota la aceptación incondicional de los acontecimientos de la vida cotidiana como expresión de la voluntad divina: la cosecha escasa o abundante, la familia grande o pequeña, la mujer estéril o prolífica, la muerte y el nacimiento, se acogen con el fatalismo que distingue a muchas sociedades campesinas.

En Acuexcomac la maternidad es altamente valorada por hombres y mujeres, pues al ser madre la mujer cumple con el destino que Dios le asignó y deviene la ejecutora de su voluntad. El deber de la pareja es cuidar de los hijos en una relación de complementariedad: el hombre debe procurar mediante su tra-

bajo el sustento de la familia; la mujer, quien sufre los dolores y arriesga su vida en el parto, debe nutrir a los hijos y criarlos, pero también mantenerlos con el trabajo del campo y tejiendo petates.

Este pensamiento en torno a la maternidad se manifiesta en un patrón reproductivo particular, en el cual los embarazos y los partos se suceden cada dos o tres años hasta la menopausia; es decir, la vida reproductiva de las mujeres se prolonga, por lo general, durante 25 años o más.

No obstante, la maternidad va más allá del hecho biológico de parir, pues sabemos que ésta comprende la reproducción social y cultural de los individuos. Las mujeres de Acuexcomac dedican la vida entera al cuidado de los demás. En la infancia cuidan de los hermanos, después de sus propios hijos y del marido y, finalmente, también de sus nietos, sus padres y sus suegros.

En la maternidad, concebida como la práctica que otorga significado a la vida de las mujeres y que constituye y conforma al mismo tiempo su identidad de género, convergen como en un mosaico componentes diversos: el gozo y la alegría, la plenitud y la satisfacción, pero también los conflictos, el sufrimiento y la desilusión.

La concepción tradicional y el ejercicio de la maternidad, la valoración de los hijos y el comportamiento reproductivo, son elementos que discutiré a la luz de los cambios económicos y sociales que se observan en la comunidad. Pienso que tales cambios apenas comienzan a incidir en el pensamiento de las nuevas generaciones y han implicado ciertas transformaciones en el ejercicio de la maternidad. Un elemento decisivo de estos cambios, surgido en los últimos años, es el incremento en el costo de la crianza de los hijos. Los recursos que se invierten en la educación, en la salud y en el bienestar generan conflictos en el cumplimiento de los preceptos católicos que imponen a los padres el compromiso de "recibir a todos los hijos que Dios da", suscitando, sobre todo en algunas parejas jóvenes, pero también en las que procrearon ya varios hijos, vivencias contrastantes y contradictorias entre lo que dictan las normas sociales y sus posibilidades reales de obedecerlas.

Por otra parte, la labor de los médicos de la clínica de salud y la propaganda de los medios de información para promover la planificación familiar dan a conocer y difunden un discurso mo-

dermo en torno a los hijos, ya escuchado y por tanto familiar a los emigrantes. El lema “pocos hijos para darles mucho” se traduce para los habitantes de San Miguel en la posibilidad de curar a sus hijos cuando se enferman, alimentarlos mejor y darles estudios.

La descripción de la concepción tradicional sobre los hijos nos permitirá ubicar en el contexto los cambios que actualmente experimenta la comunidad, las ideas y las prácticas que emergen de las cambiantes situaciones de vida enfrentadas por hombres y mujeres. Estos cambios significan para algunos la aceptación de la planificación familiar y, en particular para las mujeres, constituyen nuevos desafíos que deben encarar debido a la ausencia temporal y a veces al abandono definitivo por parte de los maridos emigrantes.

“Se siente uno triste sin hijos, como un palito, nomás solito no arde.” El significado de la maternidad

Alrededor de la maternidad transcurre la vida de las mujeres de San Miguel. La procreación y el cuidado de los hijos llenan y dan sentido a su existencia, una existencia en la que los embarazos y los periodos de lactancia se suceden hasta que el cuerpo, alcanzada la madurez, ya no es apto para la reproducción.

El significado de la maternidad está fuertemente permeado para las mujeres por los valores cristianos; sacrificio, dolor y sufrimiento son sus componentes. No obstante, las mujeres asumen la procreación como mandato divino conscientes de que “Dios nos puso en la vida para que demos fruto”. Esta concepción se aprecia en las palabras de doña Ester:

Dios dispuso de que tengamos hijos. Él nos dio este castigo, nuestros padres se condenaron: Adán trabaja para mantener a sus hijos y para Eva el castigo es el dolor. Dios nos dio esa muestra de que criemos nuestros hijos. Ya ahora que acabamos de criar no lo vemos difícil, pero cuando los estamos criando, cuesta para tener un niño, para criarlo, ya cayó enfermo, andarse ayunando con tal que sane la cría. Es triste para nacer un hijo, a dolor mexicano, lo que Dios diga de nosotros, si aguantamos bien y si no de por sí será nuestro destino, que nos vamos a morir de parto.

Pese a que la crianza de los hijos implica continuas “mortificaciones” para los padres, los niños llenan la casa de alegría: “cuando están chiquitos, andan jugando, hacen payasadas y hacen reír”, pero también “hacen amuinar, porque son traviesos: con una mano el pan y en la otra la cuarta —dice doña María—, aquí te quiero, pero aquí también te doy”.

Muchas mujeres piensan que si hay niños en la casa no se sufre la soledad cuando el marido sale, a veces por temporadas largas, a trabajar. Ellas aprecian la compañía de los hijos, creen que su vida sería triste sin ellos, privada de sentido. En la relación con los hijos valoran, en suma, el aspecto afectivo y emocional.² Según ellas, los niños hacen que la convivencia se torne menos conflictiva. Así, doña Emilia, a los 40 años, añora el tiempo en que tenía a sus hijos pequeños porque en esa época su esposo se mostraba más comprensivo y paciente con ella:

Más fácil que esté yo criando, por mucho que viene muino, ve que está llorando su criatura y dice: agárralo tu niño y dale de comer primero; yo me espero, después me das de comer.

La perduración del matrimonio depende de la capacidad de la pareja de traer hijos al mundo, pues las mujeres dicen que sus maridos “no están conformes si ellas no crían” y que, de no hacerlo, finalmente, buscan a otra mujer. La maternidad puede ser un factor importante de estabilidad para su matrimonio, porque la continuidad en la unión con el marido depende de su capacidad de procrear, evitando los conflictos que surgen cuando la pareja es estéril. Asimismo, le confiere reconocimiento social y asegura su aceptación por parte del grupo amplio de parientes políticos y consanguíneos.

La maternidad constituye para las mujeres de San Miguel el espacio femenino que involucra la totalidad de su vida y que define

² Los motivos por los cuales las mujeres de Acuecomac valoran a los hijos coinciden con los encontrados por Palma, Jacome y Palma (1992), al explorar la Encuesta sobre los Determinantes de la Práctica Anticonceptiva (EDEPAM, 1988). Las mujeres señalan aspectos como el apoyo económico y la ayuda en la vejez, la compañía y las interacciones gratificantes, que incluyen respuestas como “los hijos son alguien a quien querer”, “dan alegría”, “refuerzan el matrimonio” (1992: 8).

su papel en la sociedad, en lo público y en lo privado. La maternidad plasma la afectividad de las mujeres, pues en la relación con los hijos ellas vierten su potencial afectivo, mediante los cuidados y el cariño que les prodigan. Desde pequeñas, aprendiendo a cuidar de los hermanos, se identifican como el “ser para los otros” (Basaglia: 1985). En el crecimiento de los hijos toman concreción las privaciones y los sacrificios de la madre: los numerosos embarazos, los dolores del parto y los cuidados continuos que las criaturas requieren en los primeros años de vida. Criando a sus hijos, las mujeres se recrean y perpetúan a sí mismas; por medio de la maternidad se realizan como seres humanos.

La mujer nunca deja de ser madre, pues su aprendizaje, inicia-do en la infancia con los hermanos, en pocos años se completa con sus propios hijos, para después culminar con sus nietos. Además, al término de su ciclo reproductivo con frecuencia comparte la maternidad con sus hijas mayores y sus nueras. Siempre hay alguna mujer dispuesta a amamantar al recién nacido cuando la madre no tiene aún leche, o dispuesta a hacerse cargo de los pequeños cuando ésta tiene algún “quehacer”. Por ello podemos hablar de una maternidad colectiva, compartida entre parientes, comadres y vecinas.

“...Unos hijos se compadecen, otros los dejan tirados.” El significado de los hijos

Tanto para las mujeres como para los hombres, los hijos son el fundamento de la unión conyugal. En San Miguel prevalece una concepción en torno a los hijos, propia de las sociedades campesinas tradicionales. Jóvenes y ancianos reconocen que los niños “son para que le ayuden a uno en el quehacer”, pero también existe la preocupación por el futuro: “ellos nos van a servir cuando seamos viejos”. El trabajo desempeñado por niños y niñas y las obligaciones hacia los padres ancianos son funciones imprescindibles para la supervivencia de los grupos domésticos campesinos.³

³ Archetti llama a estas dos funciones producción y protección (1986: 257). Nag y White (1978) reconocen también el valor económico de los hijos: contribuyen con su trabajo a la economía de la unidad doméstica y son el soporte de los padres ancianos.

No existe una preferencia por niños o niñas, más bien las mujeres consideran importante tener “de los dos”, puesto que de acuerdo con la división sexual del trabajo los niños ayudan al padre en el campo, llevan a los animales al cerro, van a “leñar” y las niñas se dedican al quehacer de la casa, lavan, echan las tortillas, cuidan de los hermanos pequeños. Por ello se dice que “cuando nace una niña se pone contento el ratoncito, porque muele la mujer, tira masa. Y si nace niño le da gusto al pajarito porque come maicito en el campo”. Se trata, en suma, de una valoración que responde a la división sexual del trabajo y a la complementariedad en el desempeño de las tareas en el interior de los grupos domésticos.

Recién casada, la mujer reside en casa de los suegros en donde comparte con la suegra, las cuñadas solteras y eventualmente las “concuñas” el trabajo doméstico. La convivencia conlleva a conflictos frecuentes entre las mujeres y a episodios de maltrato y violencia por parte de la suegra hacia la recién llegada. Sin embargo, algunas al hablar de la suegra —a quien le llaman “mamá”— refieren que ella les brindó apoyo; gracias a sus consejos aprendieron a ser madres y a “sobrellevar” el matrimonio.

Al cabo de unos años, al “apartarse” con su marido y sus hijos, se hacen cargo de las labores domésticas y del cuidado de los niños, hasta que conforme van creciendo se les puede encomendar alguna tarea.

El cultivo de la tierra y el tejido de la palma son actividades compatibles con el cuidado de los niños.⁴ Pueden interrumpirse para amamantar a los bebés o servirles la comida a los “escueleros” que regresan de clases.

Para dedicarse al pastoreo de chivos y borregos, las mujeres, sin embargo, deben contar en la casa con la ayuda de una hija mayor que las remplace porque ellas tendrán que ausentarse todo el día. Generalmente, son las mujeres mayores, que ya no tienen hijos pequeños, quienes se dedican al pastoreo; también los niños cuando no van a la escuela. Sobre todo en las vacaciones o

⁴ Brown (1970) afirma que las mujeres participan en las actividades de subsistencia cuando son compatibles con el cuidado de los hijos. Se trata, por lo general, de tareas repetitivas, que pueden ser interrumpidas, que no implican peligros y que se llevan a cabo no lejos de la casa.

en los fines de semana, salen temprano “míatitos y chamacos” de cinco años para arriba, en grupos mixtos. Los más expertos llevan consigo los charpes con los que arrean los rebaños hasta el cerro o a los llanos aledaños al pueblo.

A las niñas se les confían a menudo los hermanos más chicos, son sus *pilmeme*;⁵ los cargan, los entretienen mientras sus madres están ocupadas con su quehacer. Cuando principia el ciclo agrícola, algunas mujeres buscan a una niña vecina o pariente para que cuide a sus pequeños en la milpa, mientras ellas siembran o desyerban.⁶

El trabajo de los niños es objeto de préstamo e intercambio entre las unidades domésticas; de manera que forman parte de las redes de apoyo que se tejen, sobre todo, entre las mujeres. Así, la abuela, la tía o la madrina pueden solicitar su ayuda cuando necesitan un tercio de leña o encargar los *sanchos*.⁷

En las sociedades campesinas la costumbre deposita en los hijos el cuidado y la asistencia de los padres ancianos. En Acuexcomac, la herencia de la casa y el solar paterno compromete al hijo menor, el *xocoyote*, a velar por sus padres durante la vejez y hasta su muerte. Todos comparten la preocupación por el futuro: “¿quién nos regala una tortilla, un vaso de agua, una fruta?, ¿quién nos ve cuando estamos enfermos?, no todos salen buenos, los hijos, pero uno de tantos se compadece”.

Las expectativas hacia los hijos y las hijas mayores no son las mismas. Los hijos varones tienen la obligación de cuidar a sus progenitores, ellos son los que se quedan, mientras que las hijas, al casarse, abandonan el solar de los padres y ya no están en su “poder”. Ellas “van a servir” al marido y a los suegros. Cuando los suegros ya “están acabados”, ellas, con sus maridos, asumen la responsabilidad de cuidarlos. A menudo deben hacer a un lado el resentimiento que sienten hacia la suegra, si ésta —en el pasado— cuando mandaba sobre la nuera, la trató mal. En tales circunstancias, la nuera cumple

⁵ Del náhuatl *pilli*, hijo, hija y *meme*, llevar algo sobre los hombros.

⁶ Al recalcar el papel que desempeñan los hermanos mayores, y de manera particular las niñas, en el cuidado de los menores, varios autores han demostrado que las madres no son las únicas socializadoras (Weisner y Gallimore, 1977; Nag *et al.*, 1978; Oppong, 1982).

⁷ Los chivos.

su deber con frialdad, sin cariño, sólo porque la costumbre lo dicta. Por ello muchas madres-suegras dicen que “no hay como una hija”, porque ella asiste a los padres no sólo por deber, sino por el cariño y el respeto que los une incondicionalmente.

Sin embargo, las madres saben que no siempre pueden contar con la ayuda de la hija, pues ésta depende del esposo: “ellas bien quisieran, pero si el hombre dice ‘no vas’, a ver ¿qué va a hacer uno?”. Pero las hijas conocen sus obligaciones para que el cuidado de sus padres no recaiga por completo en la cuñada: lavan la ropa, los asisten cuando están enfermos y les llevan tortillas y comida. Suele verse en las calles del pueblo a los viejos dirigirse con pasos inseguros a la casa de alguna hija, donde siempre a la hora del almuerzo o de la cena se les recibe “aunque sea con un taco ‘de sal”.

No obstante, la valoración de los hijos a partir del trabajo y el sustento que proporcionan a sus padres experimenta en estos tiempos un proceso de cambio debido, fundamentalmente, a dos factores: por un lado el incumplimiento de las obligaciones por parte de algunos hijos hacia los padres y, por el otro, el aumento del costo de crianza de los niños (Llovet, 1989: 145).

En cuanto al primer aspecto, muchos padres observan preocupados el abandono del pueblo por parte de los jóvenes, desde que, hace casi dos décadas, los hombres de San Miguel encontraron en Los Ángeles, California, nuevas fuentes de trabajo. Se inició entonces el éxodo de muchos jefes de familia seguidos, en los últimos años, por los más jóvenes. “El pueblo se está acabando, ya no hay juventud”, dicen con la misma tristeza y amargura que los embarga cuando hablan de sus propios hijos, reclamándoles el cuidado y el cariño que durante tantos años ellos les prodigaron y que ahora los hijos deberían restituirles.

Con lo que se viene mirando ahora, los hijos ya no ven por sus padres, ya están grandes, ya se van pa'l norte y allí a hacer ellos su vida, y aquí no importa que se quede el padre, que se quede la madre; si se muere, que se muera. Allí ellos gozando del dinero, y nosotros aquí comiendo tierra (*doña Cristina, 53 años*).

“... Antes no era rigor mandarlos a la escuela.” El costo de los hijos

Desde que, hace algunos años, se impuso “el rigor”, es decir la obligación de asistir a la escuela, todos los niños desde la edad de preescolar van al colegio, y si los padres no cumplen, son multados por la presidencia auxiliar del pueblo.

Hace unos 20 o 30 años muchos niños frecuentaron la escuela primaria y la mayoría aprendió a leer y a escribir. Sin embargo, las mujeres de las generaciones anteriores, que ahora tienen 50 o 60 años, recuerdan que su asistencia a clases —con el único maestro que impartía los primeros tres cursos de la enseñanza primaria— era muy irregular, y por eso sufrían los castigos del profesor y las burlas de los compañeros. Saber leer y escribir no era de vital importancia, como aprender a llevar la yunta y cultivar la tierra, a tejer *petates* y *chiquihuites*,⁸ a conducir el ganado al monte, a echar tortillas y hacer pan y a cuidar de los hermanos menores. Muchos de ellos eran huérfanos y con su trabajo sostenían a sus madres y a sus hermanos.

Me metieron ya grande a la escuela, como de diez años. Días iba yo, días no. Me dejaban el quehacer bien pequenita: yo molía, yo lavaba, todos mis hermanos yo los cuidé. Ya después no me dejaron ir, lloraba yo, me daba lástima, otros saben leer y yo no (*doña Ema, 47 años*).

Con la emigración, saber leer y escribir se ha convertido en una necesidad real: muchas madres lamentan ahora no poder leer las cartas que sus hijos les envían del norte y dependen de otras personas para conocer su contenido y eventualmente responder.

Anteriormente, muchos padres consideraban innecesario darles estudio a las hijas: “no voy a mandar a mi hija a la escuela —decía el padre de doña Irma—, no le sirve la letra, es mujer”. Sin embargo, ahora ella misma reconoce, al igual que muchas madres, que también a las niñas les hace falta la escuela:

⁸ Los *petates* se elaboran con la palma (*Brahea dulcis*) y los *chiquihuites*, canastos de diferentes tamaños, con el otate, especie de carrizo; ambos son silvestres y crecen en los cerros de los alrededores, pero el otate ya es más escaso.

Yo parejo les doy estudio a mis niños, pero es diferente el pensar de cada familia. Unos dicen que los hombres lo necesitan más porque los meten de presidente, de rondero, tienen que firmar oficios, salen a trabajar. Pero las mujeres también salen a la ciudad, van a traer recaudo ¿cómo va a comprar las cosas si no sabe hacer cuentas?

Hoy en día los padres reconocen que la instrucción es importante para sus hijos; su escolarización les permitirá obtener mejores oportunidades de trabajo y, sabiendo que en un futuro no muy lejano sus hijos tendrán que emigrar a Estados Unidos, hasta quieren que aprendan inglés. Pero mandar a los niños a la escuela genera muchos gastos que, además, se añaden a las “cooperas” con las que periódicamente las familias deben contribuir para la fiesta del Santo Patrón, el mantenimiento de la clínica de salud o de la presidencia auxiliar.

El mejoramiento de las condiciones de vida de los habitantes de San Miguel a partir de la introducción de los servicios básicos, como la electricidad, la clínica de salud, el agua potable y los caminos, así como la asistencia de los niños a la escuela, requirió de ingresos monetarios para pagar sus costos, y esto, aunado a la baja producción agrícola, obligó a muchos jefes de familia a emigrar.

Los hijos cuestan y su mantenimiento comienza a pesar en la economía familiar, sobre todo considerando que los grupos domésticos se conforman en su mayoría por una población joven en edad escolar. Verdaderamente onerosos resultan los gastos que una familia debe solventar cuando cuatro o cinco niños asisten a la escuela. Las madres se quejan de lo que cuestan los útiles, los zapatos y uniformes, la participación en los “concursos”, por no mencionar los disfraces y vestidos que se estrenan en los bailables de final de cursos. Recientemente se introdujo la costumbre de buscarles padrinos a los niños al terminar el ciclo de preescolar, primaria o telesecundaria, ocasiones que permiten estrechar nuevas relaciones de compadrazgo.

Antes ¿quién obligaba a tener padrino? Ni tampoco muchos maestros había, nomás uno o dos, pero ahora como hay mucha niñez, ya hay mucho maestro y hay de kínder, primaria y telesecundaria. Hoy se vino a estilar que ya vienen muchos maestros; ésos son los que obligaron a los padres a que busquen compadrito, por eso ya se

previenen. Aquí nosotros estamos estilados a irlos a dejar: a las que son ya señoritas se les compra su fondo, sus zapatos, su vestido y los vamos a entregar con sus padres; llevamos un cartón de cerveza, uno de refresco y ya lo vamos a entregar y ya se hace la borrachera (*doña Paula, 60 años*).

Mientras que en su infancia⁹ los padres y los abuelos de estos niños se incorporaron plenamente al mundo laboral de los adultos, ahora el tiempo fuera de las aulas se reparte entre las tareas que les dejan los maestros y las faenas que los padres les encomiendan. Según *doña Vicenta* “ya los niños son más de los maestros que de nosotros”.¹⁰

La transformación del papel de los hijos y los costos de su educación y crianza, que ya no se satisfacen con sólo disponer del maíz y el frijol “que Dios socorre”, enfrentan a muchos padres con la disyuntiva de “seguir teniendo todos los hijos que Dios da” o “planificar para tener menos”.

“Dios lo dispuso que venga uno aquí para dar producto.” Pensamiento en torno a la anticoncepción

Tratar de entender las prácticas y las ideas acerca de la anticoncepción y del control natal conduce necesariamente al análisis de los aspectos de la cosmovisión que rige la vida de hombres y mujeres y que conciernen a sus concepciones en torno al significado de la procreación. En ellas se plasman tanto los principios morales de los antiguos nahuas, como los cristianos. Ambas religiones, expresión de antiguas culturas que fincaban su sustento en la agricultura, tenían entre sus valores más altos el de la procreación y le

⁹ El concepto moderno de infancia surge cuando se reconoce la importancia de la escuela, entre otras instituciones, en la formación del niño (Ariès, 1973).

¹⁰ En San Francisco, un pueblo de la sierra de Oaxaca estudiado por Browner, las mujeres no encuentran muchas ventajas en tener una familia numerosa, dado que los niños no ayudan en la casa como antes, por tener que asistir a la escuela. Las madres quisieran que sus hijos se hicieran cargo de ellas en su vejez, sin embargo, saben que los jóvenes emigran y muchos ya se han olvidado de sus padres (Rothstein, 1986: 39).

confirieron a las mujeres un papel fundamental en la perpetuación de la sociedad. “Dios dispuso que la mujer críe”: la procreación es el fin común que un hombre y una mujer persiguen con el matrimonio y lo que le da sentido a su unión.

La pareja, Dios Nuestro Señor la mandó para que repartan el producto. Si el palito ya va floreando, ya va echando sus frutitos; nosotros no damos frutas para comer, sino que damos frutos movibles como estos chiquitos que ya andan. Si Dios ya le dio una docena, si Dios le da diez, ocho, seis, es voluntad de Nuestro Señor.

Los hijos son un don divino, “Dios es el que reparte” y la pareja debe “conformarse”, recibir los hijos que Dios le da, sean pocos o sean muchos. La mujer debe llevar adelante su misión y “criar hasta que Dios diga hasta acá”, o como dice doña Ester: “nosotros tuvimos nuestros hijos hasta que Dios nos dio permiso de que ya no”.

Las mujeres que rehúsan procrear son reprobadas y estigmatizadas en la vida terrenal y se hacen merecedoras del castigo divino en el más allá.

Las mujeres que no quieren criar, en la otra vida lo pagan: van a criar aunque sea un animal, la serpiente, porque no cumplen la obligación.¹¹

Sólo son perdonadas quienes “lo traen de su nacimiento”:

Cuando no conoce familia, de por sí no está para que críe, aunque se ande curando, se cansa de curarse, no está para criar, porque de lo alto viene. Nuestra madre Santa Rita no conoció familia y por eso algunas gentes no tienen; vienen destinados, no pueden conocer familia.

En la concepción acerca de la esterilidad se manifiesta nuevamente el sincretismo entre la religión nahua y la cristiana, que

¹¹ Sobre la esterilidad femenina López Austin (1984: 345) menciona lo siguiente: “No sería difícil que, además, se atribuyera a la mujer, cuando menos en parte, la culpa de su condición, por imprudencia en el trato de su cuerpo. Así se recrimina en la actualidad a las mujeres todo descuido que supuestamente las orilla a su imposibilidad de concebir, y entre los nahuas se cree hoy que las mujeres que mueren sin haber tenido hijos van a sufrir penalidades al otro mundo”.

conforma muchas de las creencias y costumbres de Acuexcomac. Aunque la esterilidad se considere designio divino, la mujer que tras varios años de matrimonio no ha engendrado hijos es víctima del hostigamiento y el reclamo del esposo y de los familiares. A veces la convivencia se torna difícil por los pleitos, los reclamos y los abandonos, hasta que la resignación y la edad permiten el olvido.¹²

El caso de doña Anita, una mujer de 39 años, ilustra claramente las consecuencias que la esterilidad puede tener en la vida de las mujeres. Durante los primeros años de vida marital, doña Anita, que entonces contaba con sólo 15 años, sufrió mucho por su incapacidad de concebir. "Si tú no vas a tener familia —le decía el esposo— yo pienso que no vamos a ser felices, me voy a tener que separar de ti, buscar los hijos con otra mujer". Él tuvo con otra mujer —que había sido su novia— los hijos que Anita no le podía dar, pero los dos niños que nacieron fallecieron muy pequeños. Unos años después, cuando Anita se embarazó, su marido cumplió con la promesa que le había hecho de separarse de la otra mujer.

Acorde con la valoración de la maternidad, las mujeres han parido y siguen pariendo a sus hijos desde que se casan, aún jovencitas,¹³ con intervalos de dos o tres años. Algunas han llegado a tener a lo largo de su vida reproductiva doce o trece partos y pasando los 40 años, ya madres de siete, ocho o diez hijos, todavía tienen a su *xocoyota* o *xocoyote*.¹⁴

¹² Conocemos a tres mujeres, una de 36 años y otras de más de 50, quienes no tuvieron familia; en el pueblo viven otras dos o tres que tampoco han podido tener hijos. La gente refiere que pueden resultar estériles tanto los hombres como las mujeres. Sobre la situación de las mujeres marroqufes que sufren esterilidad, ver Maher, 1989: 163.

¹³ Según la encuesta de fecundidad, 2.7% de las mujeres se unió antes de cumplir los 15 años; 53.4% entre los 15 y los 17 años; 31.5% entre los 18 y los 20, y 12.3% entre los 21 y los 23. La edad de la primera unión no se ha modificado en los últimos años: la mayoría de las jóvenes se une entre los 16 y los 18 años.

¹⁴ Según la encuesta de fecundidad el promedio de hijos actualmente vivos de las mujeres por grupo de edad es el siguiente:

De 15-19	0.75	De 25-29	2.5	De 35-39	5.5	De 45-49	7.85
De 20-24	1.88	De 30-34	5	De 40-44	6.9	De 50 y más	5.3

La casi totalidad de la población femenina —como resulta de la encuesta que levantamos— se encuentra en un régimen de fecundidad natural, es decir, ligado a la capacidad reproductiva que la mujer posee en función de su edad, sin ningún control. La tasa de fecundidad general de Acuexcomac fue de 150 por 1 000 en 1990 y la tasa global de fecundidad de 5.3,¹⁵ mientras que para el estado de Puebla la primera fue —en el mismo año— de 157 por 1 000 y la segunda de 5.2.¹⁶

El amamantamiento, que se prolonga durante uno o dos años, difiere la ovulación durante varios meses, antes de que un nuevo embarazo obligue a la madre a suspender la lactancia.¹⁷ La mayoría de las mujeres refieren que menstrúan una o dos veces y después quedan nuevamente encinta. Existe la creencia de que la pérdida periódica de la sangre menstrual resulta nociva para la mujer; según doña Paula:

... se acaba uno más rápido si no cría, nunca descansa y nosotros criando descansamos. Cada mes están exprimiendo el cuerpo como aquel maguey al que le están exprimiendo el aguamiel.

En el caso de las mujeres “añeras”, es decir las que “saben tener pronto a los hijos”, el destete del *chipilito*¹⁸ ocurre muy pronto, al año, por lo cual debe ser alimentado con “botella”, atole y otros alimentos de la dieta diaria. En la actualidad, a diferencia de lo que ocurría hace tiempo, las familias disponen de más recursos para comprar la leche en la tienda de la Conasupo. Hay que señalar que algunas madres, afortunadamente pocas, sustituyen la alimenta-

¹⁵ La tasa global de fecundidad es el número final de hijos que tendrían las mujeres si se conservara el patrón de fecundidad del momento.

¹⁶ Fuentes: *Proyecciones de la población en México*, INEGI/Conapo, 1988 y Consejo Estatal de Población, Puebla. En México la tasa global de fecundidad era de 3.8 en 1986 (De Oliveira y García, 1990: 696).

¹⁷ La lactancia prolongada y la abstención de las relaciones sexuales se combinan en algunas poblaciones de África occidental con el fin de espaciar los embarazos (Ware, 1983; Adekun, 1983). En nuestro caso, las relaciones sexuales se suspenden únicamente durante los dos meses posteriores al parto.

¹⁸ Cuando nace un hermano, al hijo que lo precede se le llama “chipilito” o *tzipilil*. El término *tzipilil* tiene su origen en la creencia nahua según la cual el niño se enfermaba cuando la madre volvía a embarazarse.

ción de pecho por la comodidad del biberón, anticipando así la aparición de la menstruación.

Desde hace algunos años, las pláticas en torno a la anticoncepción circulan en las familias de Acuexcomac:

... antes no sabíamos de eso, no nos dábamos cuenta de nada, y ahora no, la gente sale, se van dando cuenta de cómo es la cosa, están los doctores, hacen pláticas (*doña Irma, 38 años*).

Desde que se inauguró el Centro de Salud, en 1987, los médicos encargados han hecho labor de persuasión con respecto a los métodos de control natal, sobre todo con las mujeres que acuden a la clínica. La televisión y la radio introducen en los hogares los anuncios promotores de la planificación familiar, como el de "la familia pequeña vive mejor", que todavía resulta muy distante de las ideas locales. Por otra parte, los emigrantes, durante su estancia en las grandes ciudades del país y del extranjero, conocen un mundo totalmente diverso en cuanto a valores, ideas y estilos de vida. Debido a todos estos factores, el discurso de la anticoncepción, ajeno a la vida de la comunidad, se transforma para algunos de sus miembros en una realidad posible.

Las mujeres más jóvenes conocen varios de los métodos anticonceptivos y las mayores, generalmente, han oído decir que "algunas se curan". En general se muestra un abierto rechazo hacia éstos, se aduce que dañan la salud y que emplearlos es pecado.¹⁹

Al usar los anticonceptivos, las mujeres no sólo actúan contra la voluntad de Dios, sino que, al "curarse", "matan la matriz". Pareciera, en suma, que viven la anticoncepción como un pecado cometido contra la naturaleza al impedir el curso normal de los embarazos. Como dice doña Elodia, "el palito está retoñando, así es la mata y no la está uno dejando".

Las prédicas que durante siglos han pronunciado los sacerdotes encargados de difundir la palabra de Dios siguen instruyendo a un pueblo profundamente católico en torno al significado y

¹⁹ El análisis de la encuesta PECFAL-RURAL (1969-1970) señala entre los motivos del rechazo hacia la anticoncepción los de orden religioso, moral y de salud (García, 1983: 239).

la interdicción que pesa sobre la anticoncepción, presagiando calamidades y desventura para los desobedientes.

Dicen no sé por qué lado que ya planificaron, que ya no llovía, ni había nada, sembraban y no levantaban nada. Dicen que nos dan de comer las criaturas. Mientras las criaturas están, que's que trabajan, los manda [Dios] a sufrir. Por eso será ya mejor no quise planificar, mejor estuve criando (*doña Emilia, 43 años*).

Las palabras de doña Emilia revelan la asociación entre la fecundidad de la mujer y la fertilidad de la tierra: "¿qué hace Dios con la milpa? Dios pone la tierra para que el hombre ponga la semilla para que se duplique".

La anticoncepción contradice los principios que rigen el sacramento del matrimonio y el sacerdote en la iglesia recuerda el compromiso contraído por las parejas el día de su celebración:

Pues sí, el señor cura nos explica, está uno en el matrimonio —dice—, ahí hace uno juramento que si estamos dispuestos a recibir los hijos que Dios nos dé, hasta cuando Dios diga. Por eso dice que es pecado que se controle uno (*doña Ángela, 33 años*).

Lo que se escucha en público, suele repetirse en la privacidad de la confesión, como le ocurrió a doña Ángela:

Un día que me fui a confesar, el padre venía de México y luego me dice: mira, hija, te vas a confesar, vas a decir lo que es verdad. Si tú estás tomando medicina para planificar, confiéscate porque es pecado.

En el discurso eclesiástico anticoncepción y aborto se equiparan:

... de los abortos, de los que están planificando, dice el cura que es malo, todo aquel que se controla es asesino, mata el alma en su propio seno. Porque Dios lo mandó y está uno pasando medicina ¡cuántos ángeles está uno matando! Va a haber un día que va a venir un castigo de Dios y vamos a sufrir (*doña Cristina, 53 años*).

Las mujeres no diferencian anticoncepción de aborto, pues ignoran cómo actúan los anticonceptivos sobre el cuerpo femenino evitando la concepción; desconocen su anatomía y el proceso

de la fecundación.²⁰ Aún no ha habido en el pueblo una campaña de información sobre el tema.

La matriz está mero produciendo hijos, se va a contaminar, queda con sus ganas de tener otra familia, pero como está uno tomando lo que está tomando, lo destruye. La sangre del marido ya no trabaja como cuando va uno a tener un hijo, entonces se lo está uno sacando pa' fuera. Todo explica el cura (*doña Ema, 47 años*).

En lo que concierne al aborto, se cree que quienes "tiran al hijo" son las mujeres solteras de la ciudad, que "se comprometen con el hombre" y después no quieren hacerse cargo del niño.

Dicen que en el estado hay harto aborto. ¡Cuánta criatura desperdician! Aquí no, queremos que sea grande la familia, no estar echando a perder, porque nuestra Señora ya le dio espíritu, ya le dio vida. Y echarlo a perder es un pecado mortal. Solamente por algún antojo, se me antojó un fruta, un pan, no se lo comió por no haber, o alguna muina, algún susto y no se curó, pues sí se llega a caer la criatura, pero de que hagamos el propósito de tirarlo, no.

Doña Paula, quien desde hace 40 años atiende a las mujeres en el parto, no manifiesta simplemente la introyección de la doctrina católica, sino que sus palabras son expresión de una cultura que a través del tiempo, desde antes que la religión cristiana se predicara en estas tierras, exaltaba la procreación y reprobaba el aborto. Por ello, cuando uno de los médicos que han prestado su servicio social en la clínica la invitó a colaborar en la campaña de planificación familiar, ella le explicó:

Yo no quiero cargar con pecados ajenos para darle medicina a la mujer. Es como si yo hiciera una muerte. Dios me dio mi trabajo para defender, abrazar a los chiquitos que vengan, no para quitarles la vida. Son ustedes que tienen esa medicina icúrenlos!, pero legalmente yo no lo merezco. Dios me dio mi trabajo para defender cualquier persona, no para malcurarlo.

²⁰ Al respecto es necesario señalar que la educación sexual que se imparte en la telesecundaria ha beneficiado únicamente a las últimas generaciones.

“Él dice que me cure, pero a mí me da miedo.” Nuevas pautas en torno a la anticoncepción

A pesar del control y la influencia que ejerce la Iglesia, algunas parejas han optado por la planificación familiar. Como sucede en muchas comunidades rurales, también en San Miguel más mujeres usarán en el futuro algún método anticonceptivo, siempre que tener menos hijos las beneficie y signifique mejorar sus condiciones de vida.

Los datos de la clínica de salud registran desde 1989 a 45 mujeres como usuarias del programa de planificación familiar. De ellas, sólo cinco se presentaron a la visita de control cuando la doctora en funciones se hizo cargo de la clínica a principios de este año.²¹ El análisis de los datos revela la inconstancia de las derechohabientes en cuanto al uso de los métodos, debido probablemente a los trastornos que ellas creen que provocan en la salud (flujo, sangrado irregular, dolor de cabeza), pero además, porque no siempre están convencidas de quererlos emplear; los abandonan al poco tiempo de iniciar el tratamiento y ya no regresan a la clínica.²²

Las experiencias con los anticonceptivos se socializan, corren de boca en boca, se cuentan en la calle, en las visitas, tomando cerveza y haciendo *matlanes*.²³ Se mencionan reiteradamente y se trata, por lo general, de experiencias negativas que conforman las

²¹ Debido a errores y omisiones en los registros de las derechohabientes, revisados en mayo y en noviembre de 1992, los datos no pueden considerarse totalmente confiables. Según los registros, 33 mujeres utilizaron las pastillas, ocho las inyecciones, tres el DIU y una la salpingoclasia. Tres hombres usaron preservativos. Entre febrero y noviembre de 1992 cinco mujeres solicitaron los anticonceptivos: dos los orales y tres las inyecciones. Su edad promedio es de 32 años y tienen un promedio de cinco hijos vivos. Representan 2.5% de las 198 mujeres unidas y viudas que tienen entre 15 y 49 años (según el Censo de 1990, proporcionado por la presidencia auxiliar de Acuecxcomac, que comprende el listado de los habitantes de la localidad).

²² Un estudio interesante sobre la respuesta de las mujeres a la planificación familiar es el realizado por Browner (1986). La autora sostiene que las mujeres, a pesar de su deseo de tener menos hijos, rechazan los programas de planificación familiar porque en la comunidad no es bien visto el uso de anticonceptivos.

²³ Se dice de dos mujeres que tejen un petate a cuatro manos.

opiniones y el pensamiento de los individuos y que, a veces, desalientan a las mujeres a controlar su fecundidad.

En las conversaciones en torno a la anticoncepción, hombres y mujeres coinciden en que al "curarse" la mujer daña severamente su salud. Todos conocen y cuentan el caso, referido por un vecino o un pariente, de alguna mujer que en algún lugar, Puebla o Los Ángeles, perdió la razón o trajo al mundo una criatura deforme o con defectos físicos:

He oído pláticas que así se controla uno y a veces se llega a descuidar, no toma la medicina, llega uno a tener embarazo. Por eso los que sufren son los niños, éstos que vienen sorditos o muditos, les hace mal la medicina (*doña Norma, 32 años*).

Asimismo, la idea repetida es que las mujeres que "acabaron de criar" siempre gozan de mejor salud en comparación con las que "se controlan". Éstas "se enferman mucho" y "quedan muy delgaditas", por lo cual muchas mujeres sostienen que prefieren seguir teniendo hijos que padecer alguna enfermedad.

Pero la concepción tradicional acerca de los hijos ya no tiene el mismo significado para las más jóvenes que para sus madres y sus abuelas. Aunque aprecian la ayuda que recibirán un día de sus niños, la compañía y el afecto son componentes importantes en su valoración de la maternidad. Por su edad y poca experiencia, no expresan un discurso acabado como sus madres en torno al significado de los hijos. Algunas no sabían qué decir cuando conversamos acerca del tema. Sin embargo, la maternidad sigue siendo parte esencial de su vida, no porque intervenga una elección consciente, sino simplemente porque el matrimonio y ser madre constituyen el camino que se abre ante toda joven, desde siempre. Las costumbres relativas al matrimonio no han cambiado sustancialmente. Las muchachas, como sucedía con las generaciones anteriores, "se juntan" muy jóvenes y se embarazan en los primeros meses de vida conyugal y al cabo de un año, o poco más, ya son madres. Ahora más que antes, a los 16 o 17 años ya han vivido la experiencia del "robo" de la novia; una minoría es la que "sale de blanco", pedida por el novio (D'Aubeterre, 1992).

Las madres más jóvenes conocen los métodos de planificación familiar. Por lo general, hay acuerdo entre ellas y sus maridos, muchos de los cuales son emigrantes a la ciudad de Los Ángeles, en utilizar en un futuro algún anticonceptivo. Es importante destacar, sin embargo, que ninguna pareja planeó posponer por este medio el nacimiento del primer hijo. A veces, en la decisión de limitar el tamaño de la familia influye la primera experiencia de la joven en el parto. Resulta difícil para algunas parir “a valor mexicano”, como sus madres y abuelas dicen con orgullo, asistidas por doña Paula, la partera del pueblo.²⁴ Para algunas, el parto se prolongó demasiado, otras tuvieron complicaciones y lo vivieron con miedo. Unas muchachas quieren tener dos o tres hijos, otras, cinco; tienen proyectos para el futuro que —como los hijos— requieren de gastos: celebrar el matrimonio religioso o construir su casa.

A todas les resulta familiar y han hecho suya la idea sobre los hijos que los medios de información y la clínica de salud promovieron incansablemente: “pocos hijos para darles mucho”. Raquel, una joven madre de 18 años, así lo expresa:

No quiero tener en dos o tres años, porque chiquitos luego sufren porque ya viene el otro. Otras mujeres quieren tener luego luego, y tantos hijos después no se les da manutención bien, se enferman, se gasta mucho para la escuela y ¿de dónde vamos a agarrar? Yo quiero que vivan contentos, darles todo.

En la práctica tales propósitos no siempre se pueden cumplir. Por ejemplo, Sara, una muchacha de sólo 21 años ya es madre de cuatro hijos a quienes tuvo en los cinco años de matrimonio, con un intervalo más breve entre un embarazo y otro de lo que comúnmente se observa entre las mujeres mayores. A su primera hija no la amamantó porque decía que su leche le provocaba diarreas y se embarazó en seguida de su segundo hijo. Después tomó las pastillas anticonceptivas durante la estancia del marido emigrante en el pueblo, pero desistió aduciendo que le provocaban dolores de cabeza.

²⁴ El 96% de los partos registrados por la encuesta de fecundidad fueron atendidos por una partera, 1.5% por un médico de la clínica de salud, 1% fueron partos normales atendidos en una ciudad y 0.6% de los casos se practicó una cesárea.

A pesar del temor y las dudas, las mujeres “cansadas de criar” ya no quisieran procrear más hijos y demuestran interés por “planificar”.²⁵ Un factor que influye de manera importante en esta decisión es el descenso de la mortalidad infantil en la última década. En 1990 por cada 1 000 niños nacidos vivos, fallecieron 125 antes de cumplir su primer año de vida. Esta cifra sigue siendo extraordinariamente alta en comparación con la tasa de mortalidad de 43 por mil registrada en México en el periodo de 1982 a 1987 por la Encuesta Nacional de Fecundidad y Salud (Enfes).²⁶ Pero anteriormente una mujer paría diez o doce niños y la mitad fallecía antes de cumplir el primer año de vida. Los datos que proporciona nuestra encuesta de fecundidad son claros al respecto: el promedio de hijos fallecidos para las mujeres de 50 años y más es de 3.5 y éste decrece progresivamente para las más jóvenes: para quienes tienen entre 30 y 34 años de edad, el promedio es de 0.5.²⁷ A consecuencia del descenso en la mortalidad infantil, hoy las familias son más numerosas. Varias madres de entre 30 y 35 años ya tienen seis o siete hijos; otras todavía en edad reproductiva tienen nueve o diez.

En torno a la decisión sobre el control natal se generan conflictos, como en el caso de Rosa, una joven de 27 años. En sus últimos dos partos sufrió mucho y en una ocasión tuvo que ser trasladada a un sanatorio de la ciudad de Puebla. Por esa razón planeaba acudir a la clínica: “Me quería yo curar, nomás no me dejaron: ahora que vino él, dijo que no, que nomás son dos”, y pocos meses después del regreso del marido ya está esperando a su tercer hijo.

²⁵ Algunas mujeres de alrededor de 40 años, madres de ocho o nueve hijos, varios de los cuales todavía están en edad escolar, manifestaron en las entrevistas su deseo de no tener más hijos. Pero este deseo no siempre se traduce en la decisión de usar anticonceptivos.

²⁶ Cf. Bobadilla *et al.*, 1989. En el estado de Puebla se registró en 1990 una tasa de mortalidad infantil de 36.64 por mil (COESPO).

²⁷ El promedio de hijos fallecidos según rangos de edad, es el siguiente:

De 15 a 19	0	De 25 a 29	0.3	De 35 a 39	1.5	De 45 a 49	2.6
De 20 a 24	0.25	De 30 a 34	0.5	De 40 a 44	1.25		

Por el contrario, otros emigrantes desearían no tener más prole, pero no siempre sus esposas opinan lo mismo. Una de ellas le recordaba al marido su promesa ante el altar:

Él quiere que me controle, pero yo no quiero, le hago repelar: ahora que te casaste, ahora tenemos que acabar de criar hasta donde Dios diga (*doña Norma, 32 años*).

Según doña Victoria “los hijos son el gusto de los hombres, donde hay hijos estará el marido, si no, busca”. Su opinión, compartida ciertamente por muchas mujeres, nos permite entender por qué ellas no aceptan los anticonceptivos: al dejar de tener hijos su unión peligraría. Temen el abandono, pues los hijos —a su manera de ver— retienen al marido al lado de la esposa. Precisamente esto le reclamaba un día doña Norma a su esposo:

Como dice aquí mi esposo que me controle yo y él puede andar con otras, por eso le digo “Antes de que andes con otras, mejor que siga yo criando”. Porque después, con el tiempo, va a perder el cariño con uno. Nomás le estará dando el malvivir.

Sin embargo, para algunas mujeres como doña Ángela,²⁸ la anti-concepción representa una elección que hará posible reunirse con el esposo en Los Ángeles después de muchos años de separación:

Hasta ahora no hemos decidido eso, pero yo pienso que a lo mejor me cure, porque al irnos con él, seguir teniendo familia ahí está duro. Ahí —dice él— nomás para que vayan a dar a luz en los hospitales, cuesta 1 500 dólares.

El rechazo bastante generalizado a la anti-concepción no debe interpretarse necesariamente como el deseo de todas las mujeres de tener muchos hijos. De otra forma no se explicaría el empleo

²⁸ Las esposas de emigrantes que viven permanentemente en Los Ángeles tienen menos hijos en relación con el promedio de hijos de la mayoría de las mujeres (Fagetti, 1992). Sin embargo, no podemos afirmar que en este momento exista una correlación comprobada entre la emigración a Estados Unidos y la disminución del número de hijos.

por parte de algunas de un método tradicional que constantemente evita la concepción. Después del parto se acostumbra enterrar la placenta debajo del *tlecuile*.²⁹ Algunas mujeres saben que si antes de hacerlo se traza con las tijeras una cruz sobre uno de sus lados, la madre no volverá a embarazarse. Sin embargo, doña Paula se muestra escéptica respecto al resultado que se puede obtener:

Un día me pidieron: "Ahora la placenta la va usted a enterrar embrocado y lo raya usted de cruz con las tijeras y machúquelo bien con su pie y ya no va a criar la mujer". (...) Me comprometieron y que lo hago. Pero antes del año ya está enferma la mujer. ¿Ya vieron sus antojos? Qué están creyendo, Dios dispone porque la mujer viene destinado cuántos hijos va a tener, de chiquita desde el vientre de su madre. Peor Dios los castigó; la chiquitita que nació agarró la leche de bote y el chipilito siguió jalando el pecho; se pararon como cuatitos.

Las mujeres no manifiestan, generalmente, la preferencia por un tamaño ideal de familia. Aunque se desee tener una familia numerosa, que la mujer procrea muchos o pocos hijos depende del destino que Dios ha elegido para ella. La idea del destino se confirma, además, en la creencia de origen prehispánico,³⁰ según la cual aparecen a lo largo del cordón umbilical del primogénito los "chipotitos" que —uno tras otro, más espaciados o en pareja en caso de un parto gemelar— representan a los hijos que la mujer engendrará. Asimismo, los "chipotitos" —según la partera y otras mujeres— se secan si se toma algún anticonceptivo. El símbolo de la fecundidad se convierte entonces en el de la fecundidad trunca-da e indica, finalmente, el rechazo por parte de la mujer de su destino. De esta forma, las mujeres reinterpretan y adecuan una creencia antigua a la nueva situación que viven en la actualidad.

La maternidad no es un asunto privado que le concierna sólo a la mujer; por el contrario, le atañe a la colectividad: al marido, a los parientes, a los vecinos. De toda mujer casada se espera que tenga hijos. Se sabe que algunas "los saben tener pronto", mientras

²⁹ Del náhuatl *tlecuilli*, hogar.

³⁰ G. Tibón define la práctica adivinatoria de las comadronas como onfalomania, presente no sólo en Mesoamérica, sino también en la Grecia antigua (1985: 42).

que para otras los embarazos son más espaciados; pero lo ideal es que todas “completan la docena”. Alrededor de las mujeres que tienen pocos hijos o que dejan de tenerlos aún jóvenes, algunas veces se tejen sospechas, habladurías y murmuraciones, sobre todo por parte de las mismas mujeres. De ellas se dice que “se están curando”, pero también para satisfacer la curiosidad se les pregunta directamente si están tomando algo.³¹

“... Ya perdimos el cariño uno con otro.” Cuando los padres se van

Desde que se inició la emigración de muchos hombres hacia Los Ángeles, a mediados de los años setenta, atraídos por las nuevas oportunidades de trabajo que ofrecía la ciudad y por la posibilidad de mejorar las condiciones de vida de sus familiares, muchos hijos se quedaron sin padre y muchas esposas sin sus maridos (D'Aubeterre, en este volumen).

La emigración marcó el comienzo de un periodo de reajuste en el interior del grupo doméstico en cuanto a la organización del trabajo, pero, sobre todo, las relaciones familiares se vieron trastocadas por la ausencia prolongada de los hombres. Desde entonces son numerosos los padres que deciden irse de “mojados”. Algunos trabajan durante ocho o nueve meses en Los Ángeles como vendedores ambulantes y el resto del año “echan campo” en San Miguel. Otros, se emplean en tortillerías o supermercados, o son dueños de “trocas”; tienen una buena posición económica y visitan a sus familiares una vez al año. Sin embargo, muchos “van a tardar allá” y vuelven al pueblo después de haberse ausentado durante dos o tres años. De algunos otros, después de varios años de que no mandan dinero ni noticias, ya no se espera nada.

Durante los meses de febrero y junio nacen muchos niños concebidos durante la permanencia en el pueblo de los emigrantes, quienes visitan a sus familias en ocasión de las fiestas de San

³¹ La presión social impide a las mujeres de San Francisco utilizar los anticonceptivos (Browner, 1986a y 1988). En una localidad de la sierra norte de Puebla, Castañeda (1993) encuentra que el deseo de no tener hijos es valorado de forma negativa, por lo cual las mujeres prefieren no hablar de la anticoncepción.

Miguel Arcángel, que se celebran en mayo y septiembre. Cuando se van “dejan a las esposas enfermas” y regresan cuando están próximas al parto, o se les avisa por teléfono del feliz acontecimiento. Antes a los niños se les decía que el hermanito lo había traído una “señora”; “ahora que están sus papás hasta Los Ángeles, les dicen que ya vino el avión y lo pasó a tirar”.

Los padres dejan a los niños de pocos días o meses de nacidos, y a su regreso deben ganarse su cariño, llenar el vacío que su lejanía les causó, o que quizás se colmó con el afecto de otra figura masculina, un tío, el abuelo...

Esta niña nació solita y cuando vino su papá tenía ocho días de haber nacido. Estuvo un tiempo y se fue y vino cuando ya tenía dos años. Ella no se le quería arrimar y hasta ahora no se arrima bien. Cuando él viene le dice “¿on’tá tu papá?”. “Mi papá está en el norte, se fue a trabajar”. “¿Cómo se llama?”. “Se llama Manuel”. “Yo soy tu papá”. “No —dice— mi papá no está aquí” y no se quiere arrimar. Le decía papá a mi cuñado; no estaba su papá, por eso decía que su papá era su tío (*doña Carmen, 40 años*).

La relación entre las madres y sus hijos en estas circunstancias se refuerza. Algunas refieren, además, que el cariño que sentían por su esposo “se pierde” con el paso del tiempo y el amor destinado a él se vierte en sus hijos.

A la edad de cuatro o cinco años, los niños extrañan a sus padres, son los que más sufren cuando los ven partir, ya “se encariñaron” y difícilmente entenderían las razones que los llevan tan lejos.

Mis niños ahora que los viene a ver su papá se me enferman porque lo buscan. Como él no está aquí, los viene a ver, los llama, ahora sí que los está acariciando y al ratito se va. Ese día ya se empezó a preparar, está componiendo sus cosas y ellos conforme se levantaron empezaron a llorar. Los está llamando a comer y ni se arrimaron. “Déjenlo, hijos, no más que arregle yo los papeles ya los voy a llevar (*doña Ángela, 33 años*).

Los niños se enferman de “tristeza”, un padecimiento que —según recuerdan las abuelas— sufría el “chipilito” cuando nacía

un hermano; ahora se manifiesta también cuando los niños extrañan al padre.

De que están chipilitos les pega como enfermedad, se encamorran, lloran, pero yo los he curado con esas yerbitas, como ahora de temporal hay dondequiera, con ésa se soba a los niños, se componen. (...) También de eso les pega, les agarra el sentimiento, buscan a su papá, a su hermano, ahí empiezan a dejar la tortilla, no quieren comer (*doña Paula, 62 años*).

Doña Ángela, como otras mujeres, desde el día en que “se la robó” su actual marido, ha vivido más tiempo sola que con él. Tantos años de separación comienzan a pesarle, echa de menos su compañía y su apoyo y ya no está dispuesta a asumir ella sola la carga que implica el cuidado de los hijos.

Él tenía 22 años y trabajaba desde hace mucho tiempo allá, de por sí desde que nos juntamos casi no vivimos juntos. Él se estaba en México un mes, dos meses y aquí estaba 15 días, una semana y ya se va otra vez. Ya después le empezaron a insistir y se fueron para allá en Los Ángeles. El que los llevó ya se había ido a dar su vuelta, ya les había platicado cómo estaba todo. (...) Cuando él se fue, mi niño me lo dejó de un año y cuando llegó ya estaba grandecito. (...) A veces me dicen “Ya te acostumbraste, toda vez no está”. Y les digo dos cosas: ya me acostumbré y ya me fastidié todo el tiempo yo sola.

Aunque las mujeres sigan tejiendo petates, sembrando sus milpas, criando animales, el bienestar del grupo doméstico depende cada día más de los dólares, que, regular o irregularmente, reciben de quienes trabajan “del otro lado”. Ellas esperan el dinero que les permitirá comprar maíz, vestir a los niños, pagar las consultas con el médico o construir poco a poco su casa. No tienen a los maridos a su lado, pero saben que adquirieron con ellos el compromiso de criar a sus hijos y que no pueden olvidar sus responsabilidades. Por su parte, un padre “...quiere estar con su familia, porque cuando está uno lejos está pensando si todos están bien” o procura enviar el dinero por correo o con alguien que va de regreso al pueblo.

No obstante, no todos cumplen con sus obligaciones. Las mujeres saben que no es sólo el trabajo lo que los mantiene lejos,

sino que “estar allá les gusta y ya no quieren regresar”. En las conversaciones a propósito de los que están en el norte abundan olvidos y abandonos de esposas e hijos. Dejan de mandar dinero, “ya no preguntan por sus hijos”, y algunos “ya tienen mujer allá”.

De que se van, se van y aquí las criaturas buscan a sus papás. Unos de corazón las quieren, las mandan a llamar, pero el que no la quiere, allá se busca otra y ya queda aquí la mujer con sus niños. Eso sí está duro (*doña Concepción, 42 años*).

Él se fue pa' Los Ángeles, la dejó de tres baños³² y no regresó. La pobre muchacha se quedó con el niño; ya tiene ocho años el chamaco (*doña Paula, 62 años*).

Algunos ya se olvidan de sus señoras. ¿Dónde no se van a olvidar?, si allá también hay mujeres. Y ya no mandan para acá, atienden a la de allá (*doña Victoria, 35 años*).

Todo se sabe en el pueblo sobre la vida de los emigrantes, que en Los Ángeles comparten casa, trabajo y diversión. Conforman una comunidad en la que todos se apoyan, brindándole siempre ayuda al último en llegar. Todos fueron educados según los principios morales que atan a padres e hijos a auxiliarse recíprocamente. Sin embargo, para unos se ha roto el lazo que unía sus vidas al pueblo, a sus familiares, a sus tierras y animales, y resultan vanos los intentos de otros paisanos para hacerlos recapacitar. Los hijos también les recriminan el incumplimiento de su deber de padres, como relata doña Irma:

Aquí está una señora, ya su señor tiene quién sabe cuántos años que no ha regresado, tiene un chamaco. Ya habló de aquí para allá con su papá y le dice “Ahora que nosotros estamos chiquitos necesitamos de usted y usted nos abandonó. Si piensa de abandonarnos ahorita hágalo, pero no después se vaya a arrepentir. Yo lo voy a abandonar a usted. Cuando usted me busque no me va a encontrar”. Se enojó el chamaco. Él le prometió que sí iba a regresar y no, no ha llegado. No tiene mujer, dicen. Aquí se sabe rápido. Como aquí la gente va y viene, rápido se sabe el que tiene mujer ahí.

³² Se refiere a los baños que recibe la parturienta.

Entre los primeros que abandonaron San Miguel hace más de 15 años se encuentra Manuel, un hombre joven que vive con su esposa y sus tres hijos en un suburbio de Los Ángeles, uno de los pocos emigrantes que ha instalado un negocio ahora bastante próspero. Cuando se fue, sabía que nunca regresaría a vivir al pueblo. Tenía que trabajar duro y no quería lo mismo para sus hijos, pues recordaba que de niño andaba sin zapatos, no le daban dinero, no tenía juguetes, veía a su padre trabajar en el campo, a veces sin provecho. Ahora sus hijos hablan inglés, tienen auto, van a la escuela, aprenden karate, reciben los juguetes de "Santaclós" y cuando visitan al abuelo en San Miguel tienen contacto con los animales, montan en burro, van al cerro y al río y aprenden a manejar la honda y el chirrión.

Manuel no aprueba el comportamiento de otros emigrantes, quienes viven mucho tiempo lejos de sus esposas e hijos:

Aquí mis paisanos van y vienen y encargan otros niños. Yo quiero estar con mis niños, disfrutar todo con mis hijos, verlos cuando están enfermos. Los otros no saben si están enfermos, si tienen frío, si tienen hambre o no. Allá hay mucha mujer sola. Fácil se encuentran otra, se olvidan de su esposa e hijos. Es lo más malo que puedan hacer.

Para muchos emigrantes, aunque Los Ángeles ofrece la oportunidad de ganar dinero, no representa una opción de vida, ni para sus familias, ni para ellos. Las costumbres diferentes, el peligro de las drogas, la libertad de la que gozan los jóvenes y la amenaza que pesa sobre quienes les pegan a sus mujeres son elementos que minan la autoridad comúnmente ejercida por los jefes de familia y hacen que consideren a la gran urbe como un lugar poco idóneo para que sus hijos crezcan (Mummert, 1988).

Allá está más trabajoso, está más caro y más trabajoso con las drogas. Allá no se obedece, es otra ley. Si usted tiene una muchacha de 15 o 16 años, y se va con el novio, a las once, doce de la noche, ni que usted le grite o le pegue. Se va porque se va. Si usted la regaña o le pega, le echa la policía y lo llevan a la cárcel. Allá le pega uno a un niño, sale corriendo a la calle. O algún vecino que ve que le está pegando, llama a la policía y ya viene por usted y se lo llevan. No les pueden pegar sus papás, está más feo allá. Aquí le puede uno pegar al niño o

si ya está grande lo puede uno atajar y con palabras le habla uno; si no quiere, ya le pega uno. Tendrá uno el gusto de pegarle, pero ¡no va uno a la cárcel! (*Don Antonio, 35 años, emigrante.*)

Las mujeres no aceptan fácilmente cuando los esposos quieren llevarse a Estados Unidos a sus familias. Dicen que “les da lástima dejar su casa, sus animales”, tal vez temerosas de que a los 40 años no puedan “hallarse” allá. De la vida en la ciudad sólo se sabe que todo se compra, “es puro dinero desde que amanece hasta que anochece”.

Hubo un tiempo que me decía él “te vienes”, pero dicen que allá sufren. Yo estoy contenta aquí, estoy contenta con mis hijos, yo sé que somos pobres, no les daré algo bueno, pero aunque sea frijoles nunca les falta a mis hijos. Les hago de comer a la hora y les doy. Luego para que vaya yo a sufrir, no. Allá es puro dinero. Yo no he pensadoirme ahorita (*doña Carmen, 40 años*).

Últimamente, los jóvenes ya no quieren vivir las mismas experiencias del padre o de la madre, “quieren hacer su vida juntos”. La lejanía, la soledad, el temor a que otra mujer ocupe su lugar junto al esposo, alientan a las más jóvenes a vivir la aventura de pasar la frontera de “mojadas” o por el cerro, ya sea recién casadas o con sus hijos. Muchos niños nacen en Los Ángeles y tienen “papeles”: ahora a los hijos se les reconoce este nuevo valor, pues legitiman con su nacimiento la estancia de los padres en un país extranjero.

REFLEXIONES FINALES

Los cambios que experimenta Acuexcomac apuntan hacia transformaciones profundas tanto en la vida cotidiana como en los valores y las costumbres de sus habitantes. Es previsible que estos cambios lo conduzcan por el mismo rumbo recorrido tiempo atrás por muchos otros pueblos campesinos, afectados por la emigración a Estados Unidos (López Castro, 1988; Durand y Massey, 1992).

La vida cotidiana se ha modificado en muchos aspectos: las casas de ladrillo han sustituido las de palma, la asistencia médica

que ofrece la clínica de salud y la alimentación más variada son resultado de una mejoría general en el nivel de vida; la tienda de la Conasupo expende maíz y los niños consumen golosinas y refrescos; en los días de festejo del Santo Patrón estrenan "tenis" y vestidos con crinolinas, muchos comprados en el norte.

La asistencia de los niños a la escuela ha influido en el reordenamiento y la distribución del trabajo en el interior del grupo doméstico. Las mujeres rempazan a los niños y asumen su carga de trabajo, mientras ellos están en la escuela. La infancia se ha transformado en un periodo largo y costoso (Rothstein, 1986), pues en los hijos se invierten muchos de los recursos y los esfuerzos de los padres.

Ideas y valores modernos penetran en la comunidad, resultado de la experiencia de los emigrantes en las grandes ciudades del país y del extranjero, así como de la influencia de los medios de comunicación. Los jóvenes, aun reconociendo y valorando el trabajo de los niños y la protección que ellos brindan a los padres viejos y desvalidos, manifiestan nuevos valores sobre el tamaño de la familia y el número de hijos, lo cual propicia la aceptación, por parte de algunas parejas, del control natal.

Han transcurrido cinco años desde que la clínica de salud comenzó a prestar servicio a los habitantes de Acuexcomac. Desde esa fecha pocas parejas han solicitado métodos anticonceptivos. Tal situación contrasta con lo que a nivel nacional han encontrado autores que han estudiado el fenómeno de la emigración en otros pueblos mexicanos: López Castro (1988) señala que en Gómez Farías las familias de los emigrantes tienen menos hijos, mientras que Mummert (1988) reporta el caso de una localidad también de Michoacán donde, a pesar de la oposición de la Iglesia católica al uso de anticonceptivos, más de la mitad de las mujeres casadas y en edad fértil los utilizan.

Por otra parte, la Encuesta Nacional Demográfica de 1982 registró que casi la tercera parte de las mujeres unidas, pertenecientes al sector conformado por campesinos pobres y semiproletarios, usaban algún método de control natal (Bronfman *et al.*, 1986). La diversidad de situaciones —existente en el medio rural— en cuanto a la práctica anticonceptiva, realza y justifica los estudios de caso que dan cuenta de su difusión y aceptación.

En Acuexcomac encontramos que pocas mujeres utilizan los métodos anticonceptivos. En este hecho influyen también dudas y temores en torno a la anticoncepción y sus efectos en la salud, que varias mujeres han externado en nuestras conversaciones. Algunas manifiestan cierta inquietud ante las consecuencias que implica la transgresión de las normas morales pregonadas por los ministros eclesiásticos. Mientras que la influencia y el control de la Iglesia se renuevan constantemente en los sermones pronunciados por el sacerdote en las misas, el médico de la clínica —promotor de la planificación familiar— no goza de las mismas ventajas. Quizá la desconianza y el desinterés hacia el quehacer médico, que se percibe entre la gente, dificulten su labor.

La ideología “tradicional”, que ve el papel fundamental de la mujer como madre, rige todavía la vida y el comportamiento reproductivo de las mujeres de San Miguel. Todavía no perciben plenamente las ventajas que la práctica anticonceptiva podría significar para ellas, o simplemente tales ventajas todavía no existen. Tener menos hijos podría resultarles de mayor provecho si pudieran optar por un trabajo asalariado, como ha ocurrido en diferentes regiones del país (Barrón, 1993). Por ahora, las oportunidades de trabajo remunerado sólo existen para las jóvenes solteras, quienes se emplean como trabajadoras domésticas en la ciudad.

Los hijos siguen representando para las mujeres la seguridad económica y emocional. Por ellos su unión conyugal perdura, y para ellos las mujeres pueden exigirles a sus maridos el cumplimiento de su deber de padres. El rechazo a la anticoncepción, que pone en entredicho el quehacer de las mujeres en el ámbito de la reproducción social, puede interpretarse también como su defensa de la maternidad como un espacio vital, donde ellas se realizan como mujeres, madres y esposas.

Pero al mismo tiempo también detectamos nuevos comportamientos e ideas en la comunidad, aún poco difundidos, en relación con los hijos, el tamaño de la familia y la planificación familiar. Cuando las prácticas se distancian del discurso, actúan sobre el pensamiento, modificándolo; pero la transformación es lenta todavía. Tendrá que transcurrir más tiempo antes de que una “nueva” concepción se elabore y desplace la concepción “tradicional” acerca del significado de los hijos para hombres y mujeres.

Indudablemente, la emigración ha beneficiado a las familias de Acuexcomac, mejorando sus condiciones de vida. Sin embargo, ignoramos las repercusiones de esta nueva situación en el ejercicio de la maternidad y de la paternidad; y en la infancia de los niños privados del afecto y la compañía de sus padres. Lo que se vislumbra para algunos —niños y adultos— es una vida quebrantada por la separación, la lejanía, la ausencia, la soledad y el desamparo que ponen a prueba constantemente la unión y la integridad de los grupos domésticos. Para otros, el abandono de la localidad implica su inserción en una forma de vida urbana con hábitos, ideas y prácticas radicalmente distintas; es decir, implica una ruptura —tal vez definitiva— con sus costumbres y tradiciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Adeokun, Lawrence A., "Marital Sexuality and Birth-Spacing among the Yoruba", en Christine Oppong (ed.), *Female and Male in West Africa*, Londres, George Allen & Unwin, 1983.
- Archetti, Eduardo, "Rural Families and Demographic Behaviour: Some Latin American Analogies", en *Society for Comparative Study of Society and History*, vol. 26, núm. 2: 251-279, 1986.
- Ariès, Philippe, *Centuries of Childhood*, Londres, Penguin Books, Harmondsworth, 1973.
- Barrón, María Antonieta, *Los mercados de trabajo rurales. El caso de las hortalizas de México*, tesis de doctorado en economía, UNAM, 1993.
- Basaglia, Franca, *Mujer, locura y sociedad*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, Col. La Mitad del Mundo, 1985.
- Bobadilla Fernández, J. L., A. Langer y L. Schlaepfer, "La mortalidad infantil en México: un fenómeno en transición", versión preliminar, 1989.
- Bronfman, M., E. López y R. Tuirán, "Práctica anticonceptiva y clases sociales en México: la experiencia reciente", *Estudios Demográficos y Urbanos*, 1 (2): 165-203, México, El Colegio de México, CEDDU, 1986.
- Brown, Judith K., "A Note on the Division of Labor by Sex", *American Anthropologist*, vol. 72: 1073-1078, 1970.
- Browner, C.H., "The Politics of Reproduction in a Mexican Village", *Signs. Journal of Women in Culture and Society*, II (4): 710-724, 1986a.
- , "Gender Roles and Social Change: A Mexican Case Study", *Ethnology*, 25 (2): 89-106, 1986b.
- , "Women's Secrets: Bases for Reproductive and Social Autonomy in a Mexican Community", *American Ethnologist*, 15 (1): 84-97, 1988.

- Castañeda Salgado, Martha Patricia, "El cuerpo y la sexualidad de las mujeres nauzontecas", en S. González Montes (coord.), *Mujeres y relaciones de género en la antropología latinoamericana*, México, El Colegio de México, 1993.
- Chodorow, Nancy, *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*, Barcelona, Gedisa, 1984.
- D'Aubeterre, María Eugenia, "Cuando bailan los tototos: matrimonio y patrones de residencia en San Miguel Acuexcomac, Puebla", *Temas de Población*, 2 (5): 10-15, Puebla, COESPO, 1992.
- De Oliveira, O. y B. García, "Trabajo, fecundidad y condición femenina en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 15, 5 (3): 693-710, sept.-dic., 1990.
- Durand, J. y D. S. Massey, "Mexican Migration to the United States: A Critical Review", *Latin American Research Review*, 27 (2): 3-43, 1992.
- Fagetti, Antonella, "Tradición y cambio social en una comunidad campesina", *Temas de Población*, 2 (5): 5-9, Puebla, COESPO, 1992.
- García, Brígida, "Anticoncepción en el México rural, 1969", en R. Benítez y J. Quilodrán (comps.), *La fecundidad rural en México*, México, El Colegio de México y UNAM, 1983.
- Ladeira, Ma. Elisa, "Las mujeres timbira: control del cuerpo y reproducción social", en S. González Montes (coord.), *Mujeres y relaciones de género en la antropología latinoamericana*, México, El Colegio de México, 1993.
- Lagarde, Marcela, *Cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, UNAM, 1990.
- Llovet, Juan José, "Relación entre fecundidad e ingresos: revisión de algunas interpretaciones", *Estudios Demográficos y Urbanos*, 4 (1): 139-159, México, El Colegio de México, CEDDU, 1989.
- López Austin, Alfredo, *Cuerpo humano e ideología*, vol. 1, México, UNAM, 1984.
- López Castro, Gustavo, "Impacto de la migración internacional en un pueblo michoacano", en J. Zepeda Patterson (ed.), *Las sociedades rurales hoy*, México, El Colegio de Michoacán y Conacyt, 1988.
- Maher, Vanessa, *Il potere della complicità. Conflitti e legami delle donne nordafricane*, Turín, Rosenberg & Sellier, 1989.
- Martin, Joann, "Motherhood and Power: The Production of a Women's Culture of Politics in a Mexican Community", *American Ethnologist*, 17 (3): 470-489, 1990.
- Mummert, Gail, "Mujeres de migrantes y mujeres migrantes de Michoacán: nuevos papeles para las que se quedan y las que se van", en T. Calvo y G. López (coords.), *Movimientos de población en el Occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán y Centre D'Études Mexicaines et Centroaméricaines, 1988, pp. 281-297.

- Nag, M., B. White y R. Peet, "An Anthropological Approach to the Study of the Economic Value of Children in Java and Nepal", *Current Anthropology*, 19 (2): 293-306, 1978.
- Oppong, Christine, "Family Structure and Women's Reproductive and Productive Roles: Some Conceptual and Methodological Issues", en R. Anker, M. Buvinic and N.H. Youssef (eds.), *Women's Roles and Population Trends in the Third World*, Londres, Croom Helm, 1982.
- Palma Cabrera, Y., T. Jacome del Moral y J. L. Palma Cabrera, "Percepción del valor de los hijos en tres regiones de México", ponencia presentada en la *Reunión sobre el Poblamiento de las Américas*, Veracruz, 1992.
- Rothstein, Frances, "Capitalist Industrialization and Increasing Cost of Children", en J. Nash, H. Safa *et al.*, *Women and Change in Latin America*, Boston, Bergin and Garvey Publishers, 1986.
- Siméon, Rémi, *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1986.
- Tibón, Gutierrez, *La triade prenatal. (Cordón, placenta, amnios.) Supervivencia de la magia paleolítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Ware, Helen, "Female and Male Life-Cycles", en Christine Oppong (ed.), *Female and Male in West Africa*, Londres, George Allen & Unwin, 1983.
- Weisner, T. S. y R. Gallimore, "My Brother's Keeper: Child and Sibling Caretaking", *Current Anthropology*, 18 (2): 169-190, 1977.

BREVE INFORMACIÓN SOBRE LAS MUJERES ENTREVISTADAS *

1. *Raquel*: 18 años, casada, madre de un niño; teje petates. El esposo es vendedor ambulante en Los Ángeles.
2. *Sara*: 21 años, casada, madre de cuatro hijos. El esposo es vendedor ambulante en Los Ángeles.
3. *Doña Rosa*: 27 años, casada, madre de tres niños; teje petates. El esposo trabaja por temporadas en Los Ángeles.
4. *Doña Norma*: 32 años, casada, madre de seis hijos; teje petates. El esposo es campesino y vendedor ambulante en la ciudad de México.
5. *Doña Vicenta*: 32 años, casada, madre de dos niños; teje petates. El esposo es campesino y vendedor ambulante en la ciudad de México.
6. *Doña Ángela*: 33 años, casada, madre de cinco hijos. El esposo reside desde hace 15 años en Los Ángeles.

* Se mencionan únicamente las mujeres citadas en el texto.

7. *Doña Victoria*: 35 años, casada, madre de cuatro hijos. El esposo trabaja en Los Ángeles.

8. *Doña Irma*: 38 años, casada, madre de ocho hijos; teje petates. El esposo es campesino y trabaja por temporadas en Los Ángeles.

9. *Doña Anita*: 39 años, casada, madre de siete hijos. El esposo es campesino y trabaja en la ciudad de México.

10. *Doña Carmen*: 40 años, casada, madre de siete hijos. El esposo trabaja en Los Ángeles.

11. *Doña Concepción*: 42 años, casada, madre de nueve hijos; teje petates. El esposo es campesino y trabaja como albañil en la ciudad de México.

12. *Doña Emilia*: 43 años, casada, madre de siete hijos; teje petates. El esposo es vendedor ambulante en la ciudad de México.

13. *Doña Ema*: 47 años, casada, madre de nueve hijos; teje petates y pastorea borregos. El esposo es vendedor ambulante en Los Ángeles.

14. *Doña Cristina*: 53 años, madre de seis hijos, uno de ellos trabaja en Los Ángeles y otros en la ciudad de México; teje petates. El esposo es campesino.

15. *Doña Ester*: 54 años, casada, madre de seis hijos, dos de los cuales trabajan en Los Ángeles, California; pastorea borregos. El esposo es campesino y vendedor ambulante en la ciudad de México.

16. *Doña María*: 62 años, casada, madre de tres hijos; teje petates. El esposo es campesino.

17. *Doña Paula*: 62 años, viuda, madre de cinco hijos. Es la partera del pueblo.

Relaciones de género y transformaciones agrarias
se terminó de imprimir en abril de 1995
en los talleres de Corporación Industrial Gráfica, S. A. de C. V.,
Cerro Tres Marías 354, col. Campestre Churubusco, 04200 México, D. F.
La edición consta de 1000 ejemplares más sobrantes para reposición.
Tipografía y composición a cargo del Programa de Autoedición
de El Colegio de México.
Cuidó la edición el Departamento de Publicaciones.



Programa

Interdisciplinario

de Estudios

de la Mujer

La presión que en términos constantes ha recaído sobre el campo mexicano se agudiza en la actualidad por un conjunto de cambios cuya importancia estriba no sólo en su variedad, sino también en sus repercusiones sobre la tenencia de la tierra, el trabajo y las formas de vida de las familias rurales. Se afianzan procesos que amplían la participación de la mujer en la esfera del trabajo asalariado rural. Esto redundará en el reacomodo de los vínculos entre géneros y generaciones, y en el interior del hogar empiezan a redefinirse las relaciones de autoridad familiar: al lado del jefe de familia se redimensiona la autoridad de la mujer y sus parientes políticos.

Uno de los cuestionamientos a los estudios de los setenta es que al centrar la atención sobre el “impacto” de los cambios económicos en las condiciones de vida, no tomaban en cuenta que los nexos sociales y las configuraciones culturales preexistentes también estaban incidiendo. Las investigaciones reunidas en este libro parten de la complejidad de los procesos actuales y procuran —desde una perspectiva de género— subrayar el hecho de que las mujeres rurales van emergiendo como protagonistas fundamentales.



EL COLEGIO DE MÉXICO

ISBN-968-120-635-5



9 789681 206352